



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE PSICOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA CLÍNICA DINÁMICA

**INCIDENCIAS DE LAS FIGURAS ARQUETIPALES FEMENINAS
EN CUIDADORAS DE PACIENTES CRÓNICOS**

TUTORA:
JUELITH DELGADO

AUTOR:
BORIS PISELLI

CARACAS, SEPTIEMBRE DE 2017



Universidad Central de Venezuela
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Psicología
Departamento de Psicología Clínica Dinámica

**Incidencias de las Figuras Arquetipales Femeninas
en Cuidadoras de Pacientes Crónicos**

(Trabajo Especial de Grado presentado ante la Escuela de Psicología
de la Universidad Central de Venezuela,
como requisito parcial para optar al título de Licenciado en Psicología)

Tutora:
Juelith Delgado

Autor:
Boris Piselli *

Caracas, Septiembre de 2017

* Boris Piselli Mazza, Departamento de Psicología Clínica Dinámica, Escuela de Psicología, Universidad Central de Venezuela. Para correspondencia con relación al presente trabajo, comunicarse a la siguiente dirección electrónica: bpisellim@gmail.com

AGRADECIMIENTOS

A las míticas diosas del clasicismo griego: A la Gran Madre Gaia, a sus nietas Hestia, Deméter y Hera, a sus bisnietas Artemisa, Atenea y Perséfone, y a la encantadora Afrodita nacida de la espuma del mar, quienes me acompañaron y fueron fuente de inspiración que no desfalleció a lo largo de todo este paseo por lo femenino arquetípico.

A la UCV, la casa que vence la sombra, a cuyo seno ingresé acompañado de aquella sincrónica afirmación que rezaba diciendo que estaba: “En buenas manos”, como una madre, sostiene a sus hijos a pesar de todas las adversidades, y sus hijos le devolvemos el gesto perseverando en aras de una sociedad mejor.

A las participantes de este estudio, por haberme permitido ingresar a su intimidad y desentrañar las sutilezas arquetipales a partir de ella.

A aquellos que me motivaron a seguir con este proyecto, que tanto disfruté escribir cuando por fin estuvo encaminado.

A mi amiga Mayoira Flores, por la pericia, solicitud y cuidado con los cuales me ayudó a terminar de perfilar los aspectos de estilo para la presentación final.

DEDICATORIA

A mi madre, una ejemplar Deméter de excepcionales dimensiones, cuya esencia ctónica y telúrica me acompaña desde el inicio de mi vida con el latido de una secreta y constante pulsación intuitiva, hacia lo que realmente significa el psiquismo en su sentido más esencial y profundo.

A Zoraide Lugli, gracias a quien obtuve el primer voto de confianza para retomar lo arquetípico femenino e iniciar a explorarlo a través de los métodos empíricos ofrecidos por el ámbito académico.

Al profesor Antonio Pignatiello, modelo de integridad a seguir, quien me recordó que después de haber aprendido todo bien, es necesario olvidarlo para que surta efecto y pueda ser aplicado.

A Giovanna Paván, una Hestia peculiar y paradójica, quien dio incentivo para continuar con la tarea de este proyecto cuando las circunstancias le fueron adversas e inclinaban a desistir de él.

A Juelith Delgado, a quien su diestro conocimiento epistemológico no le ha extinguido en nada el aura de una brillante intuición eleusina.

A las participantes de este proyecto, M.C.I., K.D., D.S. y Z.P., a quienes conocí en medio de su función de cuidadoras y que encarnan a las figuras arquetipales de Atenea, Deméter, Artemisa y Hera en este trabajo, con los seudónimos de Juvena, Marina, Diana y Marta, respectivamente.

A todas las otras mujeres “míticas” que he conocido a lo largo de mi pasaje por la vida y de la psicología, y que han contribuido a profundizar mi conocimiento y experiencia sobre esta perspectiva de la feminidad.

De manera retrospectiva, a todos aquellos que no creyeron en la propuesta de este proyecto pero seguían contribuyendo a acrecentar mi conocimiento sin saberlo, invitándoles a que se tomen el trabajo de leerlo ahora que finalmente se encuentra terminado. Y de manera prospectiva, a todo aquel que lo lea con interés y encuentre en él material e inspiración necesarios para renovadas ideas y formulaciones en esta misma línea de investigación que aúna lo mítico-simbólico al estudio de la personalidad.

**INCIDENCIAS DE LAS FIGURAS ARQUETIPALES FEMENINAS
EN CUIDADORAS DE PACIENTES CRÓNICOS**

Boris Piselli

bpisellim@gmail.com

RESUMEN

La presente investigación versa sobre la incidencia que tienen las figuras arquetípicas femeninas en mujeres cuidadoras de pacientes crónicos. A través de un enfoque cualitativo y un método hermenéutico, se persigue revelar las maneras en que inciden las figuras arquetípicas femeninas propuestas por la psicología arquetipal tanto en la vivencia subjetiva y emocional de mujeres cuidadoras de pacientes crónicos como en el estilo de cuidado llevado a cabo por ellas. Las participantes de la investigación son cuatro mujeres con rango de edad entre treinta y dos y cuarenta y ocho años, seleccionadas mediante un muestreo teórico, propositivo o intencionado. La técnica de recolección de datos empleada fue un formato de entrevista semiestructurada junto con la aplicación del Test Proyectivo Gráfico de Wartegg a cada una de las participantes. El procesamiento de los datos se llevó a cabo asignando el contenido emergente obtenido a través de las entrevistas a dos grandes categorías (Dominancia Arquetipal y Experiencia y Hermenéutica del Cuidado), con sus respectivas subcategoría de análisis, articulándole con los datos obtenidos a partir del Test de Wartegg en algunas categorías con el fin de lograr validez concurrente. Posteriormente, se relacionó los aspectos referidos al cuidado con lo observado respecto a la incidencia de las figuras arquetípicas antes mencionadas en la personalidad y funcionamiento de las participantes. La investigación establece matices diferenciales en la forma en que es vivido y asumido el cuidado a partir de la incidencia de lo arquetípico femenino en la personalidad de cada mujer, pudiendo resultar útil como clave para la identificación y aproximación clínica específica de las distintas estructuras arquetipales de mujeres cuidadoras con el fin de su potencial abordaje como pacientes en situación terapéutica, y sobre todo, como oportunidad para observar los aspectos o facetas a integrar.

Palabras clave: psicología arquetipal, arquetipos femeninos, cuidadoras.

**INCIDENCES OF FEMALE ARCHETYPAL FIGURES
IN CAREGIVERS OF CHRONIC PATIENTS**

Boris Piselli

bpisellim@gmail.com

ABSTRACT

The present research deals with the incidence of female archetypal figures in female caregivers of chronic patients. Through a qualitative approach and a hermeneutic method, it is sought to reveal the ways in which the female archetypal figures proposed by archetypal psychology are affected both in the subjective and emotional experience of women caregivers of chronic patients as in the style of care carried out by them. The research participants are four women aged between thirty-two and forty-eight, selected by theoretical, purposeful or intentional sampling. The technique of data collection used was a semi-structured interview format along with the application of the Wartegg Graphic Projective Test to each of the participants. The data processing was carried out by assigning the emergent content obtained through the interviews to two major categories (Archetypal Dominance and Experience and Hermeneutics of Care), with their respective subcategory of analysis, articulating it with the data obtained from the Test of Wartegg in some categories in order to achieve concurrent validity. Subsequently, the aspects related to care with the observed regarding the incidence of archetypal figures mentioned above in the personality and functioning of the participants were related. The research establishes differential nuances in the way in which care is lived and assumed from the incidence of the feminine archetypal in the personality of each woman, being able to be useful as a key for the identification and specific clinical approach of the different archetypal structures of women caregivers, with the aim of their potential approach as patients in a therapeutic situation, and above all, as an opportunity to observe the aspects or facets to be integrated.

Keywords: archetypal psychology, female archetypes, caregivers.

ÍNDICE DE CONTENIDO

Agradecimientos	iii
Dedicatoria	iv
Resumen	v
Abstract	vi
Índice de Tablas	ix
Tablas de Figuras	x
Índice de anexos	xi
I.- INTRODUCCIÓN	12
II.- MARCO TEÓRICO	15
2.1.- Definición y delimitación de los conceptos de Arquetipo e Imagen Arquetipal	15
2.2.- Arquetipo del Ánima y tipologías de los femenino	18
2.3.- Figuras Arquetípicas de lo Femenino	22
2.4.- Descripciones de las figuras arquetipales femeninas en la mujer	26
2.4.1.- Hestia	26
2.4.2.- Artemisa	28
2.4.3.- Atenea	30
2.4.4.- Hera	32
2.4.5.- Deméter	35
2.4.6.- Perséfone	38
2.4.7.- Afrodita	40
2.5.- Lo arquetípico femenino y el cuidado	46
III.- PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	54
3.1.- Justificación de la investigación	55
IV.- OBJETIVOS	57
4.1.- Objetivo general	57
4.2.- Objetivos específicos	57
V.- MARCO METODOLÓGICO	58
5.1.- Tipo de investigación y diseño	58

5.2.- Participantes	59
5.3.- Técnica de recolección de datos	61
5.4.- Procedimiento de análisis de datos	63
5.5.- Categorías de análisis	65
VI.- ANÁLISIS DE RESULTADOS	70
6.1.- Resultados para JUVENA	70
6.1.1.- Datos demográficos e introductorios para el caso de Juvena	70
6.1.2.- Dominancia de la figura arquetípica de ATENEA en la personalidad de Juvena	70
6.1.3.- Experiencia y hermenéutica del cuidado en Juvena	99
6.2.- Resultados para MARINA	121
6.2.1.- Datos demográficos e introductorios para el caso de Marina	121
6.2.2.- Dominancia de la figura arquetípica de DEMÉTER en la personalidad de Marina	122
6.2.3.- Experiencia y hermenéutica del cuidado en Marina	152
6.3.- Resultados para DIANA	179
6.3.1.- Datos demográficos e introductorios para el caso de Diana	179
6.3.2.- Dominancia de la figura arquetípica de ARTEMISA en la personalidad de Diana	179
6.3.3.- Experiencia y hermenéutica del cuidado en Diana	210
6.4.- Resultados para MARTA	235
6.4.1.- Datos demográficos e introductorios para el caso de Marta	235
6.4.2.- Dominancia de la figura arquetípica de HERA en la personalidad de Marta	236
6.4.3.- Experiencia y hermenéutica del cuidado en Marta	259
VII.- CONCLUSIONES	280
VIII.- LIMITACIONES Y RECOMENDACIONES	292
Referencias	293
Anexos	299

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Clasificación de las figuras arquetípicas femeninas de Bolen (1984)	25
Tabla 2. Resumen de los atributos fundamentales de cada figura arquetipal	44
Tabla 3. Proyección de la figura arquetipal en la vida cotidiana y desarrollo evolutivo de la mujer	45
Tabla 4. Descripción básica de las participantes	61
Tabla 5. Categorías que permiten identificar a la Figura Arquetipal	66
Tabla 6. Categorías que configuran la Experiencia y Hermenéutica del Cuidado	68

TABLA DE FIGURAS

Figura 1.	17
Figura 2.	18
Figura 3.	19
Figura 4.	24
Figura 5.	25
Figura 6.	52

ÍNDICE DE ANEXOS

Anexo 1. Consentimiento de participación	299
Anexo 2. Acta de consentimiento informado	300
Anexo 3. Formato de entrevista semiestructurada	301
Anexo 4. Ejecución y análisis del Test de Wartegg de JUVENA	304
Anexo 5. Ejecución y análisis del Test de Wartegg de MARINA	308
Anexo 6. Ejecución y análisis del Test de Wartegg de DIANA	313
Anexo 7. Ejecución y análisis del Test de Wartegg de MARTA	319
Anexo 8. Modelo de tabla empleada para la asignación de categorías	324

I.- INTRODUCCIÓN

A nivel empírico, mucho se ha investigado y escrito acerca de la tarea de cuidado. La extensa cantidad de investigaciones que han sido planteadas en torno a este tema demarcan la diferencia entre el cuidado formal e informal, o le relacionan con tópicos tales como los cambios en la calidad y estilo de vida de los cuidadores informales (Dwyer, Lee y Jankowsky, 1994; Ubeda, Roca y García, 1997), los ritos y rutinas asociados a la tarea de cuidado (Ospina y Soto, 2001), el coste emocional de dicha tarea (Brea, 2015), la sobrecarga que puede llegar a implicar (Grad y Sainsbury, 1963; Brea, 2015 y Álvarez, 2016) y, sobre todo, el estrés que genera, de lo cual existe infinidad de trabajos. Además, un número significativo de tales trabajos reconoce que la tarea de cuidado es tradicionalmente llevada a cabo de manera mayoritaria por mujeres (Álvarez, 2015; Dakduk, 2010 y Casado, 2008) –incluyendo antecedentes históricos tan antiguos como el de las mujeres en el oikos o casa griega (Fernández, 2008)–, y a partir de ahí se ha llegado a considerar incluso los efectos objetivos del cuidado en razón del género del cuidador, así como la autopercepción y disponibilidad que –con base a ello– se tiene al desplegar la función de cuidar a otro (Crespo, 2008). Sin embargo, es posible detectar que prácticamente no se le ha relacionado con aspectos psicodinámicos que permitan comprender perspectivas subjetivas y matices en el desempeño o estilos en el acto de cuidar a otro o para efectos de hacer abordajes diferenciales con base a sutilezas de personalidad de cada cuidador, más allá de los criterios gruesos recurrentemente encontrados en las investigaciones empíricas con tópicos como las que acabamos de enunciar.

Así, a partir de la propuesta junguiana del arquetipo del *Ánima*, que encontró una particular evolución a través de las tipologías de lo femenino planteadas por Wolff (1956), y que posteriormente fue desarrollada a través de las estructuras de personalidad resultantes de la delineación de las figuras arquetípicas inspiradas a partir de las siete diosas míticas del panteón pagano del Olimpo griego por la corriente de la psicología arquetipal –representada por autores como Hillman (1992), López-Pedraza (2005), Stassinopoulos y Beny (1983), Bolen (1984), Rísquez (1997), Stassinopoulos (2004), Barker y Woolger (2005), Villalobos (2006), Winckler (2008) y Downing (2010)–, la presente investigación busca establecer resonancias que pueden resultar de utilidad para aproximarse a la vivencia subjetiva y las motivaciones inconscientes por las que es llevada a cabo la tarea de cuidar a otro, así como la forma en que esta actividad

se ve incidida o teñida por efecto de lo arquetipal, lo cual puede redundar en una utilidad práctica de sumo valor para efecto del abordaje clínico en el ámbito de la psicoterapia con pacientes femeninas que se desenvuelven en el rol de cuidadoras. Por ende, a través de este trabajo de investigación nos proponemos entablar un análisis hermenéutico que, a través de una perspectiva mítico-simbólica, permita relacionar la tarea de cuidado con este relevante constructo de la psicología profunda y arquetipal.

En este sentido, en la primera parte del cuerpo del presente estudio el lector encontrará la exposición del marco teórico, en el cual se presenta referencialmente el desarrollo teórico de los principales conceptos y nociones que se trabajan en la investigación y que van desde la diferenciación del concepto de arquetipo e imagen arquetipal, pasando por el desarrollo que ha tenido el concepto del arquetipo del *Ánima* desde la psicología analítica junguiana hasta las tipologías de lo femenino propuestas por Wolff (1956) y la actual clasificación de las figuras arquetípicas femeninas basada en las imágenes y características de las diosas del panteón clásico politeísta griego (a saber: Hestia, Artemisa, Atenea, Hera, Deméter, Perséfone y Afrodita), para reconducirle a algunas nociones introductorias acerca del cuidado y la posibilidad de comprender este rol desde una perspectiva psicodinámica y de la psicología arquetipal.

En la segunda parte, se expone el planteamiento del problema, en el cual se plantea la problematización y justificación del tema en estudio, en cuanto a la vivencia subjetiva, las implicaciones emocionales y el estilo de cuidado, como factores teñidos por la incidencia de lo arquetípico. En la parte tercera, se presentan los objetivos de la investigación –tanto general como específicos–, que explicitan los propósitos perseguidos en la presente investigación.

En la cuarta parte, se ofrece el marco metodológico, en el cual se presenta una explicación detallada acerca del enfoque, método y técnica para recolectar la información y analizarla, con el fin de dar respuesta al problema de investigación planteado, siendo el enfoque de tipo cualitativo orientado con un método hermenéutico y mítico-simbólico, y empleándose una técnica mixta para la recolección de datos, al combinarse la entrevista en profundidad a partir de un guion semiestructurado para recabar en campo la información suministrada por el grupo de mujeres cuidadoras participantes, seleccionadas a través de un muestreo teórico,

propositivo o intencionado y la aplicación del Test Proyectivo gráfico de Wartegg de 8 campos para validar los aspectos arquetipales de personalidad identificados a partir del discurso de las participantes en sus entrevistas.

En la parte quinta se presenta el análisis de los resultados, en el cual se describe y analiza la información recolectada en dos grandes categorías aplicadas cada una de las cuatro participantes. En la primera de dichas categorías –y sus subcategorías– se deja evidencia de la dominancia de una figura arquetípica concreta en cada una de las cuidadoras participantes del estudio, integrando sus testimonios con los postulados teóricos y los resultados arrojados por sus respectivos Test Proyectivos de Wartegg. En la segunda, se trata el aspecto concreto de la incidencia de lo arquetípico tanto en la vivencia subjetiva y emocional de cada una de las participantes en el ejercicio del cuidado llevado a cabo por ellas, así como en el estilo de cuidado. Debe advertirse que para esta segunda sección referida a la categoría del cuidado de cada uno de los casos presentados, la naturaleza cualitativa del presente estudio, así como el discurso de las participantes, hace que en algunos casos las categorías se reconduzcan entre sí. De esta manera, es necesario que el lector conozca de antemano que la lectura que aquí se lleva a cabo es tan sólo una, entre muchas otras posibles, dentro de la psicología con orientación dinámica.

En la sexta parte, se presenta la conclusión del estudio, puntualizando los aspectos más relevantes a partir del análisis efectuado, con miras a ofrecer un perfil general del arquetipo representado por cada participante en cuanto a su estilo en el desempeño del rol de cuidadora. Finalmente, en la séptima y última parte se exponen las limitaciones del presente estudio, destacando tanto los alcances y debilidades encontrados, así como las recomendaciones para estudios futuros en esta misma línea de investigación. Es de esta manera como, sin más, se extiende la invitación a la lectura.

II.- MARCO TEÓRICO

2.1.- Definición y delimitación de los conceptos de Arquetipo e Imagen Arquetipal

A diferencia del inconsciente freudiano, conformado por los contenidos reprimidos de carácter personal, el inconsciente colectivo postulado por Jung (1936) se nutre de contenidos atávicos o arcaicos imbuidos de una fuerza elemental. Estos contenidos se manifiestan mediante la aparición de lo que Jung denominó **arquetipos**. Como afirma Hesnard (1972), el inconsciente colectivo –y lo arquetípico que lo constituye– tiene connotaciones hereditarias, no a través de la transmisión genética en el sentido de la biología actual, sino de la capacidad de evocar tal o cual elemento perteneciente a un patrimonio de representaciones común a toda la humanidad.

Ahora bien, aunque el arquetipo es una de las nociones más relevantes y significativas del corpus de la psicología analítica junguiana, y como sostiene Storr (1973) la palabra "arquetipo" se ha convertido en un término de uso más o menos generalizado, ofrecer una adecuada definición técnica de este constructo ha supuesto algunas complicaciones teóricas. La dificultad radica en que, originalmente, Jung empleó de manera indistinta los términos **arquetipo** e **imagen arquetipal**, intercambiándoles como si se tratara de sinónimos (como ha ocurrido históricamente también con algunos términos del psicoanálisis freudiano). De hecho, una de las definiciones de arquetipo consignada por Jung (1919) sostiene que se trataría de una "imagen primordial". Pero en opinión de Jaffé (1970) la no discriminación entre ambas nociones ha resultado desafortunada por cuanto induce a un error teórico esencial, en vista de que lo arquetípico que determina la imagen y ésta como forma de expresión de lo arquetípico en el mundo, no son lo mismo. Se hace por ello necesario distinguir entre **arquetipo**, por un lado, e **imagen arquetipal**, por el otro.

El término **arquetipo** (del griego “primer grabador”, siguiendo a Pritz, Quintana y Stumm, 2009), refiere a:

Un patrón de energía, un elemento vacío, una virtualidad formadora o una fuerza psíquica capaz de estructurar la conciencia, pero sin tener ella misma un contenido representativo

específico que le haga cognoscible per sé, sino solo cuando se manifiesta a través de algún aspecto concreto que le otorgue forma (Jung, 1936);

Mientras que la **imagen arquetipal** es la modalidad específica de manifestación de esa energía de la psique, la cual posee intensidad y se manifiesta a través de símbolos, pero sin detenerse en ninguno de manera fija, y siendo su valor medible sólo por su forma de constelarse en el nivel individual (Hesnard, 1972).

De igual manera, cuando Jung (1942/1994) define al arquetipo como un factor de orden *formal* que estructura los procesos psíquicos inconscientes, debe tenerse la precaución de no verse llevado a confusión por la palabra “formal”, pues el arquetipo no es más que una preforma o “molde”, una posibilidad apriorística sin representación que tendrá que verificarse en una manifestación tangible y comprobable a posteriori a través de una imagen específica y concreta, la cual –debe agregarse– jamás lo agotará. En tal sentido, la “forma” o matriz original a la que refiere Jung “se puede comparar con el sistema de coordenadas de un cristal, sistema que en cierto modo predetermina la formación del cristal en la legía madre, sin poseer ese sistema o elemento modelador una existencia material por sí mismo” (Jung, 1939). Esto conlleva que toda interpretación del arquetipo no es más que una traducción posible en el seno de un sistema de representaciones. El arquetipo es así un conjunto de ideas o representaciones aglutinadas en torno a una imagen, sin que dicho conjunto se agote en la imagen misma. Simplemente encuentra por vía de ella asidero para su expresión de forma (la expresión “formal” referida por Jung). Su forma de expresión más común es la imagen simbólica que aprehende el arquetipo de manera parcial pero no lo agota en ningún caso y que, como todo lo simbólico, siempre es inexhaustivo.

Los **arquetipos** pueden entonces ser definidos como **emociones, ideas y modelos de presencia ontológica que se expresan por medio de símbolos e imágenes** (Jáidar, 2004). Es en este orden de ideas como es posible encontrar que ciertos temas de mitos o de motivos del folklore se repiten en toda la tierra bajo formas similares o casi idénticas (Hesnard, 1972). Las mitologías, las religiones comparadas y la historia de la civilización ofrecen evidencia de ello, siendo notorio que, con pequeñas variaciones culturales en su forma de expresión manifiesta, conservan una estructura esencial y se repiten de manera recurrente a través de los diversos

pueblos, en los cuales encuentra resonancia inmediata y de manera transcultural en aquel que entra en contacto con él (Pritz, Quintana y Stumm, 2009). Así, el arquetipo se refleja o materializa en una situación o una estructura a la que el psiquismo reconoce un carácter universal.

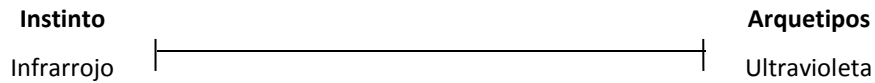


Figura 1

Para Jung (1939) los arquetipos serían la contrapartida de los instintos, tal y como se ha representado en la Figura 1. Para él, los patrones instintivos de la conducta animal y el arquetipo (o lo arquetípico) humano son extremos polares de un mismo espectro o gradiente, metafóricamente equivalente al espectro lumínico que va desde los infrarrojos a los ultravioletas.

A pesar de que Jung sostiene que la cantidad de arquetipos es infinita, en su labor teórica, –como cabe esperar– desarrolló tan solo algunos de ellos (siendo que los mismos han demostrado poder arropar o servir de matriz a casi cualquier otro concepto, al poder los mismos ser reconducidos a ellos como a un factor que los agrupa). Entre estos arquetipos fundamentales desarrollados por Jung, se encuentran: el Yo, la *Persona o Máscara* (la imagen que se exhibe socialmente), la *Sombra* (el conjunto de aspectos negados o rechazados de la propia naturaleza y que es diametralmente opuesta a la máscara), el *Sénex* (principio o núcleo de sabiduría espiritual masculina), la *Gran Madre o Magna Mater* (principio o núcleo de sabiduría femenina, y representación del inconsciente), el *Ánima*, el *Ánimus*, el Niño Divino, el Héroe, el *Puer Aeternus* o Eterno Adolescente y el *Self*. Sin embargo, la presente propuesta se concentra con particular interés en la figura del **Ánima**, a la que Jung definió como el **aspecto psicológico contrasexual de la psique masculina**, así como estableció que su contraparte –el *Ánimus*– era el aspecto contrasexual inconsciente de la personalidad femenina (Jung, 1939).

2.2.- Arquetipo del **Ánima** y tipologías de lo femenino

Concebida originalmente como **el arquetipo que abarca toda la experiencia colectiva que el hombre tiene de la mujer** (Jung, 1939), el **Ánima** se encuentra conectada con el parentesco y con la función psicológica del sentimiento, y personifica aquel aspecto del inconsciente del hombre que pugna por el vínculo o la unión con los otros, es decir, un principio que se relaciona con el Eros (Robertson, 2006).

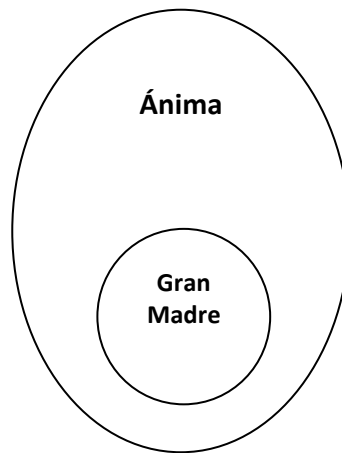


Figura 2

Jung (1939) sostenía que en algunos sentidos, el **Ánima** es la misma para todos los hombres y arropa a aquel otro arquetipo fundamental que es la Magna Mater o Gran Madre. Siguiendo esta concepción, y tal como se observa en la Figura 2, podría afirmarse que no hay más que una Mujer, una esencia de lo femenino que realmente no se puede expresar jamás en palabras pero que posee los mismos atributos en el inconsciente de todo hombre. Asimismo, puede afirmarse que el arquetipo del **Ánima**, como todo lo psíquico, es una estructura bipolar o ambigua que incluye todos los aspectos de lo femenino. Por ello puede aparecer positiva en un momento y negativa al siguiente, joven o anciana, madre o doncella, como hada buena y luminosa, o como bruja oscura o sombría; como santa o como prostituta (Jung, 1939). Entre las variaciones o estadios con que el **Ánima** aparecía en la proyección de un hombre, Jung distinguió las figuras simbólicas de Eva, Helena de Troya, la virgen María y Sofía, correspondiendo cada una a un momento progresivo del Eros masculino (Jung, 1946).

En la misma línea de la propuesta junguiana original, Toni Wolff (1956) ofreció una clasificación tipológica tentativa de lo femenino arquetípico como un producto de la proyección del varón. Su propuesta también incluye cuatro aspectos del principio femenino, a saber: la Madre, la Hetaira, la Amazona y la Médium o Mediatrix.

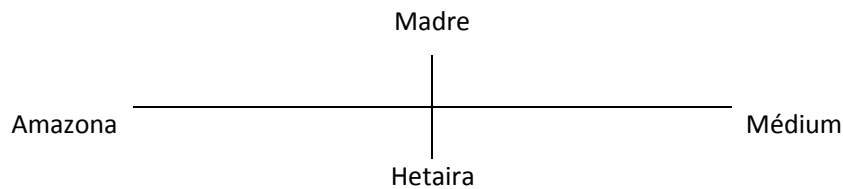


Figura 3

La clasificación de las figuras arquetipales propuestas en la tipología de Wolff (1956) –posteriormente retomada por Withmont (1969) y Claremont (1974)–, se puede distribuir en un espectro de dos ejes cruzados a la manera que se muestra en la Figura 3, donde cada extremo de los ejes se asocia con un par antagónico y complementario. El primer par, lo conforma la Madre como polo del eje en cuyo extremo opuesto se encuentra la Hetaira, mientras que el segundo par está conformado por el eje que tiene como extremos polares a la Amazona y la Médium, respectivamente.

Así, la **Madre** es una figura llena de cualidades protectoras, que brinda atención y afecto, cuidando y nutriendo en todo sentido aquello que es joven, nuevo, tierno y que se encuentra en crecimiento (Wolff, 1956; Claremont, 1974). Su rostro luminoso es el del hogar, la protección, el perdón y el consuelo. Es la encarnación de toda compasión y sabiduría instintiva. Sin embargo, su rostro oscuro es el de la mujer posesiva, que devora y destruye, la matriz sombría que aleja de la vida y nos adentra en la muerte (Wolff, 1956). En ese sentido es la Madre compulsiva cuyo instinto materno surge de manera violenta e indiferenciada desde lo inconsciente (Claremont, 1974). Esta figura se relaciona con el hombre teniéndole principalmente como padre de sus hijos –muchas veces sirviendo como mediadora entre ellos–, y aceptando las ideas y criterio del varón sobre cualquier aspecto de manera tan ciega e incondicional como si se tratara de un hijo más (Claremont, 1974). Por su parte, como lo muestra la Figura 3, la **Hetaira** –la compañera o concubina– es la figura que se ubica en el extremo opuesto y más alejado a la Madre, y como imagen del *Ánima* se encuentra

simbólicamente representada en la figura de las antiguas cortesanas: una mujer intelectualmente dotada, culta, poseedora de sentido estético, dedicada a los aspectos del cortejo y del amor interpersonal; inestable, caprichosa, promiscua y con ciertos rasgos de ligereza que hacen que su proceder sea algo inconstante (Wolff, 1956). En este sentido, puede ser compañera en el nivel intelectual, espiritual o sexual –incluso los tres a la vez, aunque no necesariamente–, pudiendo en algunos casos extremos llegar a convertirse en la “*femme inspiratrice*” (Claremont, 1974). Este tipo se relaciona con el hombre por él mismo, valorándole como tal y no sólo como padre en razón de los hijos habidos en común como ocurre con la Madre. De hecho, en las uniones de esta mujer los hijos suelen ser de importancia secundaria. Para ella, la relación personal con el hombre es lo más importante y refleja de tal manera el *Ánima* de éste que puede caer con facilidad en el rol de seductora, induciendo al varón a alejarse de su destino y a olvidar las necesidades prácticas de la vida, en aras de ambiciones ilusorias o de la búsqueda de simple placer que pueden significar su propia ruina (Claremont, 1974). Lo común entre las figuras arquetípicas de la Madre y la Hetaira es que operan dirigiendo su energía hacia el afuera, hacia las relaciones, y están conectados fuertemente con los aspectos instintivos de la mujer. Llevan a la mujer a relacionarse, bien de modo materno, bien de manera erótica, con el hombre. Sin embargo, su aspecto marcadamente diferencial es que, mientras la Madre representa lo que Jung (1939) denomina como hipertrofia de lo maternal en la mujer, la Hetaira representa la hipertrofia del eros (genitalizado).

El otro par es la dupla correspondiente a los arquetipos de la *Médium* y de la *Amazona*, respectivamente, que dirigen su fuerza hacia la propia intimidad personal. En el primer extremo del eje horizontal de la Figura 2 vemos ubicada a la figura de la *Amazona*, el tipo que con más frecuencia se observa en la actualidad, pues es la mujer independiente y autosuficiente que se inclina más por sus propios logros e intereses (Claremont, 1974). Es una figura enérgica, fuerte, capaz, eficiente y práctica, que no escarcea su apoyo a quien lo necesita y rebosa en un tipo de sabiduría concreta, fáctica, orientada a resolver o enfrentar los hechos de la vida y el mundo. Su faceta luminosa se evidencia en la capacidad de hacer frente a la realidad, tratando con el mundo material y sus complejidades, ofreciendo seguridad y estabilidad. No obstante, en su cara sombría, es dominante, opresiva, limitadora, rígida, dogmática y esclava de la tradición y de la ley (Wolff, 1956). En términos junguianos, su exceso de *ánimus* puede hacerle

excesivamente argumentativa y siempre dispuesta a rebatir para tener “la razón”. El nombre de este tipo, tomado de las guerreras de la mitología griega que adoraban a la diosa virgen, sugiere con facilidad su demanda de igualdad con respecto al hombre (Koppen, 2012). Aunque puede casarse y tener hijos, a diferencia del tipo Maternal y de la Hetaira antes mencionados, no necesita ni depende de un hombre para realizarse. De hecho, puede que su vinculación amorosa con el varón sea vivida en la misma forma en que lo haría un hombre, llegando incluso a instrumentalizar la relación para su propio desarrollo y provecho profesional (Claremont, 1974). Al relacionarse con el hombre en un nivel únicamente consciente, no actúa de mediadora para él de ninguna manera. La relación de la Amazona con el hombre es la de la hermana con el hermano, con el cual interactúa mutuamente asumiendo el rol de camarada o rival (ubicándose en una de estas posiciones o alternando entre ambas). Así, muchas veces suele aparecer como un tipo de mujer dura y masculinizada que se comporta como rival amenazadora del hombre o de otra mujer autónoma como ella misma; o como la compañera de trabajo que –habiéndose encontrado su lugar–, es aceptada como un estimulante desafío. Pero en cualquier caso, al ser percibida como una amenaza, su aparición es temida y detestada en el competitivo mundo del varón, lo cual hace que este tipo de mujer pueda tener una constante e inconfesable sensación de inadecuación e insuficiencia de la cual se defiende con una insidiosa agresividad (Claremont, 1974). Finalmente, tal como lo muestra la Figura 3, la *Médium* (Mediadora o Mediatrix), es el extremo opuesto de la Amazona y representa a la vidente y visionaria. Se trata de un tipo de mujer que, como una profetisa que está en comunión con el sentido trascendente de las cosas, puede desentrañar los secretos del universo y del mundo íntimo de lo subjetivo; y cuyos dones son la espontaneidad, el júbilo y el éxtasis con y por las cosas simples. Su imagen es la de la mujer que se abandona a fluir con el momento y tomar las cosas como vienen. Su dimensión iluminada es el rostro de la intuitiva e inspiradora, el cáliz del espíritu creativo (Wolff, 1956; Claremont, 1974), pero en su dimensión oscura, se muestra como histérica, como locura, caos, entrega frenética a las fuerzas de lo colectivo y a las potencias demoníacas de la visión y el delirio (Wolff, 1956).

Al igual que ocurría con Jung, Wolff (1956) sostenía que las cualidades que se encarnan en estas cuatro figuras son aspectos de la psique inconsciente del hombre proyectados en la mujer real y soportados por algún elemento de ella. En su totalidad, estas figuras no pueden ser

identificadas como una mujer viviente, porque son símbolos; pero algunas mujeres pueden ser mejor pantalla que otras para aceptar la proyección de uno u otro símbolo, y de esa forma encarnar en sí y por sí mismas a alguna de ellas, aunque jamás se les encontrará totalmente representadas, porque ninguna mujer puede dar cuerpo cabal y unívoco al mitológico espectro de opuestos contenidos en el *Ánima*. En este sentido, aunque se trata de una categorización que no cabe interpretar de manera literal y estática, toda mujer tiende a identificarse inconscientemente con uno de estos cuatro aspectos del principio femenino –o a encarnarlo– más que a los restantes.

Sin embargo, tanto la visión de Jung como la de Wolff, que implican que la mujer real sólo queda revestida de lo femenino arquetípico en la medida en que un hombre proyecte su *Ánima* –su figura femenina interna– sobre ella, se convirtió en fuente de nuevas reflexiones y desarrollos.

2.3.- Figuras arquetípicas de lo femenino en la mujer

En reacción al tratamiento que inicialmente se le dio a lo arquetípico femenino, algunos autores contemporáneos (por ejemplo, Hillman, 1992) encuentran la definición original del *Ánima* dada por Jung como limitada y limitante. Sostiene Hillman (1992) que Jung nos dio el concepto de *Ánima*, pero limitándolo por definición a la psicología del hombre. Y agrega que Jung “sostenía que, empíricamente, el *Ánima* se revela donde la consciencia del hombre se manifiesta débil y vulnerable, reflejando su contrasexualidad interior como una feminidad que [el propio hombre] maldice y abomina” (Hillman, 1992). Sin embargo, continúa afirmando este autor, el arquetipo del *Ánima* no puede quedar limitado a las peculiaridades de la psicología masculina y como algo que sólo se evidencia al ser “proyectado” sobre la mujer por parte del hombre (Hillman, 1992). Las representaciones del *Ánima* en la mitología griega, donde este arquetipo aparece bajo la configuración de ninfas, ménades, amazonas, nereidas o en las formas divinas –más numinosas y articuladas– de las diosas pertenecientes al Panteón Olímpico, refieren a una estructura de conciencia relevante tanto para la vida del hombre como de la mujer, concluyendo que “**por ello no puede afirmarse que el *Ánima* sea una prerrogativa masculina**” (Hillman, 1992). De una opinión similar es López-Pedraza (2005).

Para estos autores, que se han convertido en verdaderos representantes de una “psicología arquetipal”, resulta evidente que el aspecto arquetípico femenino **no aparece solo como elemento psicológico de carácter contrasexual en la psique masculina, sino también evidenciado de manera real y tangible en el carácter manifiesto del individuo femenino.** Según sostienen estos autores, el arquetipo femenino o *Ánima*, en sus diversas variantes, es manifestado a través de la conducta de toda mujer; de la misma manera que los aspectos arquetípicos masculinos del *ánimus* no se manifiestan sólo como elemento psicológico contrasexual de la mujer proyectado en el varón, sino también en la conducta observable de todo hombre.

Ahora bien, zanjada la discusión de que el *Ánima* en ningún modo es únicamente un producto arquetipal presente en la psique masculina como aspecto contrasexual de su inconsciente y sólo presente en la mujer en tanto proyección del varón, es notorio que el primer intento de clasificación de Wolff (1956) arroja el desarrollo más detallado de diversas tipologías inspiradas en las descripciones míticas de las diosas del panteón clásico politeísta griego como atributos conductuales objetivables que evidencian la expresión del arquetipo del *Ánima* en cada mujer.

En este sentido, el desarrollo específico de los aspectos psicológicos de estas figuras arquetípicas femeninas ha sido llevado a cabo por autores como Stassinopoulos y Beny (1983), Bolen (1984), Rísquez (1997), Stassinopoulos (2004), Barker y Woolger, 2005; Villalobos (2006), Winckler (2008) y Downing (2010), quienes les han dado tratamiento al estilo de las tipologías elaboradas por Jung (1913, 1921/1960, 1925, 1928, 1936), quien distingue dos actitudes psicológicas generales que determinan la forma de reacción general de un individuo – extroversión e introversión–, así como cuatro funciones psicológicas complementarias o compensatorias (pensamiento, sentimiento, intuición y sensación) y los aspectos fenomenológicos emergentes de cada una de tales figuras. Recurriendo a las imágenes de la mitología clásica “hechas a imagen y semejanza del hombre” (Kerényi, 1997), y empleando el amplio y elaborado bagaje de descripciones tipológicas contenidas en las obras literarias clásicas, los autores antes mencionados han desarrollado un cuerpo teórico sólido, con definiciones concretas de tipologías psicológicas de resonancia universal que usan como “modelos” a las deidades femeninas (y acogen sus nombres para ofrecer delineaciones

psicológicas y conductuales muy específicas y detalladas). Después de todo, como afirma Harding (1995) los “dioses” no son en realidad seres externos al ser humano sino más bien fuerzas o principios psicológicos que han sido proyectados y personificados en las deidades que los representan.

En el caso concreto de la tipología psicológica femenina, las descripciones encuentran eco en las figuras de las míticas diosas Hestia, Artemisa, Atenea, Deméter, Perséfone, Hera y Afrodita. Las descripciones psicológicas que se han desarrollado de estas siete diosas afinan la objetivación de las tipologías originales de Wolff y constituyen el fundamento teórico para identificar los rasgos arquetípicos femeninos dominantes que se encuentran presentes en hombres y mujeres, pero de los cuales la mujer –por su condición biológica– presenta una especial ostentación. Cada figura de estas mujeres míticas traza un modelo acerca del camino de individuación y, en una especie de referencia clásica, muestra como el mito puede ayudar a dilucidar el significado de una experiencia personal concreta, en tanto constituyen imágenes altamente diferenciadas de lo femenina (Downing, 2010).

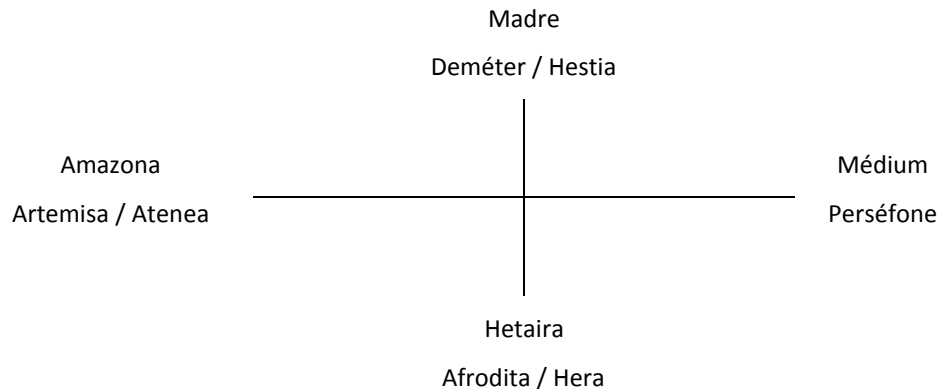


Figura 4

Al reconducir a las diosas clásicas y sus peculiares psicologías sobre los ejes iniciales de la propuesta de Wolff, tal y como se observa en la Figura 4, se puede establecer una amplificación o un mayor repertorio de matices a través de las imágenes de figuras concretas.

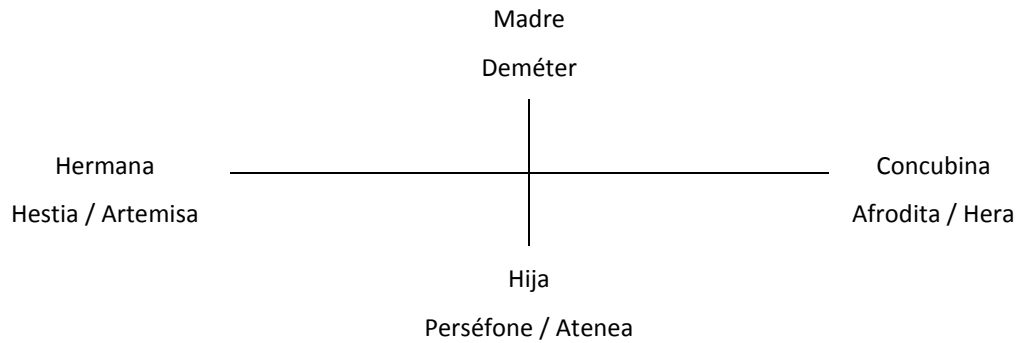


Figura 5

Además, el cuarteto tipológico que corporiza el todo estructural de Wolff también puede ser establecido en términos de roles parentales como Madre, Hija, Hermana y Concubina, en el cual las figuras arquetipales encuentran una reasignación, conforme se presenta en los ejes de la Figura 5.

Tabla 1. Clasificación de las figuras arquetípicas femeninas de Bolen (1984)

VIRGINALES	Hestia
	Artemisa
	Atenea
VULNERABLES	Hera
	Deméter
	Perséfone
ALQUÍMICA	Afrodita

Ahora bien, es menester hacer mención de las características más relevantes de cada una de los perfiles arquetipales femeninos elaborados a partir de las figuras de las diosas mitológicas antes mencionadas, que son las que –en definitiva– permiten establecer el patrón arquetípico que les determina conductualmente. Así, siguiendo a Bolen (1984), y tal como se observa en la Tabla 1, se les puede agrupar en tres grandes categorías generales, a saber: las diosas VIRGINALES (que incluye a Hestia, Artemisa y Atenea), las diosas VULNERABLES (que incluye a Hera, Deméter y Perséfone), y un último grupo conformado por una única deidad, a la que esta autora denomina la diosa ALQUÍMICA (Afrodita).

Según Bolen (1984) las **diosas vírginales** representan la cualidad femenina de independencia y autosuficiencia. No suelen optar por la posición de víctima y les caracteriza cierto estoicismo (es decir, no se encuentran inclinadas al sufrimiento emocional). El aspecto de la diosa “virgen” representa los aspectos de la mujer que el hombre no puede “penetrar”, lo inaccesible, lo intocable. Son tipos arquetípicos femeninos que no se encuentran condicionados por la necesidad de un hombre o de la aprobación del orden patriarcal, dando la impresión de estar enteramente separadas de ellos en tanto existen para sí mismas (Bolen, 1984). Por otra parte, las **diosas vulnerables** representan el rol tradicional de esposa, madre e hija. Se trata de tipologías arquetípicas cuyo bienestar depende de la presencia de relaciones significativas en sus vidas, puesto que lo que las motiva es la gratificación a través de la relación, el vínculo afectivo, la aprobación y la atención (Bolen, 1984). De esta forma, son particularmente proclives a encontrar anclaje –e incluso cierta complacencia– en el sufrimiento emocional, reaccionando a menudo como víctimas. En una categoría aparte, encontramos a Afrodita, denominada por Bolen (1984) como **diosa alquímica**, a la que se define como tal en referencia al proceso o el poder de transformación a través del Eros, lo vincular-relacional y el placer, que solo esta figura, por medio de sus atributos, es capaz de poner en marcha. Seguidamente, pasamos a realizar la exposición detallada de cada una de estas figuras arquetipales femeninas.

2.4.- Descripciones de las figuras arquetipales femeninas

2.4.1.- Hestia

Hestia –equivalente a la Vesta romana–, la diosa del hogar y de los templos, es considerada como la primera diosa virginal en la clasificación de Bolen (1984). Ella representa a la madre impersonal y a la mujer sabia. En alusión a su perfil mitológico dentro de la genealogía de deidades griegas, diversos autores la presentan arquetípicamente como la mujer que permanece sola, y se refieren a ella como a la tía soltera que sin embargo vela por otros y les atiende con solicitud (Stassinopoulos y Beny, 1983; Bolen, 1984; Rísquez, 1997; Stassinopoulos, 2004 y Villalobos, 2006). De hecho, López-Pedraza (2005) afirma que este arquetipo “carga con la patología oculta y desconocida de la familia”. Ella es la que cuida de los niños y apacigua los conflictos entre padres e hijos, fungiendo como madre espiritual o anciana sabia (López-Pedraza, 2005).

Siguiendo los postulados acerca de la tipología psicológica junguiana, Bolen (1984) la presenta como categóricamente introvertida y habitualmente sensible e intuitiva, agregando que en su faceta positiva es una figura arquetípica que tiene capacidad para disfrutar de la soledad y que posee un profundo sentido de lo espiritual. Sin embargo, en su faceta más oscura, puede resultar distante desde el punto de vista emocional y mostrar una casi total ausencia de sociabilidad. Es una mujer que decidida, leal e independiente, que no necesita de un hombre para sentirse bien consigo misma. Selectiva y reservada, prefiere pasar desapercibida. Al mantenerse centrada, es un referente de estabilidad y equilibrio para otros, a la que además se le suele ver como poco exigente (Bolen, 1984; Rísquez, 1997 y Stassinopoulos, 2004).

Una integración entre Bolen (1984), Stassinopoulos (2004) y Barker y Woolger (2005) permite ofrecer una breve panorámica arquetípica de sus aspectos vitales y su desarrollo evolutivo en la mujer, en los siguientes términos: En su *infancia* es una niña agradable, tranquila, de trato fácil, autosuficiente y con gran presencia interior. No busca llamar la atención adulta, más bien prefiere pasar desapercibida. Con respecto a la *imago de sus padres*, su madre aparecerá como ineficaz, sumisa y a veces incluso depresiva, mientras que su padre será para ella dominante y anulador. En cuanto a *su relación con otras mujeres*, Hestia siempre será un lugar de cálido refugio para las amigas, sirviendo de centro al que pueden acudir cuando hayan perdido temporalmente el propio, pues ella reconforta y abre espacio a la comunicación aun y cuando no es en sí misma muy comunicativa. *Su relación con los hombres* es en general seria y reservada, aunque también puede llegar a ser materna pero conservándose siempre algo impersonal. *El tipo de hombre con el que suele relacionarse* es aquel que sale al mundo pero siempre vuelve a ella, el hombre cabeza de familia pero también el *Puer Aeternus*, el eterno adolescente de tipo mercurial. Como hemos adelantado arriba, *el tema central de su vida* es la consecución de autonomía y una íntima integridad, a través del repliegue hacia el interior de sí misma para escapar de la violencia prosaica que percibe a su alrededor. Con respecto a su *sexualidad*, vivir sin ejercerla no le causa conflicto. Hestia no es ni seductora ni sexy, le preocupa más el contacto cálido y verdaderamente íntimo. La *maternidad y la relación con los hijos*, si los tiene, es para ella una experiencia armoniosa, sin grandes conflictos. Como madre es paciente y calmada, atenta y cálida. En el *ámbito laboral*, no es competitiva ni aspira o se avoca a puestos de relieve, en caso de salir del hogar (que es su lugar de preferencia para

permanecer). En la *mediana edad* alcanza una posición estable, el más de las veces permaneciendo soltera y dedicada a su trabajo, aunque esta etapa será para ella un punto de inflexión para ahondar en una vida verdaderamente más espiritual (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005).

Aunque a nivel mítico no aparece relacionada con ningún dios, su *ánimus* e incluso su alterego se ve simbólicamente proyectado en algunas figuras míticas asociadas, tales como Hermes en su cualidad de viajero e inquieto *Puer Aeternus*, mientras ella representa al *oikos*, el hogar al cual regresar, como *onphalos* y como *témenos* (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Villalobos, 2006), los dioses Poseidón y Apolo, que fueron los que mitológicamente llegaron a rivalizar para pretender amorosamente a la diosa sin éxito de aceptación de su parte (Graves, 2001; Richepin, 2002; López Trujillo, 2006 y Villalobos, 2006), y que representan al hombre paternal pero de emocionalidad profundamente instintiva, el primero, mientras que el segundo es un símbolo del orden impoluto y la virtuosidad (ambos aspectos presentes en Hestia misma). Y finalmente a Dionisos, a quien cede su lugar en el Olimpo, y a Hefestos, a quien está unida simbólicamente de alguna manera al clasificársele a ambos entre las divinidades del fuego (Richepin, 2002), Hestia el sagrado y Hefestos el creador.

2.4.2.- Artemisa

Artemisa –equivalente a la Diana romana– diosa de la caza y de la luna, es considerada como la segunda diosa virginal en la clasificación de Bolen (1984). En alusión a su perfil mitológico dentro de la genealogía de deidades griegas, diversos autores la presentan arquetípicamente como la hermana, la competidora y la feminista –o idealista– defensora de las causas reivindicativas (Stassinopoulos y Beny, 1983, Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004; Risquez, 1997 y Villalobos, 2006). Ella representa a la mujer impetuosa, valiente, exigente, ambiciosa, competitiva y dotada de una naturaleza indómita y salvaje, de manera que es la encarnación concreta de la idea de la Amazona propuesta por Wolff (1956). Siguiendo los postulados acerca de la tipología psicológica junguiana, Bolen (1984) la presenta como habitualmente extravertida –aunque Barker y Woolger (2005) sostienen que responde más bien al tipo introvertido–, intuitiva y sensible. En su faceta luminosa, se le reconoce un carácter independiente y autónomo, y la capacidad para establecer objetivos propios y alcanzarlos, así

como de entablar y sostener alianzas solidarias con otras mujeres. Pero entre sus aspectos negativos se encuentra su distancia emocional, rudeza, rencor, cólera, deseo de venganza y muy especialmente su crueldad.

Una integración entre Bolen (1984), Stassinopoulos (2004) y Barker y Woolger (2005) permite ofrecer una breve panorámica arquetípica de sus aspectos vitales y su desarrollo evolutivo en la mujer, en los siguientes términos: En su *infancia*, tendrá una actitud exploradora y aventurera, y desde temprano será muy independiente. Con respecto a la *imago de sus padres*, le es muy relevante la aprobación del padre. La percepción de sus padres puede variar, viéndolos bien como igualitarios y ecuánimes, o bien como un padre rechazador y no aprobador y madre débil, pasiva, depresiva, victimizada, que desde temprano le cree dificultades para identificarse con lo que aparece como un símbolo de debilidad. Su *relación con otras mujeres* es de amistad, hermandad, compañerismo y protección. La *relación con los hombres* es por lo general de amistad y precedida por un sentimiento de igualdad, aunque entra fácilmente en rivalidad y competitividad. El *tipo de hombre con que suele relacionarse* es aquel que le permita igualdad y complementariedad, que la comprenda y respete, pues de lo contrario se inclina a la retaliación y el desinterés. Como hemos anticipado arriba, el *tema central de su vida* es la libertad, la autonomía, independencia y la competición. En cuanto a su *sexualidad*, puede emular la castidad de la diosa Artemisa, y poner toda su energía sexual al servicio de una causa o proyecto, aunque si la vive, puede tomarla como un “deporte” (en el sentido de competencia y rendimiento), aunque siempre de forma libre, fresca y sin prejuicios. Con respecto a la *maternidad y su relación con los hijos*, es una buena madre que entabla un vínculo de compañerismo con sus hijos, los educa para que sean autónomos. Sin embargo, su instinto materno no está nunca muy desarrollado. En el *ámbito laboral*, se siente atraída por actividades dinámicas, competitivas, muchas veces al aire libre o en contacto con la naturaleza. En la *mediana edad* el arquetipo pierde fuerza y evoluciona a una tendencia más reflexiva, de introspección, que la enfrenta a los fantasmas del pasado, así como a sentimientos y anhelos olvidados o no atendidos hasta ese momento (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005).

Algunas imágenes que pueden ayudar a amplificar sus rasgos sombríos son las indómitas Amazonas y la heroína Atalanta (López-Pedraza, 2005), así como su madre mítica

(Leto o Latona) y sus compañeras-hermanas (ninfas), figuras que representan la posibilidad simbólica de observar aspectos de su alterego (Bolen, 1984 y Downing, 2010). Por ser diosa arcaica de la luna y por tanto su homónima en algún nivel, también la mortífera Hécate.

Su *ánimus* se encuentra simbólicamente representado por su hermano mitológico, el dios Apolo, el virginal Hipólito y el cazador Acteón, los cuales representan tanto al hermano-compañero heroico (Bolen, 1984 y Barker y Woolger, 2005), como la rigidez de su pensamiento (Logos) y de su manera de conducirse (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Downing, 2010).

2.4.3.- Atenea

Atenea –equivalente a la Minerva romana– diosa de la sabiduría, de las artes de ingenio y, por extensión, de la civilización, es considerada como la tercera diosa virginal en la clasificación de Bolen (1984). En alusión a su perfil mitológico dentro de la genealogía de deidades griegas, diversos autores la presentan arquetípicamente como la hija del padre y sabia estratega (Stassinopoulos y Beny, 1983; Bolen, 1984; Rísquez, 1997; Stassinopoulos, 2004; Villalobos, 2006 y Winckler, 2008) dotada de intelecto civilizador (Ostfeld, 2010). Siguiendo los postulados acerca de la tipología psicológica junguiana, Bolen (1984) la presenta como una figura arquetípica categóricamente razonadora (regida de manera dominante por la función psicológica del pensamiento y el Logos masculino), y como habitualmente extravertida y sentimental. De ella se destaca, en su faceta más positiva, su capacidad para pensar correctamente, para planificar estrategias y resolver problemas de manera práctica, así como su habilidad para crear poderosas alianzas con hombres. De hecho, la camaradería, más que la competición, es un criterio diferencial con respecto a los rasgos de la figura arquetipal de Artemisa. Además, se dice que su misericordia es grande, pues como recuerda Graves (2001) cuando los votos de los jueces estaban igualados, Atenea los desempataba dando el voto decisivo a favor del acusado. Sin embargo, en su vertiente oscura se ponen en relieve dificultades psicológicas como su distancia emocional, su astucia y su falta de empatía, así como su trato impersonal, su exceso de autoritarismo y su postura crítica (Bolen, 1984).

Una integración entre Bolen (1984), Stassinopoulos (2004) y Barker y Woolger (2005) permite ofrecer una breve panorámica arquetípica de sus aspectos vitales y su desarrollo evolutivo en la mujer, en los siguientes términos: En su *infancia*, es una niña curiosa, que busca información y desea conocer el funcionamiento y el porqué de las cosas. Desde muy temprano se manifiesta como fuertemente intelectual, con gran capacidad de concentración y puede pensar que las otras niñas son tontas debido a los intereses que tienen. Es una niña que difícilmente llora o pierde la compostura. En cuanto a la *imago de sus padres*, la vinculación es menor con la madre que con el padre, pues se identifica con la autoridad masculina y tiende a idealizarle. Además, como necesita más de respuestas lógicas, el discurso de una madre muy emocional puede resultar decepcionante y repelerla por resultarle poco estimulante a nivel mental. En su *relación con otras mujeres* Atenea íntima poco y tiene dificultad para aproximarse y comunicarse, siendo muchas veces poco empática al no identificarse con la “hermandad” o colectivo femenino y pudiendo, más bien, competir de manera “masculina”, fría, calculada. La *relación con los hombres* es en general de compañerismo, camaradería, a veces competitividad (sin embargo suele prevalecer lo primero, y aunque compita raras veces llegará a la rivalidad encarnizada, que, como se ha dicho, la distingue de Artemisa). Su relación con los varones está teñida por la admiración o la idealización positiva o negativa. El *tipo de hombre con el que suele relacionarse* es el de éxito y poder, capaz y ambicioso. Como hemos dicho arriba, el *tema central de su vida* es el logro de autonomía e independencia de una manera táctica, estratégica, gestionada. En cuanto a su *sexualidad*, la vive como un acuerdo intrínseco cuya expresión y tiempo de duración pueden ser calculados, planificados e incluso utilizados estratégicamente para un propósito, y también como juego de poder. Con respecto a la *maternidad y su relación con los hijos*, su instinto maternal puede permanecer ausente, pero en todo caso le gusta la obediencia y educa a sus hijos para que desde temprano sean independientes, autónomos y operativos, estableciéndoles límites claros. En el *ámbito laboral*, está orientada al logro, le atraen ocupaciones relacionadas con la lógica, la argumentación, el poder y la gestión eficaz. En este sentido, puede ser la mano derecha de un hombre o buscar un hombre que le sirva a ella de colaborador cercano. La *mediana edad* es para ella un tiempo de reflexión para evaluar opciones y hacer un tránsito ordenado a otra etapa, o por el contrario puede que la enfrente con su resistencia al cambio y sacuda su habitual desapasionado equilibrio (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005).

Una imagen que sirve para amplificar esta figura –sobre todo en su dimensión de sombra– es la de la mítica Gorgona Medusa, la mujer con cabellos de serpiente y mirada petrificadora que terminó adornando la égida de la diosa y que simboliza las deformaciones monstruosas de la psique que el héroe –la potencia psíquica en lucha contra el caos– debe vencer (Castillo, 2005). Concretamente, en Atenea esta imagen remite a la necesidad de enfrentarse con la propia vanidad e ilusión de perfección (el ser-completa-en-sí-misma), que paraliza la sublimación del deseo (Winckler, 2008), además de constituir un símbolo de castración en el sentido que le atribuyó Freud (1922), no sólo como amenaza sino también como elemento necesario que ha de ser asumido e integrado para la propia evolución psicológica. También la figura de Aracne, condenada por la diosa a tejer la misma tela “siempre, siempre”, lo cual sugiere –como diría Grecco (2009)– los rasgos del *ánimus* o “masculinizados” tendientes a la obsesividad y ritualismo de la propia Atenea.

Su *ánimus*, se encuentra muy desarrollado –como cabe esperar del hecho de que el Logos es muy poderoso en esta figura arquetipal–, encontrando resonancia simbólica y eco proyectivo en el Padre-Héroe, el hombre heroico y el “compañero de armas” o de causa (Barker y Woolger, 2005), cuyas figuras arquetípicas más emblemáticas son las de su Padre Zeus, del herrero Hefestos, del abortado Erictonio y de los Héroeos –como Ulises y Teseo– por ella misma protegidos, los cuales siempre destacan por su intelecto, su ingenio y su astucia (Bolen, 1984, Stassinopoulos, 2004 y Downing, 2010). Sin embargo, su rivalidad en culto con Poseidón en Atenas (Koppen), oculta simbólicamente los aspectos instintivos y emocionales negados de la diosa.

2.4.4.- Hera

Hera –equivalente a la Juno romana– diosa del matrimonio, es considerada como la primera de las diosas vulnerables en la clasificación de Bolen (1984). En alusión a su perfil mitológico dentro de la genealogía de deidades griegas, diversos autores la presentan arquetípicamente como la legítima y vigilante esposa, orientada a forjar compromisos y alianzas y a defenderles con lealtad, en defensa de la estabilidad, la institucionalidad y la tradición familiar (Stassinopoulos y Beny, 1983; Bolen, 1984; Rísquez, 1997; Stassinopoulos, 2004; Villalobos, 2006 y Winckler, 2008). Para este tipo de mujer su marido es el centro de su

propia vida, y a menudo se casa con un hombre que representa o bien una criatura necesitada de afectuoso calor, o bien una figura potente y ostentosa. Los hijos, el trabajo o desarrollo profesional y los intercambios sociales –incluso cuando son prolíficos– están para ella en segundo lugar. Hasta cierto punto, ella representa a la idea de la Hetaira de Wolff (1956), aunque no tanto como veremos que ocurre con Afrodita. Siguiendo los postulados acerca de la tipología psicológica junguiana, Bolen (1984) la presenta como una figura arquetípica habitualmente extravertida, en la cual dominan las funciones psicológicas de la sensación y el sentimiento o emoción. En su aspecto más benévolo o positivo se encuentra dotada de la capacidad para establecer y asumir un compromiso estable y duradero, gracias a su fidelidad. No obstante, en su aspecto oscuro, se ve aquejada de celos, y poseída por la cólera y el espíritu vengativo, muchas veces incapacitada para discernir acerca de la destructividad de sus relaciones y decidirse a abandonarlas (Bolen, 1984).

Una integración entre Bolen (1984), Stassinopoulos (2004) y Barker y Woolger (2005) permite ofrecer una breve panorámica arquetípica de sus aspectos vitales y su desarrollo evolutivo en la mujer, en los siguientes términos: En su *infancia*, es una niña hacendosa, diligente, correcta. En esta etapa sus juegos simbólicos están relacionados con el rol de esposa, el servicio y satisfacción del marido. Con respecto a la *imago de los padres*, su madre es percibida como sumisa y débil y su padre como dominante y egoísta. Su *relación con otras mujeres*, estará teñida por su propia situación: si tiene pareja, manifestará superioridad respecto a las solteras. Por el contrario, si está sola, se sentirá frustrada y envidiará a aquellas que se encuentren comprometidas. En cualquier caso no es habitual que tenga grandes amigas, pues las otras mujeres le producen celos al ser percibidas como una amenaza. Su *relación con los hombres* es en general seria y reservada, incluso algo suspicaz. El *tipo de hombre por el que se siente atraída y con el que suele relacionarse* es aquel que es exitoso, con poder mundano, un líder prestigioso y triunfador, en función del ámbito social al que pertenezca la mujer Hera. Como hemos adelantado más arriba, *el tema central de su vida* es de dependencia enmarcada en el matrimonio, el compromiso, la lealtad y la estabilidad, en tanto busca realizarse a través del marido. Con respecto a su *sexualidad*, no la siente suya, depende de otro para despertarla, y lo que suele ocurrir es que la activa para conseguir pareja y, al estabilizarse, disminuye o se vuelve monótona. Con ello contribuye el que siempre tema perder la posición de dama. En

cuanto a la *maternidad y su relación con los hijos*, es más esposa que madre, es poco afectuosa con los hijos y toma partido por el marido (padre de los hijos), entablando de esa forma competitividad de los hijos hacia el padre. En el *ámbito laboral, es comprometida*, es leal y entregada como en su matrimonio, siempre que la actividad laboral no entre en conflicto con los intereses o ideas del marido, o que afecte la relación con éste de alguna manera. En la *mediana edad* aspira a la realización en un matrimonio asentado, pero se siente desgraciada si sigue soltera, o si se ha divorciado o convertido en viuda (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005).

Entre sus alteregos se encuentran Afrodita (a la cual en una ocasión le pide su cinturón de seducción, y contra la cual rivaliza en el juicio de Paris), Atenea (por causa de la cual se siente superada por los celos y la cólera cuando su marido Zeus la alumbró sin que mediara su participación como esposa, y contra la que también rivaliza en el juicio de Paris), y sus hijas Ilitia (diosa de los nacimientos) y Hebe (diosa de la juventud), las cuales, siguiendo a Downing (2010), no son más que pálidos reflejos de aspectos mal integrados en la propia personalidad de la figura arquetípica de Hera. Asimismo, una imagen que puede ayudar a amplificar sus rasgos oscuros es la de la hechicera Medea –imagen mítica que da nombre al síndrome de Medea–, una metáfora de la crueldad a la que puede verse conducida una mujer en cuyo psiquismo opera la figura herida de Hera, cuya cólera puede llevarla a los actos de la más terrible crueldad cometidos con la frialdad más absoluta, en el intento de dañar a su pareja a través de sus hijos (Bolen, 1984 y Winckler, 2008). Por compartir una variante del atributo de poder y la necesidad de trabajar su evolución psicológica, también con Perséfone (Barker y Woolger, 2005).

Su *ánimus* encuentra eco en el Padre-Héroe, un hombre de poder mundano, líder, prestigioso y triunfador (Barker y Woolger, 2005), cuya representación simbólica encuentra asidero en el mítico Zeus (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Downing, 2010), aunque a veces también en el Padre-Hermano/Hijo-Héroe, representados por Zeus y Ares (Bolen, 1984). Sus hijos Ares y Hefestos, ambos afectados, cada uno a su manera –el primero por heridas psicológicas y el segundo por heridas psicológicas y físicas– también revelan aspectos afectados de su *ánimus*.

2.4.5.- Deméter

Deméter –equivalente a la Ceres romana– la diosa agrícola de las cosechas, es considerada como la segunda de las diosas vulnerables en la clasificación de Bolen (1984). En alusión a su perfil mitológico dentro de la genealogía de deidades griegas, diversos autores la presentan arquetípicamente como la Madre, siendo ella la que cuida y nutre de manera abnegada y doliente –*Mater Dolorosa*– en el sentido tanto material como emocional (Stassinopoulos y Beny, 1983; Bolen, 1984; Rísquez, 1997; Stassinopoulos, 2004; Villalobos, 2006 y Winckler, 2008). De hecho, es la figura de Deméter la que representa a la perfección la idea de Madre propuesta en la clasificación de Wolff (1956) y lo que Jung (1939) denomina hipertrofia de lo maternal en la mujer. Siguiendo los postulados acerca de la tipología psicológica junguiana, Bolen (1984) la presenta como una figura arquetípica habitualmente extravertida y sensible (conectada a la función de la sensación). Por su parte, Méautis (1964), en una de las posibles lecturas del mito eleusino en el que Deméter aparece retratada junto a su hija la Core-Perséfone, dice que esta diosa madre es la única que supo lo que es la muerte, pues Hades, dios del inframundo, raptó a su hija, y debido a ello creó los misterios eleusinos a fin de que los mortales no tuvieran miedo a morir (Méautis, 1964). Esto es lo que en el nivel simbólico permite asociar que esta figura arquetípica, más que ninguna otra, se encuentra particularmente familiarizada con el dolor que conlleva el cambio, la pérdida y la muerte. Así, en su semblante luminoso aparece como una figura arquetípicamente dotada de capacidad para ser maternal y nutrir a los demás, siempre generosa y abnegada, pero en su semblante oscuro se le describe como una figura arquetípica que propende a la depresión, a la culpa, a los sentimientos destructivos, fomentadora de la dependencia y vinculada con el embarazo no deseado o el aborto (Bolen; 1984); un útero poco o nada acogedor, o incluso devorador. Esta ambivalencia –válida desde el punto de vista arquetípico– hace sostener a Burkert (2007), al presentarla como figura mítica, que sigue siendo un misterio conocer de qué tipo de madre se trata exactamente.

Una integración entre Bolen (1984), Stassinopoulos (2004) y Barker y Woolger (2005) permite ofrecer una breve panorámica arquetípica de sus aspectos vitales y su desarrollo evolutivo como figura arquetípica en la mujer, en los siguientes términos: En su *infancia*, es una niña es muy emocional y dramática, busca continuamente llamar la atención de los adultos

y en sus juegos simbólicos se conduce como la que cuida, nutre y protege (a las muñecas, a otros niños o a animales domésticos). Es frecuente que desde muy temprano la tendencia sea la de ser la “madrecita” de sus hermanos más pequeños, sobre todo cuando los padres son inmaduros, irresponsables o están ausentes por razones físicas o emocionales. Con respecto a la *imago de sus padres*, tiene una percepción equilibrada de la madre, mientras que el padre puede estar idealizado. Sin embargo, será el grado de atención y proximidad afectiva de éste el que marcará el nivel de confianza en otras figuras masculinas. Su *relación con otras mujeres* suele ser de dos tipos: dentro de la familia entabla un feudo o microsistema matriarcal mientras que fuera, establece vínculos fuertes y duraderos con mujeres que comparten historias o experiencias similares a las suyas, y a las cuales puede hacerles de madre, pero de las que demanda tanta exclusividad que puede agotar el vínculo y llevar a rompimientos. Su *relación con los hombres* es en general maternal, sobreprotectora, incondicional y con tendencia a infantilizarlos; pocas veces exigiéndoles respeto reverencial de madre si ellos no se lo otorgan de manera voluntaria y a discreción. *Suele vincularse con un tipo de hombre* afín a su naturaleza maternal: el hijo-amante, el *Puer Aeternus*, el sociópata o el padre de familia, estableciendo muchas veces fusiones simbióticas, a veces parasitarias. Como se ha adelantado arriba, *el tema central de su vida* es de dependencia por vía de la maternidad: busca nutrir, cuidar, proteger y promover; para realizarse a través de ello. Con respecto a la *sexualidad*, la asume como una función dentro de la pareja, y como forma de nutrir al hombre y su relación con él. Pero además, como vía para la concepción, un medio para lograr el fin reproductivo. En cuanto a la *maternidad y su relación con los hijos* es, ante todo, madre, y siempre más madre que mujer (lo cual puede aparcarla y hasta cierto punto anularla en otras facetas de lo femenino). Ella es la representación de lo que Jung (1939) denomina como hipertrofia de lo maternal. A diferencia de Hera para la cual el matrimonio es el centro de su vida y puede despertar la competencia de los hijos contra el padre, Deméter toma partido por los hijos y despierta la frustración y los celos del padre hacia estos. Es una madre atenta, generosa, paciente, protectora, casi siempre preocupada en exceso. Pero en su faceta sombría es dominante, absorbente, demandante, celosa y chantajista. En el *ámbito laboral* es poco ambiciosa, más orientada a los afectos y la afiliación. Sin embargo, la ambición y el logro de éxito y poder puede ser vivida a través de la promoción de la realización de los hijos. La *mediana edad* se presenta para ella como un momento para llevar a cabo un replanteamiento

crucial en torno a los hijos y el rol de madre. Si no ha tenido hijos, en este momento tardío puede optar por la adopción o la fertilización artificial. En cambio, si los tiene, la tarea fundamental es la de trascender la tendencia a no dejarlos ir (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005).

Entre las figuras que reflejan los aspectos oscuros de Deméter encontramos a la madre devoradora (Winkler, 2008), su propia hija Core (doncella) que al no haber alcanzado aún el nivel de desarrollo arquetípico de reina Perséfone, se presenta como reflejo de inmadurez y tendencia a generar dependencias en otros para proteger la suya propia; y la arcaica diosa lunar Hécate como representación de la anciana bruja sabia pero también despiadada (Rísquez, 1997). Esta última, al ser una diosa lunar infernal, está particularmente asociada a la tendencia regresiva del psiquismo, la vuelta simbólica a la madre negativa, al útero telúrico que se convierte en tumba, los peligros y la castración de la vagina dentada que amenaza con devorar de vuelta aquello que ha gestado y alumbrado; todos ellos aspectos sombríos de una madre Deméter negativa (Jung y Von Franz, 1999). Adicionalmente, es interesante que a nivel mitológico, Vernant (2001) también la propone en su aspecto furioso de Erinia, una diosa del resentimiento y la venganza, cargada de aspectos persecutorios. Las Erinias eran diosas que portaban antorchas y serpientes, cuyo hogar quedaba bajo tierra, en lo teutónico –una referencia a la sombra, a lo inconsciente–, y en su naturaleza triple (de hermanas) se les llamaba *Alecto* (la Interminable), *Tisífone* (de tisis = retaliación) y *Megaira* (la Ira Envidiosa), siendo que representaban sobre todo a la Madre Regañona (Kerényi, 1997). De hecho, mitológicamente, las Erinias tienen como causa fundamental defender a la madre y perseguir las ofensas y los crímenes que contra ella pudieran cometerse.

Su *ánimus* está simbólicamente representado en el Padre-Hijo-Héroe, que encuentra eco en hombres de tipo paternal y responsable (Barker y Woolger, 2005), y que encuentra asidero en las imágenes de Zeus y Poseidón (Bolen, 1984 y Stassinopoulos, 2004). Sobre todo éste último, como figura arquetípica marina caracterizada por su naturaleza instintiva y sus reacciones viscerales, su impulso de supervivencia, su irracionalidad emotiva, su libido desbordada, su egoísmo, agresividad y carácter dominante (Villalobos, 2006) puede resultar en un complemento simbólico de la psicología demeteriana (Bolen, 1984 y Stassinopoulos, 2004). Al respecto, debe recordarse que, siguiendo a Burkert (2007), uno de los significados posibles

del nombre del dios sea “Esposo de la Tierra”. Pero también la figura del Hijo-Héroe al que la madre mantiene cerca de sí y de sus secretos, y sobre los que vuelca sus frustraciones e insatisfacción vital, representado por las figuras míticas de Triptolemo y Demofonte.

2.4.6.- Perséfone

Perséfone –equivalente a la Proserpina romana– reina del inframundo, es considerada como la tercera y última de las diosas vulnerables en la clasificación propuesta por Bolen (1984). En alusión a su perfil mitológico dentro de la genealogía de deidades griegas, diversos autores la presentan arquetípicamente como la ingenua doncella, la Hija de la Madre, la mujer receptiva, pero también inestable e inclinada a la dependencia emocional y la pasividad (Stassinopoulos y Beny, 1983; Bolen, 1984; Rísquez, 1997; Stassinopoulos, 2004; Villalobos, 2006 y Downing, 2010). López-Pedraza (2005) refiere su carácter arquetípicamente nihilista, pues los infiernos que gobierna se traducen como depresión en el ámbito psíquico. En la figura mítica de Perséfone opera una mediación entre dos niveles de desarrollo psíquico –la joven e inexperta doncella/adolescente y la reina de los infiernos, transformada por su contacto con el mundo de lo inconsciente, de la sombra (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Downing, 2010)–, razón por la cual es esta imagen arquetípica la que integra ambos aspectos de personalidad femenina en evolución, representando a la perfección la idea de la Médium o Mediatrix propuesta en la clasificación de Wolff (1956). Siguiendo los postulados acerca de la tipología psicológica junguiana, Bolen (1984) la presenta como una figura arquetípica habitualmente introvertida y dominada por la función psicológica del sentimiento. En su sentido luminoso se encuentra dotada de receptividad, valora la imaginación y los sueños, y se encuentra en contacto con las potencias del mundo psíquico, pero desde su faceta sombría tiende a la depresión, la manipulación y al escapismo o huida de la realidad, en vista de que el la función psíquica de pensamiento (razón) y el Logos, contrapuestos a la función de sentimiento o emoción, operan en sombra en ella (Bolen, 1984).

Desde el punto de vista arquetípico se ha sostenido que “Deméter y Perséfone son una y la misma” (Kerényi, 2004), que doncella y madre están tan estrechamente relacionadas, que menudo se alude a ellas simplemente como las “Dos Diosas” o como las “Deméteres” (Burkert, 2007), dos facetas de la misma imagen arquetipal de mujer considerada desde distintos

momentos evolutivos de su desarrollo vital. A este respecto, es válido y coherente rescatar lo que de forma tan elocuente y brillante propone la psicoanalista Dio Bleichmar (1985), cuando refiere a la feminidad temprana por identificación primaria y/o especular de la niña con la figura de la madre, a la cual “conocerá, definirá y nombrará empleando el mismo discurso cultural por el cual se conocerá, definirá y nombrará a sí misma”, un discurso que no hará sino redoblar los enunciados a través de los cuales la madre se define, y que le hacen identificar a su hija como a un doble (Dio Bleichmar, 1985). Sin embargo, existe entre ellas un criterio diferencial desde la perspectiva arquetipal, en vista de que mientras la figura de Deméter, representante arquetípica de la madre, observa el cambio y la pérdida como algo externo, Perséfone, la doncella, hija de la madre, cuando evoluciona, lo vivencia como un aspecto personal e íntimo.

Una integración entre Bolen (1984), Stassinopoulos (2004) y Barker y Woolger (2005) permite ofrecer una breve panorámica arquetípica de sus aspectos vitales y su desarrollo evolutivo en la mujer, en los siguientes términos: En la *infancia* es una niña frágil pero adaptable, con un patrón de sumisión, tranquila, de buena conducta y con tendencia a querer agradar. Es especialmente propensa a la fantasía y a evadirse en mundos imaginarios. Con respecto a la *imago de sus padres*, tiene una fuerte vinculación madre-hija a través de una sobreprotección que dificulta la aproximación y contacto profundo con el padre, cuya ausencia real o simbólica repercute acentuando su búsqueda inconsciente de aprobación y reconocimiento por parte de la figura masculina. En cuanto a su *relación con otras mujeres*, evoca en ellas actitudes maternales y protectoras, acomodándolas inconscientemente a su papel de mujer frágil que busca y requiere abrigo. En su *relación general con los hombres*, entabla algunos vínculos igualitarios y fraternos, aunque predominan aquellos con hombres maduros, fuertes, poderosos y rudos, que la protegen fascinados por su inocencia y delicadeza. *El tipo de hombre por el que se siente atraída y con el que suele relacionarse* es el hombre-padre que le brinda protección, pero también el hijo-amante paritario. Puede no casarse por amor sino por condicionamientos sociales y pasar de la tutela materna a la tutela del marido. El *tema central de su vida* es la dependencia, el ser influenciada o dirigida por la voluntad de otros. Su *sexualidad*, permanece adormecida, casi ausente, y puede ser anorgásmica y tener la sensación de ser “violada” o ultrajada en cada encuentro (estimulando de manera inconsciente este tipo de

situaciones en la realidad). La *maternidad y su relación con los hijos* puede resultar en una experiencia aterradora, con sensación de no estar preparada o de quedar atrapada, privada de libertad. Como madre es evasiva, con dificultad para poner límites y proclive a generar resentimientos en los hijos hacia ella por causa de su desatención. En el *ámbito laboral* se inclina por actividades etéreas, pero independientemente de lo que haga, su actividad se ve limitada por su carácter voluble e inconstante y su poco interés por las cosas concretas. La *mediana edad* representa para ella la entrada a un proceso depresivo al no haber profundizado adecuadamente en sus necesidades evolutivas previas, aunque puede representar el acceso a una madurez que conduzca a integrar otros arquetipos que enriquezcan y equilibren la personalidad (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005).

Las imágenes míticas que permiten amplificar esta figura arquetipal son la de su madre Deméter y la bruja infernal Hécate, su raptor y marido Hades y el Hijo-Amante Dionisos (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004; Barker y Woolger, 2005 y Downing, 2010), todas las cuales permiten establecer simbolismos acerca de su alterego, su sombra y el funcionamiento de su *ánimus*. Frente a ello, Zweig y Wolf (2004) sostienen que una de las tareas psicológicas de la hija de la madre es la de reapropiarse de los aspectos masculinos que han caído en sombra en su psiquismo, e integrarles.

2.4.7.- Afrodita

Afrodita –equivalente a la Venus romana– diosa del amor y de la belleza, es considerada por Bolen (1984) como la única figura representante de la categoría por ella denominada como diosa alquímica. En alusión a su perfil mitológico dentro de la genealogía de deidades griegas, diversos autores la presentan arquetípicamente como la mujer amante, siendo ella la representación de la mujer sensual y creativa, pero también como objeto de deseo sexual y esquema del poder transformador del principio del Eros (Stassinopoulos y Beny, 1983; Bolen, 1984; Rísquez, 1997; Stassinopoulos, 2004; Villalobos, 2006; Winckler, 2008; Downing, 2010 y Ríos, 2010). Esta figura arquetípica representa a la perfección la idea de la Hetaira propuesta por Wolff (1956) y lo que Jung (1939) denomina como hipertrofia del eros (genitalizado) en la mujer. Siguiendo los postulados acerca de la tipología psicológica junguiana, Bolen (1984) la presenta como una figura arquetípica habitualmente extravertida y dominada por la función

psicológica del sentimiento o emoción, aunque el aspecto de la sensación es muy poderoso en su estructura psíquica. Su semblante luminoso la asocia fortalezas tales como la capacidad para disfrutar plenamente del placer y de la belleza, para ser sensual y creativa; sin embargo, su faz oscura la hace perderse en la promiscuidad, las relaciones en serie o la dificultad para considerar las consecuencias (Bolen, 1984; Stassinopulos, 2004; Barker y Woolger, 2005; Winckler, 2008 y Downing, 2010). Además, como referente mítico relacionado con el discurso amoroso por excelencia, Afrodita puede quedar asimilada simplemente a la incapacidad para discernir su deseo, anclándose en la tendencia a la histeria al enamorarse –como dice Riemann (1978)– del amor.

Una integración entre Bolen (1984), Stassinopoulos (2004) y Barker y Woolger (2005) permite ofrecer una breve panorámica arquetípica de sus aspectos vitales y su desarrollo evolutivo en la mujer, en los siguientes términos: En su *infancia* es una niña encantadora y seductora que ejerce gran atracción y disfruta siendo el centro de atención. La *imago de sus padres* puede presentar algunas variantes: pueden ser percibidos como conscientes y ecuánimes, aunque es más probable que su madre y/o padre fueran controladores, estrictos e inhibidores de la expresión sensual/sexual de la hija al sentirse asustados por ella, o que su madre fuera competidora (intentando rivalizar en cuanto a belleza, juventud o vigor sexual), y su padre simbólicamente incestuoso. Su *relación con otras mujeres* dependerá del tipo de mujer con el que entre en contacto: las mujeres del tipo virginal pueden admirar su calidez y capacidad de seducción o verla excesiva y disparatada, pero las vulnerables ya comprometidas pueden percibirla como una amenaza, sintiendo desconfianza y celos. Su *relación con los hombres* se verá, en general, constantemente marcada por la seducción y el intento de aproximación sexual por parte de ellos. El *tipo de hombre que le suele atraer y con el que se suele relacionar* no es necesariamente bueno para o con ella. Por lo común son apasionados, intensos, encantadores y talentosos, pero muchas veces también indisciplinados, fanfarrones, machistas y caprichosos. Como hemos adelantado arriba, el *tema central de su vida* es el vivenciar el poder transformador de la experiencia amorosa intensa. Su *sexualidad* es satisfactoria, sin duda uno de los aspectos más importantes de su vida, en vista de que el autoconocimiento y la aceptación natural de esta faceta la libran de la culpa y la vergüenza, pero debe vigilar ejercerla con conciencia y responsabilidad. Con respecto a la *maternidad y su*

relación con los hijos, tiene facilidad para conectar con hijos de ambos sexos. Como madre, les da libertad y los estimula para que se apasionen en la búsqueda de su desarrollo y para descubrir su individualidad, además de contagiarles su espíritu independiente. En el *ámbito laboral*, desarrolla una relación apasionada con el trabajo si se trata de una actividad creativa que la motive. Le aburre lo rutinario y repetitivo, requiere variedad y movimiento. En la *mediana edad* le corresponderá afrontar la progresiva pérdida de su belleza física conforme al canon social establecido, pero también será un momento para reflexionar sobre –y replantearse de manera renovada– su magnetismo, creatividad y relación con lo masculino (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005).

Entre las figuras de la imaginería mítica que sirven para reflejar los aspectos oscuros de Afrodita, encontramos a Hécate y Lamia, como alusiones a la representación psíquica de la seducción desbocada y la amenaza y peligro de castración de la vagina dentada (Koppen, 2012), así como otras figuras míticas de seducción mortífera, como las arpías y las sirenas. Una figura adicional podría ser la mítica reina Fedra, quien enloquecida de amor acabó suicidándose (López-Pedraza, 2005).

Mitológicamente Afrodita estuvo vinculada con prácticamente todas las deidades masculinas y varios varones mortales, lo cual la dota de la misma cualidad “alquímica” que Hermes, en el sentido de representar en el nivel simbólico un elemento o factor psicológico articulador o integrador –un hacedor de puentes entre diversos principios psíquicos, como diría López-Pedraza (2001). Sin embargo, desde el punto de vista arquetipal se suelen destacar sus uniones con Ares y Hermes (Amantes), y Hefestos (Esposo), los cuales representan aspectos simbólicos de su *ánimus*. En todo caso, su vinculación sexual exhaustiva con dioses y mortales es un reflejo simbólico del principio conector que representa, motivo por el cual Bolen (1984) la clasifica de manera separada a todas las demás figuras arquetipales asignándole el adjetivo de “alquímica”.

A continuación se presentan dos tablas resumen. En la Tabla 2 se exhibe un resumen de atributos fundamentales de cada figura arquetipal (elaborado a partir de Bolen, 1984; con incorporaciones de Stassinopoulos, 2004; Barker y Wolger, 2005 y Winckler, 2008), mientras que en la Tabla 3 se presenta un resumen de la proyección panorámica de la figura arquetipal

en la vida cotidiana y desarrollo evolutivo de la mujer (elaborado a partir de Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005).

Tabla 2. Resumen de los atributos fundamentales de cada figura arquetipal. Adaptación a partir de Bolen, (1984), con agregados de Stassinopoulos, (2004); Barker y Wolger, (2005), Winckler, (2008) y López-Pedraza (2005)

Figura Mítica / Arquetipal	Categoría general de Bolen (1984)	Roles arquetípicos	Tipo psicológico junguiano	Cualidades y fortalezas	Sombra y dificultades psicológicas	Personajes míticos significativos asociados
Hestia (Vesta) diosa del hogar y de los templos	Diosas virginales	Madre Impersonal Mujer que permanece sola Mujer sabia	Catégoricamente introvertida, habitualmente sensible e intuitiva	Capacidad para disfrutar de la soledad, posesión de sentido de significado espiritual	Distancia emocional, ausencia de sociabilidad	En principio ninguno Hermes Poseidón Apolo
Artemisa (Diana) diosa de la caza y de la luna		Hermana Libertaria Competidora Idealista Feminista	Habitualmente extravertida (introvertida según Barker y Woolger, 2005) intuitiva y sensible	Capacidad para establecer objetivos propios y alcanzarlos, independencia, autonomía, amistad con mujeres	Distancia emocional, rudeza, cólera, crueldad	Madre (Leto) Hermano (Apolo) Compañeras hermanas (ninfas) Atalanta Amazonas Acteón
Atenea (Minerva) diosa de la sabiduría y el intelecto civilizador		Hija del Padre Sabia Estratega Intelecto civilizador	Catégoricamente Razonadora, habitualmente extravertida y sentimental	Capacidad para pensar correctamente, para planificar estrategias y resolver problemas de manera práctica, creación de poderosas alianzas con hombres	Distancia emocional, astucia, falta de empatía	Padre (Zeus) Hefestos Héroes escogidos y protegidos Gorgona Medusa
Hera (Juno) diosa del matrimonio	Diosas vulnerables	Esposa Creadora de compromisos	Habitualmente extravertida, sensible y sentimental	Capacidad para establecer un compromiso para toda la vida, fidelidad	Celos, espíritu vengativo, cólera, incapacidad para abandonar relaciones destructivas	Esposo (Zeus) Hijos (Ares y Hefestos) Hijas (Ilitia y Hebe) Medea
Deméter (Ceres) diosa de las cosechas		Madre Nutricia Cuidadora y protectora abnegada	Habitualmente extravertida y sensible	Capacidad para ser maternal y nutrir a los demás, generosidad, abnegación	Depresión, destructividad, fomento de la dependencia, embarazo no deseado	Hija (Perséfone) Poseidón Demofonte, Triptolemo Erisictón
Perséfone (Proserpina) Doncella y reina del inframundo		Hija de la Madre Doncella vulnerable Mujer receptiva	Habitualmente introvertida y sentimental	Capacidad de ser receptiva, apreciar la imaginación y los sueños, capacidades psíquicas potenciales	Depresión, manipulación, huida a la irrealidad	Madre (Deméter) Esposo –Hijo amante (Hades/Dionisos)
Afrodita (Venus) diosa del amor y de la belleza	Diosa alquímica	Amante Mujer sensual Mujer creativa	Habitualmente extravertida y sentimental	Capacidad para disfrutar plenamente del placer y de la belleza, para ser sensual y creativa	Relaciones en serie, promiscuidad, dificultad para considerar las consecuencias	Amantes (Ares, Hermes) Esposo (Hefestos) Lamia Fedra

Tabla 3. *Proyección de la figura arquetipal en la vida cotidiana y desarrollo evolutivo de la mujer (elaborado a partir de Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005)*

	HESTIA	ARTEMISA	ATENEA	HERA	DEMÉTER	PERSÉFONE	AFRODITA
Infancia	Niña agradable, tranquila, de trato fácil. Autosuficiente y con gran presencia interior. No busca llamar la atención adulta, prefiere pasar desapercibida	Actitud exploradora y aventurera, actitud independiente. Le es muy relevante la aprobación del padre	Niña curiosa, que busca información y desea conocer. Intelectual, gran capacidad de concentración, puede pensar que otras niñas son tontas. Difícilmente llora o pierde la compostura	Niña hacendosa, diligente, correcta. Juegos simbólicos relacionados con el rol de esposa, el servicio y satisfacción del marido	Muy emocional y dramática, busca continuamente llamar la atención de los adultos. Juegos en los que cuida, nutre y protege. Tendencia desde muy temprano a ser la "madrecita" de sus hermanos más pequeños.	Niña frágil pero adaptable, con un patrón de sumisión, tranquila, de buena conducta y con tendencia a querer agradar. Es especialmente propensa a la fantasía y a evadirse en mundos imaginarios.	Niña encantadora y seductora que ejerce gran atracción y disfruta siendo centro de atención
Padres	Madre ineficaz, sumisa y depresiva Padre dominante y anulador	Padres igualitarios y ecuanímes, o padre rechazador y no aprobador y madre débil, pasiva, depresiva, victimizada	Vinculación menor con madre que con el padre, pues se identifica con la autoridad masculina y tiende a idealizarle. Además necesita más de respuestas lógicas que del discurso emocional	Madre sumisa, débil Padre dominante, egoísta	Percepción equilibrada de la madre. Padre puede estar idealizado pero su grado de atención y proximidad afectiva marcará el nivel de confianza en otras figuras masculinas	Fuerte vinculación madre-hija, con sobreprotección que dificulta la aproximación y contacto profundo con el padre, cuya carencia real o simbólica repercute acentuando su búsqueda inconsciente de aprobación y reconocimiento por parte de la figura masculina	Padres conscientes y ecuanímes. Madre y/o padre controlador, estricto e inhibitor de la expresión sensual/sexual de la hija. Madre competidora. Padre simbólicamente incestuoso
Relación con otras mujeres	Lugar de cálido refugio para las amigas, sirve de centro al que pueden acudir cuando han perdido el propio. Reconforta y abre espacio a la comunicación aunque ella misma no es muy comunicativa	Amistad, hermandad, compañerismo y protección	Íntima poco, dificultad para aproximarse y comunicarse. Poco empática, no se identifica con la "hermandad" o colectivo femenino y puede competir de manera "masculina", fría, calculada	Si tiene pareja, superioridad respecto a las solteras. Si está sola, frustración y envidia por las que tienen. No es habitual que tenga grandes amigas. Puede sentir celos y percibir las como amenaza	Con la familia, entabla un feudo o microsistema matriarcal. Fuera, entabla vínculos fuertes y duraderos con mujeres que comparten historias o experiencias similares, y a las cuales puede hacer de madre, pero de las que demanda exclusividad	Evoca en otras mujeres actitudes maternas y protectoras hacia ella, acomodándolas a su papel de mujer frágil que busca y requiere abrigo	Mujeres del tipo virginal pueden admirar su calidez y capacidad de seducción o verla excesiva y disparatada, pero las vulnerables comprometidas pueden percirla como una amenaza, sintiendo desconfianza y celos
Relación general con los hombres	Sería, reservada. También materna pero impersonal	Amistad, sentimiento de igualdad, rivalidad y competitividad	Compañerismo, camaradería, a veces competitividad. Admiración o idealización positiva o negativa	Sería y reservada, incluso suspicaz	Maternal, sobreprotectora, incondicional, con tendencia a infantilizarlos. Pocas veces exigiéndoles respeto reverencial de madre	Algunos vínculos igualitarios y fraternos, aunque predominan aquellos con hombres maduros, fuertes, poderosos y rudos que la protegen fascinados por su inocencia y delicadeza	Marcada por la seducción y el intento de aproximación sexual
Tipo de hombre con el que se relaciona	El hombre que sale al mundo pero siempre vuelve a ella, el hombre cabeza de familia pero también el <i>Puer Aeternus</i> de tipo mercurial	Que le permita igualdad y complementariedad, la comprenda y respete. Si no se inclina a la retaliación y el desinterés	De éxito y poder, capaz y ambicioso	Exitoso, con poder mundano, un líder prestigioso y triunfador, en función del ámbito social al que pertenece la mujer.	Los afines a su naturaleza maternal: el hijo-amante, el <i>Puer Aeternus</i> , el sociópata o el padre de familia. Fusiones simbióticas, a veces parasitarias	El hombre-padre que le brinde protección, pero también el hijo-amante paritario. Puede no casarse por amor sino por condicionamientos sociales y pasar de la tutela materna a la tutela del marido	Hombres no necesariamente buenos para o con ella. Apasionados, intensos, encantadores. Talentosos, pero muchas veces indisciplinados, fanfarrones, machistas y caprichosos
Tema central de vida	Autonomía, integridad. Repliegue hacia el interior de sí misma, escapar de la violencia que percibe a su alrededor	Libertad, autonomía, independencia, competición	Autonomía, independencia, estrategia	Dependencia enmarcada en el matrimonio, compromiso, lealtad, estabilidad. Busca realizarse a través del marido	Dependencia. Maternidad, nutrir, cuidar, proteger, promover. Busca realizarse a través de la maternidad	Dependencia, el ser influenciada o dirigida por la voluntad de otros	El poder transformador de la intensa experiencia amorosa
Sexualidad	Vivir sin ella no le causa conflicto. Ni seductora ni sexy, le preocupa más el contacto cálido, verdaderamente íntimo	Puede emular la castidad de la diosa, poner toda su energía sexual al servicio de una causa o proyecto. Si la vive, puede tomarla como un "deporte" (competencia y rendimiento), pero libre, fresca, sin prejuicios	La vive como un acuerdo intrínseco que puede ser calculado, planificado e incluso utilizado estratégicamente para un propósito. También como juego de poder	No la siente suya, depende de otro para despertarla. Puede activarla para conseguir pareja y disminuir o volverse monótona al estabilizarse. Teme perder la posición de dama	La asume como una función dentro de la pareja, y como forma de nutrir al hombre y su relación con él. Además, como medio para el logro del fin reproductivo	Permanece adormecida, casi ausente, ser anorgásmica y tener la sensación de ser "violada" o ultrajada en cada encuentro (estimulando este tipo de situaciones en la realidad)	Satisfactoria, es sin duda uno de los aspectos más importantes de su vida. El autoconocimiento y la aceptación la libran de la culpa y la vergüenza, pero debe vigilar ejercerla con conciencia y responsabilidad
Maternidad y relación con los hijos	Experiencia armoniosa, sin grandes conflictos. Paciente y calmada, atenta y cálida	Buena madre y compañera de sus hijos, educa para que sean autónomos. Instinto materno muy desarrollado	Instinto maternal puede permanecer ausente, le gusta la obediencia y educa para que desde temprano sean independientes, autónomos y operativos. Límites claros	Más esposa que madre, poco afectuosa, toma partido por el marido (padre de los hijos) y entabla competitividad de los hijos hacia el padre	Ante todo madre, y siempre más madre que mujer. Toma partido por los hijos y despierta frustración y celos del padre hacia estos. Atenta, generosa, paciente, protectora, preocupada en exceso. Dominante, absorbente, demandante, celosa, chantajista	Experiencia aterradora, con sensación de no estar preparada o de quedar atrapada, privada de libertad. Evasiva, con dificultad para poner límites y proclive a generar resentimientos en los hijos hacia ella por su desatención	Facilidad para conectar con hijos de ambos sexos. Les da libertad y los estimula para que se apasionen a buscar su desarrollo y descubrir su individualidad. Busca contagiarles su espíritu independiente
Ámbito laboral	No competitiva ni avocada a puestos de relieve, en caso de salir del hogar (que es su preferencia)	Actividades dinámicas, competitivas, muchas veces al aire libre o en contacto con la naturaleza	Orientada al logro, le atraen ocupaciones relacionadas con la lógica, la argumentación, el poder y la gestión eficaz. Puede ser la mano derecha de un hombre o buscar un hombre que le sirva a ella de colaborador cercano	Comprometida, leal y entregada, siempre que no entre en conflicto con los intereses o ideas del marido, o que afecte la relación con éste de alguna manera	Poco ambiciosa, más orientada a los afectos y la afiliación. La ambición y logro de éxito y poder puede ser vivida a través de la realización de los hijos, promoviéndolos	Se inclina por actividades etéreas, pero en cualquier cosa que haga su actividad se ve limitada por su carácter voluble e inconstante y su poco interés por cosas concretas	Desarrolla una relación apasionada con el trabajo si se trata de una actividad creativa que la motive. Le aburre lo rutinario y repetitivo, requiere variedad y movimiento
Mitad de la vida	Posición estable, posiblemente siendo soltera y trabajadora. Punto de inflexión para una vida más espiritual	El arquetipo pierde fuerza, evoluciona a una tendencia más reflexiva, de introspección. Enfrenta fantasmas del pasado, y sentimientos y anhelos olvidados	Tiempo de reflexión para evaluar opciones y hacer un tránsito ordenado a otra etapa, o resistencia al cambio que sacude su desapasionado equilibrio	Realización en matrimonio asentado, desgraciada si sigue soltera, se ha divorciado o envidado	Replanteamiento crucial en torno a los hijos y el rol de madre. Si no ha tenido hijos puede optar por la adopción o la fertilización artificial. Si los tiene, trascender la tendencia a no dejarlos ir	Entrada a un proceso depresivo por no profundizar adecuadamente en necesidades evolutivas previas, o acceso a madurez y a otros arquetipos que enriquezcan y equilibren la personalidad	Afrontar la progresiva pérdida de su belleza física conforme al canon social. Momento de reflexión sobre su magnetismo, creatividad y relación con lo masculino

2.5.- Lo arquetípico femenino y el cuidado

Ahora bien, puntualizados los aspectos arquetípicos de los apartados anteriores, debe decirse que la acción de cuidar ha estado presente en las culturas y grupos sociales de todos los tiempos, y en distintos trabajos empíricos se han ofrecido diversas definiciones acerca de su significado. Una de ellas lo propone de manera más bien amplia como el conjunto de actividades humanas –físicas, mentales y emocionales– dirigidas a mantener la salud y el bienestar de una persona y/o comunidad, cuyo objeto va más allá de la enfermedad en tanto implica todo lo que ayuda a vivir y permite existir y que, por lo tanto, se refiere a todo lo que estimula la vida (Marie Françoise Collière, 1993; cp. Brea, 2015). Por su parte, Dávila (2015) restringe la definición y establece como cuidador a toda

“Aquella persona, familiar o no, que asume la responsabilidad de asistir al paciente durante su convalecencia o recuperación –como apoyo al personal médico o de enfermería– en los casos en que el paciente se encuentra recluido en un centro asistencial; o, aquella persona que está enteramente a cargo del paciente, cuando la recuperación de éste se produce en casa” (p. 21).

De igual manera, menciona entre las principales funciones del cuidador el “velar por la correcta y oportuna administración de medicamentos, la alimentación, higiene, e incluso el descanso y distracción” de la persona a su cargo (Dávila, 2015). De esta definición se puede rescatar que la tarea de cuidado puede ser llevada a cabo de manera formal o informal. Para efectos de la presente investigación nos concentraremos en el cuidado informal, el cual es definido como una red social caracterizada por su tamaño reducido, la existencia de una relación de afectividad, y por no realizarse de manera ocasional sino con cierta vocación de permanencia, duración y compromiso (Brea, 2015). Consecuentemente, se trataría de toda tarea de apoyo que incluya actividades básicas e instrumentales, prestada de forma altruista y gratuita.

Además de la distinción entre el cuidado formal e informal, se ha hecho igualmente la distinción entre lo que es un cuidador principal y uno secundario, resultando de particular interés en el presente estudio el primero de ellos. En este sentido, existen varias definiciones acerca de lo que ha de entenderse por cuidador principal. Por un lado, es aquella persona que

dedica la mayor parte de su tiempo a atender las necesidades de una persona dependiente, asumiendo por lo general tareas de su cuidado con la responsabilidad que ello implica, siendo percibida por los restantes miembros de la familia como responsable de la persona dependiente, y sin ser remunerada económicamente por ello (Dwyer, Lee y Jankowsky, 1994). Por su parte, Ubeda, Roca y García (1997) le definen como:

“La persona que proporciona la mayor parte de la asistencia y apoyo diario a quién padece una enfermedad y/o también la que le permite vivir en su entorno, de una manera confortable y segura, a una persona que por razones de edad o incapacidad no es totalmente independiente” (p. 35).

Aunque, como se desprende de lo anterior, el cuidado implica acciones físicas tales como aquellas destinadas a vigilar y mantener en la persona dependiente una alimentación adecuada, temperatura corporal confortable, hábitos de higiene, y la evitación de posibles peligros y accidentes, entre otras actividades fundamentales para el sostén de una vida armónica y saludable (Agulló, 2002; Bover, 2004; cp. Brea, 2015), cuidar es también, y fundamentalmente, una actividad mental en tanto implica planificar y prever necesidades antes de que surjan (Agulló, 2002; cp. Brea, 2015). Así, el cuidado de una persona dependiente exige una considerable inversión de tiempo y dedicación. De hecho, en la literatura especializada existe un consenso generalizado acerca de que el desempeño como cuidador constituye una situación estresante que produce cambios en la rutina y estilos de vida de las personas cuidadoras (Ospina y Soto, 2001). Las investigaciones han demostrado que en la vida de la persona dedicada a la tarea de cuidado se producen transformaciones en casi todos los ámbitos, destacándose entre los más importantes los cambios a nivel laboral, económico, en el funcionamiento familiar, la reducción del tiempo disponible para dedicarlo a la recreación y el ocio, y los consecuentes problemas físicos y psíquicos, entre otros (Bódalo-Lozano, 2010).

Así, resulta notorio que el estudio del cuidado se ha orientado a criterios objetivos, siendo uno de los predilectos el referido a la **sobrecarga** o conjunto de problemas de orden físico, psíquico, emocional, social o económico que pueden experimentar los cuidadores en razón de la tarea de cuidado llevada a cabo (Gómez y González, 2004; cp. Brea, 2015). Esta sobrecarga que la persona cuidadora siente, percibe y manifiesta ha sido estudiada desde cuatro

aéreas diferenciadas e interrelacionadas, a saber: sobrecarga física, emocional, de relaciones familiares y económica (Álvarez, 2016). Asimismo, se ha planteado el estudio de la carga desde el punto de vista objetivo y subjetivo (Grad y Sainsbury, 1963). La **sobrecarga objetiva** estaría relacionada con aspectos como la dedicación al desempeño del rol de cuidador, el tiempo efectivo de dedicación, la carga física implicada, las actividades objetivas desempeñadas y la exposición a situaciones estresantes en relación con los cuidados, los cuales constituyen los indicadores más frecuentes. Por otro lado, la **sobrecarga subjetiva** se relaciona con la forma cómo es percibida la situación, así como la respuesta emocional por parte del cuidador ante la experiencia de cuidar. Es decir, la sobrecarga subjetiva refiere al sentimiento psicológico que se asocia al hecho de cuidar y hace referencia a aspectos tales como la intranquilidad, experiencia de sufrimiento, tristeza, desesperación, indefensión, desesperanza, sentimientos de culpa, miedos, frustraciones, o en el gran nivel de autoexigencia, que se traduce en problemas de ansiedad, depresión y estrés. Ante todo ello han sido estudiadas las estrategias de afrontamiento más utilizadas derivadas del cuidado, las cuales pueden dividirse en dos grandes grupos: **a) Las centradas en el problema**, tales como la resolución de problemas, búsqueda de información, búsqueda de apoyo social o la negociación, y; **b) Las centradas en las emociones**, como la distracción, huida, rumiación, oposición, rituales religiosos, aislamiento social, reevaluación positiva, y regulación afectiva (Campos, Iraurgi, Páez y Velasco, 2004; cp. Brea, 2015).

Ahora bien, como señala Dakduk (2010), son las mujeres quienes histórica y tradicionalmente han asumido el rol de cuidadoras. El cuidado es considerado como una actividad cotidiana relacionada con los valores y las costumbres asignados por tradición a las mujeres de la familia (Álvarez, 2016). Incluso cuando se habla de “familias cuidadoras”, la referencia real recae en la figura de sus mujeres en tanto “existe la creencia que cuidar es trabajo femenino, actividad que señala no sólo a la esposa o hijas, sino también a nueras, nietas, sobrinas, ahijadas”, pues ser mujer pareciera traducirse en requisito suficiente para asumir el compromiso de cuidar (Marrugat, 2005; cp. Dakduk, 2010). Tanto es así, que un estudio presentado por Fernández (2009) refleja que ya en tiempos de la Grecia Clásica la vida de la mujer tenía lugar fundamentalmente en el área del *gineceo* que les estaba especialmente reservada dentro del *Oikos* o casa griega, desde donde distintas generaciones de mujeres de la familia –acompañadas de sirvientas y esclavas– se dedicaban a las únicas tres actividades que

les estaban permitidas: ser madre, administradora del hogar y trabajadores domésticos, y cuidadora. Esta última tarea consistía en el cuidado de los hijos hasta que cumplieran siete años, el de los enfermos y el de asistir a los muertos, mientras tejían e hilaban. Así pasaban todo el tiempo realizando un trabajo **que dependía de los hombres pero que era mucho más importante de lo que estos llegaron a conocer nunca** (Fernández, 2009).

Lo anterior demuestra que existe un claro interés en orientar el tema del cuidado en dirección a un enfoque de género debido a la elevada feminización del rol de la persona cuidadora, resultando interesante agregar que, si bien la autopercepción, la disponibilidad y el cuidado objetivo no parece variar tanto con base a la diferencia de sexo biológico, sí encuentra implicaciones diferenciales relacionadas con la subjetividad vinculada al género (Crespo, 2008). Ello genera un motivado interés en aproximarse al fenómeno a través de una necesaria profundización para una mejor y más lograda comprensión en procura de la prevención e intervención con cuidadoras mujeres, a las cuales es necesario conocer de la manera más cabal posible desde las ciencias del comportamiento al perfilarse como potenciales consumidoras de ayuda psicológica.

No obstante, puede observarse como en todo el bagaje investigativo existente se asumen factores y efectos relacionados con el cuidador como si se tratara de aspectos objetivos experimentados de la misma manera por cada persona que cumple con el rol de serlo, e incluso cuando aparece la preocupación por el rol protagónico femenino en el desempeño de esta actividad, se llega a generalizaciones que se ciernen sobre todo lo femenino sin discernir ninguna clase de distinción o criterio diferencial. Sin temor a incurrir en equivocación, pareciera que se ha asumido que la forma de ejercer el cuidado, en general, y la del cuidado llevado a cabo por mujeres, en particular, es una sola. Esto es notorio cuando autores como Casado, Ruíz y Solano (2008), afirman que al momento de aparecer una situación de dependencia o una enfermedad, hallamos a un sujeto femenino tan volcado en la salud del otro como descuidando la suya propia, y que la mejoría o deterioro de quien necesita cuidados, ocupa totalmente su pensamiento, sin que haya lugar para otros contenidos (Casado *et al.*, 2008).

Sin embargo, la realidad es que puede encontrarse una variedad de actitudes y estilos con los cuales dicha tarea puede ser asumida y efectuarse, y que los mismos se hallan tremendamente marcados por subjetividades y motivaciones de tipo inconsciente a partir de la estructura de personalidad, la historia personal y el contexto específico de los cuidados, todo lo cual ha de ser cualitativamente tomado en cuenta para demarcar los efectos operantes en cada caso.

Así, Downing (2010), al referirse al arquetipo de la Gea, la Gran Madre Terrena que alude al cuidado, establece distinciones claras cuando nos dice que ciertas figuras arquetipales de lo femenino no se caracterizaron por ser buenas madres –ni buenas cuidadoras–, refiriendo que no puede tenerse de ellas la sensación de que sean representaciones adecuadas de la Gran Madre arquetípica, sino más bien expresiones incompletas de ella en forma de variantes. Al ilustrarlo con los ejemplos míticos, recuerda que Hestia –que para los romanos era el prototipo de la buena madre en la forma de Vesta– tiene la capacidad de amar de forma generosa e imparcial, pero parece desconfiar de las uniones que trasciendan la aproximación impersonal y que impliquen o demanden algún nivel de intimidad real. Además, tanto ella como Artemisa y Atenea –como diosas virginales– no tuvieron hijos. Acerca de Hera nos dice que es más esposa que madre (de hecho según esta autora ella representa a la madre edípica freudiana que aparece como la mujer del padre), y sus hijos varones Ares y Hefestos –que según algunas versiones son descendencia partogenética–, solo le servían como peones en las incesantes luchas con su marido como aspectos simbólicos de su propio *ánimus*, mientras que las hijas mujeres, Hebe e Ilitía, no eran más que pálidos aspectos en sombra de sí misma (Downing, 2010).

De Afrodita dice que su matrimonio con Hefestos es estéril y no produjo hijos, y no se hizo cargo de la crianza de aquellos que llegó a tener como fortuita consecuencia de su apasionada inmoderación sexual con otros dioses o mortales. Según nos lo presenta esta autora, en sus cuidados de madre Afrodita ofrece “el mismo tipo de dispensación casual de favores que caracterizan sus aventuras sexuales” (Downing, 2010), es decir, opera por impulso, inspiración o capricho del momento. Incluso frente a aparentes excepciones, como cuando Afrodita se muestra solícita en el cuidado de su hijo Eros para ayudarlo a que sane de la herida accidentalmente ocasionada por Psique, en realidad no hace más que entretenerlo de forma

edípica para mantenerle alejado de una mujer a la que detesta con furia por considerarla una rival.

Por su parte, del ilimitado amor de madre de Deméter por su hija Perséfone, que se presenta a primera vista como una representación idealizada de devoción materna, nos dice que en un nivel más profundo admite una lectura en la cual la actitud demeteriana puede ser interpretada como una expectativa excesiva –por lo absorbente y asfixiante que puede llegar a ser con respecto al desarrollo de la individualidad de Perséfone–, que impone como un desenlace necesario el rapto de su hija por parte de Hades (Downing, 2010).

En una alusión simbólica que pretende dar cuenta de la conexión incompleta de todas estas figuras arquetípicas con el maternizaje o principio del cuidado materno, Downing (2010) nos recuerda que a nivel mítico todas ellas han sufrido precisamente la pérdida de la propia madre. Mitológicamente, Hestia, Deméter y Hera fueron privadas desde temprano de su madre Rea al ser engullidas por su padre Crono. Atenea nació blandiendo el arma –ya dotada de peto y yelmo–, directamente de la cabeza de su padre Zeus, luego que éste engullera a la diosa Metis que la gestaba; y Afrodita –al menos según la versión de Hesíodo–, surgió de la espuma del mar que se formó entorno de los genitales cercenados de Urano por su hijo Crono. Solo Perséfone vivió cerca de su madre Deméter, pero en una relación tan simbiótica que amenazaba con sacrificar su propia individuación y desarrollo adulto, mientras que Artemisa –que también tuvo cerca a su madre Leto– se vio en la necesidad de ayudarla y convertirse en su protectora desde el mismo momento de nacer, asistiéndola primero con el alumbramiento de su hermano gemelo Apolo, y luego rescatarla de la amenaza de muchas ofensas y peligros posteriores (Downing, 2010).

Es decir, aparte de las descripciones que se han ofrecido más arriba para cada una de las mencionadas figuras arquetípicas femeninas clásicas, todas estas consideraciones adicionales hablan de formas cualitativamente distintas no sólo de vincularse al principio arquetípico de lo materno y del cuidado, sino también de percibirlo y vivenciarlo, lo cual hace suponer y esperar que incluso en las figuras arquetipales característicamente maternas –como Deméter y, hasta cierto punto, Hestia– se encontrarán variaciones en la forma de cuidar cuando lo arquetípico de cada una de ellas –que tienen vinculación con la Gran Madre dentro del arquetipo más extenso

del *Ánima*, como se observa en la Figura 6– constele su estilo y correlato mítico particular a través del complejo individual de cada mujer cuidadora real.

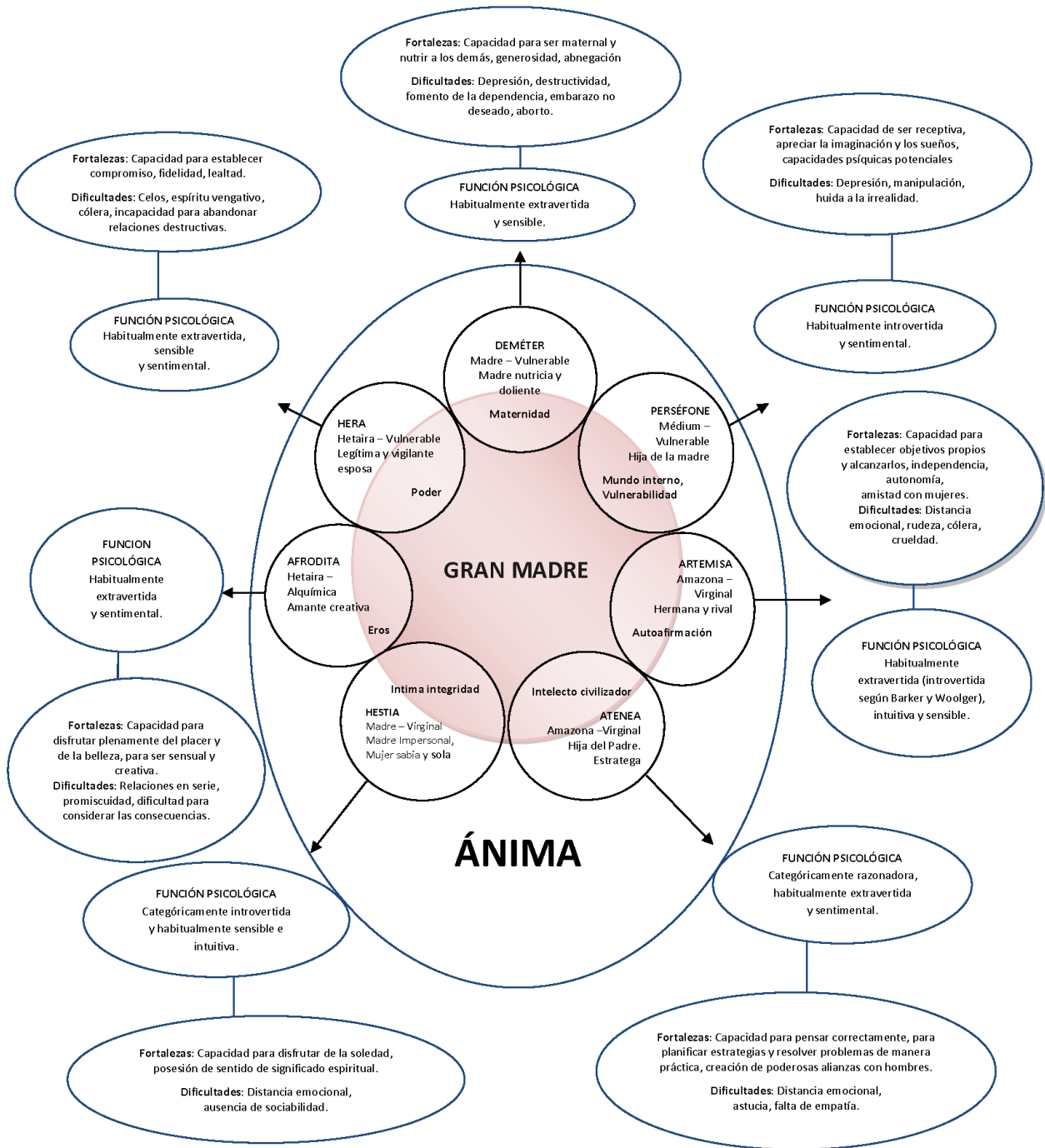


Figura 6. Resumen esquemático de las figuras arquetipales femeninas elaborado a partir de la propuesta de Barker y Woolger (2005), con agregados de Bolen (1984)

Es por todo ello que, a partir de la identificación del arquetipo femenino dominante de cada mujer cuidadora, y en consonancia con la metáfora empleada por Jung (1939) a partir de la física en la cual compara el continuum que va desde lo instintivo a lo arquetípico con el espectro lumínico extendido desde el infrarrojo hasta el ultravioleta (ver figura 1), así como la propuesta de ejes axiales de Tony Wolff (1956) acerca de la tipología femenina (ver figura 3), en el presente trabajo se recurre al término **“incidencia”** como una articulación metafórica posible entre la particular predisposición psíquica que impone lo arquetípico en cada mujer cuidadora y su influencia diferencial tanto en la vivencia subjetiva como en el estilo de la actividad de cuidado llevada a cabo por cada una de ellas. Para ello, tomamos como definición uno de los significados que para esta palabra ofrece el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (2014), el cual la precisa como “influencia o repercusión”, resultando particularmente relevante su acepción desde la perspectiva de la geometría, en la cual la **incidencia** refiere al **“encuentro de una línea, de un plano o de un cuerpo, con otra línea, plano o cuerpo”**, o como lo expone de manera aún más ilustrativa el diccionario Larousse (2000), el cual dice que se trata del **“punto de encuentro de un cuerpo en movimiento o de una radiación con una superficie”**.

III.- PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

A nivel de antecedentes empíricos existen pocos precedentes de producción investigativa que relacione la vivencia subjetiva de cuidado con constructos psicodinámicos, en general, o de la incidencia de las figuras arquetipales de la personalidad del cuidador, en particular. De hecho, los trabajos académicos relacionados con el tema de lo arquetipal son escasos y en exceso genéricos, careciendo de la verdadera profundidad que amerita un estudio clínico y limitándose a ser –en su mayoría– simples revisiones o recapitulaciones de otros trabajos con carácter meramente teórico. Sin embargo, el observador clínico entrenado no puede soslayar la recurrencia con la cual las pacientes presentan de manera manifiesta la estructura y drama vital míticos perfilados por estas figuras arquetípicas. Concretamente, en el plano vivencial, el interés por ahondar en lo que esta investigación se esmera en presentar inició con el hecho de haber trabajado con dos casos de cuidadoras mujeres abordados con ocasión de las prácticas clínicas en el Hospital General José Ignacio Baldó que consideramos profundamente emblemáticos por cuanto enlazan la vivencia subjetiva e implicaciones emocionales de una evidente estructura psicológica arquetipal con el desempeño de la tarea o rol de cuidadora, así como también debido a la necesidad, evidenciada en su momento, de producir cambios terapéuticos en las respectivas situaciones vivenciadas por dichas mujeres. Los dos casos a los que nos referimos se incluyen entre las cuatro participantes de la presente investigación con los seudónimos de Juvena y Marta.

Estos dos casos dieron pie a pensar que, aunque siguiendo los postulados teóricos se esperaba encontrar en la posición de cuidadoras a mujeres que respondan en mayor medida a las estructuras arquetipales de Hestia y Deméter en las cuales la atención y el cuidado de otros es un rasgo definitorio por excelencia, la experiencia demuestra que, en realidad, cualquier mujer –con independencia de su estructura psicológica arquetípica dominante– puede verse en la necesidad u obligación de asumir el lugar de cuidar a otra persona en un determinado momento, lo cual nos condujo a reflexionar acerca de la forma en que la vivencia subjetiva se encuentra determinada por la incidencia de lo arquetípico en la situación de cuidado y como el desempeño mismo de la tarea de cuidar se podía ver influido por la figura o figuras arquetípicas dominantes de cada mujer dedicada a ello.

Por ende, al posicionarse en la experiencia subjetiva de cuidado, incluidos los aspectos de la autopercepción y disponibilidad en razón del género, el coste emocional y la denominada situación de sobrecarga del cuidador, junto con la influencia que la habilidad del cuidador puede tener en relación con la funcionalidad de la persona objeto de cuidado, el estudio de la incidencia de las distintas figuras arquetipales en dicha experiencia puede ofrecer importantes matices para la comprensión diferencial del fenómeno y su abordaje psicológico y psicoterapéutico. Es a partir de todo ello que se explorara cómo ocurre este fenómeno y nos formulamos el siguiente problema de investigación: ***¿Cómo inciden las figuras arquetípicas femeninas propuestas por la psicología arquetipal tanto en la vivencia subjetiva y emocional de mujeres cuidadoras de pacientes crónicos, como en el estilo de cuidado llevado a cabo por ellas con este tipo de pacientes?***

3.1.- Justificación de la investigación

La utilidad y relevancia social de este trabajo se encuentra en la posibilidad de identificar y comprender la forma de incidencia de las diversas figuras arquetipales femeninas en mujeres que se desempeñan en el ámbito concreto del cuidado de pacientes crónicos. Al analizar estas experiencias de cuidado desde la perspectiva del perfil o rasgos de personalidad dado por la figura o figuras arquetipales dominantes en las participantes del estudio es posible observar las variaciones que lo arquetípico introduce en la vivencia de cuidar.

A nivel de implicaciones prácticas, la investigación permite establecer claves para la identificación y aproximación clínica específica de las mujeres cuidadoras de acuerdo a la dominancia en ellas de una de las distintas figuras arquetipales, lo cual redundaría en una herramienta potencial de identificación útil para su eventual abordaje clínico como pacientes en situación terapéutica (tomando en cuenta la forma en que, mediadas por la incidencia del arquetipo concreto, tramitan las implicaciones emocionales y de sobrecarga en medio de dicha tarea).

Sin embargo, al encontrar que en la literatura consultada el aporte realizado al tema del cuidado desde esta perspectiva psicodinámica en concreto es prácticamente inexistente, es desde el punto de vista del valor teórico donde la presente investigación realiza una importante

contribución, en la medida en que explora, describe y persigue comprender la relación existente entre la figura o figuras arquetípicas femeninas dominantes de cada mujer cuidadora participante y su incidencia en la situación de cuidado de pacientes crónicos llevada a cabo por ellas, con las importantes implicaciones que puede conllevar tanto para efectos de contribuir al bienestar y funcionalidad de la persona cuidada como para el abordaje psicológico mismo de la cuidadora en cuanto a sus necesidades fundamentales, marcadas en razón de la estructura psicológica arquetípica operante en ella. En tal sentido, desde el punto de vista de su valor metodológico constituye e incorpora en el ámbito académico de la psicología clínica de orientación dinámica el antecedente de una propuesta teórica que ha sido profundamente descuidada durante mucho tiempo como lo es la referida a psicología arquetipal de la personalidad femenina, la cual es ahora introducida con una articulación empírica tan relevante en el campo como lo es la actividad de cuidado de pacientes crónicos en el sentido de observar su incidencia en este ámbito específico en procura de identificar cuáles pueden ser sus efectos y variaciones en el mismo, todo lo cual posee el valor de introducir una herramienta con una potente resonancia para la comprensión del fenómeno, en general, y el abordaje clínico y psicoterapéutico, en particular.

IV.- OBJETIVOS

4.1.- Objetivo general

Revelar las maneras en que inciden las figuras arquetípicas femeninas propuestas por la psicología arquetipal tanto en la vivencia subjetiva y emocional de mujeres cuidadoras de pacientes crónicos como en el estilo de cuidado llevado a cabo por ellas.

4.2.- Objetivos específicos

4.2.1.- Describir y comprender incidencias concretas de las figuras arquetipales femeninas identificadas en las variaciones de estilos o posiciones asumidas en el rol de cuidadoras.

4.2.2.- Describir las características de personalidad arquetípica femenina de las cuatro cuidadoras participantes en consonancia con los datos obtenidos en el *Test de Wartegg* (8 campos).

4.2.3.- Describir la vivencia subjetiva de las mujeres cuidadoras participantes determinada por la incidencia de lo arquetípico femenino dominante en su personalidad, en la situación de cuidado.

4.2.4.- Identificar y comprender motivaciones profundas detrás de la vivencia subjetiva de las mujeres cuidadoras participantes, desde la perspectiva de la Psicología Arquetipal.

V.- MARCO METODOLÓGICO

A nivel metodológico el presente trabajo se encuentra organizado según los apartados siguientes, a saber: Tipo de investigación y diseño, Participantes, Técnica de recolección de datos, el Procedimiento de análisis de las entrevistas y el Test proyectivo gráfico de Wartegg (de 8 campos) empleado y, finalmente, las categorías de análisis alcanzadas en la presente investigación a partir de los datos obtenidos en el campo.

5.1.- Tipo de investigación y diseño.

La presente investigación responde a un enfoque cualitativo y con un método hermenéutico.

Siguiendo a Hernández, Fernández y Baptista, (2010) y a Martínez (2004), el enfoque cualitativo es aconsejable para el estudio de fenómenos que, por su propia naturaleza, presentan sutiles elementos inherentes que hacen aconsejable que se les investigue con métodos que permitan alcanzar el mayor nivel de profundidad posible (Hernández *et al.*, 2010; y Martínez, 2004). En razón de que las dos temáticas en estudio –tanto lo arquetípico como el cuidado– cumplen con la característica metodológica mencionada por estos autores, la presente investigación se enmarca en un **enfoque cualitativo**.

Por su parte, el abordaje se ha orientado a través del **método hermenéutico** en vista de que, en el fenómeno que se persigue observar, los datos o las partes del todo al que pertenecen se prestan –en razón de su amplitud o extensión– a diferentes interpretaciones, y donde otro tipo de tratamiento de la información obtenida podría desorientar o resultar engañosa (Martínez, 2008), como podría ocurrir con el caso de lo arquetípico, que por su propia naturaleza es esquivo y transgresivo. En este sentido, el método hermenéutico se constituye en una herramienta fundamental, pues su carácter dialéctico, con múltiples posibilidades de lectura sobre las perspectivas del comportamiento humano, permite descubrir las dimensiones que forman parte de un todo a través de un análisis estructural detallado y cuidadoso, y hallar significados por vía de claves interpretativas (Martínez, 2004). Así, tomando en cuenta que se persigue identificar y describir la incidencia de lo arquetípico en la vivencia subjetiva dentro de la actividad de cuidado, considerando que lo que orienta lo arquetipal es la imaginación y las

resonancias simbólicas de la mitología clásica, y que –como afirma Jones (1980)–, el campo mítico es un sistema simbólico cargado de significado que ha de ser desentrañado interpretativamente, el método hermenéutico se presenta no sólo como adecuado sino también como aconsejable. Además, en esta misma línea de ideas, debe agregarse que el método hermenéutico es compatible tanto con la interpretación arquetípica junguiana clásica (método “sintético-constructivo”, cuyo nivel de análisis recae sobre atributos internos del sujeto), como con la interpretación “causal-reductiva” (cuyo nivel de análisis recae en el objeto), que los neojunguianos empezaron a utilizar con una mezcla bien integrada de conceptos eriksonianos y kleinianos; e incluso es compatible con una combinación de ambos procedimientos, como de hecho lo hace actualmente un sólido grupo de analistas ligado con firmeza a las enseñanzas de Jung, pero aceptando las modificaciones que se han impuesto a la luz de la experiencia (según lo afirma el analista junguiano Gerhard Adler, 1972).

Por lo tanto, la presente investigación se sustenta en la posibilidad de abordar, describir e interpretar los contenidos que van a emerger a lo largo del recorrido investigativo, desde la perspectiva de sus participantes, las mujeres que se han desempeñado o se desempeñan como cuidadoras informales por motivos de parentesco, seleccionadas en razón de sus particulares características individuales (como veremos en el siguiente apartado). En este sentido, tanto el diseño de investigación como la muestra, la recolección de datos y el análisis de los mismos se han configurado a partir del planteamiento del problema hasta la inmersión inicial y el trabajo en campo, pero siendo susceptibles de sufrir modificaciones en la medida en que la aproximación al fenómeno y su focalización así lo han determinado (Hernández *et al.*, 2010). Es así como, consistentemente con lo que sostiene Downing (2010), puede afirmarse que la experiencia arquetípica ilustrada por el mito y conjugada con la vivencia personal de las participantes se combinan y solapan en un campo más vasto que permite dar cuenta de sus realidades subjetivas.

5.2.- Participantes.

Siguiendo a Hernández *et al.* (2010) en los estudios cualitativos el grupo de personas que conforma la muestra a partir de la cual se recolectan los datos no necesariamente ha de ser representativa del universo o población que se estudia. Como no se pretende establecer

generalizaciones de los eventos estudiados sino comprender los casos estudiados en profundidad, definir la población y el tamaño de la muestra resulta irrelevante. Por el contrario, se escogen aquellos casos que permitan comprender el fenómeno y, a su vez, responder a la interrogante de la investigación (Hernández *et al.* 2010). Esto es especialmente relevante en el caso concreto de la presente investigación, por cuanto, aunque se plantee como fondo lo arquetípico, lo que se persigue es observar la incidencia de ello en la vivencia subjetiva de cada cuidadora.

En virtud de lo antes expuesto, las participantes de la investigación son cuatro mujeres con rango de edad entre los 32 y los 48 años, seleccionadas mediante un muestreo teórico o intencionado (propositivo), de acuerdo a una serie de criterios que se consideraron “necesarios o altamente convenientes para obtener una unidad de análisis con las mayores ventajas para los fines de la investigación” (Martínez, 2008). Los referidos criterios de selección fueron el género de las participantes, la actividad de cuidado que desempeñan o han desempeñado en razón de parentesco con pacientes crónicos (con VIH, demencia, parálisis cerebral y quiste cerebral), y las características clínicas observadas con respecto a la predominancia en ellas de una o más de las siete figuras arquetipales femeninas presentadas en el marco teórico siguiendo a Bolen *et al.* (1984), a saber: Hestia, Artemisa, Atenea, Hera, Deméter, Perséfone y Afrodita. Tres de las mujeres seleccionadas son caraqueñas y una es originaria de San Cristóbal, estado Táchira, aunque vive en Caracas. El acceso a ellas se obtuvo por un proceso de muestreo en cadena o por redes, a través de un informante clave (Hernández *et al.*, 2010), a partir de lo cual se les contactó, se les planteó el interés de que formaran parte del estudio, y se les solicitó su colaboración voluntaria, informándoles debidamente acerca de los objetivos perseguidos, y garantizándoles la confidencialidad de sus datos y demás aspectos éticos (tal y como se detalla en la invitación y el consentimiento informado que aparecen al final como Anexos 1 y 2, respectivamente). Para efecto de su identificación, se les presenta con un nombre ficticio (seudónimo).

Tabla 4. *Descripción básica de las Participantes*

Participante (Seudónimo)	Figura arquetipal dominante identificada	Edad	Nivel de instrucción	Ocupación	Estado civil	Cuida/cuidó a...	Condición/ Enfermedad
Juvena	Atenea	48	Universitario	Asistente de Tribunal	Casada	Su padre	VIH, demencia por progresión del virus
Marina	Deméter	34	4º año del ciclo diversificado	Hogar	Soltera	El padre de sus hijos	VIH, demencia por progresión del virus
						2 de sus hijos	Parálisis cerebral y quiste cerebral
						Sí misma	VIH
Diana	Artemisa	32	Universitario	Docente	Soltera	Su hermano	VIH, deficiencia respiratoria por progresión del virus
						Su madre	Demencia
Marta	Hera	46	Universitario	Maestra	Viuda	Su esposo	VIH, demencia por progresión del virus

En la Tabla 4 antes expuesta se presentan las descripciones básicas de las participantes. Las especificaciones y detalles adicionales son ofrecidos al presentar los datos demográficos cada caso en el apartado referido al análisis de resultados.

5.3.- Técnica de recolección de datos.

La recolección de datos se llevó a cabo implementando una técnica mixta. Por un lado, se aplicó a las participantes un formato de entrevista semiestructurada, flexible y dinámica, que permitiera la exploración en profundidad de aspectos arquetipales en su personalidad, con el fin de identificar la figura o figuras dominantes en ella, así como la vivencia subjetiva, las implicaciones emocionales y el estilo de cuidado, como factores determinados por la incidencia de dicha figura o figuras arquetípicas de sus personalidades en dicha situación. Por otra parte, se le aplicó a las participantes el Test Proyectivo Gráfico de Wartegg (de 8 campos), que al fundarse en arquetipos se consideró una herramienta proyectiva adecuada para validar algunos de los rasgos de personalidad arquetípica dominante identificados a partir del discurso en las entrevistas.

En cuanto al **formato de entrevista**, el mismo estuvo orientado por una guía general en la cual el entrevistador tuvo la libertad de manejar ritmo, estructura y contenido, dejándose abierta la posibilidad de introducir elementos adicionales, pues siguiendo a Martínez (2008) compartimos la postura de que el arsenal de medios instrumentales del método cualitativo es flexible y se utiliza mientras resulta efectivo, pero cambia de acuerdo con los dictados de la investigación y sus circunstancias. La actitud del investigador durante las entrevistas se orientó hacia la escucha no directiva, receptiva y sensible, en procura de profundizar en los aspectos emergentes por parte de las participantes y la visibilización de los contenidos arquetipales por ellas representados y en razón de los cuales fueron seleccionadas. De este modo, se persiguió en todo momento favorecer la mayor comodidad posible a las entrevistadas, al tiempo que se tuvo especial cuidado de evitar direccionar sus planteamientos (Grinnel, Williams y Unrau, 2007).

El propósito de esta entrevista cualitativa fue obtener descripciones del mundo tal como es vivido por las participantes entrevistadas con la finalidad de lograr interpretaciones fidedignas del significado que los fenómenos descritos tienen para ellas (Kvale, 1996; cp. Martínez, 2008). Como afirma González (2000) este instrumento de investigación adquiere un sentido interactivo donde lo importante no es únicamente lo que el sujeto responde sino las conversaciones que a partir de ello se suscitan, las expresiones de la participante frente a él o las preguntas y reflexiones formuladas durante su ejecución. Lo que se persigue es fomentar el desarrollo de un diálogo progresivo y orgánicamente constituido como una de las principales fuentes de producción de información (González, 2000). El formato de entrevista semiestructurada se consigna al final como Anexo 3.

En cuanto al **Test Proyectivo de Wartegg** aplicado, se trata de una prueba proyectiva gráfica ideada por Ehrig Wartegg (1940) y adaptada por Biedma y Alfonso (1960), que puede ser aplicada de manera individual en sujetos a partir de los 7 años de edad. Consiste en ocho campos blancos dispuestos en cuadros de 4x4 sobre un fondo negro (figura-fondo), cada uno de los cuales presenta un estímulo inestructurado –figura incompleta– a partir del cual cada participante completó libremente la realización de un dibujo bajo la consigna: *“Tenemos aquí una serie de dibujos que están comenzados, pero no terminados, usted va a terminarlos como le parezca mejor. El orden para completar los dibujos es enteramente libre, pero es importante*

que señale con un número en el cuadrado blanco que se encuentra debajo de cada campo, en qué orden lo llevó a cabo, y que luego le coloque un título a cada dibujo". Una vez finalizado el desempeño, se procedió a realizar un breve interrogatorio con el fin de determinar con cada participante cuál dibujo le pareció más fácil de completar, cuál le pareció más difícil, cuál le gustó más y cuál le gustó menos.

A través de un análisis que incluye seis niveles, (entre los cuales se encuentran: aspectos formales, aspectos internos estructurales, factores de expresión, relación del estímulo con el dibujo realizado en cada uno de los ocho campos, análisis de contenido y la interpretación de la secuencia en que han sido realizados los dibujos), la interpretación del test persigue describir la personalidad con respecto a los ámbitos vitales evaluados: 1.- El Yo, en tanto posición frente al medio y a sí mismo, 2.- La relación afectiva con el medio ambiente, 3.- La posición frente al mundo y nivel de aspiraciones (proyecto de vida e Ideal del Yo), 4.- Las angustias, frustraciones y fantasías, 5.- La expresión y utilización de la energía vital, 6.- Los intereses intelectuales y estilo cognitivo de análisis, 7.- La sexualidad y sensualidad; y finalmente, 8.- Los elementos normativos del Yo (Superyó) y comportamiento frente a valores socialmente establecidos. Sin embargo, debe advertirse que en algunos casos, por la pertinencia y relevancia de algunos símbolos emergentes en las ejecuciones de las participantes, al momento de integrarles con el análisis de los discursos de las entrevistas, se ha recurrido a complementarles o amplificarles recurriendo a la simbología universal y a criterios de interpretación de análisis del dibujo de figura humana. Tanto las ejecuciones como los resultados de la aplicación del Test de Wartegg a las participantes se consignan al final como Anexos 4, 5, 6 y 7.

5.4.- Procedimiento de análisis de datos.

Con cada participante se llevaron a cabo tres encuentros de entrevista, con el fin de profundizar en diversos contenidos emergentes y para aplicar el Test de Wartegg, lo cual se hizo al final de la tercera y última sesión.

En las entrevistas, las preguntas se manejaron sin seguir un orden rígido, buscando profundizar y solicitando las aclaratorias pertinentes según fuera necesario. De ellas se obtuvo

un total de 960 minutos de grabación magnetofónica, cuyo contenido fue transcrito y a partir del cual se procedió a organizar la información resultante en categorías y subcategorías en una tabla, para su respectivo análisis. El resultado de ello fue la obtención de dos grandes categorías descriptivas amplias –con sus respectivas subcategorías–, una referida a la identificación de la figura arquetipal dominante de cada participante y la otra a los aspectos relacionados con el cuidado propiamente dicho y la vivencia en él para cada una de ellas. En estas categorías y subcategorías descriptivas amplias fueron tratadas las diferencias individuales de cada una de las participantes.

En el caso de los aspectos arquetipales presentes en la personalidad de las participantes, se establecieron las relaciones pertinentes entre los datos obtenidos a partir de sus discursos, y los planteamientos teóricos existentes –en tanto fueran observables–, y se les articuló con los resultados del análisis por campos del Test de Wartegg aplicado (a saber: 1.- El campo del Yo, en tanto posición frente al medio y a sí mismo, 2.- Relación afectiva con el medio ambiente, 3.- Posición frente al mundo, el nivel de aspiraciones e Ideal del Yo), 4.- Angustias, frustraciones y fantasías, 5.- Expresión y utilización de la energía vital, 6.- Intereses intelectuales y estilo cognitivo de análisis, 7.- Sexualidad y sensualidad; y 8.- Elementos normativos del Yo –o Superyó– y comportamiento frente a valores socialmente establecidos, todos interpretados conforme a los criterios de Muñoz, s.f.; y Vallester, 2004). Es decir, el Wartegg fue empleado como un elemento de validez concurrente para convalidar el discurso obtenido a través de las entrevistas de cada una de las participantes, en el sentido de lo que se quiere demostrar.

En cambio, los aspectos referidos al cuidado –que son los que en definitivas cuentas constituyen el aporte de la presente investigación– se articularon con lo observado respecto a la incidencia de las figuras arquetípicas antes mencionada en la personalidad y funcionamiento de las participantes. Finalmente, los hallazgos obtenidos para cada participante se compararon con el fin establecer algunos vínculos y matices diferenciales entre ellas de acuerdo de acuerdo a algunas de las categorías de análisis que resultaron más relevantes, para poder efectuar una síntesis o integración final. En todo momento los contenidos emergentes de las participantes se sometieron a una labor interpretativa (análisis hermenéutico), para lo cual se recurrió a las premisas de la psicología dinámica en general y el uso de la técnica de interpretación sintético-constructiva, pero también a la causal-reductiva o una combinación de ambas, cuando hubiera

lugar a ello (Jung, 1917/2007). Muy especialmente, se ha empleado la amplificación a partir de preceptos de la psicología junguiana y los mitos y simbología universales.

Además, como cabe esperar de una investigación con enfoque cualitativo –y tal y como afirma Martínez (2008)–, el trabajo de integración y articulación final a partir de la categorización conllevó una constante reestructuración (integración de categorías menores o más específicas en categorías más generales y comprensivas), a partir de una contrastación sostenida de los datos, en un proceso en el que se ha comparado, añadido, especulado y establecido nexos y relaciones. El producto final de categorización alcanzada a partir de la data recolectada se describe en el apartado siguiente.

5.5.- Categorías de análisis

Con base al procedimiento de análisis de datos expuesto en el apartado anterior, en la presente investigación encontramos dos grandes grupos de categorías. La primera de ellas abarca todos los aspectos que permiten identificar la dominancia de una figura arquetípica concreta en la personalidad de cada una de las cuidadoras participantes. En la segunda categoría se encuentran todos los aspectos específicamente referidos a la situación de cuidado, que abarca subcategorías referidas a la vivencia subjetiva y las implicaciones emocionales en el desempeño como cuidadoras, así como el estilo de cuidado, como factores determinados por la incidencia de lo arquetípico en la situación de cuidado. Las definiciones de las categorías antes mencionadas, así como de las subcategorías de cada una de ellas, se encuentran especificadas en la Tabla 5 que presentamos a continuación.

Tabla 5. *Categorías que permiten identificar a la Figura Arquetipal*

1.- DOMINANCIA ARQUETIPAL	
1.1- IMAGOS Y RELACIONES PARENTALES	Imago o percepción a partir de una particular predisposición a la que el psiquismo se inclina por efecto de una figura arquetípica dominante
1.1.1- Imago y relación con el padre	Conducta del padre. Imagen subjetiva de su relación con el progenitor y todo lo que este representa en tanto principio masculino en el nivel simbólico. Sensación de cercanía o proximidad, percepción y/o idealización con respecto a él.
1.1.2.- Imago y relación con la madre	Conducta de la madre. Imagen subjetiva de su relación con la progenitora y todo lo que esta representa en tanto principio femenino en el nivel simbólico. Sensación de cercanía o proximidad, percepción y/o idealización con respecto a ella.
1.1.3.- Imago y relación con los hermanos y hermanas	Tipo de vínculo(s). Imagen subjetiva de la relación fraterna e implicaciones simbólicas. Sensación de cercanía o proximidad, percepción, idealización y vivencia subjetiva en relación con ellos.
1.2.- INFANCIA	Percepción subjetiva y recuerdo con respecto a la propia infancia.
1.3.- ÁMBITO LABORAL E INTERESES INTELECTUALES	
1.3.1.- Ámbito laboral	Tipo de actividad desarrollada y desempeño específico, percepción subjetiva de la actividad desempeñada, soporte familiar o personal.
1.3.2.- Intereses intelectuales	Objetividad, estilo cognitivo (sintético o asociativo) o de raciocinio, capacidad de discriminación, organización e integración en el campo de ejecución, valor atribuido a la capacidad intelectual, deseo de realización, perfeccionismo, formalismo. Control intelectual.
1.4.- RELACIÓN DE PAREJA Y SEXUALIDAD	
1.4.1.- Imago y relación con la pareja	Conducta de la pareja. Imagen subjetiva de la relación y el vínculo y representación simbólica. Relevancia de la pareja como compañero y amante, relevancia de la pareja como padre de los hijos, expectativas y proyecciones sobre la figura de la pareja.
1.4.2.- Sexualidad	Nivel de predominio o represión de lo erótico en el vínculo, así como capacidad de sublimación.
1.5.- RELACIÓN GENERAL CON OTRAS MUJERES	Percepción subjetiva general del vínculo con otras personas del mismo sexo: Amistad, cercanía, cooperación y compañerismo <i>versus</i> rivalidad y competitividad.
1.6.- RELACIÓN GENERAL CON HOMBRES	Percepción subjetiva general del vínculo con otras personas del sexo opuesto: Amistad, cercanía, cooperación, compañerismo y camaradería <i>versus</i> rivalidad y competitividad.
1.7.- FEMINIDAD: SIGNIFICADOS ATRIBUIDOS	Significación subjetiva acerca del hecho de “ser mujer”, y aspectos relacionados en el nivel simbólico.
1.8.- MATERNIDAD Y RELACIÓN CON LOS HIJOS / NIÑOS	Postura subjetiva frente a la maternidad y forma de asumirla, relación con los hijos/niños en cuanto a cercanía afectiva, estilo de crianza, disciplina y castigos. Imagen subjetiva y representaciones simbólicas relacionadas.
1.9.- ANGUSTIAS, FRUSTRACIONES Y FANTASÍAS	Tramitación o canalización del estrés y ansiedades vitales, costo en esfuerzo psicológico (emocional) al enfrentarlos, represión, necesidad de apoyo.
1.10.- FUERZA DE LOS ELEMENTOS NORMATIVOS DEL YO	Dimensión ética y moral. Capacidad para adaptarse, seguir o tolerar normas. Flexibilidad <i>versus</i> rigidez y carácter punitivo de la propia personalidad.
1.11.- TEMA CENTRAL DE VIDA	Identificación del tema central de vida descrito en el marco teórico para cada figura arquetipal trasladado al discurso general de la participante, a partir de frases, ideas o sentimientos que son descritos como una constante en su vida.
1.12.- MISCELÁNEA	Rasgos de personalidad arquetípicos adicionales que resulten característicamente definitorios. Caleidoscopio o <i>collage</i> por la influencia o traslapamiento de otras figuras arquetipales en la personalidad de la participante.

Ahora bien, hay que advertir y tener en cuenta que con las figuras arquetípicas ocurre lo mismo que con muchos otros intentos de clasificación psicodinámica (como es el caso de las tipologías de fijación libidinal freudiana, los tipos de resistencias basados en tales fijaciones, las tipologías de personalidad junguianas determinadas por las funciones psicológicas, etc.). Así, podemos afirmar que si bien es posible encontrar cierta dominancia en la personalidad de una figura arquetipal por encima de las otras, no es menos cierto que las distintas figuras se traslaparán necesariamente entre ellas en distintos niveles. Aun así, la distinción inicial de una dominancia o categoría genérica de base permite establecer un punto de inicio para el análisis que contribuye no sólo a estar alerta frente a la emergencia de diversos tipos de material inconsciente, sino también a integrarlos o articularlos en un análisis coherente. En este sentido, el abordaje de las participantes como casos más representativos o paradigmáticos del fenómeno en estudio permitirá afinar el enfoque de la perspectiva para capturar la mayor riqueza del mismo (Martínez, 2008).

Además, es importante también recordar lo que sostiene Moore (1993) a este respecto, cuando dice:

“Hay muchas formas de vivir un arquetipo. Una consiste en **identificarse primordial y profundamente con él** y hallar en sus facetas un **estilo de vida** y una **fuentes de significado**. Otra consiste en **cultivar ese espíritu como uno entre muchos**, obteniendo de él cuanto sea posible **sin convertirlo en su forma definitoria**. En el mejor de los casos, los arquetipos **fluyen como la luz que atraviesa una persiana y se mezclan como colores diluidos en agua** sobre una simple hoja de papel en blanco” (p. 259). [Resaltado del autor].

En este sentido, es fácil observar que entre más unilateralmente se evidencia la presencia de una figura arquetipal en la personalidad, menor el nivel de integración de otras facetas o matices arquetipales.

Tabla 6. *Categorías que configuran la Experiencia y Hermenéutica del Cuidado*

2.- EXPERIENCIA Y HERMENÉUTICA DEL CUIDADO	
2.1.- EL CUIDADO CON MOTIVACIÓN PARENTAL ARQUETÍPICA	Motivación de la asunción de un determinado tipo de cuidado, fundamentado en la proximidad parental arquetípica entre la cuidadora y la persona objeto de su cuidado
2.2.- ACTITUDES	Actitud hacia la persona objeto de cuidado, hacia sí misma y hacia el futuro.
2.2.1.- Actitud hacia la persona objeto de cuidado, sinergia y estilo de cuidado	Incluye tres aspectos que se entrelazan: - Actitud: Contacto con la situación de cuidado: nivel de proximidad, presencia, disponibilidad, emociones, fomento de la dependencia o la autonomía (autogobierno de quien es cuidado). - Sinergia: Energía invertida en la tarea (exhaustividad en el cuidado ofrecido). Calidad de la atención en el sentido de abnegación, desvelo y entrega, proactividad, sensibilidad e intuición. - Tipo o estilo de cuidado, y estrategias o estilo de afrontamiento (mayormente centrado en el problema o en la emoción).
2.2.2.- Actitud hacia sí misma	Autoexigencia <i>versus</i> autoindulgencia. Variaciones entre estas posturas.
2.2.3.- Omnipotencia / prepotencia/ impotencia	Reconocimiento de las propias limitaciones / Demanda de ayuda.
2.2.4.- Competencia social y vínculos entablados	Tendencia a asumir la tarea de manera solitaria e individualista <i>versus</i> tendencia a establecer contactos, redes y puentes de cooperación. Facilidad o dificultad para establecerles.
2.2.5.- Actitud hacia el futuro	Forma de tramitar o canalizar la pérdida inminente: aceptación <i>versus</i> aferramiento. Proyección propia en el futuro a partir de dicha situación.
2.3.- PERCEPCIÓN ACERCA DE CÓMO ES/ERA RECIBIDO EL CUIDADO POR ELLA PRODIGADO	Percepciones y emociones con respecto a la recepción de parte de quien es objeto de cuidado. El cuidado altruista <i>versus</i> el cuidado con expectativas de reciprocidad, percepciones y emociones.
2.4.- SOMBRA DEL CUIDADO	Motivaciones inconscientes y/o arquetípicas más profundas en la función de cuidado llevada a cabo.
2.4.1.- Motivación profunda oculta detrás del cuidado	Motivaciones inconscientes y/o arquetípicas en la función de cuidado llevada a cabo. Preocupaciones, angustias, temores, frustraciones y fantasías dentro de la situación de cuidado, y que pueden incidir en el proceso de individuación de la cuidadora.
2.4.2.- Apego, pragmatismo y buen morir	Exploración de la actitud acerca de la muerte inminente de la persona cuidada.
2.6.- LA VUELTA A SÍ MISMA A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA DE CUIDADO	El cuidado, sus contingencias, coyunturas y posibles estragos como vía o proceso catalizador para la toma de consciencia, y la integración (o fortalecimiento) de la propia individuación en el contexto más amplio de la vida de la cuidadora. Recuperación de la madre interna (conexión con el principio femenino) en alusión a la pérdida simbólica originaria sugerida por Downing (2010).

En la Tabla 6 se presentan las definiciones de la categoría para la experiencia de cuidado y su respectiva hermenéutica, con base en la vivencia subjetiva, las implicaciones emocionales y el estilo de cuidado, como factores determinados por la incidencia de lo arquetípico en dicha situación para cada una de las participantes, así como sus subcategorías en cuanto las haya. De ello, se advierte que, a pesar del intento de categorizar a todas las participantes de acuerdo a iguales criterios, las diferencias individuales de cada una y su experiencia hace imposible que con todas se haga un correlato exhaustivo (por lo tanto, algunas

definiciones no aplican a cabalidad en algunas categorías o subcategorías de algunas participantes).

VI.- ANÁLISIS DE RESULTADOS

6.1.- Resultados para JUVENA

6.1.1.- Datos demográficos e introductorios para el caso de Juvena

Juvena es una mujer de 48 años de edad. Es TSU en Estudios Penitenciarios y licenciada en Estudios Jurídicos, y se desempeña profesionalmente como asistente en un Tribunal Penal de Caracas. Ha estado casada con el mismo hombre desde que tenía 15 años. A lo largo de su vida ha asumido el cuidado de otras personas desde distintos niveles y perspectivas. Sin embargo, la situación concreta de cuidado que se presenta en esta investigación para el estudio de su caso es la de su padre, un hombre de 68 años diagnosticado con VIH aproximadamente 17 años antes de fallecer, y que en sus dos últimos años de vida desarrolló una demencia vascular probablemente asociada a la progresión de la infección. Precisamente, fue invitada a participar a partir de una primera entrevista que se le efectuó en la Unidad de Infectología del Hospital General José Ignacio Baldó en la cual atendía a su padre, que estuvo hospitalizado durante 21 días (y que falleció 20 días después de recibir el alta médica). Como se desprende de la primera parte del análisis de sus resultados, en la presente investigación ella ha sido identificada a nivel de personalidad con un funcionamiento arquetípico dominante característico de la figura de Atenea. Se escogió para ella el seudónimo de “Juvena” por la partícula “*Juve*”, derivada de Júpiter (el Zeus de los romanos y padre mítico de la diosa Atenea-Minerva).

6.1.2.- Dominancia de la figura arquetípica de ATENEA en la personalidad de Juvena

6.1.2.1.- Imago y relaciones parentales

o Imago y relación con el padre

En el caso de Juvena, el nexo con el padre fue preferencial y estuvo marcado por su admiración y el reconocimiento de las cualidades más nobles y loables de éste, que sin embargo no la hacen caer en la idealización ciega, por cuanto más adelante reconocerá también de manera lúcida y objetiva los no pocos defectos, debilidades y miserias paternas. Así, empieza

por definir a su padre diciendo: “*¡No, muy humanitario... una persona que... bueno! Sí, mi papá hizo muchas buenas acciones en la vida... y de hecho hay prueba de eso pues... gente que de repente veía por ahí... una vez tirotearon a un muchacho por la comunidad: ‘No, que a mí no me interesa que venga la policía y me pregunte, yo le digo que me lo conseguí tirado pero no lo voy a dejar morir’... ¿me entiendes? (...) él me dejó que yo me equivoque, él me alentó, me dio valor, él me dio principios... Él me dio principios, pero yo tenía que demostrarle que sí los agarraba.* [Lo que yo admiraba de él eran] *las buenas acciones que mi papá tuvo con nosotros pues, [y el] que siempre fue un padre que estuvo allí, que nos dio educación, todo éramos por igual... pero yo siempre fui más apegada a él... mi mamá dice que desde niña pues*”. Se observa entonces que la imago es la de un padre-héroe amado y compañero que insufla o deposita confianza en la hija, haciendo que ésta adquiriera seguridad en sí misma al introyectar el Logos paterno. Sin embargo, a pesar de este trato paritario, el padre no dejaba de reconocerle su condición de mujer y la precauciones que en razón de ello debían implementarse para protegerla: “*Mi papá fue muy cuidador de nosotras [las hijas mujeres] (...) no le gustaba ni que nos pusiéramos vestido... [A mi mamá le decía:] ‘A mis muchachas me les pones un pantalón, no me las dejes por ahí, ten cuidado que ya están grandes, con esos shores cortos no me las dejes salir a comprar’. Éramos las tres hembras pues... y yo era la mayor... ¡Cuidado, si me le pasa una vaina a Juvena, una vaina a Ma., una vaina a Me.!, en eso estuvo siempre muy pendiente*”. Es notorio el elemento de la precaución con respecto al uso de vestidos y la promoción del uso del pantalón, que en el nivel discursivo del padre es un elemento importante para consolidar el posicionamiento de la hija en la psicología de la figura arquetipal de la Amazona y una forma de mentalidad ateneica. Además, aunque esa no fuera la intención deliberada del padre de Juvena, es relevante a este nivel rescatar lo que sostiene Lewis (1973) al afirmar que el estímulo dado a la niña para vestirse con ropa tradicionalmente masculina –lo cual es aceptado socialmente y se observa siempre con menos preocupación que el caso del varón que se viste con ropa de niña– representa una solución más “normal” para permitirle a la niña tramitar la envidia y la rivalidad que la niña puede sentir hacia el niño en razón de sus diferencias anatómicas genitales (envidia de pene), y también porque constituye un escape aceptable tanto para el sentimiento de haber sido castrada que le subyace, como para los casos en que la niña pueda fantasear con que se ha lastimado y ha perdido el pene al masturbarse (Lewis, 1973). Es decir, se observa como la experiencia subjetiva presente en las

declaraciones de Juvena ofrece evidencia acerca de la sincronía entre los eventos externos presentes en la crianza y del discurso paterno, por un lado, y las necesidades profundas del núcleo fálico de las figuras arquetípicas de lo virginal, lo amazónico y lo ateneico dominantes en el psiquismo y temperamento de la hija, por el otro.

El compañerismo dentro de la relación con el padre se evidencia en la reciprocidad (que, como se verá luego, redundaría en la asunción del cuidado del padre por parte de Juvena). Esta reciprocidad –que de parte de Juvena toca en mucho la gratitud– fue siempre interpretada por sus hermanos como una *preferencia* del padre hacia ella, como lo demuestra el siguiente fragmento: “[Con él] **yo era la encargada de todo, porque todos han dicho siempre ‘Bueno, Juvena es la que resuelve, yo no tengo real, ella es la que es profesional, ella es la que tiene un buen empleo... ella es la consentida de mi papá’**”. Sin embargo, Juvena nos aclara que no se trataba de ser la consentida y nos dice: “No, [fue] **porque yo siempre estuve abierta a todo** [en el sentido de demostrarle que estaba disponible para él]... Papá [decía] ‘Tengo este problema Juvena’... ‘Bueno, vamos a buscar resolverlo’ [y a la inversa, porque era recíproco, ella le decía:] ‘Papá, estoy enferma, tengo esto... o voy a parir un muchacho’, y mi papá llegaba... iba... o si él se enfermaba, o le pasaba algo ‘¡Juvena, se me espichó un caucho!... No tengo para un repuesto’... Y yo, ‘Okey, ¿no tienes? Toma papá’... siempre hubo una muy buena comunicación, lo contrario a mis hermanos pues [ellos decían] ‘No [lo ayudamos] porque mi papá toma’... [y además porque] **él tuvo mucho tiempo de consumo también, y yo le busqué sitio para ingresarlo, lo estuve llevando a terapia... lo ayudé mucho pues... como rol de hija y bueno... como una forma de agradecerle lo que él en alguna oportunidad hizo por mí**”.

Se advierte entonces como en Juvena hay una constante percepción acerca de la hidalguía paterna, en tanto el padre es descrito como un hombre que no tenía reparos en involucrarse de manera altruista –incluso a riesgo de quedar envuelto en dificultades– con tal de hacer lo correcto para ayudar a otro que lo necesitara; pero a la vez una cierta *misericordia* (Graves, 2001), característica de la hija del padre, al reconocerlo como un hombre con una sensibilidad fuera de cauce, que lo hacía refugiarse en el alcohol y las drogas como una vía de escape.

Haciendo abstracción, todo lo anterior es necesario reservarlo y tenerlo en consideración para efecto del análisis ulterior a partir de aquí, pues como se observará, la naturaleza psicoide de lo arquetípico que denota la confluencia de lo psíquico con lo no-psíquico (Jaffé, 1995), hace que la afinidad de Juvena hacia su padre resulte cónsona con la fuerza de su propio *ánimus*, sirviéndole para afinar su identidad primaria y satisfacción en el mundo externo perteneciente a lo masculino, en desmedro de la relación con algunos aspectos de su propia naturaleza femenina, los cuales se ven de cierta forma obturados. Así, la función paterna encarna el Logos o principio de juicio, razón y discriminación (Ostfeld, 2011; Singer, 2000).

○ *Imago y relación con la madre*

La relación con su madre es definida por Juvena como débil, precaria, o “*no muy buena*”. La razón se encuentra en la evidente disidencia de Juvena con respecto a la actitud de pasividad y sumisión materna, postura con la cual no sólo no se identifica, sino que tampoco le permite empatizar con ella: “*La relación con mi mamá no es muy buena... Mi mamá siempre fue muy de casa, de esas mujeres lentas que si [mi papá le decía:] ‘No, no sales hoy’, ella no salía hoy... ‘Que no sales mañana’, tampoco salía mañana, ¿entiendes?... Yo veía que eso era una locura... Iba para casa de mi abuela un viernes [con nosotros, y decía:] ‘Vamos para donde mi mamá’... Mi mamá agarraba sus cinco muchachos, su rebaño, y a las nueve de la noche [le decía a mi papá:] ‘Ay, nos vamos’... Mi abuela vivía en La Guaira, y nosotros lo que más amábamos era irnos para la playa... [y mi mamá le decía:] ‘Nos vamos a pasar el fin de semana’... [Y mi papá:] ‘No, no... no vamos’... y ahí mismo todos desilusionados de vuelta porque no íbamos... **Ella aceptaba eso, y él era muy celoso, muy psicópata, no sé**”.*

Es relevante que, al describir la relación de ambos padres, Juvena toma partido por la posición del padre aun cuando lo reconoce como “maltratador” con su madre, pues en su lógica masculinizada, dominada por el *ánimus* y el Logos, el déficit y lo reprochable no está en el que ataca sino en aquella que no se defiende de la agresión: “*Mi papá fue muy maltratador [con mi mamá], sí reconozco que fue muy maltratador con ella, pero eso, ¿cómo te digo?... eso fue culpa de ella... porque yo no me dejo maltratar por nadie... o sea, el respeto por delante, si la cosa no funciona, no funciona... si tenemos que tener un diálogo, lo tenemos, pero si no hay*

*diálogo, no hay nada... ese es el principio de la relación: el diálogo... la comunicación y el respeto... si no hay nada de eso, eso es por mito... o sea, mi papá vivió con mi mamá ochenta años soportándolo, y entonces yo tengo que vivir con mi papá doscientos años... con mi marido quise decir [obsérvese el lapsus], y me tengo que dejar caer a palos cuando a él le dé la gana... **Ella permitió todas esas cosas, o sea... él no era responsable de eso. Hay una participación de la mujer que permite que eso pase, claro que sí... y de hecho es así, porque tú no puedes querer a tu esposo más que a ti misma (...)** Y entonces, bueno... fueron problemas que ellos tuvieron, mi papá fue maltratador con ella... Yo llegué a presenciar esos maltratos, pero ella lo permitía (...)* Los hermanos de ella se la llevaban y ella se regresaba... Y eso eran golpes”.

Nótese en todo el fragmento anterior el entrelazamiento tanto del tono edípico al tomar partido por el padre –al cual hasta cierto punto justifica de manera desapasionada en desmedro de la madre–, así como también el discurso reivindicativo de la posición que “ha de asumir la mujer” para hacerse respetar, pero que no era seguida en ningún caso por su propia madre, razón por la cual no se encuentra en Juvena ninguna contemplación empática con ella. Al contrario, lejos de ponerse en su lugar, Juvena corta toda posibilidad de justificación con el poder de la razón, guiada por el mandato de un intelecto incisivo, fulminante y, sobre todo, por el norte del *deber ser* que apunta a lo pragmático, sin ninguna otra clase de consideraciones dilatorias. No obstante, a pesar de estar aparentemente impedida para ponerse en los zapatos de su madre al no compartir su forma de ser, el criterio ateneico que vela por equilibrar con justicia las cosas frente a una situación de abuso, se termina imponiendo en Juvena, y así nos dice: **“Cuando yo tenía trece años, yo me guindé con mi papá... para defender a mi mamá (...)** Pero mi papá sí le hizo la vida imposible a mi mamá... y ellos deciden separarse es cuando mi hermano muere”.

Finalmente, es relevante la percepción de Juvena con respecto a la autonomía de su madre, así como su insistencia como hija en el logro y conservación de esa independencia, aún a la fecha presente: **“Mi mamá no funciona así... tú le dices ‘Mamá, anda al banco a sacar la plata’... ‘No, pero es que yo no puedo’, ‘¿Pero por qué no puedes? Ven para yo explicarte’, ‘No, es que yo no lo sé hacer... tú sabes que yo ya estoy vieja’, ‘No es que tú ya estés vieja, chica, tú tienes que ser independiente, ya mi papá no está, tú tienes que sobrevivir’, ¿me entiendes?... no puede ser pues... pero no lo hace... ¡No lo hace!... Esta mañana me llamó y**

que `Juvena, que el médico me dijo que...', `Mamá, déjame averiguar en qué clínica te hacen ese examen', `Ya yo fui, pero es que no sé cómo es... que me sale en 24.000 bolos'... `¿Cómo te va a salir en 24.000 bolos si tú tienes un seguro?'... Yo llamé a mi esposo: `¿Estás en la clínica? ¿Sí?', como él iba a hacerse un examen, `Averíguame cómo es esto, cómo es aquello, cómo es lo otro?'... **Casi que voy y averiguo yo**".

○ *Imago y relación con hermanos y hermanas*

Se ha expuesto arriba como Juvena ha sido considerada, desde la perspectiva de sus hermanos, como "la consentida" del padre. Ahora bien, cuando tiene que hablar acerca de la relación que ha sostenido a nivel fraterno no tiene escrúpulos en confesar sin reservas de ningún tipo que la calidad del vínculo siempre fue mejor con los hermanos varones que con las hembras, diciendo: "**He tenido siempre mejor relación con los hermanos varones que con las hermanas mujeres, siempre... Yo siempre los he apoyado a ellos** (...) [Está] *mi hermano Mi.*, [y] *Ma.* [el mayor], *el que murió* [que] *siempre era para arriba y para abajo conmigo... siempre estuvo conmigo... Yo tenía un problema, y él conmigo: `Ma., estoy enferma... o voy a dar a luz', él salía corriendo y me llevaba a dar a luz... o sea, muy unidos... Y con Mi., igual... somos muy unidos y él siempre es el que me visita. Inclusive, cuando mi hermano* [mayor] **fallece, yo agarré su rol** [de padre] **también** (...) **y yo me quedé encargada de ellos** [los hijos de mi hermano]... *me quedé criando a una de ellos* [que se quedó conmigo un tiempo, y el otro] *se quedó con la mamá. Ya* [el varón] *tiene 23 y* [la muchacha] *tiene 20*".

Por su parte, la relación con las hermanas es más distante. Según Juvena, el motivo se encuentra en una divergencia general con respecto a la forma de pensar. Sin embargo, sin mucha demora se observa que –al igual que ocurre con la figura de su madre– Juvena tiene frente a una de sus hermanas el mismo juicio crítico por la postura pasiva, dependiente y carente de autonomía e iniciativa de ésta, como se observa cuando dice: "**Nunca me la he llevado con ellas.** *Mi hermana M., no me la llevo bien... la trato, como no, nos respetamos... pero ella allá y yo aquí. Su forma de pensar es distinta a la mía, como todos los seres humanos pues... no podemos pensar todos igual, pero tú no puedes vivir por la vida que me den, de que no tengo, de no puedo, de que no hay... y ella funciona así. Y bueno, siempre hemos tenido diferencias pues, y me dice que soy la millonaria... Yo le digo `uno tiene lo que se merece'*...

pero yo no soy millonaria, yo lo que soy es sacrificada por tener lo mío (...) que no tengo lujos... tengo lo necesario para yo poder vivir y subsistir. Y con N., ella sí es muy apartada, muy silenciosa... ella es muy trabajadora, mucho, mucho... nos llamamos muy poco (...) mantenemos el contacto, pero ellas viven aquí en Caracas, yo no las visito ni ellas a mí”.

6.1.2.2.- Infancia

Al hacer alusión a su infancia, el testimonio de Juvena refiere acerca de la curiosidad y la cualidad intelectual que Bolen (1984) apunta como rasgos característicos de las niñas dominadas por la figura arquetípica de Atenea: “... y como [desde niña] **yo siempre he sido muy salida, que todo lo sé, que todo lo quiero saber y todo lo pregunto (...)** estaba pendiente de todo en la casa”.

Pero, además, Juvena expone como la presencia del componente masculinizado de la personalidad se halló desde muy temprano en su vida: “*Que era tremenda... mala, peleona... me guindaba a pelear con los varones... con cualquier varón ... [pero] con mis hermanos no... era protectora de ellos, ellos son mis hermanos y no permitía que nadie me los tocara... Pero yo me guindaba a pelear con los varones. ¡Dígame cuando mi hermano mayor tenía problemas en la escuela! Yo era la que salía, soltaba los libros que se usaban en esa época... tiraba los libros en el piso [se ríe] y a guindarse a pelear con quién sea [risas]... Mi mamá me pegaba fuerte [por eso, pero]... mi papa [decía]: ‘¡Bueno, ella tiene que aprenderse a defender!’ , decía mi papá: ‘¡Déjala que se defienda!’”.* Obsérvese el carácter protector de Juvena con respecto a su hermano-héroe, al que su discurso demuestra que siempre estaba dispuesta a defender de la misma manera en que la mítica Atenea intercedía por los Héroes objeto de su tutela y, además, nótese la influencia de la aprobación paterna para sostener este tipo de actitud y proceder.

De igual manera, al hablar acerca de los juegos y de los castigos que le imponían de niña, dice: “Ay, terribles... mi mamá me partía, me lanzaba una olla... me daba con la paila... **Mi papá una vez me cortó el pelo, porque yo y que parecía un varón... me cortó el pelo cortiquito así...** porque yo me iba a jugar metras, yo me iba a volar papagayo, yo me iba a pelear, jugaba trompo... pero mi papá una sola vez [me pegó]... Él llegaba: ‘Me dijeron que

estabas haciendo esto'... pero no era de pagarme... 'Que no vuelva a pasar'... Eran cosas así... con mi mamá si era [de corregir con golpes]... ¡bueno, calarse cinco muchachos!... Uno brincando por aquí, el otro... yo digo que yo también lo hiciera". Puede rescatarse de este fragmento, una vez más, la postura dialogante con la que era percibido el padre (además de la nueva referencia a la participación del padre en la masculinización de la hija, que tiene implicaciones en cuanto al deseo o expectativa de éste frente a ella y un correlato de la hija hacia él).

Aun así, cuando mira en retrospectiva y hace un balance, dice de su infancia: *"Yo lo veo bonito, porque era mi forma de ser... ahora lo profesionalicé* [se ríe, refiriéndose al hecho de que ahora trabaja con la "pelea" o contienda profesionalizada por vía del derecho]. *Lo he dicho muchas veces: lo volvería a hacer"*.

6.1.2.3.- Ámbito laboral e intereses intelectuales

o Ámbito laboral

Como lo adelantó la última declaración de la subcategoría anterior, el efecto organizador del Logos ateneico en la vida de Juvena influyó también en su elección profesional, orientándola al mundo de las leyes, la justicia y la vendetta pública materializada en el procesamiento penal y la regulación de la vida penitenciaria: *"Soy TSU en Estudios Penitenciarios y Licenciada en Estudios Jurídicos (...)* En realidad yo lo que quería era ser **policía**, pero mi esposo [que lo es] no quería... decía que eso era muy peligroso, y que yo siempre me andaba metiendo en el peligro".

Con respecto al desempeño concreto que lleva a cabo en su labor profesional, expone: "Trabajo con personas privadas de libertad y a medida que se van dando las audiencias preliminares, los sobreseimientos, uno va sacando el trabajo con los expedientes... Si queda privado de libertad ya sabes que va a un recinto penitenciario, si (...) le dan una cautelar, sale bajo régimen de presentación, si le dan una fianza tienen que presentarse los fiadores para que pueda ser constituida... y si no le agregan ningún delito que realmente tenga importancia, le dan sobreseimiento de causa... [también me encargo de] librarle la boleta a los detenidos de los recintos penitenciarios para que sean trasladados en su momento para hacerles su audiencia".

Pero no tarda en asomar su opinión con respecto a la operatividad y funcionamiento del sistema judicial en el ámbito penal y penitenciario: *“Es bastante caótico, porque ya no podemos hacer el trabajo como nosotros esperábamos, porque las leyes aquí... no se están manejando (...) como debe ser. Le dan prioridad a la política. Y entonces yo digo que al hijo de la madre humilde de barrio no lo toman en cuenta pues. Porque hasta para un traslado para acá para este despacho, le cuesta un ojo de la cara a ellos... Y cuando llegan aquí, con todo el sacrificio que hacen, con una esperanza de recibir una respuesta, se consiguen que hay trabas, impedimentos, demoras... retrasos. Porque si no falta el fiscal, falta el otro... o sea, un caos”*.

Consecuencia de lo anterior, expone lo que sería su ideal de cómo llevar a cabo su labor, así como la postura que ha debido asumir frente a un sistema imperfecto: *“Me gustaría hacerlo mucho mejor... trato de hacer lo que hago lo mejor posible, pero me gustaría poder hacerlo mejor... Si no me vino esta vez, bueno, vamos a ver en qué recinto está... ¿Será que lo trasladaron del CICPC para un recinto? Averiguo todo eso, y le aviso al fiscal... ‘No, este muchacho está para acá’. Por lo menos de mi parte, trato por lo menos de librarle su boleta [cuando es procedente], que es lo primordial (...) Ya lo que suceda con los superiores míos, ya eso escapa de mis manos, ya son decisiones de más arriba”*.

La esfera laboral/profesional de Juvena puede ampliarse con cuanto se encuentra –y se analiza– en la siguiente subcategoría, referida a sus intereses intelectuales (donde se integran los resultados obtenidos en el campo 6 de su test de Wartegg), y la subcategoría referida a la fuerza de los elementos normativos del Yo en ella (donde se consideran aquellos alcanzados en el campo 8 de su test de Wartegg).

○ *Intereses intelectuales*

En esta subcategoría resulta relevante tomar en consideración los resultados de la ejecución de Juvena en el campo 6 de su test de Wartegg (anexo 4). En el mismo, las líneas integradas en un solo motivo evidencian primeramente que su raciocinio es de estilo asociativo, correlacional y deductivo, demarcando un matiz intelectual y volitivo (Muñoz, s.f.).

Además, en este campo dibuja una computadora (ordenador), un objeto profesional que desde el punto de vista del ideograma indica aspiración y deseo de perfeccionamiento en el ámbito específico del intelecto, además de un estilo de pensamiento desapasionado, objetivo y frío. Aunque tradicionalmente al campo 1 y 6 del test de Wartegg no se les agrupe o relacione para efecto de análisis, se ha considerado que, al ser el computador un objeto de uso técnico, entra en consonancia con la significación intelectual y lógica también reflejada en el dibujo del campo 1 realizado por Juvena. De esta manera es posible dejar constancia de la relevancia del atributo del Logos en su personalidad y estilo de funcionamiento cognitivo. Esto es congruente y se ve confirmado por la ejecución del campo 3 en el cual dibuja la edificación de una escuela, siendo que el ideograma de edificaciones o sus partes implica influencia del sexo contrario, lo cual es especialmente relevante si se viene sosteniendo que la personalidad de Juvena se encuentra dominada por el arquetipo de Atenea, de la cual se sabe teóricamente que posee un *ánimus* fuerte y cuyas aspiraciones se encuentran muy influidas por el Logos y la aproximan al mundo de lo masculino

6.1.2.4.- Relaciones de pareja y sexualidad

- *Imago y relaciones de pareja*

Juvena ha estado casada durante 31 años con el mismo hombre, el padre de sus tres hijos. La relación inicio cuando ella tenía 15 años y la relata en estos términos: *“No he tenido otra pareja... la de ahora es la de toda la vida, mis tres hijos son con él. Nosotros llevamos 31 años de casados, los vamos a cumplir este año (...) Me casé a los 15 años, estoy casada desde entonces (...) Soy casada por la iglesia, por cierto... yo estudiaba en el liceo y los sábados empecé a estudiar un curso de secretariado, y mi tía, la hermana de mi papá, era la secretaria de este señor [mi marido]... y bueno, ella lo conocía a él y a otro policía que era novio de ella... porque mi tía es contemporánea conmigo, me lleva a mí cuatro o cinco años... y ella lo llevaba siempre para la casa... Y una vez que él me vio, porque yo no lo había visto nunca, cuando él me vio, empezó a llamarme... O sea, me lo presentaron y empezó a llamarme al teléfono local de la casa... y yo no le paraba porque ni pendiente de él... él tenía 19... y bueno, y después empezó a visitar la casa, nos hicimos amigos, me pidió [que fuéramos novios]... fuimos novios, habló con mi papá, y lo aceptaron dos veces a la semana en la casa”.*

En la pareja, Juvena detenta una posición de dominio significativa: “Tomo decisiones y listo... **Y la decisión que tome (...) nunca me ha dicho mi esposo, por lo menos, ‘No, eso no es así’.** O sea, yo por lo menos vamos a decirle ‘Mira, no me parece esto’, lo dialogamos y él me dice ‘Tienes razón’... O me dice ‘Puede ser así... es así’... **más sin embargo, me queda la espina y hasta que yo no cumpla con el propósito no me quedo tranquila**”. Como se observa, Juvena se caracteriza no sólo por iluminar el vínculo a través de decisiones que suelen ser meditadas, sino además por perseverar en el intento de imponer sus convicciones cuando se siente en lo correcto. Así, tal y como sostiene Ostfeld (2011) al hablar del carácter del *ánimus* en la mujer, su interés no se dirige a descubrir la “verdad” última –que incluiría la consideración de la motivación del otro– sino más bien a “tener la última palabra” y ganar; o como sostenía el propio Jung (1939/2010) cuando destacaba que la influencia de un *ánimus* poderoso en la mujer implica una metamorfosis a los rasgos del sexo opuesto en la personalidad, tales como la adherencia a principios, el talante pseudolegislativo, “mejorador del mundo”, enredado en palabras y ávido de controversia y dominación. De igual manera, su postura “magisterial” –como la de “una maestra” que dibuja en el campo 2 de su test de Wartegg (anexo 4)–, tiñe en algo la relación de pareja, como también se verá que lo hace con aquel que generalmente sostiene con otras mujeres, cuando se revise más adelante el tipo de relación que tiene con ellas. Por ende, obsérvese al respecto la tendencia en Juvena, no sólo a equipararse a sí misma con lo masculino, sino de establecer una relación paritaria tanto con hombres como con mujeres, siempre que la misma sea entablada desde el Logos.

El tema del sostén del hogar aparece en su testimonio y Juvena, pese a su naturaleza independiente, empieza por contar que su esposo está enteramente a cargo de la manutención de la casa: “*Él [mi esposo] es el que mantiene la casa... pero bueno, yo lo ayudo (...)* **Ah, bueno, este mes yo puedo pagar la luz y el agua, los servicios... ah bueno, aquí yo tengo** [lo de] *el cable’... Pero yo no tengo ni siquiera que decir que aquí falta una harina pan para que él la busque*”. Sin embargo, no es necesario esperar demasiado para descubrir que su participación ha sido mucho más activa de lo que reconoce en un principio: “*Pero todo lo que hay en la casa es: ‘Mira, yo voy a comprar esto... bueno, entonces yo voy a comprar esto’... ‘Ay, que se me olvidó pagar la luz, bueno, yo pago la luz’... así, pues... o que llegó el recibo y yo no voy a esperar a que él llegue para pagar el recibo de luz... yo si voy saliendo, yo lo*

agarro y voy y pago mi luz... o sea, ahí no hay que si él no lo hace no se hace... igual [cuando mis hijos estaban pequeños], que si el muchacho se enfermaba yo no iba a esperar a que tú llegues para sacarlo... tengo que sacarlo y lo sacaba yo pues”.

La prueba definitiva de la trascendencia de su participación en la economía matrimonial es identificable cuando relata acerca de su iniciativa con miras a resolver la situación de dificultad financiera por la que atravesaron en algún momento de su vida común, y que consistió en un emprendimiento con una camioneta de pasajeros. Juvena cuenta que gracias a esta decisión suya y al hecho de que trabajaron conjuntamente ofreciendo servicio de transporte en dos turnos, ella logró cristalizar sus aspiraciones de estudio y expansión en otras áreas. Esta participación activa y trascendente se observa reflejada en el siguiente fragmento: *“Yo compré la camioneta, porque me dieron mi liquidación en V.L. [mi trabajo de ese entonces]... y la trabajamos juntos... una camioneta grande, en esa oportunidad era de 24 puestos... las Vam (...) y bueno, en la mañana trabajaba yo un horario y él otro horario... y así, fue que yo terminé de sacar mi carrera en Estudios Penitenciarios”.*

Finalmente, cuando se le pregunta por la opinión que le merece el matrimonio, Juvena habla acerca de las pautas racionales de comunicación, compañerismo y respeto que en su opinión no deben nunca faltar, pero también deja en claro el cansancio que, desde su punto de vista, puede producir la estabilidad matrimonial cuando atenta contra la libertad de acción individual:

“En cuanto a lo que creo, o la opinión que me merece [el matrimonio], es que la pareja tiene que tener siempre comunicación, y resolver los problemas así como vayan viniendo... y siempre en un término acorde en el vocabulario, en la comunicación, en el compartir... el respeto mutuo... Y bueno, yo ya (...) voy para treinta y un años de casada, **y de cansada** [se ríe]. **¡Ay sí, ya estoy como cansada!**... nosotros nos la llevamos bien, pero a veces yo digo: `Ahjj, qué fastidio! Porque él es muy celoso, y yo soy muy alegre, me gusta salir, me gusta hablar... hoy no me ha llamado en todo el día... [y aunque en el pasado la dejaba salir con sus hermanos y primos a fiestas] Sí, pero como a través de los años, que ya yo no tengo muchacho pequeño... ah, porque antes era porque tenía los muchachos guindando, entonces ¿ahora me vas a venir a celar? De joven me celaba, pero no tanto... pero se va a poner en eso ahora, que ya todos mis hijos están independientes...

Lo que pasa es que él ha estado muy enfermo, se ve mucho, muchísimo mayor que yo... entonces hay cosas que ya no hace... por lo menos antes salía, 'Vamos a tomar'... ahora que no bebe casi... nunca ha sido un tomador perdido, no... él tomaba el fin de semana, que si 'Vamos para la playa, vamos a beber', 'Ah, bueno, dale pues'. No, ahora no, porque él está así, estaba recién operado. Entonces yo [le digo:]: 'Ah, que voy para tal lado', [y él me pregunta:] '¿Pero tú quieres salir todos los fines de semana?', [y yo le digo:] porque entonces como no sales tú [no puede salir nadie]... o 'Bueno, entonces vamos y te quedas ahí viéndome'... Entonces él va, pero ya como a las ocho o nueve, temprano, empieza a ver el reloj... Y cuando él ya empieza a ver el reloj y a montar trompa, entonces ya yo me molesto. Le digo: 'Ah, no... si vas a empezar con tu fastidio, vete y yo me voy en un carro libre'. Pero sí nos la llevamos bien, pero es que cuando él quiere, lo que él dice es lo que tiene que ser... Pero del resto él siempre ha sido comprensivo, solidario”.

○ *Sexualidad*

Juvena no ofrece referencias concretas acerca de su intercambio íntimo o sexual con su esposo, ni de la vivencia subjetiva que tiene frente a la sexualidad. En su ejecución en el test de Wartegg (anexo 4), el campo 7 referido a la sensualidad y la sexualidad es uno de los que reciben por parte de ella un tratamiento aplazado (lo dibuja en séptimo lugar, lo cual ya de por sí es indicativo de que este ámbito no es una prioridad o preocupación particular en su vida). Sin embargo, en dicho campo dibuja un carro (vehículo), que como ideograma refiere al deseo de cambio, dinamismo, impaciencia, así como gusto por el confort, todos ellos aspectos que son consistentes con su verbatim en cuanto al ámbito de pareja tratado en la subcategoría inmediatamente anterior, en el cual se le ha citado diciendo: “*Voy para treinta y un años de casada, y de cansada* [se ríe]. *¡Ay sí, ya estoy como cansada!*”.

No obstante, el tono de su discurso con respecto a la pareja en consonancia con el aplazamiento en el tratamiento del campo 7 tampoco sugiere urgencias por tomar iniciativas e introducir variantes con respecto a esta parcela de su vida (pues su insatisfacción no se concentra en el aspecto sexual sino que está más bien referida a las limitaciones que la interacción de pareja impone a su libertad de acción individual). Por lo tanto, tampoco resulta descabellado a esta altura del análisis incluir la intuición clínica de que el exceso del dominio de Logos en la personalidad de Juvena (reflejada en su discurso y en los campos 1, 2 y 6 de su test de Wartegg) proyecta en la esfera de su sexualidad cierto mecanicismo (evidenciado en el

carro que dibuja en el campo 7), además de delatar su estilo de interacción impersonal y algún nivel de temor a la intimidad genuina y profunda.

Pero es además relevante para efectos de análisis en esta subcategoría traer a colación la actitud pragmática, resuelta y hasta radical que adoptó frente a la infidelidad que sufrió en una oportunidad por parte de su marido nos permite concluir que no se trata en definitiva –y como cabe esperar del talante virginal y ateneico– de una mujer que se caracterice por tomar una postura de víctima (como lo haría una mujer dominada por una figura arquetípica de tipo vulnerable): *“Estuvimos una época separados... como en el [año] `92, sí en el `92... él tenía otra pareja, se buscó otra mujer y bueno, yo lo agarré a tiros [se ríe]... Le caí a golpes a él y a la mujer, y le caí a tiros a los dos... a tiros, con un arma de él... pero no le pegué ninguno [se ríe]... Y bueno, hasta ahí tuvo la relación. Duró casi dos años con ella (...) yo porque estaba embarazada de mi [segundo] hijo (...) él fue concebido y nace en medio de este problema... Entonces, cuando yo salgo embarazada del niño (...) él andaba con una rochela con una muchacha. Yo me entero por boca de mi comadre... pero la muchacha vivía en Barlovento, y él aquí en Caracas... Yo empecé a indagar, a indagar, a indagar, y un día mi hijo mayor me dijo: `Mamá, mira, aquí vive la novia de mi papá` (...) ya mi hijo tenía casi siete años... Entonces yo fui (...) le monté cacería hasta que supe que era ella, hablé con él y le dije: **Recoge tus cosas y te vas`** (...) yo ya sabía... él llegaba a la casa, el fin de semana se desaparecía y así iba y venía, pero, toda la semana en la casa, el viernes se iba a trabajar y se desaparecía. Venía el sábado con todo lo que faltaba en la casa [con la compra para reponer]. Y de repente, a esa hora de la tarde decía: `Ya vengo, voy a comprar`, y se volvía a desaparecer hasta el domingo... Pasé el embarazo del niño, lo di a luz y todo, y esperé mis ocho meses. Cuando el niño tenía ocho meses me los conseguí a los dos... en una fiesta en El Cementerio... ahí le caí a tiros [con la pistola de él] y **le dije que se fuera**. Pero él [mi esposo] la dejó. [Luego] yo le dije que me enteré, pero no le dije por quién me enteré... y hoy en día tampoco lo sabe”.*

A partir de su testimonio anterior es fácil inferir que se trata de una mujer que, si bien no ha tenido dificultades para llevar una relación de pareja y disfrutar del vínculo –incluyendo el aspecto sexual del cual han resultado sus tres hijos–, tampoco se ha caracterizado por sufrir o entretenerse en complicaciones cuando le ha tocado plantearse la posibilidad de ponerle fin y continuar en solitario, si ello fuera necesario (aunque como se ha dicho, tampoco se esmera en

precipitar dicha situación). Recordando a Bolen (1984) la mujer dominada por la figura arquetípica de Atenea no es celosa, a menos que vea peligrar su matrimonio, y a veces ni siquiera en ese caso, lo cual es bastante consistente con la actitud neutra y hasta cierto punto indiferente que en este terreno caracteriza a Juvena.

6.1.2.5.- Relación general con otras mujeres

El trato de Juvena con otras mujeres no es muy cercano ni se caracteriza por ser especialmente estrecho desde el punto de vista afectivo. Es recurrente en su discurso encontrarla como consejera, ofrecedora de soluciones y alternativas, en una actitud aleccionadora o ejemplarizante, con frases como: *“Ella [mi amiga] tiene muchos problemas con su pareja y con el niño que tiene con esa pareja... así que yo he tratado de orientarla, de decirle que busque la manera de canalizar eso, que busque ayuda. Que yo tuve a mi papá en orientación psicológica y a mi [segundo] hijo aún lo tengo en control psiquiátrico... pero ellos han tenido esa conducta ahí pues”*.

En este sentido, tal y como se anticipó al hablar de su relación de pareja, adquiere particular relieve la figura humana que Juvena dibuja en el campo 2 de su test de Wartegg (véase Anexo 4). A través de este motivo se evidencia que, en el ámbito de las relaciones con el entorno, su proyección gira con mucho alrededor del prójimo o a la familia, y está cargada de inquietudes de orden social. Sin embargo, esta figura humana es presentada por Juvena con el título de *“una maestra”*, lo cual nos advierte que su forma de relacionarse o interactuar con el medio tiene en mucho un carácter impersonal, pues lo hace a través del conocimiento, del consejo e inclinándose a tomar la postura pedagógica del Logos. En esta misma línea, es interesante observar que el dibujo de la maestra del campo 2 del test de Wartegg de Juvena posee una fisonomía andrógina, una proyección de algunos aspectos de su propia personalidad virginal y ateneica, e incluso de su aspecto físico. López-Pedraza (2001) refiere acerca de este hermafroditismo en la mujer cuyo cuerpo y movimientos se encuentran masculinizados, lo cual en la terminología junguiana clásica constituye un caso extremo de posesión por el *ánimus*. Juvena es un buen ejemplo para la referencia que hace este autor.

Además –siguiendo otra posible interpretación de la representación de esta figura humana en el campo 2 del test de Wartegg–, es posible que la actitud que tiñe este tipo de intercambio sea en Juvena la expresión de un aspecto en sombra, en tanto forma compensatoria de tramitar y encubrir su propia inseguridad, la cual se oculta detrás de su esfuerzo por instaurar de continuo un efecto organizador que, a través del establecimiento del reino del Logos, sea capaz de repeler el caos al que teme. Se trataría de la sensación de inadecuación e insuficiencia escondida detrás de la autonomía y competencia de la Amazona (Claremont, s.f.) en general, así como de la figura de la Gorgona Medusa en tanto sombra de Atenea, que –como símbolo de castración– remite a la necesidad de enfrentarse con la propia vanidad e ilusión de perfección y completud (Winckler, 2008). De esto da visos la propia Juvena, cuando dice de sí misma: “(...) *y como yo siempre he sido muy salida, que todo lo sé, que todo lo quiero saber y todo lo pregunto* (...) *estaba pendiente de todo en la casa*”. Valga asimismo decir entonces que, en el juego del Eros (lo vincular afectivo), las otras mujeres representan el principio de Eros mientras que ella opta siempre por ocupar el lugar del Logos (delatando también, en mucho, su dificultad para vincularse en un nivel realmente íntimo con quienes la rodean).

No obstante, debe decirse también que esta forma de relacionarse con el otro sujeto femenino a través del imperio del saber no es en Juvena un elemento unilateral. Por el contrario, su discurso demuestra en varias oportunidades que hay alguna reciprocidad o que ella misma puede colocarse en una posición distinta a la de ser quien lo ofrece, y más buscándolo de manera activa y disponiéndose a ser receptora, cuando confía en la autoridad del conocimiento o la solidez de la preparación de otra mujer, como se evidencia de los siguientes fragmentos en los que narra acerca de su búsqueda de consejería profesional para su hijo y su padre: “*Yo trabajaba en retenes en esa oportunidad, yo era supervisora jefe de un retén de adolescentes... de la guardia nocturna... trabajé quince años en guardia nocturna para atender a mi chamo [su segundo hijo, durante el día] y... **hablé con el equipo técnico en esa oportunidad allí, con la licenciada M.I., que está ahorita fallecida, y le planteé la situación, le dije que yo quería que me lo evaluaran. La doctora M.V. me lo evaluó, [junto con] la trabajadora social, [y] la psicólogo M.R., muy grandes amigas mías, ellas se juntaron en un equipo técnico de la institución que trabaja con adolescentes con problemas de conducta privados de libertad, me hicieron el favor... y bueno, me evaluaron a mi muchacho***”.

Nótese en el fragmento anterior como Juvena se enorgullece y jacta de la amistad con estas mujeres que representan conocimiento y poder intelectual, en tanto la proximidad a ellas opera como una forma de alianza que la afilia y a la vez le permite participar del conocimiento que simbolizan, para hacerlo suyo como herramienta propia (algo que resultará de especial relevancia cuando veamos su actitud y desempeño en el ejercicio de la función de cuidadora). En tales casos, la opinión o consejo de la otra mujer que se ha hecho depositaria de su confianza se mantiene como referencia y es solicitado de manera recurrente, tal y como se vuelve a observar en los dos fragmentos que siguen, el primero de ellos referido a una nueva solicitud hecha para su padre:

“En esa oportunidad yo hablé [de nuevo] con la doctora M.V., (...) psiquiatra juvenil-infantil... hablé con la doctora y le digo: ‘Ay doctora, usted sabe que mi papá tiene esto, y esto’ [la erupción de un herpes, que no sabíamos qué podía ser] (...) Y yo le dije todo lo de mi papá, por confianza pues... Y me dijo que por qué no lo llevaba a hacerse los exámenes, y fue cuando yo le digo a mi papá que se haga todos los exámenes pues [a través de los cuales se detecta su condición de seropositivo]”.

El segundo, cuando recurrió a una amiga en búsqueda de atención para su nieta:

“Yo a mi nieta a los tres meses la veía que no hacía ningún gesto de un niño normal, yo la agarré escondida de ellos y me la llevé a una amiga que está por ahí en el CDI (...) Bueno, la llamé por teléfono y le planteé la situación... le dije que era mi nieta (...) la llevé y, bueno, fue cuando me mandaron a hacerle una serie de exámenes y le diagnosticaron (...) retardo motor”.

6.1.2.6.- Relación general con hombres

Además de cuanto ya se ha expuesto con respecto a la relación preferencial con el padre y su predilección con respecto a sus hermanos varones, la cercanía de Juvena con otros hombres se observa en varios apartados de su entrevista. La actitud de proximidad, alianza y camaradería con respecto a ellos ha estado siempre presente en su vida. Una primera referencia es con respecto a un tío paterno contemporáneo con ella y con el cual el trato fue equivalente al de otro hermano: *“Mi tío, el hermano de mi papá, él me lleva a mí tres años, y él tenía una*

motico, y yo se la guardaba para que él me la prestara... aprendí con él [a manejarla] porque yo me la pasaba con mi tío... y después me agarraba la moto y me iba sola”.

De igual manera refiere a la situación de camaradería con los hermanos y primos de su marido, con los cuales también desarrolló un vínculo fraterno estando recién casada: *“Antes yo me iba y salía con los hermanos o los primos de él [de mi esposo], y nos íbamos a fiestas, a reuniones (...) Tuve hasta más libertad, porque mi esposo no se obsesionaba pues... yo le decía: ‘Voy para una fiesta con tu hermano’, porque él tiene dos hermanos contemporáneos conmigo, y él [me decía]: ‘Ah, bueno, está bien, porque yo tengo operativo’ (...) él [mi esposo] ya era policía... y vivíamos en la casa de él, con sus dos hermanos”.* Se trata, pues, de una nueva evidencia de la forma en que Juvena, como una referencia viva a la figura de la Amazona, se ha desenvuelto cómodamente en un mundo de varones o compartiendo con ellos el resuelto y desenfadado proceder característicamente masculino.

Como cabe esperar, en su trabajo como asistente de juzgado, la relación con su jefe no constituye una excepción a la alianza que ha caracterizado todos los demás vínculos con los varones en su vida. Con respecto a ello, refiere el intercambio entablado en el momento en que tuvo que cuidar de su padre: *“Mi jefe [me decía:] ‘Bueno, Juvena... ¿qué está pasando?’ ... Me estaba llevando el trabajo para mi casa, que no es el deber ser... ‘Juvena, tus demás hermanos, ¿por qué no te ayudan?’ (...) él fue sensible con eso... Y yo [le dije:], ‘Doctor, necesito una semana remunerada’, y él: ‘Bueno, vamos a firmarte, que quede por presidencia’ ... Cosas así pues... pero él fue muy abierto... muy flexible conmigo, porque yo también con él he sido siempre muy cumplida”.*

6.1.2.7.- Feminidad: significados atribuidos

La respuesta de Juvena en este ámbito es interesante porque delata un dilema o problemática en el nivel de las identificaciones (algo presumible, pero no siempre y necesariamente verificable, en una personalidad dominada por lo ateneico). En el caso de Juvena, la forma confusa de su aclaratoria al exponer el significado dado por ella al hecho de ser mujer demuestra cierta insatisfacción subjetiva con la posición femenina, más allá de la orientación de género y la elección de objeto sexual: *“Ser mujer es una bendición de Dios...*

*claro porque habemos mujeres que nacemos y no sabemos ni qué lugar ocupamos en la vida... no tenemos decisiones ni de sexo siquiera. O sea, no sabemos ni a qué nos inclinamos. En cambio, si hay mujeres que **tú te sientes una mujer completa** (...) ya tú estás definida".* En Juvena es interesante observar que al expresar su opinión sobre este particular superpone el plural al singular, y expresa su parecer como formando parte de un grupo y no un individuo, pero al mismo tiempo dando la impresión de quererse desmarcar, elemento que vuelve a corroborar en ella la fuerza del *ánimus* a nivel inconsciente (un arquetipo que siempre se manifiesta como un grupo de hombres en la contrasexualidad psíquica inconsciente de la mujer). Como afirma Jung (1939/2010), podría suponerse que –tal y como ocurre con el ánima en el varón– el *ánimus* de la mujer se personificaría en la figura de *un* hombre. Sin embargo la experiencia enseña –y en el caso de Juvena se lo puede observar de primera mano de forma muy ilustrativa–, que esto es sólo exacto con reservas, pues en el caso de la mujer el *ánimus* se manifiesta en un estado de cosas por completo diferente que en el varón, *al aparecer no como una persona sino como una multiplicidad*. Así, en el fragmento anterior destacan tres cosas: la primera, la sensación de pertenecer a un grupo indiferenciado, que bien puede referir al grupo de mujeres biológicas como al grupo del *ánimus* o de lo masculino arquetípico en el nivel psíquico; la segunda, el intento de desmarcarse de uno y otro bando para ofrecer en su opinión la síntesis de su propia vivencia individual; y por último, la identificación proyectiva en la que ingresa en razón del calibre del cuestionamiento planteado y el hecho de quien se lo plantea sea un hombre. No casualmente traspone el uso del pronombre personal y dice: “En cambio, si *hay mujeres que **tú te sientes una mujer completa*** (donde el “tú” refiere a la identificación de sí misma proyectada sobre el investigador varón que la entrevista, y la “mujer completa” es el retorno de lo proyectado, en el sentido de mujer-fálica o mujer-completa-en-sí-misma, autosuficiente). Esto permite afirmar que, en su caso, como representación de psiquismo dominado por la figura arquetípica de atenea, sí parece existir algún tipo de conflicto en el orden de la identificación sexual en el nivel inconsciente tal y como cabría esperar de los llamados tipos virginales, pero muy especialmente de la figura arquetípica de Atenea.

Ante su formulación, a Juvena se le repreguntó si alguna vez ella se ha sentido en desventaja o minusvalía con respecto a los varones en cuanto a oportunidades, en el sentido de percibir o haber percibido alguna vez que estos tengan mayores prerrogativas en comparación

con las dificultades que ella hubiera podido encontrar por el hecho de ser mujer, o si ha encontrado más oposición o resistencias en contra por el hecho de serlo. Ante este planteamiento, responde negando la desigualdad que impone la falta en ser y proponiéndose una vez más como “completa”: “*No, nunca sentí eso... porque yo igual jugaba metras, jugaba papagayo, manejaba moto... hacía de todo* [risas]. ***Mi mamá me decía que yo no iba a tener hijos, porque yo hacía todo de varón... pero fue porque yo quise ser varón*** [en el sentido de asumir conductas socialmente asignadas a lo masculino], ***y me gustaba, o sea, yo le hacía mi papagayo a mis hijos, yo les enseñé a jugar trompo, yo les enseñé a jugar metra... o sea, yo viví mi infancia, con todo y las palizas que me daban, porque yo era terrible*** [risas]... ***Cuando me cortaron el pelo era porque yo me la pasaba en la calle, y haciendo todo de varón*** [una forma de castigo que más bien parece haber operado en Juvena como reforzador de su postura]... *y cuando [mi papá] me vio manejando [la] moto [de mi tío] a los once años, de broma no se lanzó por la ventana. Estaba asomado en la ventana y me gritó: ‘¡Muchacha!’”*.

6.1.2.8.- Maternidad y relación con los hijos

Juvena es madre de tres hijos biológicos y de uno con el que ha ejercido la maternidad putativa desde que lo sacó de la calle, rescatándole de la situación de indigencia en la que se encontraba. Al respecto dice: “*Tengo los tres míos y uno que lo crié, que él es recogido de la calle... Sí, el hijo que crié, ese lo agarré de la calle”*.

En retrospectiva, cuando habla acerca de su ingreso a la maternidad, nos introduce diciendo que con la llegada de los hijos su sensación subjetiva fue que perdió un tipo de libertad, pero sintiendo que conquistó otro (un acento interesante en una mujer cuya personalidad se encuentra influenciada de manera predominante por la figura arquetípica de Atenea): “[Antes] *andaba por ahí libre... sin compromiso, sin responsabilidad, dedicada a estudiar (...) o en mi casa, porque a mí no me dejaban salir así [demasiado]... [Pero] si supieras... yo cuando tuve a mi [primer] hijo (...) seguí disfrutando... tuve hasta más libertad, porque mi esposo no se obsesionaba pues... yo le decía: ‘Voy para una fiesta con tu hermano’ (...) y él: ‘Ah, bueno, está bien, porque yo tengo operativo’, como él ya era policía... y vivíamos en la casa de él, con sus dos hermanos... y fue así, porque de otra manera [habría seguido sujeta a la restricción impuesta por vía paterna, mucho más inflexible con las salidas].*

El primer embarazo de Juvena no fue planificado. Lo expone como producto de la inexperiencia: *“Yo salí embarazada de Ju.M. [mi primer hijo], así por... por falta de experiencia. Yo le dije que estaba embarazada y él [mi esposo, me dijo]: ‘Ah, bueno, vamos para que lo tengas, vamos a ponerte en control... yo voy a hablar con tu papá para casarnos’ (...) pero nos costó muchísimo decirle a mi papá. Sin embargo, mi papá lo aceptó”*. De este fragmento puede destacarse, en primer lugar, la reverente preocupación al tener que plantear la noticia del embarazo al padre, así como la importancia concedida a la opinión paterna con respecto a dicha noticia. Pero, en segundo lugar, plantear la cuestión de hasta qué punto, en una adolescente de personalidad ateneica, un embarazo no deseado o no planificado obedece simplemente al desconocimiento o al impulso sexual juvenil, y hasta cuál se puede considerar como un indicador adicional de su necesidad inconsciente de identificarse con la libertad e independencia de elección y acción característicamente masculinas –así como la actitud despreocupada y aventurera que le sirven de correlato–, y el intento de igualarse o equipararse con estos atributos.

Aunque al preguntársele sobre el significado que le atribuye ella a la maternidad, su respuesta es escueta, limitándose a afirmar *“Eso es algo muy importante... hay que uno dedicarle tiempo, a su infancia [del niño]”*, al relatar su experiencia concreta en este ámbito hace una larga recapitulación en la que narra no sólo la vivencia con sus propios hijos, sino también con aquel cuya crianza asumió, y que representa más un ejemplo acerca de su esfuerzo ateneico por imponer el intelecto civilizador con el fin vencer el caos de la barbarie, que un ejemplo de cuidado materno (demeteriano) en el sentido tradicional. Con respecto al caso de este hijo que crió luego de recogerlo de la calle:

“Llegó dos veces el transporte [de la escuela] a mi casa, que no conseguían a mi [segundo] hijo... y yo bueno, me preocupo... (...) Salí con mi esposo a buscar al muchacho, porque menos mal siempre estaba yo en el día en la casa, yo trabajaba cada tres días en la noche (...) Buscando al muchacho, de repente llega él [mi segundo hijo] con un muchachito... un muchachito bien sucio... porque él [mi hijo] siempre ha sido medio loco, ¿no le digo?... no medio loco, siempre ha sido... hiperactivo... Y entonces yo le digo: ‘Jo.M., ¿qué haces tú con este muchachito? ¿Por qué te viniste (...) y no esperaste el transporte? Te voy meter una paliza’... Me dice: ‘Mamá, un amiguito, que él tiene hambre, que no come, que él vive en la calle’. Y yo: ‘¿Cómo se llama él?’... ‘Cartonero’... ‘¿Cómo se va llamar Cartonero?

*¡Un ser humano tiene un nombre!’ [se ríe]... Él [mi hijo] le puso Cartonero... Y yo dije ‘Ay, Dios mío... ¿qué hago yo ahora con este muchachito?’. Bueno, en ese momento yo me lo llevé a la casa para que se bañara y comiera... y bueno [después] le dije que se fuera pues, y que fuera así en las tardes, que yo le iba a dar comida y lo atendía, pues... así estuvimos como dos meses (...) iba todos los días en la tarde, y yo le daba comida y lo atendía... La primera vez, yo le busqué una muda de ropa de mi hijo mayor, y le dije: ‘Bueno, aquí está el baño, aquí está tu jabón, todo... para que te bañes... y este va a ser tu jabón todos los días’, y le busqué un envasecito para que lo guardara [Nótese la precaución y el abordaje impersonal en el trato]... **Al principio él no quería... pero** después, mi hijo le dijo: ‘Si no te bañas, no vas a compartir más conmigo’... y bueno, **el muchachito empezó a... ajustarse a la norma**... Bueno, posterior a eso, yo le dije a mi esposo ‘Vamos a averiguar, a indagar quién es este muchacho, de dónde viene, quiénes son sus familiares, y empecé a indagar... Me di cuenta que la mamá era una loca, una mujer sin control, porque imagínate, para tener a un niño en la calle. Y bueno, yo le digo [a mi esposo]: ‘**Vamos a llevarnos ese muchachito, vamos a sacarle la cédula, vamos a escolarizarlo**’ (...) [Ahora] él ya cumplió treinta años... Y bueno, no quiso ir al colegio, nunca quiso nada y empecé a llevarlo a un CP, un centro de rehabilitación que quedaba en Petare... para que me lo desintoxicaran, porque él consumía en la calle... sí, estuvo consumiendo en la calle, marihuana, y lo que conseguía por ahí en el mundo de [la calle]... y bueno, el jovencito, después yo lo llevé al colegio y no quiso, lo iba a meter en el INCE, y no cumplía con los requisitos porque no tenía ni siquiera sexto grado... Lo fui dejando así, y entonces lo pusimos a trabajar... o sea, mi esposo tenía un puesto de aceite [de motor], y entonces él trabajaba en el puesto y fuimos tomándole confianza porque él nos entregaba la plata y todo eso... y cuando vine a ver ya, a los cinco, seis meses, ya yo lo tenía en mi casa viviendo... hasta hoy día... Pero la mamá de él no me quiere a mí (...) no nos llevamos bien (...) la mamá lo que es, es una desentendida (...) él muchacho lo que hizo fue agarrar la calle y ellos [la madre y el padre] lo dejaron. Eso me imagino que fue en la desunión de ellos pues, que el muchachito agarró la calle y ninguno de los dos agarró el control... Y bueno, él me dice mamá, y su mamá está en contra de eso, pero él igualito me dice mamá”.*

En el amplio fragmento anterior, se observa que la aproximación de Juvena no termina de ser afectuosa y que mantiene en el trato con su hijo putativo la misma distancia e impersonalidad que se verá tiene también hacia sus hijos propios. Es interesante, además, la imagen de aproximación paulatina empleada por Juvena para ir “domando” a este niño feral

urbano, que –amplificándola– recuerda en mucho la función civilizadora atribuida a la Atenea mítica, quien inventó la brida y a la que se reconoce como promotora de la doma de caballos, los cuales tienen un simbolismo instintual, pues llegaron a Grecia al mismo tiempo que el dios Poseidón, de quien se decía que los había creado (Burkert, 2007). Como se ha dicho en el marco teórico, este dios marino fue el oponente mitológico de Atenea (con la cual compitió por el patronato de la ciudad de Atenas), y representa el instinto indómito (Graves, 2001). En este sentido, la introducción por parte de Atenea de la doma del caballo, simbólicamente creado por vía de las aguas marinas bajo regencia de Poseidón, representa la capacidad de la diosa para imponer la cultura por encima del instinto salvaje del dios, tal y como Juvena recuperó a “Cartonero” de su estado de indigencia para reinsertarlo en el discurso social y cultural. Además, Jung (s.f. cp. Cirlot, 2007), sostenía que el caballo era una representación de la madre en su vertiente oscura, y que por tanto representaba las *fuerzas inferiores*, tales como las de Poseidón y Hades. Así, siguiendo este postulado, es fácil atribuir a la conducta de Juvena para con “Cartonero” la introducción del principio normativo paterno (en tanto ella, al encarnar en mucho la figura de Atenea, la hija del padre, representa un nexo con el mundo de la función paterna).

Siguiendo la misma línea hasta aquí expuesta, el aspecto de la disciplina de los hijos propios es de una notoria relevancia en el discurso de Juvena. Con respecto a ello, sostiene que siempre fue ella la encargada de imponerla, en tanto que su esposo –el padre de sus hijos–, era: ***“Una madre... Él era la mamá de ellos. Yo era la de la disciplina, y todavía [lo soy] (...) y mis hijos dicen: ‘Mi papá es la mamá de la casa y mi mamá es el papá’... Ellos siempre hablaron así... porque yo [ante] un problema, una cosa... ‘Mamá, esto... mamá que me chocaron el carro... ya voy para allá, mamá ya voy... ya voy un momentico’... Entonces yo soy el papá... Y eso que el papá [de mis hijos] es jubilado de la policía [es decir, al ser policía es una figura de autoridad social].*** Obsérvese que, así como los hermanos reconocían de forma unánime la predilección del padre por Juvena –admitiendo tácitamente cierta identidad entre ellos–, los hijos de ella señalan la inversión de roles parentales dentro del hogar, y la posicionan en el lugar simbólico del padre.

Continúa Juvena diciendo: ***“De imponer castigos siempre [fui] más yo que mi esposo... por lo menos, a Ju.M. [mi hijo mayor]... nunca lo castigué. Nada más le hablaba***

*porque él no me daba quehacer (...) ese de primer grado hasta quinto año se portó bien... [después] se fue a la policía y es profesor de educación física... él nunca me dio quehacer... tranquilo, él con un televisor era feliz... con su play station... [pero] Jo.M [mi segundo hijo], sí... ese me quería agarrar la calle, yo lo dejaba en interiores en la casa [para que no saliera, y le decía:] 'No vas a salir, pues'. Más de una vez le tuve que dar su tanganazo porque ese sí me salía con cosas... y la hembra, tampoco me dio quehacer, fue tranquila... más bien Ju.M., el mayor, la cuidaba a ella... Pero Jo.M. sí se nos salía de control, que por eso es que yo lo empecé a llevar con psiquiatra... a control psicológico (...) lo tengo en control psiquiátrico desde los 7-8 años... porque él tenía mucha violencia pues. **Él no era un niño normal que jugaba con los juguetes y los conservaba... no... era un niño que agarraba acetona, le echaba a los carros y los prendía en candela, peleaba contigo, o tú le decías algo, bueno, él se sentaba a mamar el dedo pero cuando él podía agarraba un palo y te partía la cabeza. Era muy violento pues. En la escuela era una conducta irregular, peleaba, 'No voy a hacer tarea... ¡y no me da la gana, no lo voy a hacer!'. Entonces eso fueron cosas que me fueron llamando a mí la atención y yo siempre he estado en el medio de lo judicial... y hoy día yo lo tengo en control en el Lidice... ya hoy día es un hombre de veinticinco años**".*

Nótese como los fragmentos anteriores permiten ilustrar como Juvena representa frente a sus hijos el principio de autoridad y es la encargada de ejercer la introducción del *no* –la prohibición y la norma– como función paterna, además de ser la que en todo momento detenta el “control” disciplinario. Con ocasión de ello, agrega: **“Hemos tenido muchísimas (...) discusiones [con mi esposo, por la disciplina de los hijos]... Los muchachos siempre me llevaban la contraria, de que yo decía que no y él les decía que sí, pero terminaba siendo que no, porque yo no los dejaba... Era siempre así, yo decía: 'Vamos a hablarlo antes de que tú me desautorices delante de ellos'... [y mi esposo me decía:] 'Es que tú todo es no'... [Y yo le respondía:] 'No, pero es que también hay que ver, porque no todo puede ser sí'”**. Queda evidenciado así lo que sostiene Bolen (1984) cuando sostiene que una mujer en la cual domina la figura arquetípica de Atenea puede ser una madre no muy afectuosa, pero se ocupa en convertir a los hijos en unos “buenos soldados” para la vida.

Como se ha evidenciado hasta aquí, el ejercicio de la maternidad en Juvena ha estado marcado por su rol eminentemente disciplinario y por una función de supervisión que –sin dejar

de lado la promoción de la autonomía de los hijos– la hace inmiscuirse periódicamente para verificar la buena marcha de los acontecimiento o para intentar devolverlos al cauce adecuado, si ello es necesario. Esto último se mantiene vigente a pesar de que sus hijos son actualmente adultos, y los siguientes fragmentos permiten evidenciar cómo no tiene reparos en intervenir o defenderles si la ocasión lo amerita (aunque debe destacarse que siempre sobresale como denominador común la manera sobria y ponderada en que procura hacerlo):

“[Actualmente, mi hija] **también me ha dado trabajo porque anda con un muchacho que no me gusta, pero hay que dejarlos que se lleven su trancazo** (...) ella y la pareja que tiene ahora (...) vinieron a pasar unas vacaciones, ya se me instalaron (...) [Yo le dije:] **‘Tienes que resolver porque yo tampoco te puedo tener aquí’, yo no puedo tener un hombre vago en mi casa, porque yo soy una persona adulta y trabajo para mí... o sea, quieras o no, donde habemos cuatro, comemos los cuatro y son ocho arepas... ¿Dónde están sus ingresos? ¿Y dónde quedan los míos? Mi hija está ahorita trabajando aquí... pero ella está haciendo ahorita es pasantía... pero el muchacho no me gusta por ningún lado... claro, mientras más se lo pelee, más difícil me va a hacer la cosa, pero tampoco tengo responsabilidad por calármelo... ‘Si tú lo quieres a él, dale pues’**”.

Además de cuánto se ha dicho arriba, cabe destacar del anterior fragmento el manejo intuitivamente estratégico, políticamente razonado e imbuido de psicología inversa. De su hija, continúa diciendo:

“La suegra de mi hija le hizo un desaire (...) le quiso pegar. **Yo la vine a buscar... Y yo le dije: ‘Mira, si yo te agarro’... Ay, no, yo venía como una tigre... Yo lo que salí fue a defender a mi hija** (...) Después en el camino yo dije: **‘¡Oye, Dios mío... yo no puedo hacer eso!... Yo, primero, soy representante de la Ley’... ¡Pero eso fue que, mira..! Si yo no hubiera venido en el trayecto, yo de inmediato acciono contra ella... pero menos mal que, cuando yo llegué aquí, ya yo llegué fría... Pero sí soy de impulso... yo soy muy impulsiva... yo me planifico, reflexiono... pero hay cosas que por lo menos... ¿un hijo? Un hijo no me lo toques... por mis hijos, bueno pues**”.

La atención y el control se han hecho extensivos a los nietos en suplencia de los déficits de sus hijos en el ejercicio de la paternidad, como se evidencia de los siguientes fragmentos en

los que Juvena refiere a las nietas que tiene de su segundo hijo y de su hija menor. De la primera nieta (hija de su segundo hijo) nos dice:

“Yo a mi nieta a los tres meses la veía que no hacía ningún gesto de un niño normal, yo la agarré escondida de ellos y me la llevé a una amiga que está por ahí en el CDI (...) Bueno, la llamé por teléfono y le planteé la situación... le dije que era mi nieta (...) la llevé y, bueno, fue cuando me mandaron a hacerle una serie de exámenes y le diagnosticaron (...) retardo motor... Bueno, yo me avoqué a ella, prendía mi carro en la mañana, llegaba de mi trabajo, la montaba a ella en el carro y me la llevaba a sus terapias (...) Ella no necesita operación ni nada, gracias a Dios, pero [sí] la terapia, bastante terapia... pero hay veces que ella no puede la mamá, hay veces que está atareada... mi hijo con sus problemas... [así que la llevo yo, y] en la casa hay que continuarle con su refuerzo”.

Con respecto a la segunda nieta (hija de su hija menor), Juvena vuelve a poner de relieve tanto el espíritu civilizador como su postura de que la mujer debe ser autónoma y hacer frente a la situación con el apoyo de la pareja, pero no desembarazarse de la responsabilidad que le corresponde como mujer y madre según el “deber ser”:

“Bueno no, a mi nieta la adoro, como a todos mis nietos por igual pero ella se separó del papá de la niña y ahora buscó uno peor... entonces el papá de la niña se queda con la niña (...) y mi hija la va a buscar los fines de semana pero todo el resto de la semana [la nieta] lo pasa con su papá... [Pero] cuando [mi hija] tiene a la niña el fin de semana todo es ‘Deja el fastidio, tú si molestas, cállate la boca’, y jalando el domingo para dejársela otra vez al papá. Entonces [yo le digo:] ‘Tienes que buscar a la niña, traértela, meterla en una escuela, tú eres su mamá, es responsabilidad tuya... esa no es la responsabilidad del papá y del abuelo, la responsabilidad del papá es ayudarte a ti... tú tienes que ser responsable del compromiso que tú te buscaste’”.

Y finalmente, de la actitud vigilante y auxiliadora que sigue manteniendo con respecto a su hijo putativo, por el que, una vez más, aparece como intercesora de la misma forma en que lo hacía la diosa Atenea con sus protegidos, dice:

“Él hace poco cayó detenido por una moto [robada] que él vendió, y yo lo fui a ayudar... Cayó en el Tribunal Veintiséis de Control... Yo no dije que era mi hijo, pero sí que era mi

*ahijado, porque tampoco voy a decir que es mi hijo, porque no es la realidad... y yo lo ayudé (...) yo le busqué unos fiadores y todo para que lo soltaran, un hermano de mi mamá, mi tío, me sirvió de fiador... bueno, ya él está solvente de eso pues... eso pasó hace como año y pico, dos años... imagínate cómo es la relación en la familia que mi tío le sirvió de fiador... lo quiero como un hijo... **cuando tengo que regañarlo, lo regaño, y cuando tengo que darle un palazo, también se lo doy** [risas]”.*

6.1.2.9.- Angustias, frustraciones y fantasías

En esta subcategoría resulta de interés considerar la ejecución de Juvena en el campo 4 de su test de Wartegg (anexo 4), en el cual dibuja una puerta cerrada, que indica necesidad de búsqueda de un ideal, o la importancia otorgada a tenerlo. Además, al ser un objeto de mobiliario puede afirmarse que el acento está colocado en el aspecto cultural. Esto es consistente con la preocupación actual de Juvena, cuando afirma sentirse inquieta por: *“El postgrado, que no lo he podido hacer”*.

Sin embargo, en un sentido más general es además relevante que este campo es seleccionado de último en la secuencia de ejecución (octavo lugar), con lo cual se evidencia que existen angustias por asuntos irresueltos, a los que posterga o pospone, aunque es también probable que sea precisamente la postergación lo que la angustia y pueda terminar por interferir en la forma de manejar sus conflictos internos. En este sentido, debe recordarse que las características de rígida fortaleza o dureza, junto con la necesidad de orden y la impaciencia por imponerlo que imprime el predominio del *ánimus* a la personalidad, puede hacer que en situaciones extremas se pierda fácilmente la capacidad operativa y precipite a la desesperación.

Este resultado adquiere un significativo relieve para efectos de su vivencia y estilo dentro de la situación de cuidado, como se verá más adelante en la sección referida a ello para el caso de Juvena.

6.1.2.10.- Fuerza de los elementos normativos del yo

Aparte de la relevancia que hasta este punto se ha podido observar que Juvena otorga al “deber ser” en distintas áreas de su vida, y de la consideración de su elección profesional en el área de las leyes y el ámbito de lo penal y penitenciario, que de por sí refleja una inclinación

actitudinal marcada por una tendencia fuertemente normativa, es relevante la ejecución por ella realizada en el campo 8 de su test de Wartegg (anexo 4). En el mismo, dibuja un ojo (integrando el estímulo del campo a la construcción de la imagen propiamente dicha), que desde el punto de vista del ideograma es indicativo de una actitud exasperante, de desengaño o de temor (sufrido o infundido). Asimismo, al encontrarse emplazada la mayor porción de la ejecución en la zona superior, refiere fuerte actividad mental o imaginación en esta área (lo cual es consistente con lo encontrado en su ejecución para los campos 1 y 6). Además, la selección de este campo como preferido entre los 4 primeros habla acerca de la relevancia que tiene para ella el elemento normativo.

Al respecto, es interesante agregar lo que Cirlot (2007) sostiene en referencia a la simbología universal del ojo, cuando dice que el mismo representa la penetración en el todo, la omnipresencia y el deseo de que nada escape al propio campo de visión y acción. No hace falta más que recordar la postura asumida por Juvena frente a su pareja, sus hijos y en su relación general con otras mujeres –tal y como se han expuesto más arriba–, así como retomar su frase “... y como yo siempre he sido muy salida, que todo lo sé, que todo lo quiero saber y todo lo pregunto (...) estaba pendiente de todo en la casa”, para observar que todos los elementos referidos por Cirlot como símbolos generales asociados al ojo se encuentran absolutamente, y sin lugar a dudas, presentes en Juvena.

Todo lo anterior puede ser también considerado en consonancia con la actitud “didáctica”, “adoctrinante”, aleccionadora o ejemplarizante en su interacción interpersonal a nivel general (reflejada en la “maestra” que dibuja en el campo 2 de su test de Wartegg, y cuya influencia se ha dicho que se exalta particularmente en el intercambio con otras mujeres).

6.1.2.11.- Tema central de vida

Con base en todo lo expuesto hasta este momento, puede alcanzarse una primera conclusión en la cual es posible afirmar que en Juvena opera una importante hipertrofia del *ánimus*, en el cual adquiere preponderancia y relieve el funcionamiento lógico, la autonomía y –muy especialmente– su capacidad resolutive o ejecutiva, siendo que esta última es muchas veces empleada como un mecanismo importante para lograr no sólo montos de autoafirmación

en el plano de la sensación subjetiva, sino también como fórmula para obtener, imponer o afianzar de manera efectiva un mayor poder por encima de los otros en su entorno (sobre los que ejerce algún tipo de control en razón de su aparente “mayor destreza para organizarles la vida”). Evidencia adicional a la que encontramos en su discurso con respecto a esto es la que se observa en los resultados de los campos 1, 2, 6 y 8 de su test de Wartegg, en los cuales destacan los elementos que delatan una personalidad práctica, poco complicada y dotada de concretismo y sentido común, con capacidad de concentración e integración, que otorga importancia o se preocupa por la organización y los procesamientos lógicos en general, y cuyo raciocinio es de estilo asociativo, correlacional y deductivo, demarcando matiz intelectual y volitivo. La aspiración y deseo de orden/organización lógica es muy poderoso en ella así como la actitud expectante y la reflexividad en torno al tema de la adaptación a la norma (observándose una postura bastante crítica al posicionarse frente a los valores y normas socialmente establecidos).

6.1.2.12.- Miscelánea

Finalmente, debe considerarse y destacarse en este punto el carácter mayormente extravertido de Juvena, quien invierte una gran carga de energía intentando fungir como elemento organizador en la vida de figuras externas, entreteniéndose en el estímulo obtenido por vía de ellas más que por aquel de una fuente interna, todo lo cual es consistente con la actitud psicológica asignada por Bolen (1984) y Barker y Woolger (2005) a la dominancia arquetípica de la figura de Atenea en el psiquismo femenino.

Así, es importante rescatar un aspecto residual para el caso de Juvena y las implicaciones tanto del funcionamiento ateneico como de la consecuente hipertrofia del *ánimus* en su personalidad. Se trata de que su gran nivel de actividad, junto con su actitud ordenadora y su lucha interna por hacer las cosas conforme al “deber ser”, manteniendo una postura de seguridad que procura resolver todos los problemas de forma clara y expedita puede –como en efecto ocurre– producirle un desgaste de fuerza y productividad. Esto la conduce al agotamiento físico y mental en razón del excesivo derroche de energía que implica su funcionamiento, aunque puede no ser demasiado consciente de ello al momento de establecer una atribución causal para su cansancio. De esto encontramos evidencia cuando, al hablar del empleo del tiempo libre, Juvena dice: *“Ahorita que no estoy yendo para la universidad ni nada,*

*me dedico a ir para la playa, compartir. Por lo menos los sábados, si no salgo, me pongo a limpiar, prendo la música (...) me tomo mi cerveza... [pero] **el domingo paso todo el día durmiendo... ¡todo el día, como una momia!**”.*

6.1.3.- Experiencia y hermenéutica del cuidado en Juvena

6.1.3.1.- El cuidado con motivación parental arquetípica

Como se ha visto al recapitular el dominio de la figura arquetipal de Atenea en la personalidad de Juvena, la relación con el padre se encuentra en ella revestida de una particular relevancia. En razón de esto, se ha observado la operatividad en su psiquismo de una identificación con respecto al Logos o discurso paterno, sin contar, además, de cómo sus propios hermanos la han reconocido como hija predilecta del padre. Por ende, es fácil establecer que el cuidado que Juvena desempeñó para con él se encontró motivado en gran parte por un vínculo parental que es arquetípico y no meramente incidental en razón del hecho biológico de ser ella una más entre sus hijas. Es decir, no se habla aquí de cualquier hija que atiende a su padre, sino de la “Hija del Padre”, que se ve posicionada como cuidadora en correspondencia con esta cualidad parental arquetípica, que incluye tanto aspectos de identificación primaria como la retribución por la aceptación, apoyo y promoción recibidos por parte de éste a lo largo de su vida común. De ello ofrece evidencia el siguiente fragmento: **“Lo de mi papá lo vi como que, bueno, me correspondía como hija (...) Yo era la encargada de todo (...) yo empecé a cuidar a mi papá desde el primer momento en que yo me enteré que el presentaba esa enfermedad [VIH], hace diecisiete años... porque todos [mis hermanos] dicen: ‘Bueno, Juvena es la que resuelve, yo no tengo real, ella es la que es profesional, ella es la que tiene un buen empleo... ella es la consentida de mi papá’ (...) o sea, la razón era la responsabilidad pues”.**

Nótese entonces los aspectos destacados: Lo que “correspondía” por ser la hija (alusión al vínculo como “hija del padre”, pero también a la responsabilidad marcada por el principio del deber hacia él), el posicionamiento subjetivo en el que los hermanos la colocan en razón de las características por ella misma ostentadas (“ella es la que resuelve”) y en relación con el padre (“ella es la consentida de mi papá”); y finalmente de nuevo la responsabilidad y

la preponderancia otorgada al compromiso en razón del deber (“*la razón era la responsabilidad*”). Es así como, durante los años del cuidado de su padre, aunque hubo colaboraciones ocasionales y alternadas de parte de sus hermanos, Juvena fue la que se mantuvo a cargo de manera constante (con las variaciones que se verán a continuación).

6.1.3.2.- Actitudes

- *Actitud hacia la persona objeto de su cuidado, sinergia y estilo de cuidado*

A lo largo de un periodo de 17 años, desde que su padre fue diagnosticado como seropositivo hasta el momento en que finalmente falleció, pasando por los accidentes cerebro vasculares que sufrió en el intermedio y que degeneraron en la progresión de su demencia, la atención y cuidado de Juvena para con él se estructuró sobre la base de tres ejes fundamentales, a saber: La búsqueda de información para afrontar la situación, la preocupación por conseguir brindarle apoyo psicológico/emocional y la atención material propiamente dicha para ofrecer cierta confortabilidad.

Así, de la forma inicial de relacionarse con la condición de su padre, Juvena hace alusión, primeramente, al proceso de solicitar orientación profesional. En Juvena más que en ninguna otra participante se evidencia el adagio –que en su discurso puede interpretarse como una forma de afirmación personal–, acerca de que la información se traduce en poder. Ello queda ilustrado cuando dice: “***En esa oportunidad yo hablé*** [de nuevo] ***con*** [mi amiga] ***la doctora M.V., (...)*** *psiquiatra juvenil-infantil... hablé con la doctora y le digo: ‘Ay doctora, usted sabe que mi papá tiene esto, y esto’* [la erupción de un herpes, que no sabíamos qué podía ser] (...) ***Y yo le dije todo lo de mi papá, por confianza pues... Y me dijo que por qué no lo llevaba a hacerse los exámenes, y fue cuando yo le digo a mi papá que se haga todos los exámenes*** [a través de los cuales se detecta su condición de seropositivo]”. Agregando el énfasis que puso en que su padre recibiera ayuda psicológica: “*Al tiempo, él [mi papá] fue a buscar esos resultados, que es donde él me manifiesta que se sintió abatido, pero más sin embargo yo [le dije:] ‘Bueno papá, vamos a ir al psicólogo, vamos a las consultas’... Empecé yo a ir [con él] a las consultas*”.

Sin embargo, el esfuerzo por relacionarse desde el conocimiento con la condición que le habían diagnosticado a su padre no se detuvo en el sondeo preliminar que llevó a cabo para obtener orientación que resultara en el mero diagnóstico, sino que la condujo a documentarse e incluso hacer “seguimientos”, con el fin de lograr una mayor familiaridad desde el saber. Todo ello queda patente cuando expone:

*“Yo estaba estudiando en esa oportunidad estudios penitenciarios. Hice un trabajo de enfermedades venéreas, entre ellas HIV... **Hice un trabajo de grado, pues. Empecé a averiguar, fui para los sitios donde yo podía adquirir información, saqué toda esa información vía internet, que todavía no estaba tan avanzado como en la actualidad (...)** En el [hospital de El] Algodonal **me daban unos folletos, y yo acompañaba a mi papá a sus consultas cada cierto tiempo.** [En paralelo] Logro conseguir una adolescente de 16 años privada de libertad que tiene la misma enfermedad de mi papá... **me llamó mucho la atención y empecé a hacerle seguimiento (...)** **me hice responsable de yo trasladarla por medio del equipo técnico... yo le dije que yo la quería ayudar, pues. Y empecé a llevarla ahí a las consultas al Algodonal.** Esa joven le dan libertad (...) el delito era grave, pero por la condición... le dieron un beneficio pues... le hicieron una revisión de expediente y le dan su libertad. Bueno, entonces **yo seguí con lo de mi papá.** Ya después él se sintió mejor (...) y empezó a ir solo por su voluntad propia a su consulta. **Pero yo siempre estaba pendiente ¿Papá, estás yendo al médico? ¿Estás tomando el tratamiento?''***

Obsérvese como en la primera fase descrita, el cuidado de Juvena consistió en brindar apoyo y animar a su padre para que se repusiera al diagnóstico, y motivarlo a asumir su condición de manera informada en procura de que volviera a hacerse cargo de sí mismo, aunque ella supervisara su itinerario. De esta forma pueden de entrada apuntarse dos características claves de Juvena como cuidadora, no sólo en el sentido de la actitud hacia su padre como objeto de cuidado sino también en cuanto a su forma o estilo de cuidado: la primera es la búsqueda y uso de información como un elemento que eventualmente sirviera para efecto de persuadirlo, y la segunda su estilo mayormente orientado a lograr restaurar en él la autonomía o autogobierno. Ambas cosas han sido descritas por Bermejo (2004) al referirse a la relación de ayuda y cuidado tanto de la persona mayor como de casos de pacientes terminales.

Esta situación se mantuvo hasta el momento en que su padre comenzó a presentar un cuadro de hipertensión que degeneró en varios accidentes cerebro-vasculares (que posteriormente progresarían hasta el cuadro de demencia vascular final):

*“Ya como al tránsito de ocho años después (...) es cuando mi papá comenzó a sufrir de la tensión [aunque todavía no tenía signos de demencia]. En la demencia cayó en los dos últimos años, antes de morir por la infección de HIV... pero [con respecto al VIH] él nunca presentó ningún síntoma de diarreas, respiratorios... nada de esos síntomas... **yo lo llevaba a él con otros síntomas, retención de líquidos, decaimiento que a veces no le provocaba comer... esas cosas...** él siempre comía pero a veces, le provocaba menos pues. Por lo menos, todavía **cuando a él le da el ACV, hace cuatro años (...)** él mismo me llamó. **Y me dijo: ‘Me dio una vaina loca’.** Pero yo le sentía la lengua enredada. Ya para ese momento él no bebía... y ya tenía muchos años de haber dejado de beber... él tomaba en ocasiones, pero eso era esporádicamente, pues. Él me llamó y yo le dije: ‘Papá, ¿tú estás tomando? ¿Por qué me hablas así?’. Me dijo: ‘Hija, me dio una vaina loca’. Bueno, yo hablé con mi jefe y le dije: ‘Me voy’. Agarré una moto taxi, me fui hasta su apartamento... llamé a mis hermanos en el trayecto. Cuando llego allá, él estaba dentro del apartamento, yo no tengo llave... entonces le digo: ‘¿Papá?’. Me decía que estaba en el piso, pero con la lengua muy enredada. Entonces yo le dije: ‘Arrástrate, arrástrate, arrástrate’, **yo lo motivaba desde afuera** ‘y sácame la llave por debajo de la puerta’... y lo logró hacer pues... Cuando yo entro, ya mi papá estaba hecho sus necesidades ahí en el piso en interiores, porque eso le dio como a las 8 de la mañana y yo llegué allá como a las 9. Cuando llego ya estaba la cortina reventada, las sillas tiradas en el piso... o sea, [había derribado todo en] el intentó levantarse, y no pudo... el teléfono descolgado. Llegó un momento que yo lo llamaba a los dos teléfonos y ninguno de los teléfonos me los atendía pues. Bueno, logré sacarlo, lo vestí, agarré su carpeta y me lo llevé para el [hospital] Pérez Carreño. En eso, cuando yo lo estoy sacando con un vecino que me ayudara a bajar, llegaron mis dos hermanas, mi cuñada y lo trasladamos al Pérez Carreño. Bueno, **ahí mi papá duró como tres meses.** Estaba en medicina uno. Entonces bueno, **le seguimos su tratamiento. Mi hermana me apoyó, una sola hermana me apoyó más que los otros dos”.***

Hasta el momento en que su padre sufre el primer accidente cerebro-vascular, la participación de Juvena puede ser metafóricamente descrita como su intervención para ayudarlo después del episodio descrito en el fragmento anterior: *lo motivaba desde afuera*. Sin embargo,

a partir de allí, su participación en el cuidado de su padre implicó acompañarlo durante un periodo de hospitalización y convalecencia. De ello relata haber contado con cierta ayuda de parte de dos de sus hermanos:

“Yo seguí trabajando. Me iba de aquí [de mi trabajo] a la universidad, de la universidad salía en moto taxi hasta el hospital, cuando no, me iba en el metro si no era ya muy tarde... bueno, fueron diferentes maneras que yo llegaba hasta allí, pero yo llegaba todas las noches. Los sábados sí, me venía temprano en la mañana para mi casa, lavaba, limpiaba, y hacía mis cosas, y otra vez el domingo a las 2 de la tarde ya yo me venía de La Guaira a cuidar a mi papá tooda la semana de noche. Una hermana lo cuidaba de día... Después bueno, (...) y él se fue recuperando. Mi hermano nos apoyó fue en llevarlo a las rehabilitaciones. Lo llevaba todos los días. Mejoró y él empezó ya a valerse otra vez por sus propios medios. Arrastrando el pie, más sin embargo... andaba en andadera... yo le conseguí toda su cosa, su andadera, su bastón... y empezó... arrastraba la pierna pero venía hasta solo para acá [a mi trabajo] (...) [Yo estaba pendiente y le preguntaba] ‘Papá, ¿necesitas un paquete de pañales?’ (...) Y de hecho yo era la que le compraba su medicamento, sus pañales, todo... A veces iba a (...) la antigua sanidad (...), si no lo conseguía (...) se lo compraba bacheado, a como diera lugar pues... amanecía, me venía de La Guaira para el Farmahorro de aquí, antes de llegar el día ya yo estaba haciendo la cola, le compraba sus pañales, ‘Mamá aquí tiene los pañales de mi papá, aquí le tengo las toallitas..’, o sea, lo hice porque me nació”.

De lo anterior se desprende que Juvena no encontraba inconveniente en hacer esfuerzos o atender a las diligencias necesarias para procurar satisfacer las necesidades que materialmente pudieran ofrecérselo a su padre. Sin embargo, incluso en el momento de tener que acompañarlo en el trance de hospitalización y convalecencia, el grado de sinergia no llegó nunca ser demasiado elevado, en tanto ella mantuvo siempre el resto de sus actividades, asistiéndolo por las noches, hasta que nuevamente pudo valerse por sí solo, y manteniéndose luego nuevamente atenta a sus necesidades concretas el resto del tiempo. Su cuidado no se caracterizó nunca por adquirir un cariz abnegado sino que, por el contrario, consistía más en asumir una postura de gestoría para tramitar o agilizar lo que pudiera ofrecérselo, pero apostando siempre a que su padre se repusiera y pudiera regresar a un funcionamiento autónomo y de autogobierno, lo que la literatura denomina como principio del respeto a la autonomía del cuidado (Bermejo, 2004),

que ya se verá más adelante que tiene algunas implicaciones con respecto al funcionamiento de Juvena. De esta manera, Juvena cumple en muchos sentidos con la definición de cuidador ofrecida por Ubeda, Roca y García (1997), en cuanto “persona que proporciona **la mayor parte de la asistencia y apoyo diario** [no la totalidad] a quién padece una enfermedad y/o también la que **le permite vivir en su entorno, de una manera confortable y segura** [lo cual procuró de manera especial], a una persona que por razones de **edad o incapacidad no es totalmente independiente** [siendo estos dos últimos elementos definitorios –edad e incapacidad que no permiten total independencia– aspectos concurrentes en el caso de su padre]”.

Esto se mantuvo hasta el último año de vida de su padre, de lo cual Juvena relata:

“El 2 de enero del año 2016, me llama mi mamá y me dice: ‘Juvena, tu papá está hablando muy raro’. Yo le dije: ‘Llévenselo de una vez para la clínica Briceño Rossi’. Me trasladé de mi casa en La Guaira hasta aquí, me moví, ra-ra-ra, le hice su ingreso... y me lo dejaron ahí como una semana... estuvo muy mal, muy mal... ahí fue donde él empezó a no coordinar. En el 2016, ya en marzo, abril, ya él empezó a perder la memoria (...) habían cosas que él no coordinaba, pero había cosas que sí... como que le llegaban (...) de repente le decía a mi mamá: ‘Ese muchacho se parece a [mi hijo] Ma.’... ‘Es que ese muchacho es Ma.’... pero de repente decía ‘Quiero ver a Mi.’ [El hijo muerto, que no recordaba que había muerto]... o yo le decía: ‘Papá, te traje pollo en brasas... vamos a comer...’ [Y él respondía:] ‘Dame con yuca o hallaquita’. Analizaba rápido, dame con yuca o hallaquita... [y como] a él le gustaba mucho [recordaba y respondía]... entonces yo le daba, primero comía él y después comía yo... O mi tío le decía: ‘M. te voy a traer un jugo... ¿quieres un jugo?’... ‘Sí, pero que sea Yukerí’... Ahí habían cosas que él era muy puntual, pero habían cosas que... papá no se daba cuenta. Yo ‘mira papá, no te saques la vía’... Ya él ahí no coordinaba. Se rompía el pañal, ‘Papá, no te rompas el pañal... papá tú sabes las vueltas que me cuesta a mí conseguir estos pañales, no se consiguen, están escasos, y los que se consiguen bien caros’”.

Como se observa en el fragmento anterior, en el último año de vida de su padre sus facultades decayeron drásticamente y el deterioro cognitivo requería que tuviera acompañamiento y supervisión constante. Aun así, obsérvese en el discurso que la actitud de Juvena siempre se mantuvo en el sentido de tratar de tener un entendimiento razonable con su padre, con la consecuente tendencia a exasperarse cuando no lo conseguía (una forma de

relación en la cual, si existía la comprensión desde el punto de vista cognitivo, no le era fácil lograrla en el nivel de la empatía con respecto a la condición específica de demencia). Así, incluso en los momentos en que tuvo que brindarle un cuidado más detallado, el intento estaba siempre orientado a que mantuviera un funcionamiento autónomo, o al menos lo más colaborador posible: ***“Yo lo estaba cambiando y yo le decía: ‘Papá no te [me] guindes’, o sea, había una ahí una manilla de la nevera de la que se podía agarrar y yo lo tenía sentado en una silla y él jalándome... y yo [le decía]: ‘Papá... cuando yo te levanto con fuerza y tú te [me] guindas, es golpe duro para mí’. [Ahí fue que él me dijo:] ‘Ya yo estoy cansado, yo me quiero morir’”***.

De esta forma, Juvena agrega: ***“Ya él había retrocedido (...) ya usaba pañales, que eso lo dejó a él muy mal pues... Nada más la persona, que tú lo tengas que limpiar y lo tengas que hacer [hacer] sus cosas, ya él va descompensándose más pronto que antes. Porque de repente, [antes] él estaba con su ACV pero él se podía bañar, o podía comer con su mano chueca, pero comía... pero ya cuando tiene que limpiarlo uno es lo peor que hay... ya él fue bajando y eso ya va dañando a la persona”***. Nótese en este fragmento como la propia visión de Juvena con respecto a la condición de su padre es proyectada y se confunde en su discurso al ofrecerla como si se tratara de la perspectiva de éste, cuando en realidad lo que deja traslucir es la actitud que ella tenía frente al deterioro que observaba en él. Así concluye contando: ***“[Antes] me lo llevaba, y compartí mucho con él pues, porque él siempre me buscaba mucho... Pero ya la última vez, cuando le dieron el alta en el hospital él estaba muy deteriorado, ya él no podía hacer nada (...) Se descompensaba, se babeaba”***. Con esto último queda demarcada la comparación que Juvena hacía entre el funcionamiento previo y posterior de su padre, con un claro énfasis acerca de su percepción con respecto a la pérdida de autonomía por parte de éste.

Lo que ha de quedar claro es que, en definitivas cuentas, la actitud de Juvena estaba orientada por su percepción frente a la condición de su padre, en el sentido por ella misma ofrecido cuando dice: ***“[Yo decía:] Mi papá ya yo sé cuáles son sus condiciones, y esa es una enfermedad que no se va a curar, al contrario, se va ir empeorando’... Yo prefiero llevármelo a mi casa, seguirle dando su tratamiento, que bueno, él tenía su tratamiento, por demás... y cumpliendo con su comida y eso, y cuando le toque su consulta lo llevo”***. En este sentido, el factor de tenerle recluido y tener que trasladarse para atenderlo representaba para ella más

sacrificio que tenerlo en su propia casa. Así, aunque en la experiencia de cuidado de su padre Juvena hace la referencia de haberlo atendido en tres niveles (el primario, encaminado a recoger y compartir información con el fin de mantener su salud y que no desarrollara síndrome de inmunodeficiencia; el secundario, propiamente asistencial o curativo para evitar o reducir posibles complicaciones futuras; y el terciario, en cuanto a rehabilitación y apoyo para superar secuelas), se observa que es en los momentos más críticos del secundario y terciario donde se le puede percibir como más incómoda.

De esta forma, siguiendo a Campos, Iraurgi, Páez y Velasco, 2004 cp. Brea (2015) es posible observar que Juvena tuvo siempre un estilo de afrontamiento más **centrado en el problema** que en la emoción, y siempre se orientó a factores tales como **la resolución de problemas, la búsqueda de información, búsqueda de apoyo social o la negociación** (Campos, Iraurgi, Páez y Velasco, 2004; cp. Brea, 2015). Además, su estilo de cuidado perfila como de tipo **paliativo**, el cual, siguiendo a Bermejo (2004) se encuentra caracterizado por brindar un tipo de atención integral (que incluye aspectos físicos, psíquicos, emocionales y espirituales), pero que se distingue no sólo por el apoyo emocional y la comunicación franca y honesta, y el brindar respeto y soporte –entre otras cosas–, sino donde, además, **adquiere particular relevancia la promoción de la autonomía y la dignidad del enfermo, en el sentido de respetar la capacidad de la persona para autogobernarse incorporando –en la medida de lo posible– una actitud fomentadora de la rehabilitación** (Bermejo, 2004). Esto es así, por cuanto el padre de Juvena cumplía con criterios que permitirían calificarle como un paciente terminal, situación en la cual sólo queda atender a la calidad de vida y el alivio de posibles síntomas, con independencia del probable tiempo de supervivencia del enfermo. Con la salvedad de las implicaciones que se acotarán más adelante (en la subcategoría del buen morir) este puede ser uno de los rostros más humanos del cuidado de una persona mayor y terminal en razón de la cronicidad de su trastorno.

○ *Actitud hacia sí misma*

En la progresión de la subcategoría anterior se observa claramente como el discurso de Juvena sufre un agravamiento en la medida en que su padre perdía autonomía y requería atenciones cada vez más demandantes en la medida en que se hacía más dependiente. Sin

embargo, es al revelar su sensación subjetiva durante la última fase de su experiencia como cuidadora de su padre cuando Juvena confiesa haberse sentido anímicamente peor, al percibir que no contaba con apoyo notable de parte de ninguno de sus hermanos y tener que enfrentarse sola a la situación: **“Yo era la encargada de todo. (...) ¡Nunca mis hermanos quisieron apoyarnos en esto! (...) porque todos [los hermanos] dicen: ‘Bueno, Juvena es la que resuelve, yo no tengo real, ella es la que es profesional, ella es la que tiene un buen empleo ... ella es la consentida de mi papá’. [Pero él] nunca tuvo preferido... éramos cinco, fallece uno, y quedamos cuatro. (...) ‘Me dio mucha tristeza tener que haberlo hecho yo sola (...) o sea, la razón era la responsabilidad pues, que era de todos, no de uno solo’”**.

Es destacable una vez más como al final de esta intervención, Juvena hace valer en su discurso su postura reglamentaria –seudolegislativa– con respecto al *“deber ser”*. No obstante, es necesario rescatar de lo que cita con respecto a la postura de los hermanos que, en gran parte, la circunstancia de soledad percibida por Juvena se instaura a partir de la propia imagen de autonomía que ostenta frente a ellos. Se trata de un hecho que no queda aislado, cuando se escucha que ella misma hacía activamente cosas por excluir posibilidades de apoyo: **“Mi hermana me apoyó poco. Y a mi mamá, bueno, le quité ese derecho a ella, porque ellos [mis padres] tenían muchos años separados... muchos, pero vivían en la misma casa, y bueno, ella estaba también con su condición de salud mayor y todo eso... entonces bueno, [yo decía:] si estamos nosotros jóvenes, vamos a ver quién viene en el día y cada uno se queda... [aunque de todas maneras] ella siempre estuvo pendiente. [Pero] Yo decía: ‘A mí mamá no la podemos dejar en este hospital (...) [porque] yo dije: ‘Bueno, si mi mamá continúa aquí (...) va a salir peor que mi papá... mi papá ya yo sé cuáles son sus condiciones, y esa es una enfermedad que no se va a curar, al contrario, se va ir empeorando’... Yo prefiero llevármelo a mi casa, seguirle dando su tratamiento, que bueno, él tenía su tratamiento, por demás... y cumpliendo con su comida y eso, y cuando le toque su consulta lo llevo y mi mamá está más tranquila en su casa descansada... porque mi mamá no dormía, mi mamá a consecuencia de eso yo la tuve que llevar al médico”**.

Valga señalar entonces que, en el intento de excluir la participación materna para preservar su bienestar, Juvena acabó configurando una nueva circunstancia que ameritó más atención de su parte. Por ello confiesa que en algún momento llegó a sentirse desbordada,

motivo por el cual llegó a pedir que la trabajadora social del hospital que mediara para hablar con sus hermanos en procura de que también se abocaran a hacerse cargo del padre enfermo: *“Sí, ya no daba para más (...) Y yo sola era... matador... Cargar... o sea, no es cargar... asumir, resolver... la casa, el trabajo, los estudios... porque no fue fácil. Pero, más sin embargo (...) yo agarré y, como dice uno, bueno, voy a arrear el burro pues... Yo salgo de aquí a las tres y media, yo a las cuatro y media ya estaba allá. Y me quedaba toda la noche corrido... y al día siguiente al trabajo otra vez (...) [Estaba] agotada, agotada... que ya no coordinaba (...) Tenía ojeras... mi esposo me apoyaba, él me venía a buscar en las tardes [a mi trabajo], me llevaba hasta El Algodonal (...) Que ya mi jefe [me decía:] ‘Bueno, Juvena... ¿qué está pasando?’... Me estaba llevando el trabajo para mi casa, que no es el deber ser... [y mi jefe me decía:] ‘Juvena, tus demás hermanos, ¿por qué no te ayudan?’... O sea, y él fue sensible con eso... Yo [le decía:], ‘doctor, necesito una semana remunerada’, y él: ‘Bueno, vamos a firmarte que quede por presidencia’... Cosas así pues (...) [Por eso llegó un punto que yo dije:] ‘Yo tengo mi esposo, mis asuntos con los muchachos’, y quería que la trabajadora social hablara con ellos [mis hermanos] para que se abocaran a lo que estaba pasando y se hiciera un compromiso para que también se hicieran cargo, porque hijos éramos todos, y yo sola ya no podía”.*

De lo anterior puede evidenciarse con facilidad como la aparente fortaleza de lo ateneico y de la dominancia del *ánimus*, puede perder fácilmente su capacidad operativa y caer en la desesperación al enfrentarse a situaciones extremas en cuanto a la demanda de atención y cuidado que implican una dedicación que debe ejercerse con paciencia y de manera sostenida. Sin embargo, es importante tener en consideración como la propia actitud de Juvena pudo contribuir a configurar un escenario supuestamente indeseado por ella. Esto conduce a la siguiente subcategoría en el estudio de su caso.

○ *Omnipotencia / prepotencia/ impotencia*

Resultado de la anterior subcategoría, se puede inferir como la propia actitud de autonomía de Juvena terminó operando en su contra, pues sus hermanos, acostumbrados a verla siempre autosuficiente y resolutiva, dotada de alta capacidad de decisión y ejecución, se desentendieron de la situación y no le ofrecieron apoyo al que en algún nivel habría aspirado

(además, de que ella tampoco demostró en ese momento ser muy hábil para solicitarlo directamente). Esto último resulta de gran importancia y debe ser resaltado, pues se verá en la siguiente subcategoría que Juvena puede estar dotada de cierta capacidad o competencia social para instrumentalizar vínculos impersonales en procura de lograr ciertos objetivos. En cambio, con la figura de los hermanos –que, paradójicamente, le son más próximos–, esta capacidad o competencia parece verse, por alguna razón, anulada. Pareciera que, en la medida en que el vínculo es más íntimo, se le dificulta más la aproximación o se viera impedida para hacer planteamientos claros que deban apuntar más a la relación y menos al mandato por la vía de la razón o la autoridad (es decir, cuando lo que está implícito es operar más desde el Eros y menos desde el Logos).

Así, se puede observar que Juvena –cuya personalidad se encuentra dominada por la figura arquetípica de Atenea–, no duda en reconocer un déficit en sí misma y admitir que necesita ayuda, lo cual es un hallazgo que pudiera ser leído tanto desde la perspectiva de que en ella se impone la razón por encima de cualquier otra motivación (lo cual le permite algún grado de autoindulgencia); así como también desde el punto de vista de que el tipo de personalidad amazónica, virginal y ateneica se inclina más al pragmatismo –es decir, a lo que resulta útil a la situación y a sí misma–, que a entretenerse en complicaciones innecesarias, cuando identifica que está siendo superada en su capacidad de tolerancia con respecto a la situación entablada. Sin embargo, se advierte también su dificultad para transmitir la necesidad de ser ayudada surgida frente a este aparente reconocimiento de sus límites e insuficiencia. Al respecto, podría pensarse que en esto no le resultó de mucha ayuda la manera en que, de una forma casi sistemática, ha creado en otros la percepción –más que probablemente sobredimensionada– de que está tan completa y es tan autosuficiente, que no los necesita para mucho. Sin embargo, es bastante probable que sea precisamente el deseo de no perder esta imagen frente a ellos lo que la inhibe en parte de la posibilidad de solicitar ayuda de una manera más abierta o expresa (que en el caso de una mujer fálica como ella, podría ser traducido como una pérdida con un alto costo no sólo en lo más íntimo sino también a nivel social).

○ *Competencia social y vínculos entablados*

En contraste con su dificultad para plantear de manera abierta la necesidad de ayuda frente a aquellos que le son más allegados, es posible encontrar en Juvena –como parte de la incidencia de lo arquetípicamente ateneico en su personalidad–, que su estilo de cuidado incluye además un importante componente que tiende a buscar de manera activa vínculos sociales con personas menos cercanas pero que puedan funcionar como red para atenuar el impacto de la situación y servirle de apoyo (induciéndolos si no están disponibles y aprovechándolos cuando ya lo están). Un ejemplo de ello se encuentra con ocasión de la búsqueda de la autoridad del conocimiento de otros del cual ella participa haciendo uso de la confianza y amistad establecida (como se adelantó al hablar de su relación general con otras mujeres): *“La doctora M.V. (...) [junto con] la trabajadora social, [y] la psicólogo M.R., muy grandes amigas mías (...) En esa oportunidad yo hablé [de nuevo] con la doctora M.V., (...) psiquiatra juvenil-infantil... hablé con la doctora y le digo: ‘Ay doctora, usted sabe que mi papá tiene esto, y esto’ [la erupción de un herpes, que no sabíamos qué podía ser] (...) Y yo le dije todo lo de mi papá, por confianza pues... Y me dijo que por qué no lo llevaba a hacerse los exámenes, y fue cuando yo le digo a mi papá que se haga todos los exámenes pues [a través de los cuales se detecta su condición de seropositivo]”*.

Además, dentro del contexto hospitalario, Juvena no tuvo reservas en entablar aproximaciones cordiales con otros pacientes, a través de una actitud expansiva que perseguía mantener los buenos términos y la colaboración:

“Yo me hice amiga de los muchachos, de muchos de ellos allá... cocinábamos... yo llevaba harina pan, llevaba esto, llevaba pan (...) y en la mañana a veces traía hasta la arepa pues... O sea, me tuve que ir a vivir... con los enfermos (...) “Yo fui muy solidaria con todos (...) Cuando yo llegué, [estaba] R. [otro paciente que], era un chamo muy aseado, y el mantenía: ‘En este baño, nosotros... en este baño los visitantes’... Y yo en la noche llegaba y hervía mi agua ahí en esa cocina eléctrica y le echaba su Lavansan, su crisol en el piso... Yo limpiaba (...) después que se hacía cena, o [mientras] todo el mundo comía, estaban pasando medicamento, yo limpiaba, pasaba cloro”.

Pero además, hay que destacar su competencia social para entablar vínculos accidentales que –a manera de herramientas instrumentales– se puedan adicionar a su

determinación y capacidad resolutive en aras de solventar eventualidades de tipo operativo, poniéndoles al servicio de lograr el cometido perseguido durante la tarea de cuidado, de lo cual extraemos tan solo un ejemplo presente en medio de su discurso:

*“Bueno, agarre y le digo: ‘Mamá, voy subiendo’. Llamé a mi esposo, que estaba trabajando, y le digo: ‘Mira padre, voy subiendo a Caracas’... Y él me dice: ‘¿Pero ahorita?, ¡Te va agarrar la cola en el terminal!’ Bueno, en fin que yo dije: ‘Bueno, no me importa... yo subo a Caracas a como dé lugar, pero yo llego’. **Cuando llegó al terminal, bueno, la cola era infernal...** Entonces llamo a mi mamá y le digo ‘Mamá, no voy a poder subir hoy. Hay mucha cola (...)’. Entonces ella me dice: ‘Ta bien hija, lo que tú decidas’. **Pero en esa yo digo: ‘Si hoy es el último día que voy a ver a mi papá... ¿Qué? ¿Lo voy a dejar solo?’.** Bueno, agarré a un policía y le dije: ‘Mire, yo no acostumbro a esto, pero necesito que usted me haga un favor. Yo soy funcionaria del Palacio de Justicia... tengo una necesidad’... Con la carpeta en la mano [le dije:] ‘Mire, aquí tengo los papeles (...), mi papá está mal... yo tengo que llegar urgentemente para Caracas’. De inmediato, [después de] como dos horas (...) que yo estuve tratando de irme por mi propia cuenta, el muchacho me montó en mi camioneta y yo me trasladé”.*

Nuevamente, adviértase en las citas presentadas en esta categoría el estilo de afrontamiento más **centrado en el problema** que en la emoción, y el énfasis colocado por Juvena en la **necesidad de obtener resolución al problema emergente**, concretamente a través de factores como la **búsqueda de información, búsqueda de apoyo social o la negociación** (Campos, Iraurgi, Páez y Velasco, 2004; cp. Brea, 2015). No obstante, es precisamente el aspecto de negociación lo que se observa deficitario, pues como se ha dicho, estas actitudes contrastan cuando se recuerda lo que se señaló más arriba con respecto a que en el momento más crítico de la condición de su padre llegó a pedir que la trabajadora social del hospital hablara con sus hermanos para que también se abocaran a hacerse cargo: *“Sí, ya [yo] no daba para más (...) Y yo sola era... matador... Cargar... o sea, no es cargar... asumir, resolver... la casa, el trabajo, los estudios... porque no fue fácil. Pero, más sin embargo (...) yo agarré y, como dice uno, bueno, voy a arrear el burro pues”.* Nótese en esta última cita la referencia de Juvena a la **sobrecarga**, la cual en ella también se centra más en el **aspecto objetivo** que en el subjetivo (Grad y Sainsbury, 1963), en tanto el acento está colocado más en aspectos como la dedicación y desempeño del rol de cuidador, el tiempo efectivo de de-

dicación, la carga física implicada, las actividades objetivas desempeñadas y la exposición a situaciones estresantes en relación con los cuidados; y menos a factores como la respuesta emocional por parte del cuidador ante la experiencia de cuidar, en tanto no refiere a intranquilidad, experiencia de sufrimiento, tristeza, desesperación, indefensión, desesperanza, sentimientos de culpa, miedos, frustraciones (aunque ya se hizo mención aparte acerca de su nivel de autoexigencia para sostener su imagen de autosuficiencia frente a otros en la subcategoría de *omnipotencia, prepotencia, impotencia*, y que se sabe puede traducirse en problemas de ansiedad, depresión y estrés).

○ *Actitud hacia el futuro*

Aunque durante mucho tiempo se encargó de promover la autonomía de su padre, durante el último –y más crítico– periodo en el que Juvena estuvo involucrada en su cuidado, sus expectativas con respecto a que la condición de salud de éste pudiera mejorar a futuro eran realistas y poco halagüeñas, con lo cual su actitud estaba más bien teñida de pragmatismo. Así se evidencia cuando ya en una cita anterior se le ha escuchado decir: “[Yo decía:] ***‘Mi papá ya yo sé cuáles son sus condiciones, y esa es una enfermedad que no se va a curar, al contrario, se va ir empeorando’*** (...) [De los anteriores episodios] *mejoró y él empezó ya a valerse otra vez por sus propios medios. Arrastrando el pie, más sin embargo... andaba en andadera... yo le conseguí toda su cosa, su andadera, su bastón... y empezó [a moverse solo]... arrastraba la pierna pero venía hasta solo para acá [a mi trabajo] (...)* ***Pero ya la última vez, cuando le dieron el alta en el hospital él estaba muy deteriorado, ya él no podía hacer nada*** (...) *Se descompensaba, se babeaba (...)* *Yo decía, él va para eso [a morir] en cualquier momento (...)*”.

Ahora bien, con ocasión de la actitud hacia el futuro para sí misma, Juvena rescata el haber recuperado su tranquilidad, después de rememorar su reacción emocional ante la pérdida y el hecho de no contar ya con la presencia física de su padre: “*Yo me puse a llorar (...)* *tú no quieres que un ser querido se te vaya... ¿Y de la edad de mi papá?! ¡Mi papá pudo haber vivido mucho más... 68 años... en enero cumplía 69!... Él nació en el ‘48 (...)* [pero] ***ahorita, la tranquilidad que tengo, que no tengo el estrés, no tengo la zozobra... ya di lo que pude, lo máximo que puede dar por él, lo di. Siempre tuve la disposición pues, que donde yo estuviese***

*yo soltaba todo: marido, hijos, todo y... él es el que me necesita. [Yo decía:] `Todo aquí en la casa está marchando bien y ante eso, pues, son adultos [y no era prioridad que me tuvieran ahí con ellos]´... Ahora lo que es, es que no lo tengo (...) [pero] **la tranquilidad, o sea ahorita estoy tranquila. Ya sé que lo perdí, pero bueno hice lo que tenía que hacer pues**”.*

6.1.3.3.- Percepción acerca de cómo era recibido el cuidado por ella prodigado

En este punto, una primera impresión de Juvena gira en torno al hecho de haber estado sola al cuidar de su padre enfermo en los últimos momentos de su vida, señalando que él percibía el abandono, el desinterés y la falta de atención de parte de los otros hijos (una percepción teñida por su propia proyección (y su necesidad de ese momento), por cuanto el estado demencial del padre a esas alturas ya no le permitía discernir lo que ocurría con la precisión que ella señala): *“Me dio mucha tristeza tener que haberlo hecho yo sola... **No por mí, sino por su condición que él tenía, que él esperaba más de los demás, de su grupo familiar... O sea, ¿si nos crió a los cuatro? Porque él nos crió a todos con igualdad (...)** [y jamás le preguntaron:] `Papá, ¿necesitas un paquete de pañales?´ (...) o [preguntar:] `¿Qué necesita mi papá? ¿En qué te puedo ayudar?´... **Y eso lo veía él... y eso también marca a la persona que tiene la condición que él tenía, bien sea con esa enfermedad [VIH] o con otra,** [en cuanto a que llega a pensar:] **Me siento que no me toman en cuenta mis hijos, soy un traste, soy un sidoso´**”.* De este fragmento es posible desprender que la percepción de Juvena con respecto a las expectativas de su padre se entremezclan con el tono crítico y de reclamo de ella hacia sus hermanos.

Del resto, la percepción de Juvena con respecto a cómo era recibido por su padre el cuidado específicamente prodigado por ella, es básicamente la de que no ya no era valorado o resultaba indiferente el que lo ofreciera con mayor o menor ahínco o dedicación: *“[La situación era la de que] **Te tengo que conseguir el tratamiento, tómate el medicamento´. ¿Me entiendes?... O sea, se está haciendo un sacrificio para que tú cumplas con el tratamiento, pero eso él eso no** [lo tomaba en cuenta]... o sea, era igual para él. [Era como que:] **Me lo da o no me lo da, me lo tomo o no me lo tomo, te cueste lo que te cueste... a mí me da igual´... Un día me dijo: `Me quiero morir Juvena, me quiero morir... no me des más tratamiento´**”.*

Obsérvese que la no valoración de su esfuerzo encuentra en Juvena la justificación de que su padre estaba ya resuelto a morir. Sin embargo, al revisar la próxima categoría, referida a la sombra del cuidado –específicamente, la actitud ante la posibilidad de la muerte de su padre titulada “apego, el pragmatismo y el buen morir”–, se encontrarán las motivaciones profundas para esta percepción, las cuales trascienden el hecho objetivo externo del estado de salud de éste y se sincroniza –en el nivel inconsciente– con el deseo de la propia Juvena como cuidadora.

6.1.3.4.- Sombra del cuidado

o Motivación profunda oculta detrás del cuidado

Aunque, como se ha visto arriba, la función de cuidado en Juvena se encuentra justificada por la parentalidad arquetípica en razón de la afinidad hacia el padre como primera proyección de su propio *ánimus* y como primera encarnación del principio masculino del Logos para ella –sin que se soslaye la gratitud que esta correspondencia inconsciente promueve–, esto se traduce tan solo en un aspecto de la motivación que la impulsó en su tarea. En su caso, debe además considerarse que la identificación como “hija del padre”, junto con la devaluación y desprecio conscientes de las cualidades de paciencia, pasividad e inacción materna –y con ellas, del principio femenino en general–, contribuyen, como se ha visto, a posicionarla ante los ojos de los otros –pero, antes que nada, de sí misma–, como una mujer totalmente autosuficiente, completa-en-sí-misma y que transmite en todo momento la sensación de no necesitar ayuda ni apoyo de ningún tipo con respecto a los demás, en tanto se vale de su actitud estratégica y ejecutiva en la que los demás sólo tienen una función instrumental (y que, precisamente por ser considerados como vías para el logro de algo superior –reificados hasta cierto punto– resultan sustituibles).

De esta forma, la experiencia de cuidar de otro –sobre todo cuando ese otro tiene la relevancia simbólica que puede tener para ella la figura del padre–, puede resultar útil y servir para reafirmarla en la medida en que produce un incremento en su sensación de suficiencia fálica, empoderándola y posicionándola simbólicamente por encima tanto de aquel que recibe el cuidado de su parte (porque lo requiere), como de cualquier “otro” que sólo funcionaría

como auxiliar para ejecutar lo planificado o dispuesto por ella como decisor (y, según se ha visto, ni siquiera para eso), siendo esto lo que se constituye en la motivación inconsciente detrás del afán de asumir la posición de cuidadora en Juvena, más allá de cualquier otra justificación que pueda ofrecer al respecto. De esto ofrece evidencia tangible no sólo la situación de cuidado de su padre (en la cual, aunque no se destacó por su abnegación, sí lo hizo por su relevancia), sino también su tendencia general a operar en la vida de otros como “un principio organizador” o “mejorador del mundo” –fálico se diría–, a través de su naturaleza proclive a la adherencia a los principios (cumplir con el deber, hacer lo que corresponde), así como su talante seudolegislativo y, hasta cierto punto, dominador, de todo lo cual se ha hecho vasta reseña al hablar acerca de su ámbito laboral, la relación de pareja y, muy especialmente, la posición constantemente asumida frente a sus hijos –biológicos y de crianza– ya hoy adultos y, por extensión, también con respecto a sus nietos.

Así, no cabe extrañarse que el tipo de personalidad ateneica de Juvena, acostumbrada a resolver las situaciones de la manera expedita en que lo pretende el Logos que caracteriza al *ánimus*, se desborde con mayor facilidad de la que se esperaría, tomando en cuenta la imagen de autosuficiencia que ofrece apriorísticamente, y que finalmente termine por colapsar en medio de una situación de cuidado crítica y que implique un creciente nivel de dependencia de aquel que es cuidado, pues esta es una experiencia que –por su propia naturaleza– requiere de la paciencia de gestación típicamente característica del principio femenino (además de que muchas veces requiere una actitud más comprometida y abnegada y menos impersonal). Dicha experiencia, en la medida en que se hace más compleja en requerimientos, deja de admitir la actitud de mera supervisión que promueve la autonomía de aquel que es cuidado para preservar también la propia, cumpliendo únicamente con una asistencia con forma de gestoría de las necesidades emergentes.

Por todo lo anterior, no deja de ser interesante añadir lo que afirma Singer (2000) cuando sostiene que el Logos –y la persona dominada por él– orienta a tomar la vida como una variable dicotómica en términos de todo o nada, y requiere descubrir el principio ordenador detrás de la paradoja, **porque se les dificulta mucho hacer frente al caos (entendido como todo aquello que no es fácilmente previsible)**. De esta forma, el Logos refiere al intelecto, la palabra, y el discernimiento a través de la mente lógica y ordenada que discurre de manera

lineal, permitiendo tener una perspectiva abstracta y parcial, pero para completarla es necesario introducir el principio femenino del Eros. De lo contrario se tendrá una sensación de seguridad que en realidad carecerá de riqueza y plenitud (y que, se podría agregar, no tardará en desmoronarse cuando una coyuntura demasiado más humana de lo que resiste, le ponga a prueba).

○ *Apego, pragmatismo y buen morir*

Consecuencia de lo dicho en la subcategoría anterior, se observa como el apego, el pragmatismo y la actitud ante la muerte de la persona objeto de cuidado se ven teñidos en Juvena por la necesidad de recobrar la propia autonomía e independencia. De esto queda evidencia a lo largo de su discurso, en el cual –encubierto de manera eufemística– se trasluce constantemente el verdadero deseo con respecto a que la situación de cuidado –que implicaba la sensación de una demanda de atención en constante incremento por parte de su padre hacia ella–, se resolviera:

“Cuando él se desmejoró, [y vi] su descomposición, yo dije; ‘Ya mi papá de aquí no va a dar más, yo voy a hacer lo que sé que es necesario para ayudar a una persona a mantener la vida... ahorita yo sé que está sufriendo, lo dejo todo en manos de Dios, pero ya él no daba para más’... pero [tenía la convicción que] de aquí no mejoraba pues. Yo le compraba su tratamiento y todo en cantidad para que no le faltara, pero era por mantenerlo... ‘No te vas a morir desasistido. Te va a llegar tu momento cuando Dios lo disponga, pero desasistido no’. No le podía negar ese derecho pues (...) Yo creo que eso es un derecho de toda persona. Creo en Dios, pero no... yo sabía que no iba a dar más. (...) Que yo digo: ‘Bueno, hay otros chamos que no disfrutaron a su papá, yo disfruté el mío cuarenta y seis años’, que yo creo que es bastante... vi todos sus momentos de alegría, su enfermedad... y mi papá era fuerte: la única enfermedad que yo le conocí a mi papá fue esta. Mi papá de gripe, de riñones, operado... jamás”.

En la cita anterior se observa la constante referencia al término de la vida de su padre, en medio de un discurso que no sólo lo afirma sino donde además se hace uso de mecanismos de racionalización para justificarlo (más incluso que para aceptarlo), así como el empleo de registros impersonales (como cuando dice “ayudar a una persona a mantener la vida”, o cuando

apela a la voluntad de Dios como una forma de proyectar la responsabilidad frente al deseo propio e incluso frente a las posibles deficiencias materiales en el plano actitudinal hacia su padre).

Nótese además en el siguiente fragmento como lo que inicialmente pareciera ser empatía, se traduce en realidad en un nuevo argumento para justificar el propio deseo a través de la convalidación encontrada en la expresión del deseo y la voluntad del otro que recibe el cuidado, en tanto la atención demandada implicaba un esfuerzo de sujeción y tolerancia a una dependencia con la cual Juvena –por su propia naturaleza– no encuentra identidad compatible ni una correspondencia viable consigo misma: “[La situación era la de que] *Te tengo que conseguir el tratamiento, tómate el medicamento*. ¿Me entiendes?... *O sea, se está haciendo un sacrificio para que tú cumplas con el tratamiento, pero eso él no* [lo tomaba en cuenta]... *o sea, era igual para él*. [Era como que:] *‘Me lo da o no me lo da, me lo tomo o no me lo tomo, te cueste lo que te cueste... a mí me da igual’... Un día me dijo: ‘Me quiero morir Juvena, me quiero morir... no me des más tratamiento’*. [Eso fue] *como una semana antes* [de él morir]”.

Todo esto, que se escuchan como eufemismos que asoman de manera encubierta la postura real de Juvena frente a la condición terminal de su padre, se clarifica al reconducirlo al encuentro inicial que se tuvo con ella en el hospital estando aún vivo su padre. En esa primera entrevista –en la cual se encontraba desbordada y requería que la trabajadora social hablara con sus hermanos para que se involucraran–, se le preguntó si estaba preparada para que su padre muriera, a lo cual respondió en medio del llanto: “*Sí, yo estoy clara que mi papá ya vivió su vida, yo estoy clara que mi papá ya no da para más*”. Y cuando se le confrontó con su propio deseo y se le preguntó si *quería* que su padre muriera, su respuesta no se hizo esperar. Deteniendo de golpe el llanto y fijando firmemente su mirada en la del entrevistador, respondió sin asomo de duda ni titubeos: “*Sí*”.

A lo anterior, agréguese los argumentos que –a manera de resignación/justificación constante– se encuentran en el discurso de Juvena, y que ya se han citado más arriba: “[Yo decía:] *‘Mi papá ya yo sé cuáles son sus condiciones, y esa es una enfermedad que no se va a curar, al contrario, se va ir empeorando’* (...) [De los anteriores episodios] *mejoró* (...) *Pero ya la última vez, cuando le dieron el alta en el hospital él estaba muy deteriorado, ya él no*

podía hacer nada (...) Se descompensaba, se babeaba (...) Yo decía, él va para eso [a morir] en cualquier momento”.

Así, aunque se corre el riesgo de que esta interpretación pueda ser acusada de maliciosa al derribar otras posibles en las cuales se rescaten los más elevados sentimientos de empatía y altruismo, ante lo anterior, está de más cualquier tipo de aclaratoria: al verse confrontada con la necesidad de decidir entre sostener las complicadas circunstancias que rodeaban el cuidado de su padre o recuperar su propia autonomía e independencia a través de la aceptación del cierre pragmático que imponía la posibilidad de su muerte, Juvena, pese al afecto que pudiera sentir hacia él, estaba ya orientada hacia la segunda opción por el peso de la razón. Debe entonces destacarse la postura de frialdad con que fue tomada la circunstancia (la cual en la naturaleza ateneica se inclina menos hacia el apego y la insistencia de seguirla sosteniendo de manera forzada, y más hacia la actitud pragmática de la apertura a un desenlace, que por otro lado, era inevitable, aún y cuando en ese momento los médicos no anticipan la posibilidad de deceso del su padre como algo inminente). No se trata tan solo de que –operando desde el principio de realidad– asumiera de manera objetiva que su padre “*no daba para más*” (lo cual por otro lado sería cónsono con la filosofía del estilo de cuidado paliativo por ella puesto en práctica, que se ofrece en casos en los que no se espera recuperación o mejoría), sino que además el discurso delata que *deseaba* lo que había asumido. Es decir, su actitud es pragmática pues asume la enfermedad y se posiciona frente a la muerte como algo inevitable que no puede ser eludido, ofrece el cuidado paliativo que está a su alcance para darle calidad de vida y hacer más llevadero el trance pero, además, desea el desenlace fatal por cuanto sostener la situación –o incluso que llegara a evolucionar a un grado de mayor dependencia– no hubiera resultado compatible con el propio estilo de personalidad de Juvena.

Es de esta forma como cabe agregar que todo ello encuentra cierta resonancia con el nivel de análisis situacional de su test de Wartegg (anexo 4), en el cual, aunque inicia siguiendo un orden de ejecución normal –respetando la secuencia natural de los campos–, de una forma metódica, poco flexible y organizada (posiblemente preocupada por no perder el tiempo), termina por implementar un orden confuso, que indica labilidad, impulsividad y cierta falta de control, lo cual en el nivel clínico y en la particular situación *in comento*, tiene particular

relevancia pues indica un déficit en cuanto a la paciencia necesaria para sostener la tarea (en este caso de cuidado) hasta concluirla.

6.1.3.5.- La vuelta a sí misma a través de la experiencia de cuidado

En el caso de Juvena, la experiencia de cuidado no ofrece muchas posibilidades de vuelta a sí misma por dos razones: la primera –y quizás menos significativa– es la razón objetiva de la corta duración del tiempo en el que el cuidado de su padre ameritó de una atención crítica que la obligara a desvirtuar la unilateralidad de su funcionamiento habitual con el fin de asistirlo de manera más abocada al demandarlo éste por haberse vuelto más dependiente; la segunda –más relevante–, la particular manera en la que lidió con esta experiencia de una forma impersonal y siempre preservando las distancias (cosa que se observa de manera bastante más evidente de lo que ella es capaz de reconocer en su énfasis por promover la autonomía de su padre). Con independencia de que el tiempo que duró el cuidado crítico hacia el final de la vida de su padre haya sido más bien breve, podría pensarse que podría haber resultado en una vivencia catalizadora que contribuyera al proceso de individuación, pues al dejar en evidencia –y poner a prueba– su percepción de sí misma, podría haber servido para dejar al descubierto algunos déficits que la obligarían a esclarecer su relación con el principio femenino (sobre todo en cuanto a aquellos atributos más negados, rechazados o devaluados), lo cual transitaría por revisar de manera profunda también los aspectos idealizados del principio masculino (que, aunque parte del referente paterno, se extiende mucho más allá de él, trascendiéndolo e abarcando todos los atributos colectivos de lo masculino), sincerándolo en su totalidad para poder reconocer y reintegrar a la figura de la madre y su representación psíquica en la propia personalidad (recobrando con ello aspectos de paciencia, a la par que de aceptación de la limitación como una forma de castración simbólica en asuntos que no admiten otra forma de resolución que Juvena aborrece en su progenitora). Esto, que habría contribuido a desidentificarle de la unilateralidad del arquetipo virginal y ateneico, no fue sin embargo lo que ocurrió, y cuando se le pregunta acerca de la comparación entre la época de cuidado de su padre y la normalidad a la que volvió después, Juvena sólo revela la vuelta a la habitual y descomplicada “tranquilidad” con la que ha manejado su vida. Recuérdense al respecto cuando dice: [pero] *ahorita, la tranquilidad que tengo, que no tengo el estrés, no tengo la zozobra... ya di lo que pude, lo máximo que puede dar por él, lo di. Siempre*

*tuve la disposición pues, que donde yo estuviese yo soltaba todo: marido, hijos, todo y... él es el que me necesita (...) [pero] **la tranquilidad, o sea ahorita estoy tranquila.** Ya sé que lo perdí, pero bueno hice lo que tenía que hacer pues”.*

Se observa así que no se produjo una variación, en el sentido de convocar en ella un espacio de reflexión con respecto a la manera en que se ha conducido. Sin embargo, debe agregarse que Juvena se enfrentó a una nueva posibilidad de revisión de este aspecto de sí misma poco tiempo después del fallecimiento de su padre, teniendo que hacerlo esta vez en primera persona. Al no haber más espacio para dicho desarrollo, solamente se le mencionará anecdóticamente como forma de ilustrar la sincrónica confluencia de lo arquetípico y el cuidado. Así, dos semanas después de su última entrevista, Juvena sufrió un ictus que le produjo la paralización de la mitad del rostro. Este acontecimiento fue para ella una nueva prueba –muy dura por cierto–, pues la colocó nuevamente en la situación que no había terminado de ver en su entera complejidad al atender a su padre, obligándola a replantearse los límites de su propia independencia y autonomía, y enfrentándola además con el significado de necesitar de otro –su esposo en este caso–, y de tener paciencia para soportar lo que implica una recuperación (aspectos que en un principio rechazó y que le produjeron una gran carga de angustia, pero que fue aceptando con el pasar de los días en espera de su progresiva recuperación).

6.2.- Resultados para MARINA

6.2.1.- Datos demográficos e introductorios para el caso de Marina

Marina es una mujer de 34 años de edad, madre de tres hijos. No culminó el bachillerato (llegó hasta el primer año del ciclo diversificado), y se dedica al hogar y al cuidado de su hijo menor, un niño de 6 años con parálisis cerebral. Sin embargo, su historia es compleja pues, en su caso, el cuidado de otros se imbrica de manera directa e íntima con su propia vida y ramifica de manera intrincada con su propia salud, tal como se verá en lo sucesivo a través del análisis de sus resultados. Vivió junto al padre de sus tres hijos –al que deliberadamente denomina de esa manera, al no reconocerlo ni como pareja ni como marido–, durante casi 12 años, momento en el cual éste falleció de una demencia vascular producto de la progresión por infección de VIH. Conoció a este hombre cuando ella tenía 17 años y él 15. La infección de él fue descubierta durante el segundo embarazo de Marina, pues ella la había contraído (supo de la infección en el mismo momento en que le dieron la noticia de esta segunda concepción). Sin embargo, es importante destacar que, aunque nunca tuvo ninguna clase de tratamiento o control durante su segundo embarazo, y que tanto el parto como el amamantamiento fueron naturales, el niño no contrajo la infección.

A pesar de sus sentimientos de rabia, tristeza e impotencia, ella cuidó al padre de sus hijos hasta el último momento de su vida, a la par que empezó a cuidarse a sí misma. Posteriormente, cuando ya había nacido su tercer hijo con parálisis cerebral –el cual tampoco contrajo la infección–, Marina se dedicó al cuidado de su abuela postrada en cama; y recientemente ha tenido que empezar a estar atenta también por su segundo hijo, al que le diagnosticaron un quiste cerebral en el lóbulo temporal derecho, motivo por el cual empezó a perder la audición.

Como se desprende del análisis de la primera parte de sus resultados, en la presente investigación ella ha sido identificada a nivel de personalidad con un funcionamiento arquetípico dominante característico de la figura de Deméter, la madre doliente. Por esta razón, se escogió para ella el seudónimo de “Marina”, por cuanto según diversas cosmogonías mitológicas –y de conformidad con la propia biología científica– el agua salada del gran útero

marino jugó un papel protagónico en la aparición de la vida en la tierra, pero a su vez, esta fuente de la vida es un lugar de tinieblas, una profundidad oscura y tenebrosa (todas ellas metáforas válidas para los dos extremos arquetípicos de la figura de Deméter y la historia de vida de Marina).

6.2.2.- Dominancia de la figura arquetípica de DEMÉTER en la personalidad de Marina

6.2.2.1.- Imago y relaciones parentales

o Imago y relación con el padre

En Marina, la imago paterna es en esencia la del padre terrible, abandonico (Spitz, 1996), maltratador y percibido en muchos sentidos como egoísta, pero teñido por la añoranza nostálgica y, hasta cierto punto, por el deseo infantil de recuperar la imagen que alguna vez tuvo de él.

Respecto a la percepción inicial que tenía de su padre en la infancia, su testimonio inicia diciendo: *“Cuando yo era pequeña yo quería mucho a mi papá... eso era, ¡mi papá grandote!, y él [conmigo] era: `¡La catira, la catira, la de los ojos azules!’”*. Y con nostalgia continúa agregando: *“Mira, yo quería a mi papá (...) yo quería el cariño de mi papá (...) entonces tú como que buscas cariño en otro sitio, pero no... eso no te llena... y ya era eso, eso era lo que yo quería... entonces es buscar en uno que te... te equivocaste”* [se refiere a su única pareja, el padre de sus hijos, que la infectó con VIH].

Acto seguido, Marina revela cómo empezó a deteriorarse la imagen infantil que tenía de su padre: *“Pero cuando yo cumplí doce años, yo recuerdo que eso se cayó, así... porque claro, eres niño y no quieres ver que es un papá maltratador. Yo nunca [antes] lo vi que maltratara a mi mamá... porque [estando] yo chiquita nunca vi que él le pegaba... yo lo que veía era que él llegaba hediondo a carne, porque trabajaba transportando carne... que compraba comida, que nos tenía nuestra casita bonita, eso lo recuerdo... pero ya después cuando comienzo a crecer, que veo que tenía otras parejas, que esta señora que tuvo [su otra mujer], yo decía: `Esto es raro, esto es una locura... ¿qué es esto?’ ... Tenía yo cinco años... A*

los siete, ya él a los siete años, que yo cumplí, **mi papá ya se separó y más nunca nos dio nada, ya él se fue ... pero entonces yo decía: `¿Pero por qué él hace eso? (...) Él vivía cerca. O sea, él tenía sus mujeres [por un lado] y [por el otro] estaba mi mamá, y ellas se las llevaban bien... se entraban a golpes los viernes, y los sábados la otra [mujer] venía y le entregaba su parte del dinero [que mi papá le enviaba a mi mamá con ella]... O sea, cuando él empezó con ella [con la otra mujer]... pero ya después eso se acabó ... (...) mi mamá se entraba a golpes con ella, o sea ella le daba golpes [risas], y después él como si nada... que yo digo `Dios mío, ¿pero qué locura era esa?´ [y me respondía:] `Bueno, ya él tiene otra pareja y mi mamá tiene que estar acá, y ya se acabó todo´**". El fragmento citado habla solo, en el sentido de dejar en evidencia la decepción infantil ante la pérdida del padre idealizado y el intento defensivo de elaborar una justificación con respecto a las razones de dicha pérdida.

Y así expone cómo, con posterioridad, la imagen paterna se terminó de derrumbar para ella en razón de su agresividad y maltrato: "**Lo veía como un mal padre ... porque él tiene mala bebida... entonces llegaba a la casa, y aunque ya no vivía con mi mamá, nos paraba firme, nos decía groserías, tumbaba la puerta, eso era todos los días (...)** Entonces nosotros todos asustados. **Yo veía a mi papá y yo me orinaba... yo lo veía cuando yo llegaba del liceo y eso era que yo temblaba, eso era: `Yo no puedo andar con nadie, porque él se va a molestar´, y a él no le gustaba que nosotras anduviéramos por ahí... y no nos daba nada [para soportarle el maltrato o que se tomara atribuciones]... y ahora nunca [me ha ayudado con nada]**".

Ahora bien, con respecto a las expectativas frente al padre, Marina confiesa lo que le hubiera gustado: "Bueno, o sea, que estuviera allí con nosotros, que nos apoyara (...) y él no me apoyó... no me apoyó en nada... o sea, **él era una persona así como que nada lo mueve... a él nada lo mueve... O sea, a ti te puede pasar algo y él, ni se da cuenta... Yo lo veía que nosotros pasábamos necesidad y él vivía con otra persona, y esa persona le daba todo a él... o sea, que si comida, sus necesidades pues... y él así tranquilo (...) él comía (...) que yo me sentaba en un banquito y lo veía así... y a mí (...) me provocaba era como agarrarlo y... no sé, como agarrarlo y desaparecerlo... porque además ni me preguntaba, no preguntaba si comimos (...) a él nada lo mueve**". Nótese la percepción de egoísmo con respecto a la figura de su padre en frases como "nunca más nos dio nada", "no nos daba nada", "nada lo mueve" y

“nosotros pasábamos necesidad y él vivía con otra persona, y esa persona le daba todo a él... o sea, que si comida, sus necesidades”.

Y para cerrar refiere acerca de la figura sustituta de su padrastro, del cual afirma: “[En cambio] G., **mi padrastro, sí hizo las veces de papá, se sentaba con nostras, las más pequeñas y `Vengan acá, y miren, no se vistan así, o sea, equis’... Y no pasábamos más necesidades... Y mi mamá no vive en la casa con él, porque nunca lo vi a él en la casa... tienen veinte años [juntos] pero él allá y mi mamá aquí... o sea, porque ella nos protegió siempre [y decía] `Cuando mis niñas vayan creciendo, entonces si a ti te gusta una de mis niñas... no, no, no... porque yo he visto eso’**”. Resalta de este extracto la escisión de la actitud materna, que se ocupó de mantener frente a sus hijas la imagen de madre y vivir el resto de su vida de mujer fuera de la casa familiar (elemento relevante para la posterior interacción de pareja y sexual en la vida de Marina, como se verá en lo sucesivo).

○ *Imago y relación con la madre*

Con respecto a la percepción que tiene de su madre, Marina dice: “*Mi mamá nunca podía [estar], no podía estar porque se tuvo que ir a trabajar*”. Sin embargo, una comprensión genuina y piadosa por parte de Marina precede justificando la ausencia materna, y no duda en agregar de inmediato que: “*A mi mamá la veo como indefensa, porque a mi mamá su mamá no la crió... ella crió a sus hermanos... eran tres hermanos, se le murió uno cuando tenía 17 años... él tenía 17 y ella 19... a mi tío lo mataron... pero ella cuenta su historia y es triste pues... siempre en la calle, la familia de mi abuela los maltrataba, ella, las parejas de mi abuela, porque tuvo muchas, intentaron abusar de ella... se tuvo que ir, que si de casa en casa... fue una niña que dejó su casa... pero mi mamá nunca está molesta... siempre está como que, viene el enemigo, y si tiene sed, le da agua... o sea, nunca está brava... ella nunca tiene rencor con nadie [y nos dice:], `Ese es su papá, no sean así, porque todos somos hijos de Jehová’ [La madre representa para Marina un ejemplo de piedad cuya convicción es incommovible]. Y yo: `¿Mamá, cómo aguantas?’, [y ella responde:] `Yo no sé, será Dios que... [me ayuda]’... **Porque yo quisiera ser así, o sea, no tenerle odio a nadie** ... [yo le digo:] `Tú has pasado tantas cosas’... y ella: `¿Pero qué voy a hacer yo? Pobrecito... hay que orarle a Jehová por todo’... Y mi mamá es estudiante de la biblia, ella no pertenece [a la congregación*

de los testigos de Jehová]. *Y ella siempre está tranquila, normal... claro, ahora adelgazó una barbaridad, y eso me ha pegado también, ¡porque mi mamá estaba gordita!... y siempre alegre... Y [yo le digo:] ‘Mamá, usted no se pone vieja’, y ella siempre con su buen ánimo, con tantas cosas que le pasan, y todo el mundo conoce a mi mamá... y todo el mundo [le dice:] ‘¡R. [mi mamá], R., tan bella R.!... ¡Y ella ha criado a sus hijas sola! Y sus hijas le salieron buenas, porque cada una con su esposo... y nosotras no le conocimos novio, ni nada... [ella es] de su casa’... porque para tener un hombre así como mi papá ...’ Y siempre está activa, o sea ella tiene cualquier cosa y está activa, y viene para la casa [y me dice:] ‘¡Marina, el niño, los remedios, anda para el médico!, ¡Marina cuídate por favor!’ Y por ejemplo, con la infección y la crisis que me dio, la segunda, [que] fue peor, porque se me bajaron las defensas y el doctor me dijo: ‘Si te siguen bajando las defensas, te voy a hospitalizar, porque tú sabes que esto es un caso grave... entonces tú no te puedes dar el lujo de... [alterarme]’. Y yo claro, como que no entendía la cosa [la relación entre mi reacción emocional y mi estado de salud], y mi mamá fue la que me agarró y me dijo: ‘Cero estrés, quiero que seas feliz’.*

En definitivas, el discurso de Marina devela que la imagen que tiene de su madre es la de una mujer benevolente, optimista y servicial, que se mantiene incólume e íntegra pese a toda adversidad, y de la cual sólo cabría como reproche el pensar que quizá haya sido, durante mucho tiempo, demasiado permisiva e incondicional –como una auténtica madre– incluso frente al padre de sus hijos. Se trata de una madre hasta cierto punto idealizada, a la cual se intenta tener en todo momento como un modelo con el cual identificarse, a la que se le tolera y perdona que abandonara a sus hijos justificándolo en tanto era la única forma de seguir produciendo lo necesario para darles sustento material, pero que aún no pudiendo estar siempre presente, ofrece consuelo y es significada por la hija como un remanso al que volver ocasionalmente. Es obvio en este caso, que la imagen de madre percibida es la de una mítica Madre Tierra sufriente pero dadivosa y tolerante, una mujer-madre, que luego de mucho soportar, está siempre dispuesta a socorrer a sus hijos, y ofrecerles consuelo y abrigo, como una especie de Gea o Rea griegas, o de Pachamama incaica (Román, 2005; Winckler, 2008), a través de las cuales puede ser amplificadas las imago. Con base en ello es pertinente agregar que la función materna es portadora del Eros, el principio del amor, la intimidad y la relación

Sin embargo, es particularmente relevante observar que esta identificación demeteriana en la cual Marina percibe a su madre como un referente al cual alcanzar y procurar imitar, solo le permite ver de manera unilateral y exaltada los aspectos de generosidad y apacibilidad materna, haciéndola rechazar otros menos loables que también están presentes, y poniéndola en sintonía con la tolerancia que ésta tuvo durante mucho tiempo frente al abuso del padre. Esto, al aunarse con la devaluación de la figura paterna y el sufrimiento que produjo la pérdida de su imagen ideal, contribuye a configurar en Marina un funcionamiento que, como “hija de la madre”, deja caer en sombra aspectos relacionados con el principio masculino, con el consecuente riesgo de solo poder reintegrarlos a través del enfrentamiento con nuevas decepciones y experiencias de abuso en procura de lograr esclarecerles y recuperar en sí misma al padre ideal perdido (cosa que, como se verá más adelante, la propia Marina empieza a advertir en algún nivel en la actualidad).

○ *Imago y relación con hermanos y hermanas*

En el orden de la fratría, Marina es la tercera de siete hermanos (tiene dos hermanas mayores que ella y los otros cuatro, dos mujeres y dos varones, son menores). Dice: “*Tengo seis [hermanos]... en total somos siete, conmigo somos siete*”. Al hablar de su relación con ellos, de inmediato queda evidenciado el orden matriarcal dentro del ámbito parental, que permite imaginar un sistema concéntrico parecido al de las muñecas rusas: como la madre debía ausentarse para trabajar, la hermana mayor hizo el papel de madre para la segunda hermana y para Marina, en tanto que ella se asumió posteriormente como madre de los cuatro hermanos más pequeños. Con respecto a la mayor de todos los hermanos, dice: “*Bueno, (...) mi hermana mayor (...) ella ha sido la mamá de nosotros pues... mi mamá tuvo que salir a trabajar cuando éramos chiquitos y dejarnos, y mi hermana [mayor] bueno, como mi papá nunca nos dio nada, ella fue la que quedó encargada de nosotros... Entonces siempre es como que la protectora pues, ella nos quiere como que... sobreproteger... todo es la protección*”.

Sin embargo, en el feudo matriarcal instaurado, el discurso permite discernir que, en realidad, todas protegen a todas, y que los roles son intercambiables cuando se trata de dar apoyo, soporte, amparo, velar por el bienestar de otro, ofrecer consejo e incluso regañar:

“Después viene D., la segunda..., ella ha sido la más mimada de mi mamá, porque fue la más maltratada por mi papá... pero entonces ella ahorita (...) sufre de depresión... entonces es como que la más, tú sabes... [sensible, susceptible]... Entonces nosotras como que la regañamos mucho porque ella todo es ‘Ay, que me duele aquí, que me duele acá, que me duele allá’... y entonces, yo [le digo] como que ‘¡domina la mente!’, o sea... tiene dos hijas hermosas, pero ella no... ella vive con ese miedo porque, claro, fue una persona muy maltratada por mi papá... bueno, entonces ella quedó con ese trauma... o sea, ella, un niño lanza una piedra contra el techo y ella se asusta y ya va más allá, ‘que ese niño le va a hacer algo a mi hija’ o equis, qué sé yo”. Es interesante destacar de este fragmento la particular consideración empática del origen emocional en el malestar del otro, característica de la dominancia de lo arquetípicamente vulnerable y demeteriano en la personalidad de Marina.

Y finalmente reporta acerca de su posición específica frente a los cuatro hermanos menores que ella: *“La tercera soy yo... Yo soy la tercera... los más pequeños siempre han estado conmigo, que si ‘Vamos para Maracay’, yo me llevaba mis muchachitos, los dos míos [mis dos primeros hijos] y mis tres hermanos [menores, menos su hermano J.C.]... siempre conmigo, que si para Maracay, para la playa... para todos lados”.*

Pero es el siguiente fragmento el que resulta verdaderamente ilustrativo de la relación que sus hermanos menores tienen con ella, pues incluso su hermano J.C., quien no mantuvo con Marina la misma cercanía que los otros tres, tiene con ella un vínculo distintivo, tratándola literalmente de “madre” (posicionamiento que ella hace que se sostenga con su actitud). De esta relación, Marina dice: *“J.C. ya no [estaba siempre conmigo] porque ya cuando él tenía diecisiete años, ya tuvo pareja, y tuvo una niña con esa pareja que... [la niña], se murió a los ocho años, que nos afectó mucho porque esa niñita vivió siempre con nosotros [de esta niña también asumieron entre las hermanas una maternidad putativa]... le dio un paro respiratorio; [y] porque anda haciendo cosas malas también, robando, traficando también... o sea, (...) el vende droga pero no consume (...) pero entonces se puso a robar, hasta estuvo preso y todo, y está metido en drogas... está en droga, y está metido en cosas de... secuestro (...) Yo digo que agarró todo lo malo de mi papá lo agarró él... Hace meses, cuando un día lo vi armado por la calle ahí cerca de la casa, me dio una crisis, me puse mal, que me quedé paralizada y me dio una tembladera yo le dije: ‘J.C., ¿Qué es esto? No hagas eso’, y él me dijo: ‘No te metas*

Marina'... entonces yo me molesté, le di una cachetada... le di una cachetada, y él me dijo '¡Madre!', porque él me dice madre... mis hermanos [menores] todos me dicen 'madrecita'... Eso fue lo que más me dolió, porque él siempre estaba conmigo... los más pequeños siempre estaban conmigo". Es posible ver aquí cómo Marina no acepta la dirección que ha tomado su hermano J.C., pues de alguna forma alberga la secreta creencia de que si ese hermano hubiera permanecido "siempre con ella" como lo han hecho los otros, probablemente habría podido influenciarlo para distraerlo del mundo delincriminal. En un nivel profundo, las fallas en la conducta de J.C., su hermano menor-hijo, son percibidos por ella como fracasos propios del proceso de crianza de ella para con él (elemento culpógeno característicamente demeteriano). Y sin embargo, en ese mismo nivel profundo, cuando este hermano la llama "madre" después de recibir la bofetada (castigo, desaprobación) que ella le da, el propio aspecto culpógeno remueve en ella el principio arquetípico del amor incondicionalmente permisivo de la madre, que no refrena en nada al hijo poniéndole límites claros o que duda al ensayar hacerlo, lo que acarrea el consecuente daño para él en el nivel dinámico subyacente, al dejarle atrapado en medio de la confusión que produce la ambivalencia materna. Como sostiene Salomón (2005), para el hijo-amante y el hijo de la madre, la figura de esta es vivida como una entidad todopoderosa con la que está fusionado y sobre cuyo inconsciente ella ha erigido una colonización que reviste la personalidad filial. Al pasar a la fase evolutiva de hijo-héroe, el hijo-amante luchará por liberarse de esta madre omnipotente, sin lograrlo nunca del todo –y secretamente haciendo intentos periódicos de volver a ella en su forma simbólica de muerte–. Así, la vía de la criminalidad será entonces una forma de asesinar a la mujer que hay en sí mismo (Salomón, 2005), con toda la carga de significaciones que ésta tenga, tanto a nivel de la fusión amorosa como la de la asfixiante intrusividad alienadora. Esto constituye una primera evidencia de la proximidad de Marina con el arquetipo del puer y el hijo amante, además del vínculo de lo demeteriano con la figura del sociópata, que según Bolen (1984) constituye una unión típica.

6.2.2.2.- Infancia

El testimonio de Marina permite evidenciar una infancia signada por el dramatismo, la carencia afectiva y el abandono emocional, configurando en muchos sentidos un panorama general marcado por distintas formas de maltrato. Su relato supera muchas veces a la ficción al

competir con los pasajes míticos más elaborados, como lo demuestran los siguientes fragmentos de sus entrevistas:

“En la casa de mi mamá, él [mi papá] compró un comedor (...) un comedor grande, que tenía doce sillas... Y entonces, de lado a lado, él se ponía así como a la cabecera, mi mamá de este lado y la otra [mujer] del otro... ella con sus niñas, porque ella ya tenía dos niñas cuando conoció a mi papá... y [mi mamá con] nosotras tres de este lado... y él ponía de todo allí, era como que ‘Yo soy el rey’. Y eso no era normal... era anormal, yo decía ‘¿Cómo es esto?’... Pero entonces mi mamá decía: ‘Pero él me quiere es a mí... él me quiere más a mí que a ella’... Yo siempre me acuerdo que mi mamá [decía eso]... y yo: ‘Mamá, ¿pero qué es esto? Eso es una loquera’... Yo tendría como cinco años, pero yo me acuerdo clarito (...) y mi mamá se entraba a golpes con ella, o sea ella le daba golpes [risas]... que yo [ahora] digo ‘Dios mío, ¿pero qué locura era esa?’”.

Y continúa diciendo:

*“Pero a los doce años, cuando él [mi papá] me golpea, que me agarró por aquí [por el cuello], me levantó, que eso me batuqueó, eso me dio como que si estaba peleando con un hombre, eso fue hasta ahí... porque él tiene mala bebida... entonces llegaba a la casa [y aunque no vivía con nosotros] **nos paraba firme, nos decía groserías, tumbaba la puerta, eso era todos los días...** entonces me golpeó a mí, después se movió un vecino, mi mamá salió a auxiliar (...) mi hermana también salió, como él agarró a mi mamá a patadas, **que fue cuando yo veo que él agarró a mi mamá a patadas, a mi hermana le lanzó un hacha, que si mi hermana no se aparta le da con el hacha... abrió la mesa de comedor y todo (...)** Yo tenía doce cuando él me agarró y me levantó (...) eso fue hasta ahí... porque él me pegó, pero cuando nosotros vemos que mi mamá se defiende, porque después de tantos años fue en ese momento que se defendió, ella lo agarra, lo baja así por la camisa y le da cachetadas pero... que eso sonaba durísimo... ella se rompió la mano, yo no sé con qué fue que se rompió la mano, creo que fue con la mesa... cuando vemos que mi mamá tiene sangre, yo pensé: ‘Nada, la rompió’, **y allí nos le fuimos encima todos los que estábamos ahí: mi hermana mayor, mi cuñado porque mi hermana ya tenía pareja, ella a los quince años salió embarazada... pero eso fue horrible, yo corté a mi papá con un cuchillo, le dimos unos palazos... eso fue feo... ¡Y hasta ahí!... Entonces él decía: ‘¡Mis hijos me van a matar!’... Y yo le digo: ‘¡Ah, ya no estás borracho!’... Ahí comencé yo a determinarme y al que me llegue y me pegue, yo le voy a dar...** entonces temíamos de eso, ese miedo [de*

que mi papá llegara y nos maltratara]... *pero después de eso, al día siguiente, él fue para el liceo ¡y entonces todas estaban con él!... Y él ahí, parado esperándome, con su biblia debajo del brazo [porque es cristiano evangélico]... o sea, me da rabia porque mi mamá lo odia... pero mi mamá normal, mi hermana mayor que es más: 'Porque ese es mi papá y no sé qué'. Pero yo le digo: 'Sí, pero fue malo...'. ¡A él nada lo mueve, mira, a él no lo mueve nada!... Él es claridad pa' la calle y oscuridad pa' la casa... o sea, con nosotros, nada que ver... pero tú lo ves con otras personas, y tú dices... criando otros niños que no son de él... ¿cuándo?... y eso les da de todo... **Claro, los niños no tienen culpa** [Nótese esta justificación demeteriana, y compáresele con la que podría tener una mujer dominada por la figura arquetípica de Hera, por ejemplo]... *pero es eso pues, lo malo y lo dedicado que no fue con nosotros... que nos puede pasar cualquier cosa y él 'Ay sí...', y hasta ahí*".*

Muy especialmente, cabe destacar que este último extracto no tiene nada que envidiarle a la rebelión de los dioses olímpicos al derrocar el imperio de su nefando padre Crono, pero al igual que ocurre con la psicología de Deméter y sus hermanas en el mito, el daño objetal ocasionado por el padre devorador que aniquila las posibilidades de crecimiento y desarrollo creativo (sanos) en los hijos, ya estaba consolidado en Marina para ese momento. La dificultad para reparar la imago de padre –y la introyección de masculinidad como algo negativo en general– es en Marina algo que, como se verá, se extiende como telón de fondo de su drama vital, tiñendo incluso, como se verá más adelante– su concepción acerca de la actitud de padre de Dios (cuya forma de hacer justicia es vista por Marina como esencialmente punitiva e inequitativa).

Es además conmovedora la resignificación que retrospectivamente (*après-coup*), y con la más absoluta entereza, hace Marina acerca de la situación de abandono que atravesó siendo niña: “*Cuando [yo] tenía siete [años], él [mi papá] cosía zapatos y él me ponía a coser los zapatos, que yo decía 'Ay, mi papá me está dando [dinero]'... ¡Y no!... ¡Yo me ganaba mi dinero!... y ahorita es que yo me doy cuenta que yo era la que me ganaba mi dinero... porque como yo aprendí a coser los zapatos, y éramos dos, o sea, por parte de papá, un varón y yo... cosíamos los zapatos más rápido, perfecto, o sea, éramos los que teníamos más habilidad... entonces él nos ponía 'Mira, sácame cincuenta, sácame tantos...'.* **Y yo emocionada: 'Mi papá me está dando plata'... ¡No... Yo me ganaba mi dinero!... Tenía siete años. O sea, nunca me dio nada, yo era la que me lo ganaba... Si yo quería como**

ponerme unas cholas de dedito, de esas de goma espuma, porque siempre eran que si las petroleras y eso [tenía que ganarme el dinero para comprármelas]... y yo ahora digo 'Yo me compré mis cholas, yo me las compré, no fue que él me las dio'... Y después cuando se cayó ese teatro, yo decía: '¡Ajá, pero él no me dio nada!'". Y agrega: "Mi papá nos ponía... que 'Cero amistad', que 'A las seis de la tarde esa puerta tiene que estar cerrada'... 'Aquí no va a venir que si el vecino... ¡nada, nada de eso!', 'Ustedes no van a coger camino'... Entonces éramos unos niños que... ¡puro trabajar!... Buscar el gas, buscar el agua, puro hacer oficios... más nada... O sea, yo no recuerdo que él me haya llevado a un parque, a una playa, ¡nada de eso, nada!'".

El intento compensatorio, como un efecto emergente de todo lo anterior, y la decepción resultante de ello, son invocados por el propio testimonio de Marina cuando se le escucha decir: *"Mira, yo quería a mi papá, yo quería el cariño de mi papá... y mi mamá nunca podía [estar], no podía estar porque se tuvo que ir a trabajar... entonces tú como que buscas cariño en otro sitio, pero no... eso no te llena... y era eso, eso era lo que yo quería... entonces es buscar en uno que te... te equivocaste"* [se refiere a su única pareja, el padre de sus hijos, que terminó infectándola con VIH]. Es a partir de esta decepción que puede encontrarse en Marina un punto de enlace de lo arquetípico demeteriano constelado a través de su propio complejo psíquico personal (sus series complementarias), que la inclinan a olvidarse de las otras facetas de su feminidad y a refugiarse de manera segura en una maternidad sobredimensionada –hipertrofia de lo maternal–, como se verá en lo sucesivo.

6.2.2.3.- Ámbito laboral e intereses intelectuales

o Ámbito laboral

Cuando se le pregunta con respecto a qué se dedica, Marina se limita a expresar: *"Bueno, ahora al hogar... a cuidar a mi bebé... tengo un niño de 7 años con parálisis cerebral, cumplió siete el catorce once [14 de noviembre]... Anteriormente limpiaba casas por día... pero ahora cuido al niño, a mi bebé... Lo sigo llamando bebé porque él para nosotros es un bebé, siempre va a ser como un bebé"*.

Pero es interesante el reconocimiento que hace cuando mira hacia atrás y recuerda el momento en que, contando con el diagnóstico de VIH y teniendo ya a su hijo menor con parálisis cerebral, al no tener trabajo, se ofreció para cuidar a su abuela. Al respecto relata: *“Bueno, yo decía: `si me voy para la casa [de mi mamá], bueno, ayudo a mi mamá con mi abuela, pero no es un trabajo en sí’ ... porque yo decía que eso no era un trabajo, pero eso sí que es un trabajo, un trabajón, sólo que es un trabajo sin sueldo... ¿estás trabajando sin que te paguen!”*.

Así, se observa como de manera tardía Marina repara en el peso que la actividad de cuidar a otro puede significar, en tanto no se limita a una simple “ayuda” dadivosa, una confusión que puede durante mucho tiempo enturbiar la percepción de una personalidad demeteriana como la suya, la cual –al concebirse y tratarse inconscientemente como un pecho nutricio inagotable que todo lo da– influye en el no reconocimiento de sus límites o la contribución que voluntariamente pueda estar haciendo a su propia sobrecarga o agotamiento en medio de dicha actividad.

○ *Intereses intelectuales*

Aunque no reporta mayores inquietudes en este ámbito, la ejecución de Marina en el campo 6 del test de Wartegg (ver Anexo 5), junto con algunos fragmentos de su discurso, permiten establecer algunas deducciones. Así, siguiendo a Muñoz (s.f.) y Vallester (2004), en el campo 6 de su test de Wartegg, se observa primeramente que Marina reúne en un mismo dibujo ambos estímulos, lo que permite asignarle un estilo de razonamiento sintético. Al ejecutarlo de manera diferida (elige el campo en sexto lugar de ejecución), es posible afirmar que existe en ella cierto sentimiento de inferioridad en cuanto a sus propias capacidades intelectuales o una percepción de limitaciones y dificultad para entrar en contacto con la realidad, en el sentido de controlar la intervención de la fantasía, la cual termina por imponerse o invadir el dominio intelectual y consciente del Yo. Esta perturbación –invasión de la fantasía en el pensamiento lógico–, puede ser indicativa de una necesidad no satisfecha que interfiere su contacto con la realidad (Vallester, 2004).

El dibujo resultante es un cartel o tablero en el cual se lee *“El nuevo mundo”*. A este dibujo lo titula *“Crear en lo que Jehová me promete”*. La relación de este campo con el área de

sus intereses (o del anclaje cognitivo que representa en el nivel de las creencias) se hace transparente cuando se le compara con el verbatim que encontramos en sus entrevistas, en el cual la escuchamos sostener que su único aliciente ha sido: “*Conocer a Jehová, conocer la palabra*”. Pero no demora en manifestar una ambivalencia imbuida de fantasías persecutorias con respecto a su creencia y fe religiosa, cuando afirma: “*En ese entonces [para el momento en que le diagnosticaron la infección por VIH] yo aún no conocía a Jehová, y digo yo que Dios me castigó... eso [la infección y la posibilidad de que sus dos últimos hijos nacieran infectados] fue un castigo para mí que me mandó Jehová*”. Como se ha dicho al hablar acerca de la infancia de Marina, la imago de padre ha teñido en ella todo su drama vital, a lo cual no ha escapado su concepción acerca de la Divinidad, que es vista como un Padre punitivo, injusto e inequitativo, pero frente a cuya arbitrariedad y capricho no queda más que responder con la misma resignación con que lo hizo durante mucho tiempo con todas las figuras masculinas de su vida a partir de la figura paterna, aunque secretamente guardara hacia ellas un profundo reconcomio. Recuérdese cuando ha dicho: “*Y allí nos le fuimos encima todos los que estábamos ahí (...) Entonces él [mi papá] decía: ‘¡Mis hijos me van a matar!’ ... Y yo le digo: ‘¡Ah, ya no estás borracho!’ ... Ahí comencé yo a determinarme y al que me llegue y me pegue, yo le voy a dar (...) pero después de eso, al día siguiente, él fue para el liceo ¡y entonces todas estaban con él!... Y él ahí, parado esperándome, con su biblia debajo del brazo [porque es cristiano evangélico]*”.

Desde el punto de vista hermenéutico resalta el hecho de que Marina asigna al campo 6 del Wartegg una imago paterna (en el sentido de un intento por recuperar la imagen del padre ideal), mientras que al campo 8 lo relaciona inconscientemente con la imago materna (en el sentido de apoyo y refugio que, en muchos sentidos, se convierte también en una limitante en su caso como se verá al hablar de la fuerza de los elementos normativos del yo).

6.2.2.4.- Relaciones de pareja y sexualidad

- *Imago y relaciones de pareja*

Marina ha tenido una única relación de pareja en toda su vida, con Y., el padre de sus hijos, al que conoció cuando contaba con 17 años y con el que se estableció en concubinato de

hecho cuando tenía 20. Sin embargo, contabiliza todo el tiempo de relación –incluido el noviazgo– como de convivencia y afirma que estuvo a su lado durante casi 12 años (momento para el cual él fallece). Cuando se le pregunta acerca de cómo prefiere referirse a este hombre – si como su pareja, su esposo o el padre de sus hijos–, no tiene reparos en decir que: *“El padre mis hijos... él es el padre de mis hijos y nada más”*. Acerca de cómo se conocieron, relata: *“Yo lo conocí cuando yo tenía diecisiete, y él tenía quince (...) Yo lo conocí por mi casa. Él era de Caracas, y vivió en Zaraza un tiempo, en Guárico... luego regresó a vivir a Caracas (...) Él bajaba y subía y yo me encapriché... ‘Está chévere, está chévere el muchachito, equis’... Porque de verdad que hasta entonces yo no sentía nada así por nadie... o sea que por lo menos a algunas le gusta ver a los muchachos [y dicen:] ‘Ay, que él si está bello’... No. Yo lo veía, me parecía bonito, pero hasta ahí... pero yo no había sentido nada por nadie así... porque yo tenía admiradores, bueno pues... y yo no... A mí me decían que si yo era gay: ‘Marina, ¿será que a ti te gustan las mujeres?’... Y yo ‘Nooo... ¡pero es que si no me gusta, no me gusta! ¡No voy a hacer algo obligada, no puedo!... Cuando me guste alguien, bueno...’”*. Se observa entonces que desde joven Marina reporta haber tenido algún tipo de inhibición para la aproximación sexual.

El inicio de la relación con el padre de sus hijos es descrito como un idilio breve, interferido por la maternidad, con lo cual sugiere que al convertirse en madre quedó desplazada como mujer ante sus ojos: *“Al principio estábamos muy enamorados, comíamos del mismo plato y todo, pero claro... ¡quedé embarazada!... y las noviecitas [que él tenía por fuera de la relación], la peleadera... empecé a amargarme, ya no le creía nada... eso sí, él nunca me llegó a golpear... yo era la que lo entraba a golpes a él”*.

La relación comenzó a moverse entonces en medio de una dinámica ambivalente que, sin embargo, según se entreoye en el discurso de Marina, ya tenía ese curso desde temprano: *“El trataba de ser cariñoso, me quería complacer en todo, pero yo no quería nada de él... él me decía para salir, para ir al cine o irnos los dos solos a la playa, y yo le decía que no, que me quería quedar tranquila en la casa descansando... además teníamos a los niños y había que cuidarlos (...) me decía: ‘Mira Marina, vámonos a la playa tú y yo... Ya llevamos a los niños que si al Mc Donalds, que si al parque... vámonos mañana nosotros’... [y yo le respondía:] ‘No, porque yo no voy a dejar los niños... si voy para la playa, yo tengo que*

llevarlos'... Me volví egoísta conmigo misma, no le dediqué tiempo a la pareja (...) ¿A lo mejor yo fui culpable por eso?... No lo sé... pero a mí se me iba todo el día limpiando, cocinando, haciendo oficio. Pero a lo mejor fui culpable por no atenderlo”.

Este último fragmento permite evidenciar que la escisión entre maternidad y el resto de la feminidad es un producto discursivo introducido en la relación por la propia Marina. Asimismo, expone las razones por las que nunca pretendió formalizar el vínculo de manera legal (entre las que menciona la inestabilidad emocional y material al lado del padre de sus hijos, elementos que lo aproximan a la figura del *puer*):

*“No, con Y. [el papá de mis hijos] yo nunca me casé... No, porque yo le decía: ‘¿Pero es que para qué yo me voy a casar contigo? Si a lo mejor nosotros nos vamos a dejar o equis, o a lo mejor tú te vas, porque como tú eres tan inestable y hoy estás chévere un mes, y después el otro mes vienes y entonces estás con otra, y otra y otra... que yo no sé qué clase de amor tú dices que tienes hacia mi persona’... una persona que ama no ve a otra, y otra, y otra y otra... no... ¿qué es eso? (...) [Pero además, aunque] **materialmente sí hacía aportes**, porque él ponía todo, del mercado pa’allá (...) compraba todo, todo (...) **pero para tomar decisiones no** [era así] (...) que si [para] la escuela, el hospital, eso no (...) [Además] **yo no quise irme a vivir donde estaba su mamá...** [Yo le decía:] ‘**El día que tú me compres mi casa, si tú me vas a hacer algo allí en ese patio, porque tu mamá tiene terreno, yo me voy...**’. Okey. ¡**Me engañó!** [porque nunca lo hizo así]... O sea, [él me decía:] ‘**No, yo me voy el fin de semana, compré bloque, yo compré esto, ya compré aquello**’. Ah, okey, y una emocionada porque él me iba a poner mi casa ahí, y yo vivía alquilada cerca de mi mamá (...) **pero todo era mentira, era un engaño, no había hecho nada de lo que me decía**”.*

Es especialmente relevante que Marina describa la sensación subjetiva que tenía dentro de la pareja como la de tener otro hijo (algo que, como se verá en la sección del análisis de resultados referida al cuidado para su caso, es de una profunda significación): “*Para mí [en el tiempo de relación] era casi que como tener otro hijo... y mi hija me dice. ‘Mamá, pero es verdad, parecía tu hijo, porque tú hasta le pegabas’ (...)* Tú pegabas cuatro gritos y él ¡ya Marina, por favor!’... y entonces él se aferraba a los niños y [les decía]: ‘**¡Ya, que mamá está molesta!**’”. Así, según describe, era recurrente el que, ante él, ella adoptara el semblante de una

mítica Erinia –en el sentido de madre regañona otorgado por Kerényi (1997)–, y que él reaccionara intentando esconderse de ella, como si le tuviera el mismo temor reverencial de un niño frente a la furia de la madre terrible. En este mismo sentido, sostiene que siempre fue ella la que imponía la disciplina (aun estando acompañada), y la que lo continúa haciendo desde que quedó sola.

De la época en que el padre de sus hijos aún vivía, dice: *“Él me decía ‘Porque tú eres mi amiga, eres mi mamá’, todo era ‘Marina, ¿qué hago?’... e incluso antes, para atender a los niños ‘¿Qué hago?’... Y yo [le decía:] ‘¿Cómo me vas a preguntar a mí? Atiéndelos tú, porque tú eres su papá, pareces un niño’... ‘Pero es que tú eres la que resuelves, tú eres la mamá de todos’ me decía, y se reía... Para tomar decisiones: ‘Vamos a hacer esto... Marina, ¿qué te parece si yo dejo este trabajo y agarro este? En este me van a pagar tanto, pero entonces en este tengo esto... o sea, ¿qué hago?’... Y yo digo: ‘¡Ay, no sé... toma tus decisiones tu solo! ¿Me vas a preguntar a mí?’”*. Apartando la postura asumida por el propio padre de sus hijos, nótese como Marina no interpreta el ser interpelada como una forma paritaria de tomarla en consideración para las decisiones conjuntas en el seno de la pareja, sino como una solicitud de permiso o autorización materna a la que él se veía impulsado por su inseguridad. En este sentido, este hombre no cubría la expectativa de protección paterna de la que Marina se encuentra tan carente desde muy temprano en su vida, pues, para empezar, nunca estuvo imbuido de madurez patriarcal a sus ojos. Simplemente configuraba una nueva decepción que en un nivel profundo constituía un catalizador del principio masculino en sombra, obligándola a recoger la proyección que, a través de su expectativa, había depositado en él para recuperar al padre ideal perdido.

Sin embargo, es también necesario decir que la propia actitud maternal de Marina para con él se sincronizaba con la postura de *puer aeternus* que hasta cierto punto exhibía el padre de sus hijos, pues era reticente a ocupar frente a este hombre el lugar de la Hetaira o compañera encarnada por Afrodita. Al contrario, teniendo frente a él la expectativa de verle únicamente como un padre ideal en el sentido de protector de sus hijos y de ella misma, y no verse satisfecha en esta aspiración, se mantenía a distancia y se limitaba a atenderlo a veces, pero sin acompañarlo (en una alianza secreta con su madre, para con quien su padre ofrecía tan solo una

posición residual de servidumbre, en tanto la verdadera mujer era una “otra”). Todos estos aspectos se pueden esclarecer a partir del siguiente fragmento, en el cual Marina dice:

*“Mi sobrina me dice: ‘¡Fíjate qué diferencia tía! Ella [mi mamá] es la que está obsesionada con él [mi papá]... En cambio, cuando mi tío, la que no le parabas eras tú’... Y yo le digo: ‘Porque yo a tu tío no lo quería... yo quería que se fuera’. **Él era el que me sentaba para que habláramos y yo le decía: ‘¡Vete de aquí, vete con tus mujeres y ya... déjame tranquila!’.** Porque eso era lo que me molestaba, o sea, cuando él llegaba, él silbaba y yo ‘¡Ay Dios mío!’... me aturdía. Entonces yo trataba de hacerle [de servirle] y él me decía ‘Pero siéntate ahí, yo me sirvo mi arepa, o la comida’, porque ya estaba lista, ‘Pero siéntate ahí porque yo quiero que tú me escuches’... **Y eso a mí me daba fastidio... en cambio otras lo anhelan: que las llamen por teléfono, ‘¿Ya desayunaste, ya almorzaste?’**, hasta para eso, **¡tres veces al día... a cada rato me llamaba!** (...) ¡Y era un fastidio! **Entonces hay quien te dice que siempre quiso tener eso... Pero a mí como que no me importaba pues... y yo me imagino que debe ser eso: no se iba porque como yo no le hacía caso, estaba ahí como obsesionado”.***

De ello se puede interpretar que, persiguiendo satisfacer el anhelo persefónico de un padre protector para posicionarse como “hija” en el nivel simbólico, por compensación —e incluso con el ímpetu de una formación reactiva—, Marina no hacía más que adoptar la postura demeteriana de la madre, al verse frustrada e insatisfecha con respecto a lo que perseguía en origen. Es decir, la insatisfacción como hija constela el complemento compensatorio de la madre (siendo la insatisfacción fuente de mucha destructividad de parte de ella dentro del vínculo de pareja, lo cual se retomará al hablar del cuidado del padre de sus hijos).

Cuando se le pregunta que si las cosas hubieran sido diferentes si el padre de sus hijos no hubiera sido tan infiel, si hubiera estado más dedicado al vínculo con exclusividad y si no la hubiera infectado con VIH, responde: *“Bueno, yo creo que... a lo mejor ahorita... que sí... o sea, que si no hubiera sido tan infiel, y si no me hubiera dado esto [VIH], las cosas serían diferentes, yo habría sido diferente”.* Sin embargo, cabría la reflexión de hasta qué punto su posicionamiento como madre y el déficit como compañera sexual no hacía más que inducir la conducta del padre de sus hijos y acrecentar la brecha en el vínculo de pareja (distinto al de madre e hijo simbólicos). Este es un aspecto importante a considerar pues, como se verá en el

siguiente subcategoría, la hipertrofia de lo materno y su inherente tendencia a convertirse en madre de su compañero, junto con la inhibición del interés sexual, pudieron haber configurado el vínculo desde un principio.

○ *Sexualidad*

Marina es ejemplo de la hipotrofia del Eros genitalizado que suele encontrarse en una mujer con hipertrofia de lo maternal (o, dicho de otra forma, la exacerbación de lo demeteriano en desmedro de lo afrodisíaco). En ella la función sexual ha estado profundamente inhibida, tal y como lo reflejan el primer fragmento de su testimonio a este respecto:

“Yo veo otros hogares así, que los hijos son abiertos, pero a uno le da hasta pena [a la fecha actual] hablar de sexualidad con mi mamá... que ya [no debería ser], o sea, porque eso es algo normal... pero para mí, yo digo que eso era algo como demasiado serio, y no sé, eso es de una misma, y me daba pena... o sea, para las demás es normal, pero para mí no”.

A lo cual agrega:

*“A los 18 [tuve mi primera relación sexual]... Pero no... es como que todo era así... **incluso cuando la primera vez, eso fue para mí como (...) traumático:** ‘Porque así no, ya va, este no, que no me vea, que no vea sin ropa’, cosas así... **Me daba vergüenza, o sea, como un trauma... una cosa como que de otro mundo...** Y ahorita digo, ¡pero sí eso es normal! ¡Ahorita, con mis treinta y cuatro años es que yo digo que eso es normal! ¡Que eso no es algo anormal!... [Pero] Yo, con Y. [el papá de mis hijos], **¡¿darme un beso en medio de la calle?! ¡No!...** ¡Pero tú eres mi mujer! [me decía él], pero yo **¡No, pero eso es feo... no me gusta! O ¿agarrarlo de la mano? Eso era algo que nada que ver...** Yo nunca vi a mis padres haciéndose un gesto de afecto, nada... Claro, a uno le hablan en el liceo, pero eso no es como que uno lo vea”.*

Así, como cabe esperar, en su encuentro con la sexualidad y el erotismo, los hijos le han servido como pretexto para mantenerla en ese estado de inhibición:

¡Cuando yo iba a estar con Y. eso era: cuidado, los niños, ya va, espérate!... ¡Eso era... no, no, no... eso era un trauma! Entonces yo no disfruté mi momento... yo digo que yo no

disfruté eso... todo era como que con miedo: `¡Rápido, apúrate!´... Él me decía: `¡Pero si tú eres mi mujer!´... Y mi cuñada me decía `Marina, ¿tú eras así? ¡Qué mujer tan aburrida?´... `¡Ajá, pero si así soy... yo no tengo culpa!´... Ella me decía: ¡Marina, qué aburrimiento, eres aburrida!... ¡Tú no disfrutaste tu sexualidad!... Y ahora me veo y digo ¡Versia, es verdad... porque yo no recuerdo un momento que yo disfrutara de eso! O sea, todo era: `¡Corre, ya va, los niños!´... O sea, yo me aferré tanto a los niños... que es como que era egoísta... que estaban los niños ahí y Y. [el papá de mis hijos] me decía: `Mira Marina, vámonos a la playa tú y yo... Ya llevamos a los niños que si al Mc Donalds, que si al parque... vámonos mañana nosotros´... `No, porque yo no voy a dejar los niños... si voy para la playa, yo tengo que llevarlos´... Me volví egoísta conmigo misma, no le dediqué tiempo a la pareja... Y él me decía `¿Pero por qué, si ya los llevamos?... Yo quiero estar un momento contigo, solos´... Claro, porque siempre íbamos a salir, que si vamos a comprar cualquier cosa (...) pero eso era hasta ahí”.

De todo lo anterior cabe ensayar un ajuste de la conocida interpretación freudiana acerca de cómo la mujer que es convertida en madre deja de ser vista como objeto de amor sexual al actualizar en el nivel simbólico la prohibición de incesto (Freud, 1910/1986). Así, el desinterés sexual de Marina y la utilización de su preocupación constante por los niños como un obstáculo o excusa permanente para impedir el encuentro sexual, servía para activar una actualización de frustraciones edípicas en el padre de sus hijos –al que ella veía como eso y no como pareja–, en tanto la mujer-compañera aparecía a los ojos de la pareja como la inalcanzable mujer-madre y, por tanto, como vetada o prohibida para el comercio carnal, haciéndole desistir de seguirlo intentando al mostrarse ella como recurrentemente inaccesible para tal fin.

Ahora bien, hace unos meses a Marina empezó a pretenderla –por primera vez desde la muerte del padre de sus hijos– otro hombre. Se trata de un hermano de la congregación de los testigos de Jehová que Marina frecuenta, el cual conoce su condición de salud y le ha expresado que la acepta con ella. Esto ha hecho surgir en Marina una incipiente inquietud, quien no esperaba captar el interés emocional y sexual de un nuevo compañero, y le ha producido un gran desconcierto y conmoción interior al observar que en ella también ha empezado a movilizarse cierto nivel de emoción ante esta demanda sentimental, pero del que se defiende al no quererle permitir darle cabida, lo cual la lleva a resolver: “Yo hasta ahora he llevado esto [la

infección por VIH] **como algo que es mío, mío, sólo mío y soy yo sola la que se tiene que hacer cargo de esto.** (...) *Eso lo estaba comentando yo con su mamá [de mi pretendiente], porque su mamá es muy amiga mía... me dice: 'Marina, lo que pasa es que tanto él tiene miedo, como tú, pero tú eres la que pusiste esa barrera' ... y yo 'Sí' ... [Y ella me dice:] '¿Pero esa barrera por qué hija?' ... Porque cuando yo quiero a alguien yo no le quiero hacer daño, y es como que yo a él le voy a hacer daño... entonces cuando él comienza a dar los pasos, yo le pongo la barrera... entonces yo no dejo que nadie entre allí... o sea: el problema soy yo. ¡Yo no dejo!... Pero ahorita... eso ha crecido... el sentimiento... Pero a la vez es como que no quiero, no quiero y no quiero... entonces ¿ajá?, me estoy haciendo daño... Exacto, porque yo lo veo, pero enseguida es como que echó para atrás... y es por el tema de la infección por VIH".*

Sin conocer los antecedentes de su caso, podría aceptarse como única motivación válida para su inhibición sexual la infección aducida por Marina. No obstante es necesario destacar que, como se ha visto arriba, el reconocimiento por su parte acerca de la inhibición sexual o hipotrofia del Eros genitalizado estuvo presente desde mucho antes de adquirir dicha infección (además del deterioro y devaluación que en su historia de vida ha tenido la figura masculina, la cual le ha demostrado no ser digna de confianza y ha servido de refuerzo al retraimiento que la ha caracterizado en este ámbito).

6.2.2.5.- Relación general con otras mujeres

Marina se encuentra casi exclusivamente inmersa en el ambiente parental y hogareño, así que vale aquí retomar lo que se dijo con respecto a su relación e intercambio con su madre, sus hermanas y su hija. Sin embargo, en las entrevistas hace mención de dos eventos interesantes, en tanto ilustran dos posturas característicamente relacionadas a lo demeteriano y eleusino (que incluye en Deméter algunos aspectos de Perséfone, como si fueran “una y la misma”). El primero de estos eventos es el referido a su sacrificado ofrecimiento frente a una vecina, que la vuelve a colocar en posición de *mater dolorosa* (madre doliente): “*Podía lavarle la ropa a la otra [vecina] que estaba en el apuro, 'Sube la ropa para yo lavártela' ... y pasaba todo el día en eso (...) le lavé la ropa a mano, porque la lavadora se [le] dañó... y lavé catorce lavadoras a mano*”.

El segundo evento es el que refiere a la afectación profunda que le produjo conocer la muerte de la madrastra del padre de sus hijos, de la cual dice:

*“Tuve que viajar a Yaracuy hace quince días... porque P., la esposa de M., el papá de Y. [el padre de mis hijos], se fue a morir para allá... me dicen eso (...) todavía estoy impactada, ella se fue a morir para allá... **No me quiso decir que le dijeron que tenía cáncer porque como ella me quería tanto** [decía], **‘Marina está enferma, no me le digan nada a Marina’**... Cuando me enteré, **‘Marina, P. murió’**... **No pude despedirme de ella... incluso yo fui en septiembre, hablé con ella, me dijo ‘Marina, tengo planes de mudarme’, porque mi suegro dejó varias hijas, una de 15, una 14, una de 11... pero ellas son mayores... o sea, se muere mi suegro, se muere Y., que ellos eran los que les daban para las niñas... y ella queda desamparada como yo estoy quedando, pero ella tiene sus hijas mayores... entonces quedan así como que ‘¿Marina, qué hacemos?’ (...)** **‘¿Porque tú eras como la hija mayor de P.!’**”.*

Adviértase del fragmento anterior la proyección especular en cuanto al ánimo protector materno de una con respecto a la otra entre Marina y P. (de lo cual participan de manera activa las otras mujeres implicadas en medio de una situación que convoca el vínculo y la afectividad como elementos primordiales del intercambio femenino y matriarcal).

6.2.2.6.- Relación general con hombres

La relación general de Marina con otros hombres, al menos en los fragmentos en que es posible hacer alguna observación al respecto, se mueven entre la imagen piadosa del reconocimiento desvalido de los varones con los que ha entrado en contacto, junto con el intento de hallar en ellos la figura del protector idealizado que se perdió con la decepción sufrida frente a la figura del padre real (es decir, el intento por recuperar al padre amado y amante, que en ella constela a Perséfone compensada por su actitud demeteriana). Un ejemplo de la primera referencia, se encuentra en la percepción de uno de sus cuñados con el cual se relacionó desde niña y por el cual se siente agradecida pero también conmovida debido a la historia de vida que relata debió atravesar:

“[Jugábamos] *juegos de varón* (...) *era con mi cuñado, el esposo de mi hermana la mayor... que él era un muchachito, él se alejó de su mamá... Ellos eran novios, pero unos novios así como... que yo nunca vi a mi hermana dándole un beso a él tampoco ni nada...* (...) *y mi mamá siempre encima* (...) *Ella [mi hermana] como quien dice, metió la pata, y él [mi cuñado] le hizo su casita... pero él fue como un papá para nosotros... pero él murió, le dio un ACV... porque él también fue un niño que su mamá lo abandonó, pero a pesar de tantas cosas, que sus tíos le hacían maldad, él era un muchacho sano... ¡Él se entregó a mi hermana, a sus dos hijos, él les daba sus cosas!... También agarró la responsabilidad de nosotros, porque éramos pequeños... él hacía mercado y nosotros como que anhelábamos que él llegara... ¡Vamos a hacer comida!... cocinaba, nos cuidaba... ¡Yo dormía con él... y yo no puedo decir que alguna vez me haya faltado el respeto... y yo ya era una muchacha... ¡Y mira cómo lo criaron! Sin mamá, con unos tíos que eran drogadictos, malandros... y él ¡mira... resultó que el que quiere perderse es porque quiere!* (...) *Él nos ponía el arito, ¡Vamos a jugar basket, vamos a comer... vamos a cargar el agua!’, y él iba con nosotros y la cargábamos... ¡Vamos a lavar la ropa!’ ‘Y esto se cocina así, y es todo limpiecito’”.*

Resulta interesante del fragmento anterior destacar la tierna piedad que Marina deja recaer sobre la imagen de este cuñado en razón de la identificación proyectiva con respecto al sufrimiento infantil por el que supuestamente tuvo él que atravesar, así como la forma en la que resalta su carácter paternal y la relación que, originalmente, percibía como “asexuada” con respecto a su hermana y a ella misma (en tanto este hombre es visto por ella a ratos como un niño desvalido y a ratos como un padre protector liberado de su condición de varón como compañero sexual).

Una segunda referencia es con respecto al que fuera su suegro, el abuelo de sus hijos: “*M. [el abuelo de mis hijos, mi suegro] para mí era, bueno, yo no sé... yo digo que yo quería más al papá que al hijo* (...) *Entonces, yo me pegué más con ellos dos [él y su esposa]. [Cuando me diagnosticaron con VIH él] vino hasta acá hasta la casa, y me dice: ‘Niña, porque él me decía niña... Niña, ¿qué pasó?... ¿mi hijo te hizo algo, eso fue mi hijo qué te hizo algo?’... [Y yo le dije:] ‘Él es la única pareja que yo he tenido en mi vida, la última, o sea, yo no he tenido más hombre en mi vida, señor M.’... Y él llorando, duró una semana sin*

comer... mal porque él pensaba era en mí... porque él decía: 'Bueno, porque él [su hijo] se lo buscó, pero ella [Marina] no'.

Y finalmente, el ya antes mencionado caso de su “padrastro”, el cual, a pesar de este supuesto nexo de parentalidad, jamás llegó a compartir convivencia ni con ella ni con ninguno de sus hermanos (por lo que se le puede considerar un vínculo masculino general adicional aunque ella signifique en él, una vez más, un aspecto de cálida protección paterna): “[En cambio] G., **mi padrastro, sí hizo las veces de papá**, se sentaba con nostras, las más pequeñas y ‘Vengan acá, y miren, no se vistan así, o sea, equis’... Y no pasábamos más necesidades... Y mi mamá no vive en la casa con él, porque nunca lo vi a él en la casa... tienen veinte años [juntos] pero él allá y mi mamá aquí... o sea, porque ella nos protegió siempre [y decía] ‘Cuando mis niñas vayan creciendo, entonces si a ti te gusta una de mis niñas... no, no, no... porque yo he visto eso’”.

6.2.2.7.- Feminidad: significados atribuidos

Cuando se le interroga acerca del significado que ella le da al hecho de ser mujer, Marina parece tener alguna dificultad inicial para definirlo, pero inmediatamente cae en la distinción acerca de cómo la faceta de madre ha absorbido y anulado el desarrollo de otros aspectos de su feminidad:

“Eso de verdad que... yo digo que no sabría explicarte... ha sido difícil... De verdad que yo digo, [que] yo me he dedicado a mis hijos y del resto no he sido mujer... No, porque yo digo: ‘Ajá, ser mamá y eso, ajá, lo típico, atender el hogar, los niños... por lo menos como pareja, que si le lavaba la ropa, y eso’... pero que yo sea una mujer en el sentido de dedicarme a algo mío, para mí... No... que yo me he preguntado, o sea ¿y yo?... Porque todo era porque los demás... porque por lo menos yo [decirme:] ‘Marina, arréglate las uñas, Marina esto’... Claro, que a mí me encanta eso, tener mis uñas pintadas, secarme mi pelo y eso... yo soy feliz con eso... Y si tuviera dinero, igualito... pero ahorita con esta situación, que me he vuelto obsesiva con todo lo que falta... Yo no era una persona que iba a divertirse, no... pero ahora no tengo ni para los niños. Y entonces ahorita yo digo: ‘Lo anhelo, quiero estar sola, en un sitio que... ¡Coye, Marina, descúbrete tú! ¡Yo estoy cansada!... Claro, no porque me vaya [y dedique tiempo para mí] los voy a dejar por ahí [a

mis hijos], *o voy a dejar de ser mamá o... No los voy a abandonar... Pero quiero estar sola, tener un momento para mí, para pensar... Porque a veces me siento deprimida, no me doy la oportunidad porque todo el tiempo es no, no, no* [para sí misma]... *me siento así, como cuando te decía en El Algodonal, que siento que yo mancho a las personas... como cuando te decía que cuando yo salía a la calle, yo siento como que la gente ya sabe que `Marina, tiene eso [VIH]´... así... y me daba una rabia, impotencia por lo que pude evitar, una rabia conmigo misma... porque yo digo que no me merezco esto, me lo repetía siempre... y ahora me digo: `Bueno, tú estabas buscando, porque, bueno, tu papá y tu mamá ya no estaban... saliste a buscar a Y. [el padre de sus hijos], y te equivocaste, con la pareja que agarraste... ese hoyo [la carencia afectiva parental] nadie lo va a llenar. Ya el que creíste que lo tenía que llenar era el que fue el papá de tus hijos, y él no llenó eso´... Entonces estaba buscando lo que no es porque [buscando afecto y protección]... o sea, tenía que cuidarme yo, y cuidarlo a él... ¿Cómo es eso?´´.*

Por las importantes implicaciones que tiene en la consideración final de su proceso de individuación, este punto será retomado más adelante en la sección referida al cuidado para el caso de Marina, específicamente en la subcategoría que trata acerca de la actitud hacía el futuro y el de la vuelta a sí misma a través de la experiencia de cuidado.

6.2.2.8.- Maternidad y relación con los hijos

Como se ha dicho al introducir su caso, Marina tiene tres hijos: una hembra y dos varones. Llama la atención que a todos sin excepción los presenta aludiendo a algún tipo de trastorno o afección de salud: *“Tengo tres hijos. La mayor es Y., la gordita, que el año pasado me le dio una apendicitis y la tuve que sacar de emergencia, F., que es el segundo, que ahora tiene un quiste cerebral y está perdiendo la audición, y E., que es el bebé que tiene parálisis cerebral”.*

Con la primera hija Marina mantiene una relación estrecha, ya que como una joven Perséfone, su primogénita ha sido testigo silenciosa de todos los padecimientos maternos, y en muchos sentidos ha sido una compañera de viaje para atravesarlos. De esta hija comenta un evento reciente del que se siente apenada porque ocurrió mientras ella tuvo que viajar a unos

funerales fuera de Caracas (y que recuerda la sensación de descuido vivenciada por Deméter ante el rapto de Perséfone por Hades):

“Hace unos días un muchacho [un delincuente] me la llevó desde Las Adjuntas hasta Ruíz Pineda apuntada... y ella dice ‘Mamá, yo no quería’, y la bajó de la camioneta y la ruleteó por todo Ruíz Pineda... ella dice que no sabía si es que él la iba a secuestrar o qué era lo que le iba a hacer... ‘Pero mamá, que si camina para allá, que si camina para acá... y me tenía así mamá... hasta que me dijo (...) ¡vete!’... Y yo: ‘¿Hija, tú pasaste ese susto?!’, y yo estaba en Maracay, porque yo tuve que viajar a Yaracuy hace quince días... porque P., la esposa de M. [mi suegro] se fue a morir para allá”.

Frente a la llegada de esta primera hija confiesa recordar que la sensación subjetiva fue la de no sentirse preparada para asumir la maternidad, por cuanto se cuestionaba la suficiencia de su aptitud y capacidad materna, y sentía dudas e inquietud con respecto a la forma de conducir la crianza: *“Bueno, yo **ahorita digo que**... ahj... ¡que yo [en ese momento] **no estaba preparada para eso!**... No, porque cuando mi hija iba a nacer, yo pensaba: ‘ ¡Ay no, (...) ¿Cómo hago... para hacer las cosas? ¿Y si es inquieta?... ¡Ay Dios mío! Entonces cuando crezca ¿Cómo la voy a llevar yo? ¿Para darle un consejo?...’ todas esas cosas... Será que como nunca tuve así, que mi mamá estuviera ahí”.*

Del fragmento anterior se puede destacar la particular preocupación por la protección como motivo de la modalidad vincular, un aspecto característicamente relacionado con el ánimo y la función materna. En la inquietud de Marina frente a la maternidad se priorizaba el bienestar del otro antes que el deseo narcisista de procreación y maternidad (un elemento definitorio de la psicología profunda de la figura arquetípica de Deméter).

Sin embargo, es particularmente relevante para efecto de la presente subcategoría el testimonio de Marina con respecto a las actitudes que tuvo frente a sus dos últimos embarazos, y la interacción que en la actualidad tiene con respecto a estos dos hijos. La exploración realizada a través de las entrevistas revela que ninguno de sus tres embarazos fue planificado, pero a partir del segundo reconoce abiertamente que, además, no eran deseados. Como se ha dicho al presentar su caso, fue con su segundo embarazo, Marina conoció su diagnóstico de VIH positivo. De ese momento dice: *“Estaba con mi mamá, y pensé que me iba a morir... yo*

dije `¡Me voy a morir!... ¡Yo lo mato! (...) Me lo saco´”, refiriéndose al hijo que estaba gestando, creando enseguida un desplazamiento en el cual el virus de la infección por VIH y el hijo concebido quedaron asimilados o asociados juntos como objetos malos revestidos de connotaciones orales canibalísticas: al igual que el virus, el niño era percibido inconscientemente como algo que le había sido inoculado en el cuerpo y crecía en su interior para devorarla y dañarla, pero de lo que ella –haciendo uso de un mecanismo regresivo tremendamente arcaico– podía defenderse dañándolo también si lograba expulsarlo.

Aunque su afirmación pudo estar motivada en gran parte por el enfado y la indignación no elaborados en medio de las circunstancias traumáticas de conocer acerca del embarazo y la infección al mismo tiempo, resalta el hecho de que asegura que posteriormente hacía deliberados esfuerzos en un intento por interrumpir los embarazos:

“Me daba golpes en la barriga, me tiraba y me arrastraba por el piso... no los quería tener, no quería tener ningún hijo que viniera de él... Yo me ponía a limpiar el piso, (...) me tiraba al suelo a ver, porque yo decía: `A lo mejor el impacto [me ayudaba a abortar]´ (...) Claro, pero a mí me dijeron eso [me dieron el diagnóstico de VIH con el resultado positivo del embarazo], yo me impacté mucho, y yo `No quiero, no lo quiero, no lo quiero y no lo quiero´... o sea, yo desde la barriga lo rechacé, `No lo quiero, no lo quiero, no lo quiero´ [asoció la noticia de ese embarazo con la del diagnóstico de VIH y, de esa manera, ambas cosas fueron igual de mal recibidas]... Yo llegué a hacer cosas para interrumpir ese embarazo (...) Yo obligué a Y. [el padre de mis hijos] a comprarme unas pastillas de Cytotec... yo lo obligaba a hacer cosas peores, porque claro, él me hacía cosas entonces yo lo obligaba peor... `No Marina, tú no tienes que pagarla con mis hijos, yo soy el malo de la película, o sea, vas a atentar contra su vida también´”.

De cualquier modo, con este embarazo no siguió ningún tratamiento médico para evitar que la infección pasara al niño, por cuanto explica que: “Y. [el papá de mis hijos] me había dicho que se hizo la prueba y había salido negativo, yo me hago otro examen, pero en una clínica privada... sale negativo... y yo me olvidé de eso [porque dije:] `Ay, salió negativo, qué fino´... dije, nada, era mentira, salí positivo pero debe ser un error porque yo nunca he estado con más nadie que con él, y si a él le sale negativo, y ahora a mí también [me aparece negativo], yo tampoco lo tengo (...) Pero era mentira, ¡él nunca se hizo nada!”. Con todo, este

segundo hijo nació por parto natural e incluso lo amamantó sin que él niño se infectara, pero luego Marina supo que el diagnóstico de VIH era verdadero, y que el padre de sus hijos no había sido honesto, porque en realidad nunca se había practicado un despistaje. Y aunque el niño estaba sano, el saber que ella no lo estaba creó en ella temor a aproximársele porque temía dañarlo:

*“De mis tres hijos, de verdad que F. [mi segundo hijo] es el que más... reconozco que he cometido muchos errores (...) porque cuando a mí me detectaron esa cosa, el VIH, yo le agarré como cierta cosa a mi hijo... o sea, porque me lo dijeron fue con él... o sea, entonces yo digo, **no es que yo no lo quiero... porque yo lo quiero, pero... cuando me dicen eso, yo agarré así como que yo no lo quiero tocar, no lo quiero abrazar porque pienso que le puedo hacer daño, porque yo dije: ‘No, yo no le voy a hacer daño a mi hijo’... porque es esa protección de que ‘No, yo no le voy a dar un beso, porque le puedo hacer daño’... pero más fue a él, porque él estaba pequeño y yo ‘¡Ay, Dios mío!’... Y más ahorita que se parece más a su papá, todo lo que el papá... igualito... igualito... ‘Sí, por eso es que tú no me quieres’, dice él... ‘No, yo sí te quiero’... Está rebelde, me dice que yo soy una mala mamá, que él quiere otra mamá, porque tú todo es regañarme, todo te molesta... porque él es un niño light... a mí me gusta el orden, y a él le gusta es el desorden... Le digo: ‘¿Será que tú lo haces a propósito?’... **No es eso, sino que es para llamar la atención... o sea, es la única manera que yo le haga caso, haciendo desorden... entonces él se ríe, se voltea y ya”**.***

Como ya conocía acerca de su diagnóstico, con su tercer hijo también intentó interrumpir el embarazo. Al reflexionar retrospectivamente acerca de su conducta, dice: *“Ahora pienso que eso estuvo mal, **estaba mal porque yo estaba atentando contra mis niños, o sea, un ser que no tenía culpa... Porque entonces, yo tengo culpa porque... ¿quién me mandó a acostarme con él?**”*. Adviértase en este fragmento la construcción del discurso que delata la rivalidad psíquica entre la relevancia del atributo materno en desmedro del resto de facetas de la feminidad (específicamente, el aspecto sexual).

Al nacer su hijo con parálisis cerebral, el padre del niño le advertía que el niño *“Tenía problemas”* porque no se movía, pero ella lo negaba y usaba la preocupación y advertencias del padre de su hijo para devolvérselas en formas de retaliación: *“Yo le decía: ‘El niño no tiene*

nada, él está bien... enfermo estás tú, tú sí que estás enfermo". Reconoce que esto era, además, una forma de negar en sí misma la infección por VIH contraída por vía del padre de sus hijos.

Finalmente, es relevante la siguiente reflexión de Marina, en tanto refleja que por medio de la ausencia paterna que han sufrido sus hijos, actualiza su propio sufrimiento por el abandono emocional que sufrió con el suyo: "*Yo me deprimó, ¿pero y ellos? Por lo menos mis hijos, ellos no han vivido sus gustos... porque ellos siempre están `Mamá, si mi papá estuviera...`. Entonces yo siempre puro yo, yo, ¿y ellos?... ellos no han procesado su duelo de la pérdida de su papá... entonces ahorita es que yo estoy viendo eso...* [Cuando el papá de los niños murió] *Y*. [mi hija mayor] *tenía 9 años y F*. [el segundo] *4 años... E*. [mi hijo con parálisis cerebral] *estaba recién nacido*". Nótese cómo, cada vez que emerge su propio malestar y se entremezcla con otros tópicos dentro de su discurso, Marina lo aparca a un lado y se posiciona como madre para empatizar con la necesidad y sufrimiento de sus niños.

Considerando que la tarea de cuidado de Marina recae en gran parte sobre sus hijos y se imbrica con su vivencia de la maternidad, se realizarán consideraciones adicionales al respecto más adelante, cuando sea tratada la subcategoría de la actitud de Marina hacia las personas objeto de su cuidado.

6.2.2.9.- Angustias, frustraciones y fantasías

En Marina, la percepción punitiva de Dios-padre (que se mencionó al hablar de sus intereses y que no es más que una imago teñida por la decepción de la pérdida del padre protector ideal), entra en sintonía con la angustiante fantasía de creerse predestinada para ser infeliz, tal y como lo demuestra cuando declara que su alegría y alivio al saber que su tercer hijo no había contraído la infección por VIH, se vio de todas maneras empañada por cuanto nació afectado de parálisis cerebral: "[Yo decía]`¡Ay, mi hijo salió sano!`, yo emocionada porque a mí me da miedo eso... pero entonces tenía la parálisis... Y me pregunté: `Ay, de verdad ¿será que yo no nací para ser feliz? Porque siempre que quiero reírme o algo, pasa algo... o sea, como que no naciste para eso`". Esta reflexión de Marina acerca de su predestinación para no ser feliz recuerda la prohibición de reír que se autoimpuso la diosa Deméter, a la que Propp (1980) refiere cuando propone una variante del pasaje mítico del rapto

de su hija Perséfone y que es cónsona con la tendencia a la depresión del arquetipo demeteriano que expone Bolen (1984) y Stassinopoulos (2004).

Pero esta creencia corre en paralelo con una angustia aún más profunda, de la cual da cuenta su ejecución en el campo 4 de su test de Wartegg (anexo 5). Entre otras cosas, en este campo Marina repite el estímulo llenando todo el espacio con duplicados (siendo la perseverancia del estímulo un reflejo de su poca capacidad u originalidad para hacer nuevas elaboraciones, lo cual produce en sí mismo angustia al no permitir encontrar formas alternativas de solución a la propia situación). Esto es congruente además con el tratamiento del espacio, el cual aparece casi cubierto refiriendo a un estado de angustia de la cual busca defenderse controlando todo el espacio vital de forma compulsiva. Sin embargo, lo verdaderamente interesante es el título elegido. Marina llama al dibujo de este campo “*Llenar un corazón vacido*”. El lapsus aparece como una contracción donde la palabra “*vacido*” emerge como un neologismo que implica una condensación lingüística entre la palabra “*vacío*” y la palabra “*vaciado*” (no pudiéndose distinguir si se encuentra en sensación de carencia por no haber sido llenadas las expectativas emocionales o por haber sentirse excesivamente vaciada y decepcionada. La multiplicación del tema sugiere además actividad múltiple y riesgo de dispersión, junto con el sombreado, que ratifica la angustia y sugiere depresión.

6.2.2.10.- Fuerza de los elementos normativos del yo

En esta subcategoría es nuevamente relevante introducir los resultados de Marina en el test de Wartegg, concretamente en el campo 8 (ver Anexo 5). En este campo Marina completa el estímulo dibujando un círculo o circunferencia, sin incluir mayores detalles gráficos. Sin embargo, pese a la simplicidad gráfica, la integración entre el dibujo realizado, el título por ella asignado, la observación clínica y el análisis de su discurso permiten ofrecer una interpretación muy consistente a su caso. Así, se ha sostenido que este campo, habitualmente denominado como el de los valores, tiene implícita la afiliación social en tanto que refleja la capacidad que tiene el individuo para comprometerse con las normas, las reglas y los valores; y además es un campo orgánico porque ese compromiso nace a partir de la relación afectiva del individuo con la figura de autoridad parental y su respectiva introyección, que es el factor que, en definitivas, permite la construcción del Superyó infantil. Esta interpretación se encuentra cabalmente

ajustada al caso de Marina quien coloca a este dibujo un título de relevante connotación simbólica: *“Mi círculo familiar es importante”*.

En el nivel del arquetipo compuesto, el círculo (o circunferencia), es tratado por los manuales otorgándole un significado de prudencia y sensibilidad, pero también de falta de actividad e iniciativa (Muñoz, s.f.; Vallester, 2004). Y en el caso de Marina, lo familiar representa tanto un punto de apoyo en el cual replegarse (pues el círculo es una figura cerrada sobre sí misma), como un elemento que limita su posibilidad de iniciativa, expansión y confianza en sí misma (pues el círculo también se caracteriza por demarcar limitación y concentración). El aspecto culpógeno tiene aquí un peso de especial significación (tómese en cuenta la “deuda” reparatoria acrecentada que subjetivamente puede sentir como madre debido el maltrato propinado a sus dos últimos hijos durante los respectivos embarazos, tal y como se ha expuesto más arriba).

Pero además, consistentemente con su producción gráfica y su discurso, es también relevante agregar que, en el nivel simbólico, se ha sostenido que el ánima –y muy especialmente el ánima de tipo demeteriano–, “actúa de acuerdo con una estructura rítmica y circular, y aparece ligada, muy íntimamente, a todo lo que en el sujeto son sus aspectos nutricios y creativos”, siendo todos ellos elementos que han sido depositados por Marina en el ámbito de lo familiar. En este mismo sentido, y siguiendo los postulados junguianos, Birkhäuser-Oeri (2010) añade que, contrariamente a lo que ocurre con lo masculino, lo femenino tiende siempre mucho más a la plenitud que a la perfección. Es de esta forma como se observa que en Marina existe la tendencia a buscar realizarse en el vínculo imbuido de un sentido contenedor representado por la familia, pero al estar el apoyo y la confianza colocados en ese elemento de sostén externo (con el cual además se siente en deuda constante), su desarrollo individual en otras áreas se puede ver, y de hecho se ve, severamente limitado. En este sentido, en la subcategoría que se ha titulado “miscelánea” y la sección referida a la imago del cuidado de esta participante, se expondrá cómo, efectivamente, empieza a darse cuenta de todo ello a partir del balance de su experiencia como cuidadora.

6.2.2.11.- Tema central de vida

La temática central de la vida de Marina se puede resumir en tres aspectos fundamentales. El primero, la necesidad inconsciente de reivindicar la imagen protectora de la figura del padre ideal perdido, cuya imagen deteriorada se extendió sobre el padre de sus propios hijos y a través del cual actualizó su decepción infantil original. El segundo, la anulación y necesidad de recobrar para sí misma otras facetas de la feminidad no relacionadas con la maternidad (Barker y Woolger, 2005). Finalmente, y en tercer lugar, la sensación de verse vaciada en el esfuerzo por contenerse y contener a otros (a los que cobija en gran parte como resultado de un intento reparatorio, pero también defensivo para negar necesidades propias que trascienden el simple ocultamiento o negación de su propia condición de salud). En este sentido, la imagen inconsciente relacionada con esta hipertrofia de lo materno es la de un pecho nutricio que, en medio de su propia sensación de vulnerabilidad, pretende mostrarse inagotable, llegando a dar de sí hasta sufrir una sensación de estar siendo extenuado, agotado y completamente exhausto (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004).

6.2.2.12.- Miscelánea

Aparte de todo el análisis efectuado, en Marina podría además identificarse alguna influencia aparente de la figura arquetipal de Hera en cuanto al intento de usar a los hijos como instrumentos de castigo contra el padre de los mismos (síndrome de Medea). Sin embargo, en su caso es posible observar que la motivación no se encuentra en los característicos celos de Hera por verse traicionada y desplazada por la preferencia de la pareja con respecto a otras mujeres, sino en el dolor de sentirse herida y traicionada por un daño o atentado infligido contra la propia vida (en el nivel manifiesto) y contra la posibilidad de recuperar al padre protector e ideal (en el nivel latente o simbólico), siendo que esto último trasciende el hecho de haber recibido la herida de haber sido infectada. Además, frente a sus hijos, el intento de reparación basado en el factor culpógeno de haber intentado dañarles es característico de la madre Deméter más que de Hera (incluso cuando en el nivel mítico ésta figura hace algunos amagos por intentarlo). A todo ello podría agregarse un elemento clave que es característico de Hera y que no se observa en Marina: la sensación de vinculación y compromiso profundo con la pareja.

Para cerrar, se hace referencia a una declaración en la cual Marina describe su autopercepción, la cual recuerda la tendencia al estado de ánimo depresivo del que, junto a su naturaleza vulnerable, padece Deméter, según sostienen diversos autores arquetipalistas (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Winckler, 2008): *“Soy una persona que... para reírme, me cuesta... desde niña era así... siempre aislada, me cuesta familiarizarme con las personas... porque todo es un temor, me cuesta... expresarme... [y al relacionarme me preocupa que] por lo menos, que si digo una palabra incorrecta... y cuando por lo menos estoy así con personas que saben mucho eso me... me intimida... me intimida mucho... entonces trato de no hablar, y no me río... me cuesta mucho hacerlo, mucho, mucho”*. Esto último, junto con la insatisfacción general en otros ámbitos vitales relacionados con la feminidad (diferentes a la faceta de lo materno), resulta hasta cierto punto consistente con los resultados alcanzados en los campos 1 y 2 de su test de Wartegg (anexo 5), en los cuales se ven reflejados –entre otros– aspectos relacionados con la falta de confianza y la indecisión, así como la preocupación por la propia imagen, edad y salud, y el deseo de cambio y huida.

Finalmente, considérese el carácter mayormente extravertido de Marina, quien invierte una gran carga de energía emocional y orienta sus atenciones, preocupaciones, angustias hacia figuras externas, entreteniéndose en el estímulo obtenido por vía de ellas más que por aquel de una fuente interna, todo lo cual es consistente con la actitud psicológica asignada por Bolen (1984) y Barker y Woolger (2005) a la dominancia arquetípica de la figura de Deméter en el psiquismo femenino.

6.2.3.- Experiencia y hermenéutica del cuidado en Marina

6.2.3.1.- El cuidado con motivación parental arquetípica

En Marina el cuidado se entabla a partir de la incidencia psicoide de lo arquetípico maternal (es decir, a través de la confluencia o concordancia entre el arquetipo demeteriano dominante en ella en resonancia sincrónica con su entorno). Así, el maternizaje aparece no sólo frente al cuidado de sus niños –uno con parálisis cerebral y el otro con un quiste cerebral que le está haciendo perder la audición– sino también, y precedentemente, frente al padre de sus hijos, al que ya se ha visto que, dentro de la relación de pareja, llegó a percibir –con participación de

la configuración arquetípica de *puer* por parte de él— como un hijo más, y cuya postura, como se verá en lo sucesivo, quedó en definitiva y completa evidencia durante el proceso degenerativo de demencia por el que atravesó antes de morir.

6.2.3.2.- Actitudes

- *Actitud hacia las personas objeto de su cuidado, sinergia y estilo de cuidado*

En la presente subcategoría es necesario destacar la actitud que Marina ha tenido —o que aún tiene en la actualidad—, hacia todas las personas que han sido objeto de cuidado por su parte (el padre de sus hijos y sus dos hijos menores, haciendo, de paso, alguna mención a sus evocaciones de la época en la que también cuidó de su abuela). Así, para comenzar, la actitud durante el cuidado con **respecto al padre de sus hijos** fue ambivalente, pues aunque marcada por la hostilidad, nunca dejó de tener un componente de presencia y entrega comprometidas. De él dice: *“No sé por qué lo cuidaba, será porque era el papá de mis hijos ... Yo le decía: ‘Te cuido porque eres el papá de mis hijos, porque yo no te quiero, yo a ti no te amo’”*. Sin embargo, al describir la situación concreta al momento de atenderle, resulta evidente su nivel de abnegación en nombre del bienestar del otro:

“Cuando Y. [el papá de mis hijos] cae hospitalizado, ya yo iba a dar a luz. Yo estaba embarazada y eso era como cualquier cosa, como si nada... yo hacía las cosas (...) A él le había dado una neumonía, que lo tuvimos que llevar a varios sitios. Llamé al doctor C. [y le dije]: ‘Doctor, ¿qué hago? ¡Porque este niño está mal’ ... ‘Bueno, llévatelo al [Hospital de El] Algodonal’. Recuerdo que era un sábado y ahí en El Algodonal no me lo aceptaron porque no había médico de guardia. Entonces salí a las doce de la noche, recuerdo, estaba cansada... ¡Y yo con esa barrigota!... Pero era como que, ajá, ¿y si yo no hago eso? [¿quién lo iba a hacer?]. O sea, era algo normal que yo caminara y subiera para hacerme cargo de él (...) Y así estuve varias semanas, como un mes (...) Pero él [el padre de mis hijos] no me decía descansa, ni nada, porque él se sentía protegido era por mí”.

En el relato de Marina —quien estando a punto de dar a luz, peregrinó en busca de obtener atención médica para el padre de sus hijos—, se observa claramente una imagen que encuentra paralelismo con el errático itinerario de la mítica Deméter quien, agobiada, no

reparaba en descansar ni se daba ningún alivio en la búsqueda de su hija Perséfone, que le había sido raptada. Esta imagen arquetípica de madre doliente y abnegada en Marina la permite ampliar el siguiente fragmento de su testimonio, que continúa diciendo:

*“Nosotros [el papá de mis hijos y yo] **estuvimos juntos hasta el final, hasta que él murió. Claro, ellos [mis hijos] veían cuando él se paraba [y decía:] ‘Me duele’, [y yo le decía:] ‘Y vamos al baño’, [o de repente me gritaba:] ‘¡Marinaaaa!’**, [y yo le decía:] ‘¡Pero ya va!’... Él murió en la casa, eso fue un sábado, él murió un sábado... comenzó un 17 de enero, que eso era hospital, hospital, hospital, hospital... **todo el día yo detrás de él, porque ya él caminaba de aquí a allá [unos metros] y se cansaba. Y a mí me decía mamá... ‘¿Dónde está mi mamá?’**, ‘¡Aquí estoy!’ le decía su mamá, ‘¡No, tú no eres mi mamá!’*, le decía a su mamá de él, que ella no era su mamá, *‘Mi mamá es ella [Marina]’... Porque como [yo] siempre estaba allí, y todos los médicos me llamaban era a mí [en medio de la demencia me confundía, convencido de que yo era su mamá]”.*

Es interesante rescatar de este dramático fragmento que, aunque los procesamientos que ocurren en medio de las demencias siguen siendo un misterio a la luz del conocimiento médico y psicológico actual por cuanto tienen que ver con la afectación y deterioro orgánico de áreas específicas de un cerebro en vías de colapso en confluencia con los registros de vida almacenados en él; en medio de ese proceso degenerativo el papá de los hijos de Marina parecía colocar en ella, con completa convicción, la imagen de una madre numinosamente protectora, y hasta cierto punto el fenómeno final de este padecimiento por su parte permite ver de manera franca la percepción inconsciente que él siempre dejó recaer de alguna forma sobre ella (tal y como se expuso más arriba en la subcategoría referida a la imago y relación de pareja de Marina).

Pero además es importante reflejar que la constelación del arquetipo materno en Marina frente al padre de sus hijos no es un evento aislado. Bien se trate de su actitud, bien de la percepción de otro frente a ella, o bien de la combinación de ambas cosas, la imagen de madre protectora vuelve a emerger, como lo demuestra la evocación que hace con respecto a la ocasión en la que cuidó de su abuela:

“Por lo menos con mi abuela, que si había que ir al médico, [decía:] ‘Bueno, vamos a sacarla’, y en el medico yo me movía, ‘Ponla aquí, ponla allá, hablando con los médicos, o sea ‘¿Qué tiene ella? Dígamelo’. El último día, ya el doctor me dijo: ‘Mira, ya ella, no da para más... quédate tranquila, déjela en su casa’... a ella le había dado un ACV, ya le habían dado tres antes... y el médico me dijo que me la llevara para la casa (...) Yo era como la hija de ella, ya me había convertido como en la hija y yo era quien tomaba las decisiones... porque ella todo era: ‘La catira’, se sentía como protegida... ‘Marina es la que me baña, Marina no me han bañado, Marina, no me han dado comida... No quería comer con nadie’, no se quería dejar tocar por nadie con eso (...) En todo era lo que yo dijera y lo que decidiera”.

Adviértase como Marina declara que frente a esta situación se había posicionado como hija, cuando una lectura más minuciosa permite afirmar que, en realidad, se trataba de la transposición de la figura madre-hija, un ejemplo tangible de las dos deméteres aludidas por Burkert (2007), en donde ella se había convertido en madre de la madre de su madre (la nieta madre de la abuela), siendo la que “*tomaba las decisiones*” y frente a quien su abuela –en un estado de regresividad infantil– “*se sentía protegida*”.

Ahora bien, volviendo a la actitud en la situación de cuidado con el padre de sus hijos, es cierto también que Marina se veía confundida frente a las demandas que, producto de la demencia, le hacía el padre de sus hijos, y trataba de calibrarlas como una madre lo haría tratando de discernir entre la necesidad verdadera o el mero capricho de un niño: “*Claro, que ya a mí me molestaba porque yo decía: ‘¿Será que me está manipulando?’ , que ya hasta en eso yo no le creía...* [yo decía:] ‘*Está haciendo drama para molestarme*’... *Cuando a él le venían las lagunas mentales, yo pensaba que él estaba haciendo drama, pero a veces él decía: ‘Yo no tengo tres hijos, yo tengo uno solo!’ ... él se recordaba era [solo] de uno [de la niña, la mayor]*”. Con esto último es que Marina reconoce que se daba cuenta que algo ocurría con la memoria del padre de sus hijos.

Con esta experiencia, Marina reflexiona acerca de la relación y de su propio posicionamiento dentro de ella, y alcanza una conclusión que la reconduce a su intento fallido de reencontrar en otro hombre la protección paterna perdida que anhela para sí misma, pero en medio de cuyo proceso terminó por convertirse ella en la madre simbólica de quien

supuestamente llenaría su vacío y su carencia de protección: *“Ahora me digo: ‘Bueno, tú estabas buscando, porque, bueno, tu papá y tu mamá ya no estaban... saliste a buscar a Y. [el papá de mis hijos], y te equivocaste, con la pareja que agarraste... ese hoyo [la carencia afectiva por vía parental] nadie lo va a llenar. Ya el que creíste que lo tenía que llenar (...) él no llenó eso’... Entonces estaba buscando lo que no es (...) o sea, tenía que cuidarme yo, y cuidarlo a él... ¿Cómo era eso?”*.

Sin embargo, el anclaje en el resentimiento y hostilidad que se imbricaba con la atención y cuidado hacia el padre de sus hijos ha perdurado. La razón manifiesta es la infección con que la contagió y la situación general en la que la dejó a ella y sus hijos, conduciéndose Marina como si de alguna forma este hombre continuara constantemente presente a través de una memoria tortuosa, como lo demuestra al decir: *“Mi hija la grande, la gordita, ella me dice: ‘Mamá, deja quieto a mi papá, él ya se murió, ya pagó por lo que hizo’, pero yo creo que no, que el debió vivir más tiempo para que sufriera por lo que hizo... Yo le decía [y todavía lo hago]: ‘Yo te cuidé y ese es tú castigo, verme todos los días la cara a mí cuidándote’... El error mío fue cuidarlo, pero fue su castigo... para atormentarlo él tenía que vivir más (...) Pero él tomó sus decisiones... todos los días voy a decir: ‘Ya él se murió, se murió... deja la peleadera con alguien que se murió, que ya no escucha nada’... Y eso me ha ayudado [digo:] ‘Tú ya estás muerto... ¡tú estás mejor que yo!... él ya pagó lo que hizo’”*.

En el fragmento anterior se evidencia la actitud de una Erinia –diosa ctónica clamadoras de venganza asociada a los aspectos oscuros de Deméter–, que en Marina acaba por tomar la forma de masoquismo (el cual pareciera ser un rasgo constitucional más allá del evento concreto reclamado al padre de sus hijos, pues se trata de una actitud que existía antes de la situación de cuidado, que estuvo presente durante y que se sigue extendiendo en el tiempo después). Es decir, no resulta exagerado decir que si en el nivel manifiesto (consciente) el reclamo de Marina hacía el padre de sus hijos se traduce en el resentimiento por haberla infectado, en un nivel más profundo (latente o inconsciente) se debe a la traición y la decepción que significó para ella el hecho de que este hombre no pudiera ocupar el lugar ideal en su intento por restaurar la imago del padre protector y para lo cual lo había “elegido” en el nivel inconsciente.

A este respecto cabe rescatar lo que sostiene Hillman (1999) acerca de la traición en el nivel psicológico. Para este autor la traición implica la iniciación del niño a la vida y la iniciación del adulto a la tragedia, en tanto es la condición de ingreso a la conciencia y a la responsabilidad. En este sentido, en la vida psicológica no es tan importante lo fáctico –toda vez que la existencia es constelada inevitablemente por eventos enlutecedores, dolorosos y trágicos–, como si lo es la manera de reaccionar y sobreponerse. Por ello Hillman (1999) dice:

“Vivir y amar allí donde solo podemos confiarnos y sentirnos seguros y contenidos, donde no podemos ser heridos o desilusionados, donde la palabra empeñada es vinculante para siempre, significa ser inaccesibles al dolor y, por ende, estar fuera de la vida verdadera (...) Si podemos hacer entrega de nosotros mismos con la certeza de que saldremos intactos, quizá incluso enriquecidos ¿Dónde está entonces la entrega? (...) El momento de la “gran desilusión” es también el momento de la elección, una gran oportunidad. No es por tanto importante la traición en sí misma como la reacción y la elección que se decida tomar ante ella. Quien es incapaz de perdonar –y por tanto de superar la traición– queda “dividido” y fuera del amor, separado, aislado de la vida, fijado al trauma, lleno de rencor y deseo de venganza y, así, ciego a cualquier posibilidad de comprensión profunda” (Hillman, 1999).

Así, sostiene Hillman que quien no supera la traición de verse decepcionado corre el peligro de verse envuelto en modos disfuncionales de reaccionar a ello, entre los cuales menciona la venganza, el cinismo, la negación del otro y –aún más gravemente– la de sí mismo. Y con ocasión de la venganza, Hillman reconoce que quien es traicionado, traiciona. Es justamente así como puede ser interpretada o entendida la actitud de Marina durante el cuidado del padre de sus hijos: el haber permanecido a su lado de manera fáctica pero tratando de transmitirle constantemente –de una manera no del todo consciente– el dolor que le produjo el sentirse traicionada en los dos niveles: el concreto (por haber sido infectada) y el profundo (por jamás haber recibido por parte de él respuesta a su expectativa de ser protegida). De hecho, lo segundo se ve en Marina terriblemente sobredimensionado en razón del daño irreparable en que se traduce lo primero.

En su empeño por causarle malestar, cuando nació su tercer hijo [con parálisis cerebral] y el padre de sus hijos le advertía que el niño “*Tenía problemas*” porque no se movía, Marina lo negaba y usaba su preocupación y advertencias para devolvérselas en formas de retaliación y

venganza: “**Yo le decía:** *‘El niño no tiene nada, él está bien... **enfermo estás tú**’*. Su actitud en este sentido puede interpretarse como una forma de desmarcar al niño de su paternidad, para poder acogerlo y darle afecto de madre (es decir, lavarlo de la carga de odio que, sentido por el padre, se extendía sobre el niño), pero además la propia Marina reconoce que esto era también una forma de negar en sí misma el hecho de que ella también estaba infectada con el VIH contraído por vía del padre de sus hijos.

Ahora bien, en cuanto a la **actitud con respecto a sus hijos** –en tanto objeto de cuidado especial debido a sus condiciones de salud–, Marina expresa: “**Actualmente yo entiendo que ellos están mal, la condición que tienen ellos ... el que tiene parálisis cerebral y no me ve... y el otro tiene el quiste y no escucha... Él** [mi segundo hijo, el del quiste cerebral] **me decía:** *‘Es que no escucho’, y ya le hicieron el estudio audiométrico y salió que sí, que está perdiendo la audición... Al que tiene parálisis cerebral yo lo llevo, hace su terapia, le mantengo su rutina (...) pero no los acepto... Yo a él le digo: ‘Habla bien... ¿cuántos años tienes tú?’ ... Y él me dice: ‘Tres’, se quedó en tres... Yo le digo: ‘No, tienes que ponerle tres más, porque ahora tienes seis’ ... Yo le digo que él tiene que mejorar porque él ya no es un bebé, pero lo trato como un bebé porque es como que no quiero que deje de serlo”*.

Como se advierte la actitud de Marina para con sus hijos necesitados de atención y cuidado especial es igualmente ambivalente, aunque en ningún momento los deja desasistidos. En este sentido, podría acuñarse que está marcada dualidad, se debe menos a la condición o enfermedad de estos que al hecho de que sean hijos de un hombre por el que siente un profundo resentimiento. Esto queda particularmente evidenciado en el fragmento de su testimonio en el cual se refiere a su hijo afectado por el quiste cerebral que está perdiendo la audición: “**Él intenta aproximarse, ser cariñoso. Pero yo lo rechazo...** *él me quiere abrazar, se mete en mi cama, a veces me abraza por detrás cuando estoy acostada... pero yo no quiero porque me recuerda demasiado a su papá*”. Particularmente, obsérvese además como la confusión entre roles arquetípicos inconscientes –por haber sido Marina de alguna forma “madre del papá de sus hijos”–, la impele a defenderse de manera compulsiva de la expresión afectiva en el vínculo con el hijo que mayor parecido físico guarda con el padre, temiendo la manifestación edípica de su hijo, pero aún más su propia respuesta por el desplazamiento de una imagen sobre la otra.

Esta situación es vivida con angustia, pero a la vez con culpa debido a las reacciones que tiene para con este hijo.

Por su parte, al describir en concreto algunos detalles acerca de la forma en que lleva a cabo la actividad de cuidado con su hijo con parálisis cerebral, Marina demuestra un alto grado de intuición para entenderse con las necesidades de este niño desde un amor materno que sorprende en tanto imita los mejores esfuerzos especializados en la materia:

“Le pongo letras de foami en un frasco con arena para que él las busque, para estimularlo... ahorita le pongo papel, porque le gusta ahorita agarrar papel, para que lo mueva... y claro, como la doctora dice que él ve un bulto, entonces le pongo cosas fosforescentes, cosas así, colores llamativos para que los distinga... le pongo mucha música... pero no que lo altere... bueno, a veces le pongo música así para que él brinque, porque ese brinca y se pone que bueno... para que haga ejercicio... él está acostado y yo le voy contando todo lo que voy haciendo... Entonces [le voy diciendo]: ‘E., estoy haciendo tal cosa y tal cosa’, para que él también sepa... porque él tiene visión casi nula... la doctora dice que él tiene los discos totalmente opacos... le han hecho estudios, que yo ya dije que ya no le hago más porque él tiene unos años que... él lo que ve, así, son bultos... cuando tú pasas, por ejemplo, la luz, él ve eso... porque él antes no hacía eso, tú apagabas la luz y la encendías y él no se daba cuenta”.

Sin embargo, pese a todo lo reseñado hasta aquí, al final se impone en ella –con respecto a sus hijos– la absorción de madre demeteriana, y en un tono resuelto, sereno y, paradójicamente podría decirse que casi satisfecho, Marina afirma: “*Cuando voy a la consulta con F. [mi segundo hijo] y me dicen ‘Se puede quedar sordo... Si no te apuras con ese oído [el derecho] se le va a dañar el otro... él está propenso a quedarse sordo’... Yo digo: ‘Bueno, si él se queda sordo, yo soy sus oídos’... le digo yo... Voy a ser los ojos de un niño y los oídos del otro”.*

Con base en todo lo reseñado hasta este punto, puede afirmarse que en el caso de Marina el nivel de sinergia o implicación con la tarea de cuidado ha sido de una alta implicación (en el sentido de la cantidad de energía invertida). En su caso se puede afirmar que el estilo de afrontamiento se encuentra **centrado en las emociones**, por cuanto las

connotaciones específicas permiten observar que en el proceso **ha revivido y se reviven constantemente eventos pasados, hay rumiación** –como interminable dialogo de reproche interno– **y oposición** (Campos, Iraurgi, Páez y Velasco, 2004; cp. Brea, 2015). Además, el último fragmento citado permite concluir que, con toda nitidez, el estilo de cuidado que demarca la actitud de Marina hacía sus hijos es un estilo teñido por la simbiosis que termina decantándose en la codependencia. Tal y como sostiene Bermejo (2004) este es uno de los posibles problemas de las personas que cuidan a otros con alto grado de dependencia o discapacidad, en el sentido de terminar dependiendo de la persona que –de gran manera– es dependiente de su cuidado. De esta forma –dejando de lado que se trata de una relación madre-hijos– quien cuida termina por necesitar de la persona ayudada para sentirse bien, y no al revés. En estos casos, el cuidador inviste de tan alta carga de significado la tarea de cuidado, que cuando no lo hace queda vacío de sentido o no sabe qué hacer o cómo manejar la culpa de no llevarlo a cabo. De esta forma pareciera que Marina requiere no solo de sus hijos en cuanto tales, sino de ellos con sus discapacidades, e incluso en los momentos en los que la embarga la fantasía o el deseo de estar sola y destinar un espacio a sí misma, niega la posibilidad de negociar el que puedan quedar a cargo de alguien más: “*¿Estoy cansada!... claro, [pero] no porque me vaya los voy a dejar por ahí, o voy a dejar de ser mamá... no los voy a abandonar... pero quisiera estar sola, [tener] un momento para mí, para pensar*”.

○ *Actitud hacia sí misma*

Sin pretender volver a entrar en el tema de la actitud frente a quienes han sido objeto de cuidado por parte de ella ni adelantarnos con respecto a la motivación profunda de dicha actividad, en Marina se observa que, con respecto a sí misma, el denominador común de su desempeño en aras del cuidado de otros ha sido en todo momento el de una extenuante e implacable sobreexigencia. De un fragmento que ya se ha citado más arriba, se destaca ahora como –en un primer momento–, el bienestar del padre de sus hijos la llevó a tratarse a sí misma sin la menor consideración a pesar de estar a punto de dar a luz, además de cómo terminó poniendo en riesgo su propia salud y la del hijo que gestaba cuando –en un nuevo atentado por sentirse presionada y deprimida por las circunstancias– abandonó el tratamiento con antirretrovirales:

“Cuando Y. [el papá de mis hijos] cae hospitalizado, ya yo iba a dar a luz. Yo estaba embarazada y eso era como cualquier cosa, como si nada... yo hacía las cosas y me decían: ‘¡Marina, tú no puedes hacer eso, mira, no camines tanto, tienes un embarazo de alto riesgo!’... Llamé al doctor C. [y le dije]: ‘Doctor, ¿qué hago? ¡Porque este niño está mal!’ [refiriéndose al padre de sus hijos]... ‘Bueno, llévatelo al Algodonal’. Recuerdo que era un sábado y ahí en El Algodonal no me lo aceptaron porque no había médico de guardia. Entonces salí a las doce de la noche, recuerdo, estaba cansada... ¡Y yo con esa barrigota!... Pero era como que, ajá, ¿y si yo no hago eso? [¿quién lo iba a hacer?...]... o sea, era algo normal que yo caminara y subiera para hacerme cargo de él... Y me decían: ¡Marina, por Dios... tú estás embarazada... Cuidate!... Y así estuve varias semanas, como un mes... y eso fue fatal, porque eso [el VIH] se [me] activó: ‘¡Tú [ahora] estás detectable, tú estabas indetectable, todo lo que hemos hecho se echó a perder, el trabajo!’... y la doctora me regañó porque había dejado de tomar el tratamiento... ya casi iba a dar a luz, tenía ya como ocho meses... y la doctora: ‘¡Cónchale, cómo se te ocurre!’... bueno, eso me dijo de todo (...) yo me quedé callada, porque (...) ella no sabía por tanta cosa que estaba yo pasando... yo me bloqueé, yo no me tomaba las pastillas, yo no comía... ‘Flaca, come’, me decían las muchachas [mis hermanas]... El doctor me decía: ‘¿Cuándo te vas a curar así? ¡Cuando esa niña llega aquí, me da de todo! ¡Mira esa barriga, vale!’... Pero él [el padre de mis hijos] no me decía descansa, ni nada, porque él se sentía protegido era por mí”.

En un segundo momento, revela el íntimo nivel de angustia que la ha invadido, y que se ha visto actualizado cada vez que su hijo con parálisis cerebral ha requerido atención médica de emergencia, lo cual le ha hecho revivir toda la experiencia al lado del padre de sus hijos (sin contar de cómo este proceso detona en ella la identificación proyectiva, en tanto piensa que podría ser ella misma la que en algún momento requiera dicha atención médica de urgencia):

“Cuando yo estoy en ese hospital, todo regresa a mi memoria igualito otra vez como ocurrió... ¡Todo igualito! Y entonces la angustia, porque F. [mi niño] convulsionaba y yo [decía]: ‘¡Ay Dios mío, se me va a morir!’... Entonces [decía]: ‘Mira, tiene que se está mareando’, convulsionaba, pero así, o sea, le daban eran así crisis... Y entonces me decían: ‘¿Él también? ¡Ay no, no puede ser!... ¡Y el chiquito también tiene eso [VIH]!... [o me decían] ‘Oye vale, Marina, tienes que mantenerte fuerte porque no te puedes caer’... ¡Y oye, uno también es un ser humano! Y eso también afecta porque ¿cómo que

‘no te puedes caer’? Que uno tiene que llevar [esa situación] y tú tienes que estar... rígida [permanecer estoica, impertérrita]... Y eso es que yo [ahora] lloro y a mí me da de todo: me duele la cabeza, me duele el cuello, me duele aquí, me duele allá... porque era como que [antes] ni para eso tenía oportunidad o permiso... Cuando voy a la consulta con F. [mi hijo con parálisis cerebral] y me dicen ‘Se puede quedar sordo... Sí no te apuras con ese oído [el derecho] se le va a dañar el otro... él está propenso a quedarse sordo’”.

Adviértase además en el párrafo anterior como su propio malestar se adiciona con el apremio recibido de parte de otros, que lejos de ayudarla, contribuye a incrementar sus montos de ansiedad y su sensación de culpa. Es así como Marina revela con respecto a su vivencia emocional:

“A veces me siento deprimida [de tanto atender a otros], no me doy la oportunidad porque todo el tiempo es no, no, no [para sí misma]... todo es para los demás... me siento así, como (...) que yo mancho a las personas... cuando yo salía a la calle, yo siento como que la gente ya sabe que ‘Marina, tiene eso [VIH]’ (...) Porque yo digo que no me merezco esto, me lo repetía siempre... y ahora me digo: ‘Bueno, tú estabas buscando, porque, bueno, tu papá y tu mamá ya no estaban... saliste a buscar a Y. [el papá de mis hijos], y te equivocaste, con la pareja que agarraste... ese hoyo [la carencia afectiva por vía parental] nadie lo va a llenar. Ya el que creíste que lo tenía que llenar era tu esposo, y él no llenó eso’... entonces estaba buscando lo que no es, es que no puedo... o sea, tenía que cuidarme yo, y cuidarlo a él... ¿cómo era eso?”

Obsérvese en el fragmento anterior como se superponen la experiencia de cuidado de otros con la necesidad de ser cuidada y cuidar de sí misma. Así, mezclada con su propio problema de salud, la experiencia de cuidado y la imposibilidad de tener un espacio para expresar sus propias emociones se ha traducido para Marina en una sensación de impotencia, al punto de que el llanto que no ha tenido oportunidad de descargar ha desencadenado en ella crisis con implicaciones somáticas (nerviosas y musculares) cuando finalmente la ha desbordado:

“Sí, pero yo digo que la que me fregué fui yo misma, porque la que lo cuidé fui yo [al papá de mis hijos]... porque a veces yo digo: ‘¡Yo no tenía que cuidarlo!’ , y me dan unas crisis que yo gritaba, y eso que... yo grité, y grité, y grité, y agarre y golpeaba la almohada, y yo ‘Ahgrrr’,

‘Pero Marina, cálmate! ¡¿Qué tienes?!’, y no sabían lo que tenía, pero yo lloraba y gritaba... ¡pero era que gritaba! (...) Y eso era que grita, y grita, y grita... pero duré como una hora gritando... y después me dolió la cabeza, me dolía la cara... pero es algo que como que tenía que salir... y yo le pegaba a la almohada... ahí fue que empecé a llore y llore, porque no aguantaba... entonces empecé a temblar y ‘Agjjj, Ahggrrrr... No quiero estar así, no acepto’... Yo no acepto tener esto, no acepto... Pero está ahí, tienes que aceptarlo, te tocó... ¡Dígame tener que ir al hospital! ¿Tú crees que yo quiero?... No, yo no quiero... Eso para mí es algo fatal tener que ver con hospitales, no quiero nada de eso”.

Por otro lado, si bien entre sus preocupaciones menciona su estado de salud, este reconocimiento no demora en superponerse y entrelazarse con su inquietud respecto de lo que pueda pasar con sus hijos en caso de que a ella le ocurra algo, lo cual queda evidenciado cuando dice: *“El temor por mi propia salud, y lo que pueda pasar [con mis niños] si yo ya no estoy... Sí, porque yo pienso que lo mío es tan delicado, que en cualquier momento podría colapsar, o me da un bajón de tensión, me desmayo, no sé... entonces yo me digo ‘Marina, ¿y dónde estás tú en todo esto? (...) entonces prefiero llevarlo como algo que está ahí, que lo tengo que aceptar, y bueno me tocó, pero no es fácil... es pesado... Pero entonces no soy solo yo, están mis niños... ¿Qué va a pasar con ellos si yo no estoy? Sobre todo con F. [mi hijo con parálisis cerebral]... ¿Qué va a pasar con él?’”.*

A este nivel, es también ilustrativa la rememoración que hace Marina de los comentarios de su hermana llamándole la atención acerca de su esfuerzo y de la época en que cuidó de su abuela (de lo cual ya se ha comentado al hablar acerca del ámbito laboral al analizar en la categoría anterior la dominancia arquetípica en ella, así como cuando más arriba se refirió acerca de su actitud hacia las personas objeto de su cuidado). Es a través de esta mirada en retrospectiva que Marina es capaz de inventariar todo lo que ha hecho o hace por otros:

“Mi hermana, incluso, la que me cuidó a mí, que es la mayor, me dijo: ‘Marina, no sé cómo haces tú... eso es tanto trabajo’, ¡Y yo no veía que era un trabajo así, tan cansón [para mí]!... Me decía: ‘¡Tú sí trabajas: atender al niño, hacer la comida, limpias, a ti te gusta todo limpio’ (...) ‘Y límpiale todo eso, y el agua caliente... ¡Ay no, Marina! Tú haces todo eso... ¿Y cuando estaba mi abuela?’... Porque yo cuidé a mi abuela, y yo tenía mi casa impecable... y a mi abuela no le salió ni una escara. Yo bañaba a mi abuela, después

iba y bañaba al niño, la daba comida a mi abuela, después le daba comida a mi niño, y después venían los otros de la escuela y les daba... y eso así, y podía lavarle la ropa a la otra que estaba en el apuro, 'Sube la ropa para yo lavártela'... y pasaba todo el día en eso... Y la otra a la que le lavé la ropa a mano, porque la lavadora se dañó... y lavé catorce lavadoras a mano... y mi hermana me decía: '¿Cómo haces tú para hacer tantas cosas?' (...) Yo decía: 'Si me voy para la casa, bueno, ayudo a mi mamá con mi abuela, pero no es un trabajo en sí'... porque yo decía que no eso era un trabajo, pero eso sí que es un trabajo, un trabajón, sólo que es un trabajo sin sueldo... ¡estás trabajando sin que te paguen!'".

Finalmente, se advierte que su conducta de cuidado para con otros, desgastante y hasta cierto punto compulsiva, tiene su motivación en un mecanismo defensivo de negación con respecto a su propia condición de salud, cuando afirma que el llevarla a cabo ha estado justificada en el intento de: "(...) **no pensar en que yo tenía VIH** [era una estrategia para olvidar su propio problema y la atención a sí misma]. **Sí, porque cuando yo estaba en eso, yo llegaba y me olvidaba**". Pero nuevamente se pone en relieve la asunción de que el cuidado de sí misma es en razón de no dejar desamparados a sus hijos, y deja en claro cómo no se ha permitido recibir ningún apoyo de parte de otros (pues sólo recientemente se ha abierto a compartir su propio estado de salud con sus hermanas): "... pero cuando llegaba el momento de ir al médico, eso era fatal... me tenía que preparar mentalmente, y todavía, 'Ajá, vas al médico... **tienes que ir al médico porque tú tienes que cuidar a tus niños**'. **Les decía** [a mis hermanas] **que era para una terapia... No quería ir con nadie para que no se enteraran, porque mis hermanas no sabían nada, no sabían ni qué era lo que yo tomaba, ni lo que yo tomo y no tomo, cómo te cuidas... nada** [Y mis hermanas me decían:] 'Pero eso es un error Marina, porque no sabíamos... tú te vas para un hospital y...'. Entonces nos reunimos, hablamos, pero entonces la mayor es la que ha agarrado más la cosa, y anda con el miedo: 'Y no hagas fuerza, y esto Marina, por favor, que te puedes cansar''".

○ *Omnipotencia / prepotencia/ impotencia*

De entrada, el discurso y la actitud de Marina pueda transmitir una imagen de cierta omnipotencia frente a las personas objeto de su cuidado, a causa de su postura retaliativa y aparentemente opositora, la cual queda evidenciada cuando se le escucha decir frases como:

“No sé por qué lo cuidaba, será porque era el papá de mis hijos... Yo le decía: ‘Te cuido porque eres el papá de mis hijos, porque yo no te quiero, yo a ti no te amo’”; “Yo te cuidé y ese es tú castigo, verme todos los días la cara a mí cuidándote”, con respecto al padre de sus hijos; o cuando dice, “Actualmente yo entiendo que ellos están mal, la condición que tienen ellos [mis hijos] (...) pero no los acepto”, cuando refiere a sus niños. Además, se observa que cuando este factor se conjuga con su propia condición de paciente de VIH, Marina ha tomado una postura que durante mucho tiempo negó cualquier posibilidad de recibir apoyo (porque a su vez, como se ha visto, se empecinaba en negar la infección en sí misma y ocuparse en otros la ayudaba a olvidarse de ello). Así queda reflejado cuando dice: “Yo hasta ahora he llevado esto como algo que es mío, mío, sólo mío y soy yo sola la que se tiene que hacer cargo de esto (...) [Lo hacía para] no pensar en que yo tenía VIH (...) Sí, porque cuando yo estaba en eso, yo llegaba y me olvidaba”.

Sin embargo, no se tarda en advertir la verdadera dimensión de su posicionamiento cuando se observa que la asombrosa rectitud de su fortaleza flaquea de manera más que evidente en los momentos en que Marina sucumbe a la frustración y la desesperanza de la impotencia. Así queda evidenciado cuando se le repregunta con respecto a la frase dirigida al padre de sus hijos de que *el verla a ella cuidándolo era el peor castigo que podía tener*. De ello responde:

“Sí, porque yo digo que la que me fregué fui yo misma, porque la que lo cuidé fui yo... porque a veces yo digo: ‘¡Yo no tenía que cuidarlo!’ y me han dado unas crisis que yo gritaba, y eso era que... yo grité, y grité, y grité, y agarre y golpeaba la almohada, y yo ‘Ahgrrrrrr’... [Y me decían mis hermanas:] ‘¡Pero Marina, cálmate! ¡¿Qué tienes?!’, y no sabían lo que tenía, pero yo lloraba y gritaba... ¡pero era que gritaba!... Eso fue en noviembre [pasado]... Y eso era que grita, y grita, y grita (...) duré como una hora gritando... y después me dolió la cabeza, me dolía la cara... pero es algo que como que tenía que salir... y yo le pegaba a la almohada... ahí fue que empecé a llorar y llorar, porque no aguantaba... entonces empecé a temblar y ‘Agjjjj, Ahgrrrrr... No quiero estar así, no acepto’... Yo no acepto tener esto, no acepto... Pero está ahí, tienes que aceptarlo, te tocó... ¡Dígame tener que ir al hospital! ¿Tú crees que yo quiero?... No, yo no quiero... Eso para mí es algo fatal tener que ver con hospitales, no quiero nada de eso, porque yo estaba muy bien... Entonces me tuvieron que cambiar el tratamiento, porque el Duo-Vil ya

no me estaba haciendo efecto... entonces también otra vez empecé yo que `¿Y si ese tratamiento me cae mal? ¿Qué va a ser de mí, qué va a ser de mis niños?’, Ay, no, no, no... cosas así... cosas que, o sea, ni han pasado, y ya yo me adelanto a los acontecimientos... ¡Ay, no, qué angustia!’’.

En conjunto con el testimonio plasmado en el fragmento anterior, donde se observa la tendencia a dejarse de lado a sí misma hasta implotar emocionalmente a través de una desesperada visión de túnel, se pueden tomar en consideración aspectos que ha anticipado al dar su testimonio acerca de su percepción subjetiva con respecto a la feminidad (y que se retoman más adelante), cuando afirma que se ha dedicado a ser madre y del resto no ha sido mujer. Y a ello pueden adicionarse los resultados de su test de Wartegg (anexo 5), en los campos 1, 2, 4 y 8, en los que se refleja –entre otras cosas– su deseo de huida, la preocupación por la propia salud, la angustia de sentirse vacía y vaciada, y la tendencia a controlar todo el espacio vital de forma compulsiva como una forma de rehuir esta angustia, así como la falta de actividad e iniciativa para romper el círculo vicioso de la actitud que en gran parte la mantiene en dicha situación.

Todo ello ofrece nuevamente evidencia que permite reafirmar la existencia en Marina de un estilo de afrontamiento centrado en la emoción que recoge algunos aspectos tales como el deseo o fantasía de huida y el aislamiento social, y la reevaluación positiva y la regulación afectiva (Campos, Iraurgi, Páez y Velasco, 2004; cp. Brea, 2015), siendo que esto último emerge en ella como una forma de reflexión ocasional.

○ *Competencia social y vínculos entablados*

Aunque Marina sostiene que cuenta con la colaboración de sus allegados, se ha señalado que –en lo elemental– su actitud es la de asumir de manera reservada y como algo de su exclusiva incumbencia toda la carga de la situación. Más allá de algún débil apoyo económico del que participa en medio de la dinámica colectiva que constituye el matriarcado de las mujeres de su familia (que viven todas una cerca de la otra, interactuando de manera constante), la colaboración a la que refiere es más simbólica que real, y tampoco hay de parte de ella ningún intento por buscar algún tipo de ayuda material.

Así, se observa que la ayuda o apoyo que recibe consiste más en la demostración de preocupación por parte de otros y un acompañamiento moral, como cuando se le escucha afirmar que: *“Mi mamá y mis hermanas me ayudan todas... y mi mamá, bueno, la que más. (...) [Ella] viene para la casa [y me dice:] ‘¡Marina, el niño, los remedios, anda para el médico!, ¡Marina cuídate por favor!’ . Y por ejemplo, con la infección y la crisis que me dio, la segunda, [que] fue peor, porque se me bajaron las defensas y el doctor me dijo: ‘Si te siguen bajando las defensas, te voy a hospitalizar, porque tú sabes que esto es un caso grave... entonces tú no te puedes dar el lujo de... [alterarme]’ . Y yo claro, como que no entendía la cosa [la relación entre mi reacción emocional y mi estado de salud], y mi mamá fue la que me agarró y me dijo: ‘Cero estrés, quiero que seas feliz’ ”.*

Este factor, que puede resultar en una fortaleza específica en la situación demeteriana de Marina, no deja de lado la asunción de sobreexigencia que en solitario –y si se quiere, de forma egoísta–, tiene para consigo misma. No hace falta más que recapitular un segmento ya antes mencionado con respecto a la actitud que ha tenido para consigo misma en lo referente a su propio proceso en relación a la condición de seropositivo:

“No quería ir [acompañada] con nadie [al médico] para que no se enteraran, porque mis hermanas no sabían nada, no sabían ni qué era lo que yo tomaba, ni lo que yo tomo y no tomo, cómo te cuidas... nada... ellas lo que sabían era que yo tenía eso, pero hasta ahí... ninguna buscó información, nada... [Y mis hermanas me dijeron:] ‘Pero eso es un error Marina, porque no sabíamos... tú te vas para un hospital y...’ . Entonces nos reunimos, hablamos, pero entonces la mayor es la que ha agarrado más la cosa, y anda con el miedo: ‘Y no hagas fuerza, y esto Marina, por favor, que te puedes cansar’ . Y el doctor le habló: ‘Tú sabes que es grave’, porque [ellas] no habían entendido”.

Como ya se ha citado más arriba, es sólo en la voz de su hermana, a la que Marina trae a colación, donde aparece el reconocimiento de su demoledor –y omnipotente– esfuerzo en solitario:

“Porque mi hermana, incluso, la que me cuidó a mí, que es la mayor, me dijo: ‘Marina, no sé cómo haces tú... eso es tanto trabajo’, ¡Y yo no veía que era un trabajo así, tan cansón!... Me decía: ‘¡Tú sí trabajas: atender al niño, hacer la comida, limpias, a ti te gusta todo

limpio'... Entonces ella [dice que yo soy:] 'Y límpiale todo eso, y el agua caliente'... ¡Ay no, Marina! Tú haces todo eso... ¿Y cuando estaba mi abuela?'... Porque yo cuidé a mi abuela, y yo tenía mi casa impecable... y a mi abuela no le salió ni una escara. Yo bañaba a mi abuela, después iba y bañaba al niño, le daba comida a mi abuela, después le daba comida a mi niño, y después venían los otros de la escuela y les daba... y eso así, y podía lavarle la ropa a la otra que estaba en el apuro, 'Sube la ropa para yo lavártela'... y pasaba todo el día en eso... Y la otra a la que le lavé la ropa a mano, porque la lavadora se dañó... y lavé catorce lavadoras a mano... y mi hermana me decía: '¿Cómo haces tú para hacer tantas cosas?'".

Como se desprende de los fragmentos anteriores, Marina –aunque empieza a reconocer algunas de sus necesidades en el nivel individual–, no se caracteriza ni por pedir ayuda ni por aceptar la que pueda derivar de vínculos sociales, ni siquiera de los más allegados. En su caso, pareciera ser suficiente saberse mínimamente comprendida por los demás para poder continuar en la actitud de resolverlo todo ella sola (y quizá, ni siquiera eso), pues resulta avergonzante y deshonoroso no poder asumir la carga de la situación sola (algo que es característicamente demeteriano desde el punto de vista arquetípico, pero que en su complejo personal entronca con la percepción de suficiencia con respecto a su propia madre, tal y como se le ha descrito en la correspondiente subcategoría referida a la imago y relación que tiene con respecto a ella).

○ *Actitud hacia el futuro*

En esta subcategoría resulta imprescindible retomar el testimonio que ya se ha citado cuando Marina expuso lo que para ella significaba el hecho de ser mujer, por cuanto esta declaración arroja luz acerca de la percepción y actitud que ha tenido hasta ahora tanto con otros como consigo misma:

"De verdad que yo digo [que] yo me he dedicado a mis hijos [se podría agregar: los reales y los simbólicos o metafóricos] y del resto no he sido mujer... No, porque yo digo: 'Ajá, ser mamá y eso, ajá, lo típico, atender el hogar, los niños' (...) pero que yo sea una mujer en el sentido de dedicarme a algo mío, para mí... No... que yo me he preguntado, o sea ¿y yo?... Porque todo era porque los demás... porque por lo menos yo [decirme:] 'Marina, arréglate las uñas, Marina esto'... Claro, que a mí me encanta eso, tener mis uñas pintadas, secarme mi pelo y eso... yo soy feliz con eso... Y si tuviera dinero, igualito... pero ahorita

con esta situación, que me he vuelto obsesiva con todo lo que falta... Yo no era una persona que iba a divertirse, no... pero ahora no tengo ni para los niños. Y entonces ahorita yo digo: `Lo anhelo, quiero estar sola, en un sitio que... ¡Coye, Marina, descúbrete tú! ¡Yo estoy cansada! (...) quiero estar sola, tener un momento para mí, para pensar... Porque a veces me siento deprimida, no me doy la oportunidad porque todo el tiempo es no, no, no [para sí misma]... me siento así, como cuando te decía en El Algodonal, que siento que yo mancho a las personas... como cuando te decía que cuando yo salía a la calle, yo siento como que la gente ya sabe que `Marina, tiene eso [VIH]'... así... y me da una rabia, impotencia por lo que pude evitar, una rabia conmigo misma... porque yo digo que no merezco esto, me lo repetía siempre... y ahora me digo: `Bueno, tú estabas buscando, porque, bueno, tu papá y tu mamá ya no estaban... saliste a buscar a Y. [el padre de sus hijos], y te equivocaste, con la pareja que agarraste... ese hoyo [la carencia afectiva parental] nadie lo va a llenar. Ya el que creíste que lo tenía que llenar era el que fue el papá de tus hijos, y él no llenó eso'... Entonces estaba buscando lo que no es porque [buscando afecto y protección]... o sea, tenía que cuidarme yo, y cuidarlo a él... ¿Cómo es eso?`".

Sin dejar de lado la aprensión que le produce su condición de salud personal, del discurso pareciera desprenderse que ser mujer y cubrir o cumplir roles que tradicionalmente han sido femeninos –principalmente el ser madre y cuidadora de otros– ha estado reñido o ha anulado en gran medida la posibilidad de realizarse como individuo femenino en otros sentidos (de alcanzar la individuación). Así, Marina empieza a ver algunas de las motivaciones de su conducta y a reconocer que necesita de un tiempo y un espacio propios que, aunque no sean para destinarlos al hedonismo y el placer, lo entiende como necesario para la reflexión y para profundizar su relación consigo misma. Todo esto permitirá plantear –de manera prospectiva– la visión de futuro que alcanzará su apogeo en la última subcategoría de esta sección, a saber: la vuelta a sí misma a través de la situación de cuidado.

6.2.3.3.- Percepción acerca de cómo es/era recibido el cuidado por ella prodigado

Considerando las construcciones discursivas de Marina, pueden destilarse pequeños fragmentos que sirven como indicadores verbales que delatan la forma en que ella percibe que ha sido o es recibido el cuidado por ella prodigado. Así, se ha observado que con respecto a su

abuela dice que *“se sentía protegida”* (recuérdese al respecto el fragmento: *“Porque ella todo era: ‘La catira’, se sentía como protegida... ‘Marina es la que me baña, Marina no me han bañado, Marina, no me han dado comida... No quería comer con nadie’, no se quería dejar tocar por nadie con eso (...)* *En todo era lo que yo dijera y lo que decidiera”*).

Con ocasión del padre de sus hijos no hace mención acerca de si siente o percibe que su deseo de venganza hacia él llegó a hacerle mella en algún momento (en el sentido de que él se percatara de ello), más sí se ha indicado que incluso en el último momento él la reconocía como a una madre llamándola *“Mamá”* (cuando recuerda: *“Y a mí me decía mamá... ‘¿Dónde está mi mamá?’’, ‘¡Aquí estoy!’ le decía su mamá, ‘¡No, tú no eres mi mamá!’’, le decía a su mamá de él, que ella no era su mamá, ‘Mi mamá es ella [Marina]’”*), y teniendo con ella el mismo tipo de búsqueda desconsolada de un niño necesitado del amparo materno. En el nivel arquetípico, tal y como lo describe en su discurso, el padre de sus hijos respondía igual que sus niños, los cuales, en razón de serlo y de ser verdaderamente sus hijos, demuestran en todo momento necesitarla, haciéndoselo saber y notándolo ella. De ello ha quedado evidencia en dos fragmentos. El primero de ellos:

“Él [mi hijo con parálisis cerebral] está acostado y yo le voy contando todo lo que voy haciendo... Entonces [le voy diciendo]: ‘E., estoy haciendo tal cosa y tal cosa’, para que él también sepa... porque él tiene visión casi nula”.

Y el segundo:

“Está rebelde [mi segundo hijo], me dice que yo soy una mala mamá, que él quiere otra mamá, porque tú todo es regañarme, todo te molesta... porque él es un niño light... a mí me gusta el orden, y a él le gusta es el desorden... Le digo: ‘¿Será que tú lo haces a propósito?’... No es eso, sino que es para llamar la atención... o sea, es la única manera que yo le haga caso, haciendo desorden... entonces él se ríe, se voltea y ya”.

6.2.3.4.- Sombra del cuidado

○ *Motivación profunda oculta detrás del cuidado*

La motivación inconsciente que ha promovido –y promueve– la conducta de cuidado en Marina es compleja, en tanto conjuga distintos elementos que terminan confluyendo y materializándose en dicha tarea. **Con respecto al padre de sus hijos**, del cual continuó haciéndose cargo hasta el último momento, se identifica de entrada el aparente deseo de venganza sobre la base del resentimiento y el ánimo de retaliación punitiva que se habían apoderado de ella desde que conoció que la había infectado de VIH, cuando se le escucha decir: *“No sé por qué lo cuidaba, será porque era el papá de mis hijos... Yo le decía: ‘Te cuido porque eres el papá de mis hijos, porque yo no te amo, yo a ti no te amo’ (...)* Yo le decía [y todavía lo hago]: *‘Yo te cuidé y ese es tú castigo, verme todos los días la cara a mí cuidándote’... El error mío fue cuidarlo, pero fue su castigo... para atormentarlo él tenía que vivir más”*. Estas afirmaciones de Marina convocan con mucha fuerza la imagen de las Erinias, las diosas de la venganza, en el sentido de la carga de odio, resentimiento y sed de retaliación inapaciguables. Pero sin ir tan lejos, debe recordarse que la venganza es, junto a la actitud doliente, una de las constantes de la Deméter mítica, *casi siempre motivada por un atentado contra la sacralidad inmaculada de la vida en sus distintas formas*. Existen numerosos pasajes mitológicos que permiten ejemplificarlo, como el episodio en el cual convirtió en ranas a dos aldeanos que habían enturbiado el agua de una fuente en la cual la diosa pretendía saciar su sed durante su paso por Licia (Giménez, 1999); o el evento en el cual al ser descubierta por la reina Metanira y verse interrumpida en su intención de convertir en inmortal al príncipe Demofonte –del cual era nodriza y al que templaba a fuego cada noche luego de alimentarlo con néctar y ambrosía– Deméter lo condena a permanecer siendo un simple mortal sin trascendencia (Kerényi, 1997); o más aún, aquel pasaje en el cual, al atentar el héroe Erisictón contra un bosque de álamos que le estaba consagrado a la diosa, talándolo para hacerse de la madera con el fin de construirse una sala de banquetes, Deméter lo castigó imprimiéndole un apetito voraz e insaciable que no podía ser calmado con nada (Morillas, Morillo y Ruíz, 1998). Así, detrás de la postura que asimila a Marina con estas míticas figuras, es posible inferir que se esconde un profundo dolor, así como sentimientos de tristeza y desconsuelo.

Pero además puede rescatarse el hecho de que la añeja insatisfacción persefoniana de conseguir en la pareja al sustituto que ocupara el lugar de padre protector constela en Marina todo el poder destructivo de la madre. Recuérdese cuando Marina dice: “*Ya el que creíste que lo tenía que llenar era el que fue el papá de tus hijos, y él no llenó eso’... Entonces estaba buscando lo que no es porque [buscando afecto y protección]... o sea, tenía que cuidarme yo, y cuidarlo a él... ¿Cómo es eso?*”

Consecuencia de lo anterior, **con respecto a sus hijos** queda claramente evidenciado el deseo de reparación frente a la percepción culpógena de cómo la furia desencausada que llegó a sentir hacia el padre de los mismos terminó de alguna manera extendiéndose a ellos en una especie de contagio por contingencia (significándoles como objetos malos que le fueron depositados junto con la enfermedad, y entrelazando en el nivel inconsciente la posibilidad de dar vida con el de convertirse ella misma en tumba depositaria y dispensadora de muerte – polaridad típicamente demeteriana–, lo cual adquirió connotaciones psíquicas de dimensiones descomunales). De todo ello queda evidencia cuando ha dicho: “[Al recibir la noticia del segundo embarazo] *Estaba con mi mamá, y pensé que me iba a morir... yo dije ‘¡Me voy a morir!... ¡Yo lo mato! (...) Me lo saco’*”, además de los deliberados intentos por interrumpir los embarazos, de los que describe:

“Me daba golpes en la barriga, me tiraba y me arrastraba por el piso... no los quería tener, no quería tener ningún hijo que viniera de él... Yo me ponía a limpiar el piso, y limpiaba todo, hasta las paredes y todo, y entonces me tiraba al suelo a ver, porque yo decía: ‘A lo mejor el impacto [me ayudaba a abortar]’ (...) Claro, pero a mí me dijeron eso [me dieron el diagnóstico de VIH con el resultado positivo del embarazo], yo me impacté mucho, y yo: ‘No quiero, no lo quiero, no lo quiero y no lo quiero’... o sea, yo desde la barriga lo rechacé, ‘No lo quiero, no lo quiero, no lo quiero’ [asoció la noticia de ese embarazo con la del diagnóstico de VIH y, de esa manera, ambas cosas fueron igual de mal recibidas]... Yo llegué a hacer cosas para interrumpir ese embarazo... y con el último también... Yo obligué a Y. [el padre de mis hijos] a comprarme unas pastillas de Cytotec”.

A partir de lo cual aflora la reflexión y el arrepentimiento:

“De mis tres hijos, de verdad que F. [mi segundo hijo] es el que más... reconozco que he cometido muchos errores (...) porque cuando a mí me detectaron esa cosa, el VIH, yo le

*agarré como cierta cosa a mi hijo... o sea, porque me lo dijeron fue con él... o sea, entonces yo digo, **no es que yo no lo quiero... porque yo lo quiero, pero... cuando me dicen eso, yo agarré así como que yo no lo quiero tocar, no lo quiero abrazar porque pienso que le puedo hacer daño, porque yo dije: 'No, yo no le voy a hacer daño a mi hijo'... porque esa protección de que 'No, yo no le voy a dar un beso, porque le puedo hacer daño'... pero más fue a él, porque él estaba pequeño y yo '¡Ay, Dios mío!'... Y más ahorita que se parece más a su papá, todo lo que el papá... igualito... igualito... 'Sí, por eso es que tú no me quieres', dice él... 'No, yo sí te quiero'.***

Para finalmente reconocer: *“Ahora pienso que eso estuvo mal, estaba mal **porque yo estaba atentando contra mis niños, o sea, un ser que no tenía culpa**”,* detrás de lo cual siguen todas las angustias que, como madre, ha sentido y siente por sus hijos cada vez que se ha visto o se ve confrontada con: *“Cuando yo estoy en ese hospital, todo regresa a mi memoria igualito otra vez como ocurrió [con el papá de mis hijos]... ¡todo igualito! Y entonces **la angustia, porque [mi niño con parálisis cerebral] convulsionaba y yo: '¡Ay Dios mío, se me va a morir!'.** Entonces viene el caso de F. [mi segundo hijo, que tiene el quiste cerebral]: **'Mira tiene que se está mareando', convulsionaba, pero así, o sea, le daban eran así crisis... Y entonces me decían: '¿Él también [está enfermo, a lo mejor con VIH]? ¡Ay no, no puede ser!... ¡Y el chiquito también, y eso...!'.***

Pero además, la presencia en ella de la cualidad de abnegación –que tampoco puede ser dejada de lado–, en el desempeño como cuidadora se entrelaza con la necesidad de negar la infección de VIH en sí misma. Así, cuando habla acerca del desgaste implícito en las tareas llevadas a cabo y se le pregunta acerca de la motivación para seguir adelante con este proceder, lo revela como una forma para olvidar su propio problema y la atención a sí misma:

*“Yo cuidé a mi abuela, y yo tenía mi casa impecable... y a mi abuela no le salió ni una escara. Yo bañaba a mi abuela, después iba y bañaba al niño, la daba comida a mi abuela, después le daba comida a mi niño, y después venían los otros de la escuela y les daba... y eso así, y podía lavarle la ropa a la otra que estaba en el apuro, 'Sube la ropa para yo lavártela'... y pasaba todo el día en eso... Y la otra a la que le lavé la ropa a mano, porque la lavadora se dañó... y lavé catorce lavadoras a mano... y mi hermana me decía: '¿Cómo haces tú para hacer tantas cosas?'. [La razón es] **El no pensar en que yo tenía VIH... Sí,***

porque cuando yo estaba en eso, yo llegaba y me olvidaba... pero cuando llegaba el momento de ir al médico, eso era fatal... me tenía que preparar mentalmente, y todavía, 'Ajá, vas al médico... tienes que ir al médico porque tú tienes que cuidar a tus niños'".

○ *Apego, pragmatismo y buen morir*

Con ocasión del testimonio de Marina sobre la época en la que se hizo cargo de cuidar a su abuela, se encuentra una contundente evidencia de la especial cercanía que, como refiere Méautis (1964), tiene para con la muerte la figura de Deméter: *"A ella le había dado un ACV, ya le habían dado tres antes... y el médico me dijo que me la llevara para la casa, y ya hablamos clarito: 'Mire, vamos a hablar las cosas, abuela... este, mira ya tú no das para más'... Porque yo le hablé [claro]: 'Ya sabes, yo no te voy a enterrar, te voy es a cremar... ¿estás de acuerdo?'... [y ella me decía:] 'Sí, hija, lo que tú digas'... Yo era como la hija de ella, ya me había convertido como en la hija y yo era quien tomaba las decisiones (...) Pero en todo era lo que yo dijera y lo que decidiera"*.

Por el contrario, el anclaje en el resentimiento y hostilidad que se imbricaba con la atención y cuidado hacia el padre de sus hijos ha perdurado en razón de la infección con que la contagió y la situación general en la que la dejó a ella y sus hijos después de morir, en razón de lo cual Marina sigue conduciéndose como si de alguna forma este hombre continuara constantemente presente a través de un recuerdo tortuoso. Lo paradójico es que el lazo emocional de la ira irresuelta de Marina sigue atándola a él a través de la muerte, colocándolos a ambos en el reino del Hades (a él por haber fallecido, y ella por el estado emocional tortuoso con que lo sigue recordando a diario), tal y como lo demuestra al decir: *"Mi hija la grande (...) me dice: 'Mamá, deja quieto a mi papá, él ya se murió, ya pagó por lo que hizo', pero yo creo que no, que el debió vivir más tiempo para que sufriera más... Yo le decía [y todavía lo hago]: 'Yo te cuidé y ese es tú castigo, verme todos los días la cara a mí cuidándote'... El error mío fue cuidarlo, pero fue su castigo... para atormentarlo él tenía que vivir más (...) Pero él tomó sus decisiones... todos los días voy a decir: 'Ya él se murió, se murió... deja la peleadera con alguien que se murió, que ya no escucha nada'... Y eso me ha ayudado [digo:] 'Tú ya estás muerto... ¡tú estás mejor que yo!... él ya pagó lo que hizo'"*.

Adviértase además en el fragmento anterior se evidencia la actitud de Erinia –diosa vengadora del ctónico reino del inframundo–, que acaba por tomar la forma de masoquismo, el cual pareciera ser un rasgo constitucional más allá del evento concreto reclamado al padre de sus hijos, pues se trata de una actitud que existía antes de la situación de cuidado, que estuvo presente durante el mismo y que se sigue extendiendo en el tiempo todavía después.

Finalmente, en el caso particular de Marina es necesario hacer en este apartado una referencia a la falta de movilidad de su tercer hijo en razón de la parálisis cerebral. Se trata de un aspecto que, con independencia de la condición del niño, entra en sincronía con la actitud asumida por ella de considerarle un “bebé eterno”, adquiriendo significado a la luz de los aspectos mortíferos del arquetipo demeteriano. De forma similar a lo que se analizó en el caso de Juvena, en Marina la asunción de la condición estacionaria de su hijo y la reducida posibilidad de que evoluciones hacia un estado significativamente mejor a aquel en el que se encuentra en la actualidad, entran en colusión con su deseo. Así, en tanto símbolo de la petrificación de la muerte, la parálisis del hijo encuentra resonancia en el inconsciente de la madre, en donde es concebido con la imago de un permanente estado embrionario (un símbolo de la atrofia o la detención del proceso de crecimiento y desarrollo natural):

*“Él se mueve porque se me rueda de la silla, de la cama, le da a los pies... pero aquí [en los hombros] no tiene fuerza... no tiene fuerza en las manos... en el cuello sí, él levanta, se baja... pero no es constante, es cuando a él le provoca o cuando el cerebro le manda esa información, el impulso... pero de repente, siempre está así... como que todo hay que hacérselo... todo hay que hacérselo (...) Con él tienes que jugar para darle el desayuno, la cosa... y así... por lo menos agarro al niño, que si lo baño... todo el día en él, todo el día en torno a eso... lavar, planchar, fregar, pero siempre pendiente de él... Sí, **porque él es el bebé de uno... o sea, para nosotros él no crece pues... él es el bebé, él es el bebé de la casa... Él ahora dice `Mamá`, ya por lo menos, cuando a él le gusta algo, él se para y [dice:] `¿Ah?`, y entonces, aplaude, se emociona pues... O sea, el `Sí` de él, él lo manifiesta así pues... riéndose y aplaudiendo”.***

6.2.3.5.- La vuelta a sí misma a través de la experiencia de cuidado

En el caso de Marina, su discurso general y aquel referido a su vivencia como cuidadora enfrenta muchas veces el predominio de la figura de Deméter (o la hipertrofia de lo maternal) en su personalidad con la necesidad de reconocimiento e integración de la figura de Afrodita. En su caso, ello impone revisar la dinámica de esta díada arquetípica que –al ser vivida como un conjunto de atributos dicotómicos, disociados y a los que encuentra difícilmente reconciliables–, no le permite disminuir la tensión existente entre ambas facetas. El trabajo de integración entre estas dos figuras emergentes transitaría por trabajar primero la sombra de la madre idealizada y el padre perdido al que, a su vez, hubo de aprender a rechazar; para que sólo después de reconciliarse con lo que representan como principios desmitificados con respecto a los padres reales (Zweig y Wolf, 2004), pueda reencontrarse con aspectos como la propia autoestima y el espíritu creativo en el sentido afrodítico más que demeteriano dentro de sí misma. Esto es así porque, siguiendo a Barker y Woolger (2005) debe recordarse que ambas figuras arquetípicas –tanto Deméter como Afrodita–, tienen en común la manifestación del amor, pero difieren tanto en la manera de expresarlo como en la experiencia que cada una tiene con respecto al cuerpo como vía para dicha manifestación. Así, mientras arquetípicamente Deméter reserva el amor hacia los hijos, y su manera de amar toma siempre la forma de un amor materno (independientemente de a quién se lo destine), ofreciéndose como un recipiente contenedor y nutricio para otros, Afrodita, por el contrario, tiene una vivencia del propio cuerpo como un objeto de amor sagrado, portador de belleza y experimentado de forma estética, que se consagra de manera enaltecida y nutritiva para sí misma en comunión con un otro.

Como se ha podido observar, en Marina tanto la manifestación de amor como la vivencia del cuerpo son aspectos que se encuentran muy unilateralizados en su experiencia vital. Ello podría atribuirse al diagnóstico de VIH, estableciéndolo como marca inicial de su perspectiva, sin embargo su testimonio demuestra que la postura adoptada es muy anterior en su historia de vida. Así, en la medida en que ha asumido mayoritariamente una postura maternal demeteriana, ha también sofocado –incluso, podría decirse que jamás ha permitido emerger– la dimensión real de Afrodita en su personalidad. Al respecto, recuérdese su frase: *“De verdad que yo digo, [que] yo me he dedicado a mis hijos y del resto no he sido mujer”*, y las referencias hechas a que nunca disfrutó de su sexualidad.

Tomando lo anterior, resultaría falaz y excesivamente idealizado decir que el amor demeteriano es siempre desinteresado, por cuanto se ha observado que en Marina existen también expectativas que pueden ser definidas como formas encubiertas de obtener compensación frente a lo que hace por sus hijos. Así, recuérdese la codependencia entablada con ellos y su frase: *“Yo digo: ‘Bueno, si él [mi segundo hijo] se queda sordo, yo soy sus oídos’ (...) Voy a ser los ojos de un niño y los oídos del otro”*. Pero lo cierto es que sostener esta posición a lo largo del tiempo, aparte de resultar extenuante y mortificador por hacerla proclive a la sensación de ser vaciada a través de su atención y cuidado para con los demás, le resulta insatisfactorio en el nivel profundo del arquetipo faltante que es el que discierne y acaba expresando el déficit sufrido por su falta de valoración a sí misma y por dejarse siempre en último lugar. Además, en el caso de Marina, la ha envilecido de manera despiadada incluso en la faceta demeteriana, en tanto el cuerpo se ha hecho continente también de sentimientos de hastío que se conjugan con todas las construcciones inconscientes apareadas al tema de sentirse depositaria de una enfermedad que tiene una alta carga de estigma social y que ella misma aborrece. El cuerpo es una instancia que nos define y otorga identidad, y al tener ella la percepción de que está invadido por la infección de VIH, se ha creado una identificación con la enfermedad, adquiriendo el estatus de algo marginado, devaluado, y al que no se le quiere sentir como propio, en tanto no es digno de ser valorado, querido o admirado (privándola esto no sólo del aspecto erótico-afrodítico, sino impidiendo inclusive la experiencia amorosa durante la gestación de sus dos últimos hijos).

Es por ello que recuperar la dimensión de Afrodita e integrarla se perfila en Marina como un aspecto necesario para poder ofrecerse de una manera más madura. Esto implica varias tareas que contribuyan al fortalecimiento del autoconcepto y la recuperación de su autoestima femenina más allá de lo meramente maternal. Como se ha dicho, la primera de ellas es dilucidar la identificación con la madre ideal y el reconocimiento de ella en su dimensión real. La segunda, implicaría abandonar la expectativa de recuperar al padre infantil idealizado y reconocerlo en su justa dimensión humana, para poder aliviar el resentimiento contra los aspectos rechazados de éste y, por extensión, al principio masculino en general. Sólo de esa forma podrá trascender lo que en sí misma se encuentra aún en estado germinal, permitiéndole desarrollarse de manera integra, dejando de proyectar esa figura en el afuera y haciéndola sentir

desvalida y decepcionada, para consolidarla dentro de sí misma. Y quizá la larga historia de cuidado y sufrimiento de Marina la empieza a conducir a ello, como se evidencia al escucharla asomar incipientemente:

“No, porque yo digo: ‘Ajá, ser mamá y eso, ajá, lo típico, atender el hogar, los niños... por lo menos como pareja, que si le lavaba la ropa, y eso’... pero que yo sea una mujer en el sentido de dedicarme a algo mío, para mí... No... que yo me he preguntado, o sea ¿y yo?... Porque todo era porque los demás... porque por lo menos yo [decirme:] ‘Marina, arréglate las uñas, Marina esto’... Claro, que a mí me encanta eso, tener mis uñas pintadas, secarme mi pelo y eso (...) Y entonces ahorita yo digo: ‘Lo anhelo, quiero estar sola, en un sitio que... ¡Coye, Marina, descúbrete tú! ¡Yo estoy cansada!’”.

Y a lo cual finalmente agrega un autoreconocimiento importante:

“Yo hasta ahora he llevado esto como algo que es mío, mío, sólo mío y soy yo sola la que se tiene que hacer cargo de esto [pero] los médicos que me dijeron (...) ‘Sé feliz, porque eso es lo que te va a ayudar’, que me bloqueo, que no me doy esa oportunidad... y entonces, [he empezado a darme cuenta que] soy yo, el problema soy yo... y las cosas que me han pasado... o sea, me cuesta eso, porque no dejo que me quieran, yo no permito eso... por bloqueada (...) Yo me siento ahora es como que descubriéndome yo”.

6.3.- Resultados para DIANA

6.3.1.- Datos demográficos e introductorios para el caso de Diana

Diana es una mujer de 32 años de edad. Es licenciada en Educación y se desempeña profesionalmente como profesora de castellano y literatura en un liceo de Caracas. Es soltera y, como se verá, con un prospecto complicado en lo referente al vínculo de pareja. Ella se hizo cargo del cuidado de su madre afectada de demencia y de su hermano menor seropositivo que terminó viéndose afectado de una complicación pulmonar por progresión de la infección de VIH (ambos fallecidos a los 57 y 29 años de edad, respectivamente). Fue invitada a participar en la presente investigación a partir de varias entrevistas que se le efectuaron cuando su hermano se encontraba hospitalizado en la Unidad de Terapia Intensiva del Hospital General José Ignacio Baldó. Como se desprende del análisis de la primera parte de sus resultados, en la presente investigación ella ha sido identificada a nivel de personalidad con un funcionamiento arquetípico dominante característico de la figura de Artemisa. Se escogió para ella el seudónimo de “Diana”, que como se ha mencionado en el marco teórico es el nombre romano equivalente al de la diosa Artemisa griega.

6.3.2.- Dominancia de la figura arquetípica de ARTEMISA en la personalidad de Diana

6.3.2.1.- Imago y relaciones parentales

o Imago y relación con el padre

En Diana prevalece la imago de un padre abandonico (Spitz, 1996). Afirma que siempre se sintió abandonada por sus dos padres, pero con respecto a la figura de su papá refiere: *“Yo a mí papá siempre se lo digo y se lo reclamo: `¡Cónchale, acuérdate que tú tienes una hija de treinta y dos años, que existe, que está viva, que está aquí en Caracas, que corre peligro, usted nunca la llama, nunca le escribe, nunca le dice nada!’... Él se me queda callado, callado... Entonces yo siempre hablé en tono de represalia, de meterle la cosa... y cuando estoy allá yo siempre le digo: `Cónchale papá, pero usted a mí ni me llama, ni un mensaje, ni una llamada para mí... ni un `Hija para saber cómo estás, cómo te sientes, cómo estuvo tu día’... [Y él me*

dice:] *`Ay, es que he estado muy...´. `Sí papá... yo sé que estás muy ocupado, pero una llamada no quita mucho, y así como yo lo hago cuando también estoy muy ocupada, estoy muy cansada del día... usted no llama, usted solamente es que lo que le diga [le reporte] mi abuela, y eso es´. Yo se lo reclamo, aunque cuando niña, cuando más chama, nunca se lo reclamé porque siempre estuvo mi abuela ahí´´. En su caso, resulta interesante observar como Diana, al hacerle el reclamo afectivo a su padre, se refiere a sí misma en tercera persona, pues aunque existe en ella la necesidad de llevar a cabo este reclamo, al realizarlo se distancia y se coloca en una posición impersonal que demuestra que no se trata sólo de la actitud asumida por su padre frente a ella, sino también de la dificultad que ella misma puede llegar a tener –y la incomodidad que puede llegar a sentir–, al intentar la aproximación con él. Pero además obsérvese como ella misma plantea expresamente que su reclamo emocional hacia el padre es planteado en tono de “*represalia*”, permitiendo de entrada destacar la revancha y el intento de desagravio perseguido en la inflexión de su discurso como ilustrativos del dominio de la figura arquetípica de Artemisa en su personalidad y el efecto psicoide de esta influencia.*

En retrospectiva, expresa cuál habría sido su deseo y aspiración parental, y frente a su padre: *“A mí me hubiera gustado que hubiera habido una mayor unión familiar, no sé, [que mis padres fueran] como un matrimonio verdaderamente... (...) con un papá más afectivo... lo que te digo es lo que soñé, lo que me hubiera gustado tener pero que no tuve ... (...) mi papá no es afectivo para nada... es un hombre que yo le digo: `Ay papi te quiero mucho´, y él: `Está bien, yo también mi corazón´... O de repente me dice: `Ah, yo también mi corazón´... pero él es indiferente... quizá sea porque él pierde a su papá a los doce años, lo entierran y es como si sus sentimientos se hubiesen bloqueado”*. La razón de la actitud emocional que ella le asigna a su padre para justificarlo de algún modo puede ser leída como una proyección. Es probable que el “bloqueo de sentimientos” que Diana identifica en él –y que por su puesto pueden también estar presentes en el padre de alguna forma para soportar la proyección–, sea en gran medida una atribución que ella hace a partir de sus propias inhibiciones emocionales. En este sentido, en la figura del padre se proyecta un primer aspecto del propio *ánimus*.

○ *Imago y relación con la madre*

Si con su padre la percepción fue de abandono, con la madre no ocurrió algo muy diferente, y Diana lo expresa con franqueza: “*Mi mamá **nunca me atendió y decidió que no viviera con ella, que fue cuando me mandó a vivir con mi abuela, la mamá de mi papá***”. Esta percepción es evocada en distintos momentos y con diversas situaciones vividas, junto con eventos de maltrato manifiesto, como por ejemplo cuando refiere: “*Me acuerdo unas vacaciones que yo fui a pasar con mi mamá, yo tendría como once años... y mi mamá acababa de dar a luz, mi hermanita tendría como siete meses, algo así... [mi mamá] había preparado un tetero (...) mi mamá generalmente no era mujer de usar fórmulas, ella preparaba teteros de plátano y eso (...) y hacia los famosos atoles y esa cuestión... Ella prepara el atol, y lo deja afuera para que se enfriara... y me dice a mí que se lo guarde, una vez que esté frío (...) pero de verdad yo por estar jugando, porque en esas vacaciones estaban otros primos allí, me puse a jugar con una prima y de verdad a mí se me pasó... como que, ni idea... al otro día en la mañana, cuando mi mamá se despierta, ve el atol en la cocina, y cuando ella lo revisa, el atol estaba dañado, por el mismo calor, la broma... de un día para otro... Y yo: ‘Pero mamá, ¿si otras veces se ha quedado afuera y nunca le ha pasado nada?’; ‘¡No, que se dañó por culpa tuya, que yo te dije!’... Y entonces claro, ella me despertó, pero no me despertó de la manera más normal que debió haberme despertado, sino que agarró y reventó mosquitero y me dio por la cara y me dio por todos lados... entonces, esas son algunas de las cosas que a mí marcaron de estar con mi mamá*”. Obsérvese que este recuerdo, seleccionado entre muchos otros posibles expresados en las entrevistas, hace alusión a la exigencia que desde temprano se le impuso con respecto al cumplimiento de ciertas obligaciones, además de representar la fuerza de todos los aspectos punitivos del superyó materno. Al igual que la Artemisa mítica, en Diana observamos que desde muy niña –e incluso en tiempo de vacaciones–, la percepción es la de que haber sido demandada a *asistir* a su madre, como Artemisa se vio obligada a hacerlo desde el mismo momento de su nacimiento en la situación de atender como comadrona a Leto para que alumbrara a Apolo (aunque el nivel de violencia infligido sobre Diana por parte de su madre no tiene parangón mitológico en la relación de Artemisa y su progenitora). En cualquier caso, el mensaje materno era el de que se esperaba de ella que se condujera como una colaboradora

desde muy temprano, o incluso que fuera una hija más complaciente –del tipo Perséfone–, lo cual se traduce en la exigencia de que fuera algo más o alguien de plano distinta a lo que era.

En este punto, es entonces pertinente retomar un fragmento que ha sido citado antes, pero destacando de él la parte en la que Diana se refiere a las aspiraciones que, mirando en retrospectiva, coloca en su madre: “*A mí me hubiera gustado que hubiera habido una mayor unión familiar, no sé, [que mis padres fueran] como un matrimonio verdaderamente... con una mamá quizá más comprensiva (...). Lo que te digo es lo que soñé, lo que me hubiera gustado tener pero que no tuve... mi mamá no era comprensiva (...)*”.

Así, llama también la atención las demandas específicas que se plantean en su discurso. Con respecto a su padre, Diana añora el que no haya sido –y aún hoy día no sea– más *cariñoso*, mientras que con respecto a su madre el reclamo es que no haya sido más *comprensiva*. Sin forzar demasiado la interpretación, podemos encontrar en Diana la necesidad básicamente artemisal de “sentirse aceptada” por sus padres, a pesar de las peculiaridades y asperezas de este tipo de personalidad arquetipal.

○ *Imago y relación con hermanos y hermanas*

A pesar de que Diana tiene dos hermanos por parte de padre y una hermana por parte de madre, al único que reconoce como hermano es al que más se aproxima a ella por similitud genética, al ser hermano de padre y madre (y con el que mantuvo un nexo de identidad como el existente entre la Artemisa y el Apolo míticos). Para Diana este hermano aparece como una especie de doble especular en el cual se proyecta la figura de su propio *ánimus* apolíneo benevolente. En sus palabras: “*Hermano, hermano, de papá y mamá, era mi hermano R., que murió de VIH [al que ella cuidó en su estado terminal durante el tiempo que permaneció hospitalizado] (...) [Nosotros] éramos parecidos porque salimos, como quien dice, hacia la familia de mi mamá (...) él tenía las cejas gruesas... obviamente ahora se las sacaba... la nariz quizá un poco más grande, porque él tenía la nariz de mi abuelo (...) [Él] era más cachetoncito, pero en la forma de las cejas y eso... sí, casi iguales. Y agrega que: “A pesar de todas las diferencias y los desencuentros, nosotros éramos... éramos los que estábamos [el uno para el otro] pues (...) porque a pesar de nuestras diferencias y de que él era menor, yo*

sentía que él siempre me cuidó de la maldad de las personas... por lo menos aquí en mi estadía en Caracas, él siempre me advertía. 'No te metas por ahí que tal cosa, o no hagas esto, o pendiente por ahí con qué sé yo'... porque yo aunque sé cuidarme no me veo como alguien que de repente tenga esa malicia... porque siempre fui una niña correcta, recta pues”.

Adviértase del fragmento anterior el carácter protector que percibe Diana ejercía su hermano menor, al servirle como una especie de función yóica anticipatoria auxiliar que complementaba y/o suplía su capacidad de previsibilidad propia (y que fácilmente recuerda el carácter “oracular” del dios Apolo, hermano gemelo menor de Artemisa).

Por el contrario, de sus medios hermanos dice: *“Luego de que mi mamá dejó a mi papá, o que ellos se separaron pues, mi mamá tuvo otra hija, que es P. Ella tiene 21 años ahora, pero es mi media hermana, nunca la he visto como una hermana realmente y de hecho cuando yo me entero estando en sexto grado que mi mamá iba a tener otro hijo, yo no quería que naciera, no lo quería, estaba en contra de eso y me puse muy rebelde... y mi papá, por su parte, con su nueva esposa, tuvo dos hijos que son morochos, una mujer y un varón, que ahora tienen 24 años... se llaman B. y A.”.*

Es relevante como recuerda y expresa su reacción al enterarse del embarazo de su hermana P., una prueba de la naturaleza instintiva y salvaje de la personalidad artemisal, que sin ningún reparo transparenta –ante lo que en su momento fue percibido como una amenaza–, que *“no quería que naciera”*. Además, desde el punto de vista arquetípico es característica la reacción que Diana describe haber tenido al enterarse de la llegada de esta nueva hermana: la rebeldía, en tanto hemos de recordar que la rebelión, el carácter indómito y la postura antagónica de rival son rasgos típicos de Artemisa. Como veremos, estos rasgos –infantiles, si se quiere– persisten en Diana a la fecha presente y se manifiestan en muchas de sus relaciones adultas. No obstante, en lo particular, interesa resaltar que esta reacción, que puede ser considerada natural en todo niño que siente el peligro de ser desplazado, pervive hoy en día con la misma fuerza e ímpetu en el discurso de Diana. Muestra de ello es la referencia que con aspereza hace de esta hermana:

“Mi hermana es egoísta... y es egoísta hasta el momento, que es por eso que yo digo, wuao, es algo que esa mujer no le disculpo, no le a-cep-to su egoísmo... no se lo acepto (...) O

sea, su egoísmo no se lo puedo aceptar, y solamente espero que cuando estés en la gloria de Dios, él la perdone... `porque solamente Él es el único que te va a poder perdonar y te va a juzgar por las cosas malas que tú has hecho en esta vida`”.

Nótese el aspecto punitivo del discurso, en el que apela al Dios-padre como el único que juzga y puede perdonar, cuando en realidad el registro se convierte en una advertencia en segunda persona, lo cual trasluce la proyección de un aspecto del propio *ánimus* juzgador e implacable de Diana, otro rasgo de lo apolíneo en su inconsciente, por cuanto Apolo era despiadado en sus venganzas y mitológicamente su saña y la de su hermana Artemisa corrían en paralelo, siendo simbólicamente uno el reflejo del otro, pero en su perspectiva contrasexual. Ello es consistente con la ejecución en el campo 5 del test de Wartegg de Diana (anexo 6), en el cual se observa como la expresión de su energía vital es representada por ella en la forma de un martillo de juez dibujado abajo y a la izquierda del campo (lo inconsciente), reflejando el aspecto enjuiciador del *ánimus*. En la misma línea, continúa diciendo acerca de su media hermana:

“Porque no puede ser, porque tú puedes ser egoísta con una persona que sea completamente extraña, pero no con las personas que son tu sangre, que son tu familia, independientemente de cómo haya sido mi mamá... Y se lo dije a ella una vez: `Mi mamá fue así con nosotras, y específicamente contigo, porque tú eras una muchacha loca, tú eras una borracha, tú eras, como quién dice, paloma caliente... o sea, tú eras una muchachita que a los catorce años (...) tenías las hormonas a mil`, porque ella quería estar con hombres, cosa que a mi mamá eso no le parecía, y siempre trató de guiarla, pero, `¿Qué hiciste tú?`, `No, que mi mamá no me quiere, que mi mamá esto y que mi mamá lo otro`... Y mi mamá, la manera de reaccionar con ella era pegándole, porque ¿cuándo ella en la vida le obedeció a mi mamá?... Siempre hacía lo contrario y siempre la retaba... O sea, porque tú te fuiste (...) y ¿Cómo te consiguió mi mamá? ¿Qué le dijeron a mi mamá dónde estabas tú? Porque tú tenías como catorce, dieciséis años en ese momento... ¿Dónde estabas tú? ¡En una verbena, acababa de llegar borracha! (...) estaba borrachísima... estaba en un estado de embriaguez único... ¿Y entonces?`”.

Obsérvese en su discurso la significativa postura artemisal que reniega del impulso sexual adolescente desbocado de la hermana y la repudia por sus excesos dionisiacos, muy consistentes con el discurso de la virgen arquetípica. Pero además es decisivo el aborrecimiento

que lo amazónico, lo virginal y lo artemisal de Diana, en conjunto, proyectan sobre esta media hermana, haciéndole imposible la más mínima empatía cuando describe la percepción que tiene acerca de su actitud permisiva y poco digna con la que se doblega para que se le irrespete y se abuse de su condición de mujer (atribuyéndole incluso una participación activa en la búsqueda de maltratos): *“Porque a pesar de que ella recibió maltrato de mi mamá, pareciera que a ella le gustara que su marido también le pegara (...) ella parecía que era feliz cuando él le pegaba... ella buscaba que su marido la pusiera como un hígado (...) azul (...) la agarraba y le daba sus correazos... le daba con la hebilla, y le daba en la cara y todo eso... pero ella parecía feliz”*.

6.3.2.2.- Infancia

Como corolario de cuanto ya se ha adelantado en referencia a la imago y relación de Diana con sus padres, cuando se le pregunta sobre la percepción que tiene acerca de su infancia se observa que no tiene reparo en responder que siempre se sintió abandonada por parte tanto de su padre como de su madre: *“¿Te contesto esa pregunta con frialdad? Abandonada... de parte de los dos siempre estuve abandonada... La única persona que pudo haber sido y que siempre hizo el papel de papá y mamá [para mí], fue mi abuela B.”*. Esta abuela fue siempre defendida por Diana frente a cualquier reclamo de parte de su madre: *“[Yo le dije a mi mamá en una oportunidad que habló mal de mi abuela:] `Para mí, ella prácticamente ha sido una mamá, como la persona que me hubiese parido a mí, porque tú no has sabido ser una mamá conmigo... yo contigo he pasado solamente temporadas, y yo no sé con qué moral tú hablas de mi abuela”*.

Y agrega: *“Viendo para atrás, el recuerdo es de abandono, como te digo, pero [en ese momento] no me daba cuenta de lo que estaba pasando, así de simple y sencillo... traté de quedarme así como que [ajena a eso]... o sea, me sentía apoyada o me sentía bien, cuando estaba con mi abuela... era feliz cuando estaba con mi abuela... Es ahorita (...) que yo me doy cuenta de que siempre estuve sola... siempre estuve abandonada”*. Ello implicó que desde muy temprano tuviera que aprender a arreglárselas sola. Al respecto, puede recordarse lo sostenido por Bolen (1984) cuando dice que si una mujer Artemisa no ha tenido la fortuna de contar con una madre amorosa y un padre que le brinde apoyo y le demuestre que valora su

manera de ser; y si –por el contrario– le ha tocado tener una madre negativa o desvalorizadora, tomará las riendas decidida a no parecerse a ella, suprimiendo cualquier sentimiento que traduzca en dependencia, evitando expresar debilidad y prometiéndose a sí misma ser independiente, lo cual la conduce a rechazar en algún nivel todo aquello que se considera femenino, como la dulzura, la receptividad y la atracción hacia el matrimonio y la maternidad; con el efecto de que se sentirá invadida por un sentimiento de "no ser suficientemente femenina" (Bolen, 1984). Las consecuencias de ello en el caso de Diana se encontrarán al revisar, en lo sucesivo, las subcategorías referidas a la imago y relación de pareja, su forma de vivir la sexualidad, su postura frente a la maternidad y relación con los niños, la relación general con otras mujeres y la relación general con otros hombres.

6.3.2.3.- Ámbito laboral e intereses intelectuales

○ *Ámbito laboral*

Con respecto a su ejercicio profesional, Diana expone: *“Soy licenciada en Educación (...) egresada de la Universidad de Los Andes en el 2011. Trabajo como docente en el Liceo (...) de Caracas (...) Antes de trabajar como docente e ingresar en el Liceo (...), cuando me vine a Caracas pues, lo hice con la **intención de asimilarme al ejército**... y bueno, antes (...) también estuve como maestra en una escuela, estaba como maestra de primaria en cuarto y quinto grado, y fui maestra en tareas dirigidas de primer y segundo grado”*.

Con respecto a la actividad en tareas dirigidas, su orientación siempre estuvo dirigida al logro : *“Eran muy contados los [papás] que realmente reconocían el trabajo que uno puede hacer por ellos [los niños], pues... porque **mi objetivo siempre era que el niño buscara su independencia** (...) a pesar de que es un niño, de ocho o nueve años (...) [porque] si él sabe que tiene una obligación de una tarea de él, lo ideal en las tareas dirigidas es como digo yo: yo lo dirigía, o sea, dirigirle a él cómo presentar o cómo elaborar la tarea. Si (...) el niño tenía una exposición, bueno, lo más fácil era que yo le dijera: ‘Bueno vamos a hacer la lámina... y okey, la escribes tú’... que él me decía: ‘Profe’... ‘No, la vas a hacer tú’... **que él fuera ganando autonomía**... cosa que muy contado, de los diez, nueve niños que tuve, como que cuatro o tres papás reconocían eso (...) Se supone que, **si le mandan una tarea para la casa,***

es para que el niño la haga con apoyo (...) mas no de hacérsela, porque la palabra misma lo dice, es de dirigirle a él la tarea... Y cuando fui maestra de escuela en cuarto y quinto grado, (...) ellos ya venían adoctrinados, digámoslo así, ellos ya venían adoctrinados de primero, segundo, tercero, cuarto grado, con las maestras anteriores... entonces a mí se me hizo... fue más fácil trabajar, pues... Ya que venían adoctrinados de ser más autónomos y más responsables”.

Adviértase como del discurso se deduce que, paradójicamente, al hacer ganar independencia y autonomía al niño, se logra también más comodidad en ella como maestra, librándola de ser demandada a través de la actitud de dependencia infantil. Este aspecto será retomado en la subcategoría referida a la maternidad y la relación con los niños en Diana.

○ *Intereses intelectuales*

A partir del estímulo inicial del campo 6 de su test de Wartegg, Diana elabora una vía (anexo 6), en la cual las dos líneas no están unidas pero se relacionan entre sí al haber sido empleadas para conformar la demarcación del centro de la carretera o pista. Esto refleja que se encuentra dotada de un estilo de pensamiento o raciocinio complejo pero con escaso poder de asociación.

Ahora bien, en el nivel del ideograma, el dibujo de vías refleja inquietud por la etapa de la vida, deseo de huida y de cambio. Esto es consistente con la tendencia de Diana a buscar en el ejercicio físico y el contacto con la naturaleza una forma de evadirse sanamente del agobio mental o emocional. Ello se evidencia cuando relata cómo este tipo de actividad la ayudó en el momento de un rompimiento sentimental: *“Me gusta hacer ejercicio, subir al Ávila, salir a caminar... eso me encanta y en el tiempo que cuidé a mi hermano como que lo abandoné. (...) El ejercicio físico me ayudaba a salir de la depresión en la que me encontraba sumergida, lo hacía cuando tuve la ruptura con mi novio en San Cristóbal y cuando mi hermano estuvo en el hospital llegué a pensar que [hacer ejercicio] me podría ayudar de la misma manera que me ayudó en aquel entonces... como una forma de no hundirme y salir de la depresión. [Ahora] Subir al Ávila sí te puedo decir que hace rato no lo hago, por la cuestión del tiempo que, de verdad que a veces no me alcanza... he ligado con otras cosas... pero sí, sí... te digo algo,*

¿sabes qué hago en el tiempo libre? Leo... leo, y el día que no lo hago salgo a caminar, eso sí lo sigo haciendo”.

Sin embargo, desde una óptica adicional, también es menester mencionar que, al estar referido el campo 6 del test de Wartegg a los intereses intelectuales, resulta curioso y llama la atención el hecho de que Diana dibuje un carro que se sale de la evidente direccionalidad que le impone la carretera, lo cual refleja la presencia de una cierta tendencia trasgresora en su manera de pensar, y habla de una actitud fuertemente influenciada por el *ánimus*, en tanto que delata inflexibilidad, terquedad y una actitud pertinaz o empecinada, todo ello consistente con lo que se esperaría del dominio de la figura arquetipal de Artemisa en su personalidad. Al respecto, sólo debe recordarse cuando Bolen (1984) dice que a la mujer que responde al patrón arquetípico de Artemisa se le tiene muchas veces por “cabezota” y “obstinada”. Al respecto, se puede también agregar lo que sostiene Vernant (2001), quien dice que, por ser Artemisa una figura esencialmente asociada al mundo salvaje situado en los confines del mundo civilizado y las tierras cultivadas, es esencialmente transgresiva y se encuentra relacionada con la alteridad, con el Otro (Vernant, 2001). Por ende, no ha de extrañar que en el nivel simbólico este rasgo adquiera relieve en el pensamiento de una mujer cuya personalidad se encuentre dominada por esta figura arquetípica. La Artemisa mítica –y arquetípica– es, en esencia, la representante de un tipo de pensamiento divergente y opositor por naturaleza, tal como ocurre en muchos sentidos con Diana. Su carácter opositor se encuentra hilvanado en su discurso general y es notorio en el tono de reclamo y reivindicación que se entroye de manera constante cuando refiere cualquiera de sus vínculos a lo largo de las citas de toda esta primera sección dedicada al análisis de sus resultados. De igual forma, se le observa de manera muy relevante en la confesión que cuando le toca autodefinirse (y de lo cual se ha colocado un fragmento en la subcategoría de miscelánea que se encuentra al final de esta sección).

6.3.2.4.- Relaciones de pareja y sexualidad

- *Imago y relaciones de pareja*

En el caso de Diana, esta subcategoría debe ser considerada en estrecha relación con la referida a la sexualidad, la relación con otras mujeres y la maternidad y relación con los niños,

pues en su caso más que en el de ninguna otra participante, estas facetas se entrelazan de manera muy significativa y resulta difícil comprenderlas si no se les considera en conjunto (lo cual, sin embargo, no exime de que la influencia psicoide de lo arquetípico artemisal esté operando de continuo como un elemento estructurante y sincronizador de los hechos psíquicos con los externos).

Para comenzar, puede afirmarse que Diana es una mujer con una evidente dificultad para establecer compromiso en aras de estabilizar vínculo en el ámbito de pareja. Al momento de ser entrevistada para la presente investigación tenía una relación con un hombre diez años mayor que ella atascado en un proceso de divorcio que se había extendido por una difícil dinámica entablada con su esposa, con la cual se casó cuatro años antes al dejarla embarazada. Durante las sesiones de entrevista, Diana manifestó en múltiples oportunidades su insatisfacción y dudas, a la par que ensayaba diversas formas de justificación, con respecto a la relación, de lo cual sólo se cita un pequeño ejemplo:

*“Él se casa con ella es porque ella queda embarazada... antes de ella él había tenido muchas mujeres, pero las mujeres que él había tenido eran mujeres maduras (...) claro, cae con esta chama, que es más joven que él (...) pero es una relación que está completamente vacía... y no coincidían salvo que tuvieran que llevar a la niña al pediatra, o cosas así que tuvieran que **compartirse los deberes** (...) o los compromisos que tuvieran que llevar a la niña, que si había que llevarla a la guardería, o que si no la podía cuidar ella la cuidaba él, y así sucesivamente... entonces, bueno, desde ese momento que nosotros estuvimos juntos, no sé, yo le dije: **‘Yo te pongo una fecha... yo no te voy a esperar más de un año para que tú decidas tu situación** (...) [pero al ver su interacción pensaba:] **‘Qué triste, porque este matrimonio es un fiasco... esto parece un matrimonio de mentira’**... y se lo dije a él: **‘Tu matrimonio parece como de mentira’**”.*

Sin embargo, todas las dudas, los rodeos, las justificaciones —e incluso la fecha de término impuesto— no son en su caso nada más que intentos de encubrir la dificultad de compromiso de ella misma, que se oculta como fondo de la cuestión: “(...) y dice que yo soy la que lo he presionado tanto, que él dice que se queda como en neutro porque duda y dice que no quiere terminar divorciándose y quedándose solo... o sea, que no quiere divorciarse y empezar de nuevo solo... dice que si se llega a divorciar es para casarse conmigo, y entonces me dice:

‘¿Tú te vas a casar conmigo?’ ... que fue lo que me dijo: ‘Me divorcio, pero ¿tú te vas a casar conmigo?’ ... Y yo: ‘YA-VA, un mo-men-to... esto es algo que yo todavía estoy procesando’ ... [Y él me dice:] ‘¿Pero ves? ¿Entonces cómo esperas tú que yo determine un divorcio si tú no estás segura de querer casarte conmigo?’”. Esta postura de Diana estaba ya prefijada, y así lo hace saber cuándo refiere que desde el principio de la relación, al conocer del intercambio de su pareja con su mujer, pensaba: *“Wuao, ‘ojalá que la mujer con la que estés pensando continuar no sea yo’, fue lo que dije dentro de mi mente, pues... o sea, es lo que yo pensé así: ‘No, no quiero ser esa mujer... no, qué va... yo sólo lo voy a acompañar (...) hasta donde me lo permita y de aquí, chao. Nada que ver’”*.

Así, obsérvese como de forma nada casual sino más bien sincrónica, Diana se atrae a este tipo de hombre y no a otro, y se embauca a sí misma en intentos de justificación que finalmente acaban por desmoronarse. Pareciera que resulta cómodo –y hasta cierto punto útil– a su forma de ser estar acompañada por un hombre con impedimentos para la formalización del vínculo y funcionamientos ambivalentes con respecto a esa posibilidad, en tanto debe observarse como el carácter dubitativo de la pareja es en muchos sentidos una respuesta a la propia dualidad de Diana. Esta situación es recurrente en ella, pues incluso en aquellos casos en que han aparecido candidatos que han estado en disposición de formalizar un vínculo, proponiéndoselo abiertamente, Diana se ha negado de manera expresa o ha hecho cosas para desvirtuar o rehuir sus aproximaciones, lo cual hace que con poca dificultad pueda encontrarse como ejemplo de la aparente “inmunidad para enamorarse” a la que refiere Bolen (1984) cuando habla de la vida sentimental de Artemisa como figura mítica y arquetipal. Pero además coincide con la dinámica descrita con respecto a que Artemisa se interesa por la relación mientras exista un elemento de “persecución” y “cacería”, pero su excitación se extingue cuando es abordada emocionalmente, se le hacen ofrecimientos de matrimonio o su pareja se muestra de algún modo dependiente de ella (Bolen, 1984). Retómese al respecto una de las frases arriba señaladas, cuando Diana dice que su pareja actual la interpelo preguntándole: *“Y entonces me dice: ‘¿Tú te vas a casar conmigo?’ ... que fue lo que me dijo: ‘Me divorcio, pero ¿tú te vas a casar conmigo?’”*, en donde lo que en gran parte queda evidenciado –y en algún nivel así lo percibe Diana– no es sólo la exigencia de compromiso

hacia ella sino la incapacidad de estar solo de él (lo cual le convierte en una opción de pareja doblemente apabullante, o al menos ofrecedora de poco incentivo).

En consonancia con todo lo anterior, es interesante observar el campo 2 de su test de Wartegg (anexo 6), pues aunque no puede afirmarse que este sea un tema que no le preocupe de alguna forma (en tanto lo selecciona entre los preferidos, en tercer lugar), y a pesar de que en él dibuja una rosa, siendo que el ideograma de flores revela básicamente la preocupación sentimental, así como el deseo de complacencia de la afectividad o de los sentidos, y se asocia a rasgos de romanticismo; el tratamiento espacial dado en este campo termina delatando de manera decisiva su postura en el intercambio afectivo con el entorno (de lo cual no escapa su situación pareja). Así, en tanto que la totalidad del dibujo realizado queda arrinconado en la parte superior y a la izquierda del campo, refleja que en su forma de relacionarse emocionalmente con el medio existe un quizás excesivo refugio en el recuerdo de situaciones pasadas (por comparación) o la idealización de los vínculos (tratamiento muy mental, tendiente a la búsqueda ideal), y la consecuente inhibición que ello puede conllevar en su forma de relación afectiva e intercambio real con el medio en la actualidad. Ejemplo de esto no es solamente su relación de pareja, sino también las expectativas que ha tenido frente a sus padres, sus medios hermanos, y también –como veremos– en la relación general con los hombres y con otras mujeres.

Finalmente, desde el punto de vista simbólico, la flor es además un símbolo de la fragilidad y la transitoriedad (Cirlot, 2007; Tressider, 2008), lo cual es consistente con el agregado que hace al título, en el cual coloca: *“representa mi humildad, fragilidad y emociones”*. De esta forma, consistentemente con todo lo antes expuesto, se evidencia que ante la percepción de la propia vulnerabilidad, Diana responde activando un mecanismo defensivo de la racionalización e intelectualización. En el último encuentro efectuado para entrevistarla, Diana dijo: *“Terminé mi relación sentimental con este señor [M., su actual pareja] (...) me di cuenta que era una pérdida de tiempo esa relación y realmente él jamás se divorciara, y al final esa relación tampoco iba a ninguna parte”*

○ *Sexualidad*

Después de muchos rodeos, Diana revela con respecto a su vida sexual que por influencia de una mujer a la que define como “bruja y lesbiana” (de lo cual no podría descartarse la proyección de aspectos lunares oscuros del tipo Hécate), se introdujo e incursionó durante un periodo de su vida en la prostitución. Al dar este testimonio afirma que esta mujer se aprovechó de ella durante mucho tiempo, pues su intención era reducirla a una servidumbre tiránica de la cual poder beneficiarse económicamente de forma indirecta (pues le decía que de esa forma podría conseguir el dinero necesario para pagar las orientaciones y “trabajos” que ella le iba a hacer para mejorar su suerte):

“Digo yo que era lesbiana porque era una mujer que me estimaba mucho, que me vigilaba mucho, que estaba muy pendiente... la conozco por una amiga (...) me la presenta, o sea, me lleva a su casa y la conozco como tal, y me entero que ella fumaba tabaco... eso despertó un interés en mí (...), [y] yo me dejo como envolver y manipular psicológicamente... y de hecho, esta mujer en la psicología que maneja conmigo... Llegó a un estigma en mí que llegué hasta a vender mi cuerpo... o sea, llegué a ser prepago... puta, golfa, no sé cómo le puedan decir, estando en la universidad, a través de esta mujer... porque en mi mente nunca me había llegado a pasar... pero el estigma con ella era que: ‘Con eso tú vas a conseguir dinero, con eso tú vas a tener una estabilidad’... o sea, me lo vendía como que me brindaba un futuro económico súper chévere... y me decía: ‘Te va a salir un hombre... en tu suerte veo un hombre que vas a conocer de esta manera, y de esta manera’... y recuerdo tanto que le creí porque era algo que como que se sincronizó, porque en esas yo conozco un tipo, estando aún en la universidad (...) Y ella me dice: ‘Para tú conquistar el amor de este hombre tú necesitas esto, necesitas aquello y lo otro... pero como tú no tienes plata, yo te voy a hacer una propuesta’... ¿Y cuál era la propuesta? ‘Métete a prepago...o sea, me dice: ‘Yo tengo una cliente que es así pues... esa te conecta, te enlaza’... y yo dejándome manipular por ella, o sea, cómo tú no te imaginas... un tiempo largo, un tiempo largo”.

Así, con respecto a su incursión en el mundo de la prostitución, relata:

“Realmente trabajé en ese mundo específicamente para un grupo de personas... trabajé en un tiempo en una agencia en donde todos se conocen (...) después lo empecé a hacer por

mí cuenta (...) [Allí conocí a un hombre que se interesó en mí y] fue sincero conmigo... me dijo: 'Mira, yo lo que soy es bachiller, yo trabajo en el Banco de Venezuela como vigilante, pero a mí me va bien... si tú estás terminando tu carrera, yo te ayudo a conseguir algo aquí en Caracas... yo tengo un terreno en los Valles del Tuy'... O sea, yo me acuerdo que él me comentaba muchas cosas y él [me decía que:] sí, que yo le gusté, y tenía una afinidad conmigo y todo lo demás... pero a mí no me interesaba él... Porque mi amiga me decía: 'No, pero ¿qué vas a estar con un pobre diablo? Tienes que buscarte un tipo con plata porque después no sé qué y no sé qué más', y yo siempre me dejé aconsejar por ella".

Del fragmento anterior, nótese el uso instrumental de la sexualidad y su negativa frente a otro hombre que estaba dispuesto y llegó a proponerle formalizar una relación con ella, siendo ella la que se negó a hacerlo (lo cual complementa cuanto se ha dicho antes en la subcategoría referida a la imagen y relación de pareja). Sin embargo, es necesario decir que, en conjunción con su natural predisposición en el ámbito de pareja, el dedicarse a la actividad en cual se encontraba interfirió mucho en la vida de pareja de Diana. Así queda patente cuando relata acerca de un impase con un novio con el que estuvo prometida en 2015 y que, según parece, conocía de sus movimientos en el mundo de la prostitución:

"Él me escribió un mensaje, pero él me escribió (...) como que me trató como puta: '¿Cuánto estás cobrando?', una pregunta como que: '¿Cuánto estoy cobrando qué?'... Él vivió un engaño con una novia que también fue su prometida (...) y la mujer sí le puso los cachos, ella sí lo engañó y lo hizo frente a su familia (...) entonces, él de hecho me había puesto a mí en su teléfono [con un apodo], y yo lo vi porque una vez que se le pierde a él el teléfono, me dice: 'Repícame, que no sé dónde está'... Cuando yo lo veo, en el teléfono decía: 'La zorra'... Y yo: 'Ahhh, o sea tú me tienes puesta a mí como [la zorra]' (...) 'No, mi amor, discúlpame'. Y tuvimos una discusión también por eso... '¿Y tú te crees que estás con una cualquiera?'... ¡Y estábamos empezando la relación! Yo siempre a veces digo que esa relación empezó un poco como mal, un poco como torcida... o sea: 'Si tú estabas saliendo con una mujer, y en mi caso me veías así... ¿qué has hecho tú todo este tiempo?... ¿Por qué seguiste conmigo, por qué me compraste tantas cosas, por qué tanta atención con mi familia, por qué tanto conocerme? ¿Qué es lo que te ata a esto?'... porque a mí no me ataba nada, y el día que no te sientas cómodo, bueno, ya, chévere, se acabó".

Obsérvese en el fragmento anterior como una vez más es Diana la que, de manera defensiva, ponía barreras y marcaba las distancias (mención aparte de que la reacción obedece al hecho de haberse visto descubierta). Es así como Diana optó por ser abierta con su última pareja y ponerlo al tanto de todo lo que había hecho en el pasado (con lo cual introdujo en el seno de la relación el fantasma persecutorio del elemento por ella temido, y que intentaba zanjar con la confesión): *“En mi relación con M. [mi actual novio], esto es algo que yo a él no se lo he ocultado... yo hablé abiertamente a él (...) se lo he comentado abiertamente y él, obviamente, lo aceptó y me dice: ‘Bueno pues, no todas las cosas son perfectas, y tú no eres perfecta’, pero obviamente me imagino que también está ese temor porque él dirá: ‘Coño, no vas a volver a recaer en lo mismo’”*. Esto, en algún nivel, sigue constituyendo para ella un motivo de preocupación, como queda evidenciado en la ejecución y el motivo plasmado en el campo 7 de su test de Wartegg (anexo 6). En dicho campo, lo primero que se observa es que Diana lo selecciona de manera aplazada (en último lugar) y la representación resalta por lo diminuto de su tamaño, que se emplaza abajo y a la derecha. Ello admite dos lecturas, pues bien puede indicar una naturaleza objetiva, realista, práctica, fría, poco sensible y autocentrada (Muñoz, s.f.), para quien además lo sensual y sexual no es un asunto prioritario, como también estar indicando, por otra parte, inmadurez sexual o una problemática de represión sexual, a lo cual se podría agregar un cierto nivel de conflicto o inhibición, en tanto la elaboración gráfica, aparte de ser dejada para el final, resalta además por su reducido tamaño. Ambas lecturas podrían incluso resultar complementarias entre sí. En cualquier caso, es relevante observar que quedan reflejados rasgos que teóricamente están asociados a la dominancia de la figura arquetípica de Artemisa en la personalidad, la cual se caracteriza por la toma de distancia de lo sexual (quedando aquí la necesidad de observar si la motivación para ello responde a un talante natural, en cuyo caso se tomaría la primera serie de rasgos; u obedece a un aspecto defensivo, en cuyo caso la primera serie de rasgos sería la respuesta adaptativa frente a la presencia de los segundos).

Ahora bien, lo anterior encuentra concordancia al cotejarlo con la producción gráfica propiamente dicha, puesto que Diana dibuja una luna menguante en medio de un cielo con estrellas. Dice Muñoz (s.f.) respecto del ideograma de astros que estos suelen asociarse al deseo de aumentar la energía física, así como al deseo de claridad y de obtener un conocimiento más

profundo, reflejando una problemática situacional de orden somático y espiritual, que en este caso se asocia a la vivencia del aspecto sexual. Asimismo, aunque las estrellas no se corresponden con un esquema tradicional (estrella de cinco puntas), el agregado de este motivo en este campo indica que en Diana existe además un conflicto entre la realidad y el ideal en cuanto a la sexualidad y la sensualidad (Muñoz, s.f.). Desde el punto de vista del análisis arquetípico y de la imago con respecto al tema de la sexualidad, resulta interesante que sea justamente en este campo en el que Diana elabore una luna, pues la misma es uno de los emblemas simbólicos utilizados en la iconografía mitológica de Artemisa (siendo este el atributo que le está asignado por ser ella diosa de la luna). Es relevante además que la dibuje menguada, una alusión a la faceta del astro que está asociada a la arcaica diosa de la luna y de los infiernos, Hécate, y le asigne un título que acompaña este simbolismo mortífero cuando habla del *fin de la jornada* (muerte) que termina con la *rutina del día* (vida).

Aunque de manera apriorística pudiera pensarse que todo este bagaje experiencial contraviene la naturaleza “virginal” de la dominancia arquetípica de Artemisa en Diana, debe recordarse cuando Bolen (1984) afirma que hoy en día, más que la castidad y la falta de expresión y desarrollo de su sexualidad, es “más probable que la mujer tipo Artemisa haya adquirido experiencia sexual como parte de su tendencia a explorar e intentar nuevas aventuras” (aún y cuando Diana lo justifique diciendo que en su caso ocurrió por efecto de una sugerencia malsana y con fines deshonestos). Pero además, tómese en cuenta que en la clasificación arquetípica lo “virginal” no alude a castidad sexual sino la actitud psicológica de pertenecerse a sí mismo y ser “uno-en-sí-mismo”, lo cual representa la esencia de lo femenino en su más agudo contraste con la esencia de lo masculino, y cuyo sentido es aplicable incluso a una prostituta (Harding, 2010). Lo virginal en el nivel psíquico representa los aspectos de la mujer que lo masculino no puede “penetrar”, lo inaccesible, lo intocable (Bolen, 1984).

6.3.2.5.- Relación general con otras mujeres

Contrariamente con lo que sostiene la literatura acerca de lo esperado en el intercambio de una mujer con predominio de personalidad artemisal frente a otras, la relación de Diana con el resto de las mujeres no ha sido mayormente ni de amistad, ni de hermandad, ni de compañerismo y mucho menos de protección. Al revés, ha estado mayormente marcada por el

conflicto, la rivalidad, la hostilidad e incluso por un deseo de revancha al sentirse acosada o perseguida. Aparte de cuanto ya se ha mencionado acerca de la interacción con su madre y su hermana, Diana recapitula su actitud durante el bachillerato en donde resalta la evocación de la superioridad de su desempeño frente a los otros, en general, y frente a una prima, en particular: *“Estando en el liceo [me definiría como que fui competitiva]... Sí, sí, primero porque me hice de notar... y siempre lo he hecho... En el liceo, por ejemplo, yo estuve en el cuadro de honor los tres años que estuve allí y eso a lo mejor no le era muy grato a los demás en general. Después, estando en cuarto año, llegué a estudiar con una prima que era contemporánea conmigo, y mi prima fue muy mediocre... demasiado... entonces estaba esa rivalidad, o más bien esa envidia de parte de ella”*.

En un momento más avanzado de su vida reporta haberse aproximado a la mujer a la que define como bruja y lesbiana de la cual se ha hablado en la subcategoría referida a la sexualidad y de la que ha dicho que la introdujo en la prostitución y que se aprovechó de ella durante mucho tiempo, a través de una servidumbre tiránica a la que la fue induciendo:

“Digo yo que era lesbiana porque era una mujer que me estimaba mucho, que me vigilaba mucho, que estaba muy pendiente... o sea, ella tenía un apego y una afección hacía mí que yo nunca lo había visto, y eso de decirme que me quería como a una hija era algo que a mí no me cuadraba pues... ella es mayor que yo (...) me lleva a mí como diez años... pero yo la asumí a ella como en un lesbianismo porque su porte y su forma de ser era muy... muy masculina... Ella no era mujer de usarte ni minifalda, ni short, una cosa corta, exótica, unos sarcillos, arreglarse el cabello... no... ella es de ponerse unas botas, una cosa así como machorra, como más masculina... [La amistad con ella] empezó hace mucho tiempo (...) antes de empezar la carrera prácticamente... la conozco por una amiga (...) me la presenta, o sea, me lleva a su casa y la conozco como tal, y me entero que ella fumaba tabaco... eso despertó un interés en mí... En el momento que eso despertó interés en mí, ¿sabes?, yo me dejo como envolver y manipular psicológicamente... y de hecho, esta mujer en la psicología que maneja conmigo... Llegó a un estigma en mí que llegué hasta a vender mi cuerpo... o sea, llegué a ser prepago... puta, golfa, no sé cómo le puedan decir, estando en la universidad, a través de esta mujer... porque en mi mente nunca me había llegado a pasar”.

Cuando se exploran las razones por las que buscó y recibió de buen grado consejo de esta mujer y no rompió el vínculo con ella antes al ver que la manipulaba, Diana contesta: *“Porque era lo más cercano que yo tenía, era mi amiga pues... era la que yo decía. `Esa es mi*

panita'”. Esta relación deja al descubierto un aspecto importante de la propia vulnerabilidad negada de Diana y su necesidad de encontrar refugio en otro –en este caso en otra– en quien confiar. Sin embargo, esta mujer –representante en el nivel arquetípico e interior del embaucador como agente al servicio de la sombra– no hizo más que convertirse en una nueva decepción para ella. La compulsiva repetición en la búsqueda se observa en la manera en la que se terminó de romper definitivamente su vinculación con esta mujer, lo cual ocurrió por la intervención de otra a la que Diana califica de “vidente”:

“La que me hizo darme cuenta de que era una mentirosa fue otra persona que consulté. Ella es una vidente, trabaja con cartas, y la consulto (...) Y me hace una descripción (...) me hace una descripción de una mujer de color oscuro, de cabello claro, unos años mayor que yo, como de contextura gruesa, que viene de San Cristóbal... que tiene cierta influencia sobre mí... ¡Y dio en el clavo!... Y yo digo: ‘¡Pero ya va! ¿Esta es adivina o qué?’, porque dio exactamente en el clavo... Y ella me dijo: ‘Esta mujer te está haciendo daño, esta mujer es envidiosa, esta mujer es homosexual... esta mujer te fuma el tabaco, te ha manipulado durante todo este tiempo y ha hecho de ti lo que ha querido’ (...) Y fue una cosa así como que: ‘¡Aterrizas pues!’... Porque yo había creído siempre todo lo que ella me decía... [Pero la vidente me dijo:] ‘Y ella siempre te ha engañado, te ha hecho creer esto y esto otro, cosa que es una gran mentira (...) [A partir de ahí] yo me alejé totalmente de esa mujer, me llamó varias veces y yo no le quise contestar más nunca el teléfono... y yo he intentado no tener más contacto con ella... porque la veo muy mentirosa, muy manipuladora, y siempre intentó sacarme dinero de cualquier manera’”.

En todo lo anterior nótese la proyección pertinaz de la madre oscura y el intento de recuperar a la madre luminosa (en todo caso, ambas como figuras numinosas dotadas de omnipotencia), sin contar de los propios aspectos en sombra que son vividos a través de estas proyecciones. Se podría afirmar que a través de estas mujeres Diana conecta con las figuras de Hécate –como una faceta de Démeter– e incluso con aspectos de Afrodita (aunque de todas maneras no muy lograda a través de la incursión en la prostitución, donde vivenció más bien una faceta parecida a la de la mítica Lamia). El tema de la madre proyectado en la forma de la bruja Hécate es evidente, pues buscando refugio, consejo y orientación, Diana se sintió magnéticamente llamada por la oferta esotérica de una primera mujer que la enfrenta con la necesidad de controlar, y que manipula, distorsiona la realidad y subvierte el orden para lograrlo y obtener un beneficio de eso, siendo que todo ello representa no sólo un lado oscuro

de la propia perspectiva de la madre sino, además, un aspecto escindido de la propia personalidad: la perversión, la malicia, el deseo de controlar, de anticiparse en el tiempo y conocer o saber el futuro, de manipular. Asimismo, ambas mujeres, actuaron desde afuera como un yo auxiliar.

Por otro lado, al reportar la relación con sus actuales compañeras de trabajo en el liceo donde da clases, a las que ve con suspicacias al percibir las como enemigas insidiosamente hostiles, de las que sostiene que han conspirado deliberadamente en su contra para dañarla: *“A mí me robaron estando mis cosas en un casillero que era mío, dentro de la propia institución y en la sala de profesores a la que solo tienen acceso profesores, y yo sé que fueron unas compañeras de trabajo porque ellas son las únicas que tienen acceso a esa sala... y yo sé que desde un principio ellas han estado con una intriga, conspirando contra mí para perjudicarme de alguna forma, porque no les caigo, o quizá porque me envidian y me quieren ver saliendo de ahí... por eso yo digo que tienen que haber sido ellas las que me robaron... Ellas tienen una forma de ser chabacana”*.

Finalmente, una única excepción en la que su discurso con respecto a otras mujeres no incluye un tono hostil, persecutorio o de desconfianza sin verse tampoco teñido por la idealización de la omnipotente madre buena (como ocurrió con la “vidente”), es cuando refiere acerca de su relación con dos amigas de su época universitaria, donde, aunque supuestamente sin la forma de rivalidad y permitiéndose una mayor empatía, el individualismo artemisal de Diana sigue apareciendo en primer plano en el discurso:

*“Ya estando en la universidad lo que estaba era centrada en mi individualismo... [pero] no había esa rivalidad (...) en la universidad sí hice empatía, hice amiguismo, y tengo dos amigas con las cuales he perdido contacto, pero que las veo por facebook cuando se conectan, que ya obviamente son mamás y todo lo demás... pero ellas sí eran de que vamos a rumbear, amigas de que mira vamos a trabajar, vamos a hacer juntas la exposición, amigas de que vamos a cuadrar todas el mismo horario... amigas de que vamos a quedar en la casa, estudiamos y después nos vamos a rumbear... o sea, yo **no tuve esa competencia con ellas** (...) Pero competencia no... me acuerdo que una de las cuatro con las que siempre estuvimos en la universidad, **ella se graduó con promedio de diecisiete puntos, que ella salió sorprendida porque, ay cónchale, le colocaron el favorito y la cuestión... y me***

tomé fotos con ella (...) y me acuerdo que ese día salimos de rumba (...) y las dos lloramos: `¡Chama, ya no nos vamos a ver más!`, `No diga eso, que siempre nos vamos a estar escribiendo (...)´... Yo con ella no tuve esa competencia... de repente en primer año un poquito, pero ya después no, ya después no... Ya después yo no lo vi como una competencia y empezó el compañerismo”.

Adviértase el contrajuego entre la exposición de la relación de amistad y cercanía en contraste con el intento de desmentir la existencia de la competencia y la rivalidad en esta etapa de su vida, a pesar de indicar aspectos que eran percibidos como motivo para que las hubiera (como el hecho de que la amiga, sin siquiera esperarlo, obtuvo un lugar “favorito” en cuanto al promedio de graduación). Es así como Diana termina por hacer una recapitulación que incluye una reflexión acerca de su vivencia en el bachillerato y su relación con las compañeras de su trabajo en la actualidad:

“Viví mi variedad y mi competencia frontal en el liceo, porque ahí yo sí me quise destacar y me quise lucir, yo siempre me quise remarcar... y ahorita estando dentro del sitio en que trabajo, yo sufro mucho porque yo soy una persona que cuida mucho la manera de expresarme... de expresarme frente a un grupo grande de compañeros... porque hay gente que tú la escuchas hablar y no le escuchas ningún tipo de grosería, ni hablar de ninguna forma grotesca, nada... gente preparada que tú echas chistes con ellos y te sientes... wuao, ¡qué bien se siente!... pero hay otras, que tú escuchas y es gente que te habla chabacano, que si son grotescos, que eso es insoportable... y que sumado a eso ¿esa persona tenga la desfachatez, después que te robo, hablarte?... No... o sea, porque me di cuenta de que prácticamente no fue ella sola... sumado a eso, me di cuenta que fue el grupo... y hoy en día pregúntame si a mí me importa que ellas me hablen”.

6.3.2.6.- Relación general con hombres

En la relación que generalmente entabla Diana con otros, se detecta un constante tono reivindicativo: denuncia de manera inquisitiva la conducta de los adolescentes con los que trabaja, del director del plantel en el que trabaja que no tomó ninguna medida frente a un robo que sufrió dentro de la institución, y rememora el trato abusivo de un tío contra el cual accionó legalmente denunciándolo por violencia de género. Con todos pareciera existir como trasfondo el denominador común de un tono de insatisfacción apuntalado por la constante necesidad de

que se le posiciona en un lugar simbólico distinto de aquel en el que el trato le evidencia que la terminan colocando. El intercambio es –en todo caso ambivalente– pues pareciera moverse entre la demanda de respeto y la de protección, mientras que el más de las veces termina sintiéndose decepcionada y defraudada al sentirse subjetivamente vulnerada en algún nivel. Así, de los estudiantes con los cuales trabaja a diario, apunta:

“Me he sentido prácticamente desarmada... desarmada en todos los aspectos (...) o sea, (...) porque siempre está como el hecho de que hay que darle (...) más cabida al adolescente y dejar que sea él el que tome las riendas y no uno... o sea, yo por decir, en el aula de clase (...) yo soy una líder entre comillas, porque quienes realmente liderizan son esos estudiantes que están ahí, son los que dominan el grupo ... porque en sí el docente no logra dominar en su totalidad... o sea, domina a una minoría, el que se preocupa, el que se interesa, pero la otra mitad, ¿si no se interesa? (...) Con estos no es como con los niños que se busca que ganen autonomía sino que, en pocas palabras, la tendencia pareciera ser que se deja que terminen haciendo lo que les da la gana ... hacen lo que se les viene en gana porque la normativa que ha estado impuesta desde un principio se ha quebrantado (...) es decir: si estamos en una crisis (...) entonces, con base a ello, se agarran para que el estudiante porte el uniforme como le parece, el estudiante llega a la institución como él cree que debe llegar, con un corte [de cabello] inadecuado, con tatuajes en la cara, con pircings en la cara y, o sea, tomando una postura como que esto es un high school, o como que se tratara de estudios a distancia, un estudio a distancia sin estructura (...) es fuerte porque... no hay un control disciplinario. Y mira, es tan diferente... porque yo nací en el Táchira y toda mi vida fue en el Táchira (...) y en los Andes (...) no es como aquí en Caracas... y sí, muchas veces aquí me he sentido atentada porque allá en los Andes los valores son importantes, hay más respeto, valores, el respeto y la moral es importante [allá]... la consideración que se tiene con la jerarquía adulto-joven”.

Por su parte, del director del liceo en el que trabaja dice: *“Me he sentido prácticamente desarmada (...) empezando específicamente por el nivel administrativo, por el directivo pues (...) Incluso con los compañeros de trabajo. A mí me robaron estando mis cosas en un casillero que era mío, dentro de la propia institución y en la sala de profesores a la que solo tienen acceso profesores (...) y eso se quedó así porque el director no hizo nada para esclarecer esa situación ni hubo averiguación ni nada por el estilo... con el mayor descaro me dijo que él no iba a hacer nada por aclarar esa situación”.*

Y con respecto a un tío paterno, recuerda y describe la relación que califica como abusiva de su parte:

*“Y también hubo un tío que, sí, **siempre hubo un abuso de parte de él** (...) que llegó a ser físico, pero sobre todo en lo verbal... o sea, **de maltratarte, de decirte, de discriminarte... o no de discriminar, sino de rebajar o de degradar, de derrocamiento del género, como impertinente o despectivo con eso...** y **él llegó a levantarme la mano** (...) o sea, **él es un tipo de persona que él atropella a cualquiera y ese día yo acababa de limpiar la casa, de organizar todo...** y **él entró con los zapatos sucios y obviamente eso fue algo que a mí me molestó** (...) entonces yo **le reclamé**, que cómo iba a ser él tan ordinario y tan vasto (...) porque me pareció de cochino... y **no sólo por el piso, sino también al usar el baño, que ¿cómo es posible que tú llegues, uses el baño y... no hombre, pegues la pistola y dejas el baño, toda la poceta llena de orine, cuando sabes que hay mujeres en la casa que lo usan... y aunque no hubiera mujeres... Entonces lo llamé y entonces: ‘¡Ajá, quién te crees tú!’... Y yo realmente, para reclamar, no me cuesta nada... se lo digo así, sin más ni menos... entonces me fue a pegar y yo le digo: ‘¡Tú me pones un dedo encima y ten la plena seguridad de que (...) te voy a denunciar!... ¡Y cosa que no fue mentira... Yo a él lo denuncié!** (...) nos citaron y todo lo demás y yo le digo: ‘Sí, él a mí me agredió, y me agredió física y verbalmente muchas veces, aunque él diga que es mentira’... Entonces, **ya por ahí como que hubo un precedente y hasta la fecha no se volvió a repetir... pero es que con su esposa también lo ha hecho...y una vez en una conversación con la que fue su amante, ella me dijo que él la había golpeado, que la había cacheteado, pero que ella lo había perdonado porque ella lo amaba, que ese es el hombre de su vida y no sé qué... yo no, conmigo se equivocó”**.*

Siendo tan flagrante como es el énfasis feminista del fragmento anterior, solamente destáquese el tono reivindicativo que, con ocasión de la actividad llevada a cabo, hace valer Diana como mujer, así los señalamientos empleados, los cuales en algún momento apuntan directamente al atributo genital viril y las prerrogativas que, derivadas de ello, percibe quiere hacer valer el hombre y son recibidas por ella como graves afrentas. Recuérdese frente a esto el famoso complejo de Diana (o envidia de pene), que obtuvo su nombre a partir de la rememoración de la Artemisa romana.

6.3.2.7.- Feminidad: significados atribuidos

La respuesta de Diana con respecto a la significación subjetiva que ella le da al hecho de ser mujer es una de las más amplias, elaboradas y completas de entre todas las ofrecidas por las participantes de este estudio, cosa que, por otra parte, no debe extrañar si se recuerda que el tono feminista y reivindicativo es un rasgo característico de las personalidades artemisales (Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004). En este sentido es posible encontrar la opinión de Diana, la cual dice: *“Esa es una pregunta que tiene una respuesta muy... muy amplia... pero de mi parte creo que es algo que está marcado por el feminismo, por la entereza, la nobleza... feminismo en el sentido de un espectro que te englobe o te arrope completamente dentro del género y que eso no sea más bien un impedimento que juegue en contra [de la mujer]... Claro, que tiene que ver con cómo se englosa, o se adhiere o se encaja el feminismo en la sociedad, que es otro concepto... que yo te puedo decir que yo soy una de las mujeres que puede llegar a cambiar un caucho, cambiar un bombillo, a conocer una cuestión electrónica... algo que prácticamente era un rol del hombre y que [decían que] la mujer no lo puede hacer... ¡Claro que lo puedes hacer!... Ser mujer es una parte de ternura, es una parte de dar cuidado, es una parte de ser amable... es una parte de ser sentimental y de percibir las emociones y los sentimientos [en una y en los demás] muy ampliamente... porque una mujer por muy, muy, muy, muy lo que pueda ser, así sea homosexual o lo que sea, tiene sentimientos y son mucho más quebrantables... [En esta respuesta, el discurso de Diana deja entrever su propio núcleo de vulnerabilidad emocional y –si se le confronta con otros apartados del análisis de su caso–, delata la defensa que se ha esforzado en entablar para proteger ese aspecto de sí misma, otro aspecto artemisal]. Porque es como dicen por ahí que nosotras venimos de la espalda de un hombre y hay una flaqueza allí, como algo frágil... por eso digo lo del feminismo, yo creo que engloba la fragilidad, pero nosotras siempre salimos también al ruedo con muchas otras cosas que no son frágiles sino que, por el contrario, demuestran mucha fortaleza... Sí creo que hay, como decir, ciertos ejercicios que nosotras de repente no podemos llevar enteramente y que necesitamos el apoyo masculino de alguna u otra manera, pero en muchas cosas, más de las que habitualmente se nos reconoce, podemos ser superiores en el reto que se nos ponga... Yo me considero una mujer que el reto que se me imponga, yo lo puedo superar y puedo llegar mucho más allá de eso, que puedo conquistar*

tierras, batallas, cosas... lo puedo hacer... ¡Que brillo con luz propia en cualquier círculo porque trato de resaltarme!... Trato de dar a conocer lo que yo soy, o sea, el ser que yo realmente soy [con mi identidad, capacidad, valía], independientemente de cómo caiga y cómo no, o de a quién le agrada o le desagrada eso... [Obsérvese en el fragmento anterior como Diana asume la postura arquetípicamente característica de las personalidades virginales de ser completa-en-sí-misma]. Porque todas las personas tenemos una caracterización pues, a veces quizá parecen más pendejas, pero que hay que tenerles miedo porque no sabemos con lo que nos puedan salir, y otras que de repente mucho bla bla, pero que en realidad no hacen nada [Obsérvese el tono aguerrido e incluso amenazante del fragmento anterior]... o sea, están las de un extremo, extremo y las que son como que `Vamos a tener cuidado con esta que no sabemos con qué nos puede salir`. Al ejemplificarlo de manera expresa, pareciera que en su discurso general ella se identifica con este último grupo. Sin embargo, cuando se le pregunta expresamente en cuál bando se incluiría a sí misma, no extraña que rehúya el intento de encasillarla, y responda: “Yo creo que ninguno de los dos... que no soy de las personas que habla así mucho... No soy de las que habla mucho, pero tampoco soy de las calladitas que se pueda creer que es pendeja y en el fondo lo que hay es que tener miedo de ella... creo que estoy en un punto medio, porque puedo hablar en un momento, o puedo decir o no decir, y si no caigo bien, bueno, no caigo bien... pero tampoco soy de las que me tienen que tener temor... No, no, siento que... o sea, olvídate de esa porque no”.

En definitivas, en esta intervención de Diana es notorio el acento reivindicativo que la aproxima a la Amazona, en el sentido de la constante lucha en reclamo por ser reposicionada de mujer, delatando la convicción –con todas sus implicaciones inconscientes asociadas– de que hay un *otro* que tiene una posición más privilegiada que la de ella, y busca que le den “su puesto”; pero asumiendo de antemano que ese puesto no es el que tradicionalmente ha otorgado a la mujer la cultura sino uno por encima de eso. Así, el deseo y la necesidad de conservar la propia independencia parecieran interceptar elementos culturales del género con los cuales no está de acuerdo.

6.3.2.8.- Maternidad y relación con los niños

Como se ha expuesto en la subcategoría referida al ámbito laboral/profesional de Diana, aunque en la actualidad no tiene hijos, su desempeño como maestra permite ilustrar su postura con respecto a la crianza infantil:

“Mi objetivo siempre era que el niño buscara su independencia (...) que yo le dijera: ‘Bueno vamos a hacer la lámina... y okay, la escribes tú’... que él me decía: ‘Profe’... ‘No, la vas a hacer tú’... que él fuera ganando autonomía... (...) Se supone que, si le mandan una tarea para la casa, es para que el niño la haga con apoyo (...) mas no de hacérsela, porque la palabra misma lo dice, es de dirigirle a él la tarea... Y cuando fui maestra de escuela en cuarto y quinto grado, (...) ellos ya (...) venían adoctrinados de ser más autónomos y más responsables”.

Ahora bien, producto de su incursión sexual en el mundo de la prostitución, Diana confiesa haber quedado embarazada en la época en la que se encontraba cursando estudios de pregrado para obtener la licenciatura en educación, y se practicó un aborto:

“Hace años atrás (...) yo estuve en estado... y me practiqué un legrado... me practiqué un legrado más que todo por un mal consejo [de mi amiga que leía el tabaco], porque hubiera podido salir adelante (...) ¿Y por qué por un mal consejo? (...) [Porque ella] me dijo que un embarazo iba a interrumpir mi carrera, porque estaba a mitad de carrera, estaba haciendo cuarto año de la universidad y que eso no iba a ser bien ni nada por el estilo... y que lo mejor era deshacerse de la barriga, que qué iba a ser yo con un hijo de una relación con un tipo al que no quería... que era algo clandestino, de una noche y más nada”.

Sin embargo, cuando se le interroga con respecto a si actualmente se siente lista para ser madre, responde: *“Sí... sí, realmente sí... no solamente lista sino que es algo que quiero, que necesito... o sea, es algo que deseo pues (...) porque en el fondo... no sé... quizá a veces me siento sola pues... y entonces el hecho de tener un hijo es... no sé, es algo mágico... Yo siento que lo que yo esperaba conseguir... ya lo tengo... y ya lo demás va a venir por añadidura... Y ser madre... es algo... wuao, para mí es algo complejo... porque para mí simboliza muchas cosas... quizá, si me viera en el espejo de la moral cambiaría muchas cosas*

(...) *no sería igual que mi mamá, no sería una madre rígida... [Creo] que no sería una madre egocéntrica... que sería una madre más comprensiva, más amorosa”.*

Al hablar acerca de la posibilidad actual de tener un hijo, aparece en Diana una fantasía de especularidad gemelar y, en cuanto a la preferencia por un determinado sexo, su opinión no se hace esperar, decantándose por un hijo varón (sobre el cual hace una serie de proyecciones):

*“Aunque no tengo hijos (...) la preferencia, mira... **mi mayor sueño, que creo que es algo que yo he visualizado en mi cabeza, es que quiero tener morochos... varones los dos... prefiero los varones... ¿Por qué prefiero los varones? Creo que sienten como más apego los varones con su mamá, que las hembras... creo que en un determinado momento el niño puede ser más independiente y puedo crear en él más autonomía que en la hembra... porque ver a una hija como mis hermanas, que han sido loquitas, que han sido revoltosas, y todo lo demás... yo no sería muy tolerante... ahí sí sería regía como mamá, ahí sí te diría, cónchale, que me entró el chip de mi mamá... y creo que el varón, por ese mismo apego o ese respeto que siente hacia la madre, daría más posibilidad de ejercer cierto control. Al niño lo querría más porque me parece que los varones son más adorables, quizá tiende a tener mayor consideración o condescendencia con la figura de su mamá, a valorar más a su madre que las propias niñas... claro, hay unas niñas que son un amor, una ternura... pero mi afinidad con los varones es mucho más marcada... Incluso en mi trabajo como maestra con niños, ha sido así, siempre he sido más afín con los varones que con las hembras... y de hecho, aún soy afín ahora trabajando en bachillerato, que tengo un grupo de estudiantes hombres que me cuenta sus cosas, que me dicen, que me hablan abiertamente, y que como quien dice, yo los oriento, los aconsejo y todo... les doy la mejor guía, que con una niña o las muchachas”.***

Obsérvese que en este nivel su preferencia hacía los varones no se corresponde con lo teóricamente esperado para la figura arquetípica de Artemisa (moviéndose más bien hacia lo ateneico), pero se justifica cuando se observa que se encuentra muy cargada de aspectos proyectivos y que la formulación de su discurso en torno a la maternidad es elaborada más en el orden de lo ideal y desde la no identificación con el modelo que representó la propia madre, que desde el verdadero deseo. En este sentido, adviértase en la construcción mental de Diana un discurso en cuyo trasfondo parece moverse una identificación proyectiva cargada de un profundo y arcaico resentimiento hacia la madre. En la fantasía de que la hija no tiene o no le

debe un verdadero respeto a la madre parece esconderse, entre otras cosas, una especie de odio secreto y arcaico que tiene alguna relación con la castración simbólica que se le indilga a ella: la madre no la hizo hombre pero tampoco le enseñó a ser mujer. Esto es esperable entre las personalidades virginales y en la psicología artemisal, si se recuerda cuanto se ha dicho en el apartado de la infancia de Diana acerca del efecto de rechazo que una madre negativa o desvalorizadora puede, en algún nivel, producir en la perspectiva de una mujer arquetípicamente dominada por la figura de Artemisa con respecto a lo femenino en general, y la maternidad, en particular. Asimismo, aunque los autores de la psicología arquetipal describen a Artemisa como una figura más avocada a la reunión femenina, en el nivel mítico no puede soslayarse el tema de las identificaciones subjetivas en el nivel inconscientes con lo masculino (de lo cual es ejemplo Atalanta como heroína femenina, pero también Hipólito, que como efebo joven y virginal, era seguidor de la diosa Artemisa y compartía con ella atributos arquetípicos).

Ahora bien, es importante decir para finalizar con esta subcategoría que en la relación de Diana con la maternidad ocurre algo parecido a lo que pasa con la relación de pareja, pues el haber estado embarazada y haber optado muy personalmente por la decisión de no tener a ese hijo deja al descubierto un muy particular posicionamiento frente a la maternidad de su parte (el cual no puede soslayarse por medio de las justificaciones empleadas para intentar). Así, a diferencia de lo que podría haber sucedido con una mujer que contara con una predisposición psíquica diferente, la naturaleza artemisal en Diana la hizo –y de hecho puede afirmarse que aún es así, porque sigue sin tener hijos–, sentirse no preparada ni con la madurez emocional suficiente para asumir la responsabilidad de tenerlo.

6.3.2.9.- Angustias, frustraciones y fantasías

Es relevante revisar aquí la ejecución dada por Diana al campo 4 de su test de Wartegg (Anexo 6), en el cual realiza el dibujo de una linterna que, en tanto objeto que ilumina, puede referir al esfuerzo de aclarar e incluso sublimar las propias angustias y frustraciones (sin que se descarte el que lo haga por vía del empleo de la fantasía), en un intento por alcanzar un acuerdo o estabilidad interna con respecto a ellas. Esto es consistente con el título que elige colocarle: *“La luz que enciendo en aquellas cosas oscuras aún”*, lo cual puede referir a la preocupación por ampliar su entendimiento y su campo de conciencia para calmar a través de ello la fuente de

ansiedad. En todo caso, predomina en ella un tipo de tratamiento mental en este ámbito, por cuanto el dibujo se encuentra arrinconado arriba y a la derecha. Además, el motivo simbólico de este ideograma también puede estar indicando un estado de alerta y vigilancia que develan que sus angustias se asocian a fantasías de tipo persecutorio.

6.3.2.10.- Fuerza de los elementos normativos del yo

El análisis de los campos 5 y 8 del test de Wartegg de Diana (Anexo 6) permite alcanzar importantes conclusiones con respecto a la fuerza de los elementos normativos o superyóicos en su personalidad. Así, en el campo 5 de su test de Wartegg, referido a la expresión y utilización de la energía vital, Diana dibuja un martillo. Interpretado como arma, el martillo en este campo aparece como indicador de una expresión de la energía vital a través de la agresividad, la lucha interior y el deseo de venganza. Pero debe tomarse en cuenta que la significación que se le ha otorgado a través del título es la de un *martillo de juez* (al que le coloca el título: *“Justicia frente a lo injusto”*). La selección de este campo como uno de los preferidos (segundo lugar) aparece como un indicador de poca dificultad para expresar su propia energía vital, la cual se presenta de una manera intensa y expansiva, e incluso podría agregarse que hasta cierto punto resulta avasallante y aguerrida. Solo a título de ejemplo y recordatorio, recuérdese cuando al hablar de su relación general con los hombres se le ha escuchado decir: *“Y yo realmente, para reclamar, no me cuesta nada”*. De esta forma, ante el título: *“Justicia, frente a lo injusto”*, no puede olvidarse que en el nivel simbólico el martillo del juez tiene el carácter de una agresividad moderada como concesión colectiva, en tanto representa la vendetta (o venganza) pública, regulada y refrendada por la reglas del derecho como pacto o acuerdo de sanción con carácter social. Sin embargo, en Diana no cuenta con el atributo racional, pues al dibujarle abajo y a la izquierda (lugar que refiere al predominio del dinamismo inconsciente y lo instintivo), delata el sobredimensionamiento de aspectos superyóicos punitivos rígidos y arcaicos (tipo ley del Talión). Así, la expresión de la propia energía vital se manifestaría como un elemento persecutorio frente a otros, donde domina su falta de consideración para juzgarlos conforme a la situación actual, y donde el pasado y la tradición pueden tener un importante peso. Al respecto, recuérdese cuando ha dicho: *“Yo nací en el Táchira y toda mi vida fue en el Táchira (...) y en los Andes (...) no es como aquí en Caracas... y sí, muchas veces aquí me he sentido atentada porque allá en los Andes los*

valores son importantes, hay más respeto, valores, el respeto y la moral es importante [allá]... la consideración que se tiene con la jerarquía adulto-joven”.

No obstante, la impetuosa y apabullante expresión de la energía vital de Diana se ve atenuada cuando se analiza el campo 8 y se observa la manera concreta en que el impulso instintivo de su energía vital entra en contacto con los valores y normas socialmente establecidos. Aunque en el nivel gráfico el dibujo desarrollado a partir del estímulo inicial incluye trazos tanto por encima como por debajo del mismo, se observa la preponderancia de trazos en la parte inferior del arco. En este sentido, se combina la independencia y el espíritu crítico, la rebeldía o el carácter desafiante (trazo por encima del estímulo), junto con dependencia del medio, necesidad de protección, el alto compromiso con valores, y la sumisión (trazos por debajo del estímulo). Sin embargo, al predominar los trazos por debajo se puede decir que aunque tenga tendencia a rebatir la norma por no tenerla del todo introyectada (trazo único por encima), se termina imponiendo en ella la sumisión y acaba por obedecer y tolerar más de lo que reconoce. Además, la repetición del estímulo habla de falta de originalidad para proponer nuevas elaboraciones que sustituyan o contrarresten a las existentes. En cualquier caso, el único trazo por encima del estímulo y los múltiples por debajo del mismo, refieren una tendencia acomodaticia o instrumental, en la que cumple con lo que le es impuesto desde afuera cuando toca hacerlo o no queda más remedio, pero el resto del tiempo prefiere guiarse o estructurarse mayormente con base a su propio criterio. En el nivel simbólico, el arco iris significa acuerdo o alianza después del castigo (pues basta con recordar que a nivel bíblico Dios extiende el arco iris en el cielo para Noé, como promesa de que nunca volvería a destruir el mundo conocido a través de un diluvio).

Esta aparente contradicción entre la forma como se exhibe (energía vital y su expresión, campo 5) y el procesamiento que realmente ocurre en el nivel inconsciente de su instancia normativa (superyó y comportamiento frente a valores socialmente establecidos, campo 8), adquiere sentido cuando se discierne que Diana es una mujer en esencia vulnerable pero que se ha visto constreñida –quizá desde muy temprano en razón de su historia infantil– a aparecer frente a otros con una actitud querellante. En este sentido, se trataría de un intento defensivo de autoafirmación, que revela que la expresión de su energía vital se encuentra condicionada por una hipersusceptibilidad de fondo que la hace sentirse constantemente abusada, afectada o

vulnerada y la pone en alerta frente a cualquier posibilidad de asimetría, desequilibrio, inequidad o supuesta injusticia, ante lo cual se manifiesta con un claro y fuerte carácter reivindicativo, que finalmente acaba resultando más benevolente, flexible, tolerante, comprensivo y adaptable de lo que parece ser a primera vista.

6.3.2.11.- Tema central de vida

Del discurso general de Diana puede deducirse que el tema central de su vida orbita alrededor de su constante sensación de ser vulnerada de distintas maneras, su ánimo o ímpetu reivindicativo en respuesta a ello y, por último, la vivencia secreta de un profundo temor a quedarse sola o verse abandonada. Estos aspectos –que convergen muy especialmente en el último de ellos– encontrarán una explicación profunda cuando se revise la vivencia de cuidado en Diana, en la cual estos temas se exaltaron en un intento de integración psíquica.

6.3.2.12.- Miscelánea

Dos últimos fragmentos de las entrevistas de Diana aparecen como formidablemente ilustrativos de su vivencia subjetiva desde una perspectiva definitivamente muy artemisal. El primero de ellos es una autodescripción en la cual Diana se define en los términos siguientes:

*“No lo sé... Quizá soy muy arisca, no sé, y como **retrechera o contestona** en ciertas cosas. Soy poco tolerante, o poco pasiva para tolerar ciertas cosas, y soy impaciente... si por ejemplo tengo un dolor, quiero que se me quite rápido... y algunas veces agresiva, quizá demasiado enfática, implorono demasiado rápido, pues exploto al sentirme en desagrado... creo que así es como me perciben y eso es lo que se refleja... Mis sentimientos son como el tiempo, siempre están cambiando... diría que en un momento me puedo sentir cómoda como en otro momento me puedo sentir incómoda y ya... sí, cambiante, pues... no sé si es porque creo que las cosas no van a mi ritmo o como creo yo que deben ser... mi ritmo es inmediato... no soy muy paciente... yo creo que esa es una de las cosas que más me salto, o sea, que soy poco paciente, no soy una persona de esperar... creo que tengo un límite de espera, o tengo un límite de paciencia... y una vez que lo cruzan, yo, empiezo con la cuestión como que: ‘¿Pero ya? Y ¿cuándo?, ¿y cuándo?, ¿y cuándo?... ¿y cuándo va a ser?, ¿y cuándo va a ser?’... Y lo hago notar y presiono para que lo sepan... o sea, no sólo ser una persona patente así como que, ‘Mira, bueno, me voy a sentar a leer un*

periódico...’, o como la gente, ‘Me voy a sentar a leer una revista, o bueno, si tengo que esperar, espero’. No. No soy, no soy la típica de eso”.

El segundo, es un fragmento que refiere metafóricamente a las “armas” que las figuras arquetipales tanto de la Amazona como de Artemisa –la cazadora–, emplean para proteger su vulnerabilidad de mujer: *“Y he estado sola, pero siempre tengo mi arma, siempre me he podido defender... y bueno, o sea, sola no, porque en realidad nunca he estado sola, sino que me he sentido abandonada, no apoyada... estaba acompañada, pero no sentía la presencia”.*

Así, la percepción de haber estado sola, en el sentido de no haber sentido la “presencia” de sus otros significativos a nivel parental, la han impulsado a enfrentarse con las cosas de manera feral, salvaje, “defendiéndose” y haciendo uso de la propia “arma” (como si del arco de cacería de Artemisa se tratara). Como afirma Stassinopoulos (2004), la convicción que transmite la mujer del tipo Artemisa es la de “puedo cuidar de mí misma”. Con estas últimas intervenciones se despeja cualquier remanente de duda –en caso de que lo hubiera–, acerca de la postura que desde el punto de vista arquetípico y existencial caracteriza de manera dominante a Diana, y así, pasamos a revisar el aspecto referido al cuidado en ella.

Finalmente, debe destacarse la actitud aparentemente extravertida de Diana, que aparece como orientada, preocupada y entretenida en factores y fuente de estimulación externa lo cual sería consistente con la actitud sugerida como predominante para la mujer del tipo Artemisa según Bolen (1984), pero que rápidamente deflece a la observación de importante núcleo o componente interno del cual Diana está consciente, lo cual hace que se pueda afirmar entonces que responde de manera más cónsona con la actitud psicológica propuesta por Barker y Woolger (2005) para Artemisa, que es la de introversión.

6.3.3.- Experiencia y hermenéutica del cuidado en Diana

6.3.3.1.- El cuidado con motivación parental arquetípica

El cuidado de Diana hacia su madre y su hermano encuentra justificación en una particular predisposición arquetípica constelada a través del complejo personal instaurado a partir de su historia infantil y el desarrollo de la historia parental junto a ellos. De la misma

forma como Burkert (2007) afirma que todavía queda mucho en la oscuridad acerca de cómo se formó el trío conformado por Leto-Apolo-Artemisa (Burkert, 2007), cuando lo cierto es que esta tríada arquetípica se encuentra configurada y encuentra diversas implicaciones simbólicas en el nivel de los opuestos complementarios (donde Leto, la madre, representa a la naturaleza, y los gemelos a las luminarias masculina y femenina, respectivamente), en el caso de Diana configuró un triángulo marcado por una alianza invisible que la hizo regresar a cuidarlos cuando lo necesitaron, a pesar de haber permanecido alejada de ellos durante bastante tiempo. Esto queda en principio ilustrado cuando Diana cuenta:

*“Yo duré mucho, muchísimo tiempo distanciada de mi mamá... fueron como siete años... pero después de ese tiempo, mi hermana sale embarazada... porque en ese tiempo [cuando peleé con mi mamá y decidí distanciarme] mi hermana estaba pequeña, estaba como en quinto grado, o estaba por salir al bachillerato... Y mi mamá se enferma es a raíz del momento en que mi hermana sale embarazada... y en ese momento, cuando yo me entero del embarazo de mi hermana, yo me empiezo a acercar y yo le hablo a mi mamá (...) Con mi hermano también estuve siete años distanciada, **pero cuando llegó el momento** [de que necesitaba que cuidaran de él] **perdoné todo, o lo dejé de lado y le tendí la mano, yo dije: ‘Te recibo y te apoyo’, fue igual que con mi mamá (...)** Porque ellos eran las dos personas que yo puedo decir que eran mi familia... porque a pesar de todas las diferencias y los desencuentros, nosotros éramos... éramos los que estábamos pues”.*

Así, aunque en el pasado su madre siempre se haya presentado a sus ojos como una mujer que oscilaba entre la indiferencia abandonica y la tiranía despótica, en el momento de su enfermedad lo hizo como una figura débil y necesitada del auxilio de la hija, presentándose desvalida como muchas veces aparece Leto frente a Artemisa en el mito. Por su parte, la cercanía que Diana tenía para con su hermano en razón de considerarlo “el verdadero hermano” al ser los dos hijos del mismo padre y la misma madre, configuró la imagen de un doble, el cual –en el nivel simbólico– se reveló siempre en ella como producto psíquico en respuesta a la angustia de muerte que produce el abandono y la soledad (Rank, 1914/1977). Este hermano-doble que servía para contener las mencionadas angustias en Diana era definitivamente un equivalente a Apolo, el *gemelo* mítico de la diosa Artemisa.

6.3.3.2.- Actitudes

- *Actitud hacia las personas objeto de su cuidado, sinergia y estilo de cuidado*

Con respecto a la situación de **cuidado de su madre**, Diana plantea haber adoptado una posición de apertura y receptividad con el fin de apoyarla en la necesidad que tenía en ese momento, dejando de lado su pasado común:

“Cuando yo vi que ella se sentía mal (...) yo me abrí con ella, y yo empecé a apoyarla... ella, yo me acuerdo una vez que mi tía me la trajo para que la lleváramos al médico y yo la llevé... y yo estuve con ella en el médico, yo le pagué los análisis... yo prácticamente hice todo eso, sin importarme... Yo ni siquiera estaba trabajando ni ganando bien... pero yo igualito me hice cargo pues, tuve las atenciones con ella, pidiéndole a mis hermanos colaboración con lo que pudieran dar, porque, ‘Mira, mi sueldo es este, pero mira...’, y bueno... el tiempo que estuvimos distanciadas yo no sentía que [debiera estar con ella] porque no creo que en ese momento ella necesitara de mí... pero en el momento en que ella se enferma, yo no la abandono, yo no la dejo a ella sola porque... era mi mamá”.

Así, Diana continua su testimonio relatando que al inicio del proceso degenerativo de demencia de su madre observaba la alteración que había tenido su comportamiento. Sin embargo, desde un principio destacó en ella el incipiente temor que la embargaba con ocasión de que pudiera morir:

“Con mi mamá, ella (...) falleció por una complicación hepática de la que yo no sabía nada, pero ya venía de un proceso de demencia... le empezó a los 55 años, que es cuando se entera del embarazo de mi hermana menor, y se deprimió y no mejoró hasta la complicación hepática que tuvo... ella empezó a cambiar su conducta, no se cambiaba la ropa, no se bañaba, no se quería parar de la cama... se pasaba todo el día durmiendo... que yo me asomaba con temor al cuarto a ver si era que... estaba muerta... no quería encontrarla muerta... y llegó un momento en que ya no recordaba ni cómo caminar... En el camino, pues ella se cae y se fractura el fémur y estuvimos esperando para que la operaran... en ese tiempo estuvo inmovilizada y como te digo ahí fue que ella empezó a desmejorar más”.

Del segmento anterior, debe destacarse no sólo el hecho de que Diana temiera encontrar a su madre muerta, sino que de hecho la demencia la estaba desvaneciendo y –en cierta forma– imponía ante sus ojos una forma de muerte simbólica. A la espera de la cirugía por la fractura de fémur, el cuidado de su madre fue compartido por turnos entre Diana y su hermano, a lo largo de dos meses. En ese tiempo, manifiesta haber llegado a sentir desespero por resolver la situación ya que le preocupaban las implicaciones de la inmovilización a la que estaba sujeta su madre (temiendo que pudieran traer complicaciones): “(...) *y cuando cayó en el hospital, que se cayó y se fracturó el fémur, que la tuvieron que operar, nos tuvimos que quedar con ella mi hermano y yo... porque mi hermanita nada que ver... fuimos R. [mi hermano] y yo... los únicos que estuvimos pendientes de ella en esos momentos... o sea, éramos los únicos que nos turnábamos, dos, tres días él, dos, tres días yo, dos, tres días él, dos, tres días yo... de dos meses y medio que estuvimos con mi mamá... Claro, yo desesperé por salir de allí [del hospital], porque yo decía: `¿Dios! ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Fecha de operación?`... No había fecha de operación... Y espere y espere... porque claro, yo desesperada porque mi mamá con esa pierna inmovilizada ahí, me daba cosa que le fueran a salir escaras... día y noche ella durmió inmovilizada”. Pero además Diana se cuestionaba acerca del destino que le esperaba a su madre al transitar por el proceso degenerativo de la demencia: “(...) Porque yo decía: `Bueno, ¿qué será de la vida de mi mamá?`”*

Cerca del final de la vida de su madre, Diana se preocupó por atenderla en el orden de lo espiritual: “Y yo digo que por la perspectiva que viví con mi mamá, todo el proceso que ella vivió y todo el deterioro que ella tuvo... que ella se arrepintió, ella se confesó... **ella quería la confesión y yo le dije que le iba a buscar a un padre para que ella se pudiera confesar y arrepentirse**”. Sin embargo, la percepción acerca del aludido arrepentimiento de su madre pareciera responder más a algo que ella misma necesitaba obtener que a un requerimiento de su progenitora.

Ahora bien, en el momento en que fue necesario hacerse cargo del **cuidado de su hermano**, Diana afirma que, aunque estuvo en un hospital público venezolano, con todas las deficiencias que eso implica, a ella le tocó hacer poco con respecto a los cuidados materiales porque, a los pocos días de su ingreso, pasó a una unidad de cuidados intensivos. En este sentido, su atención hacia él iba dirigida sobre todo al acompañamiento:

“Él estuvo hospitalizado veintiún días, desde el 15 de septiembre hasta el 8 de octubre (...) **en mi caso fue más que todo el acompañamiento... el estar pendiente y a su lado... porque comida, una sola vez fue que le tuve que le llevé... y ni siquiera alcanzó a probar, se la tuve que regalar a todos porque no la pudo probar porque en ese momento él estaba todavía entubado entonces... ¿Cómo le dabas tú comida? No le podía dar comida... y de la limpieza, cambiarlo y todo eso, como estaba en intensivo, en cuidados intensivos, ellas [la enfermeras en el hospital] se encargaban de eso... yo lo que tenía era que dejarle sus pañales, sus sábanas... los pañales, gracias a Dios los conseguí... Claro, obviamente, con eso de aseo sí, T. [la pareja de mi hermano] todos los días cuando iba le llevaba unas sábanas limpias... yo dejaba que él se hiciera cargo de eso... porque él, si hoy se cambiaban las sábanas, él llegaba en la noche, las lavaba y las tenía listas para el día siguiente... y cada vez que iba, él se las cambiaba (...)** Si me decía que él tenía hambre porque ahí le daban muy poquita comida, entonces yo le decía: ‘Bueno, yo mañana voy a hacerte una sopita’... Y me decía: ‘Y me traes agua’... **Y yo todo el tiempo le llevaba agua, incluso llegué a pensar en comprarle su botellón y todo, y así él ya tenía su botellón y nada, se lo estaría llenando todos los días y eso... Pero no, le compraba su agua, su agua de cinco litros porque se me hacía muy difícil trasladar un botellón hasta el hospital (...)** [Pero] jamás puedo decir que estuvo mal atendido ahí, no... mi hermano estuvo siempre como si hubiera estado en una clínica [privada]... siempre... **Ese día que el muere yo no sé... yo recibí esa llamada y dije: ‘Ay, Dios mío doctora, ¿qué pasó, qué le hace falta a él?’**, y me dice: ‘No, sino que su hermano acaba de fallecer’... Y yo... yo no lo podía creer”.

Relata acerca de la preocupación que la embargaba con respecto a procurar que estuviera cómodo, por anticiparse a sus necesidades y preocupaciones e incluso velar por su bienestar y tranquilidad espiritual:

“Yo lo vi el primer día, con el aparato en la boca, sedado... él decía que él me escuchaba hablando pero... que no recordaba nada más pues. El día que yo le llevo al padre, el sacerdote que ese mismo día yo lo llevé... mi hermano se rehabilita, mi hermano se recupera y es cuando él habla... Cuando por fin pude pasar a verlo **él estaba súper sedado y le vi los pies hinchados** y me dicen: ‘No, eso es por los esteroides’... ‘Bueno, lo de siempre’, fue lo que yo pensé... **Pero estaba más hinchado de lo normal** pues... o sea, hasta los ojitos y eso se le veía más hinchados... y se le veían así como rojitos y le veo los

tubos... Y yo le dije: 'Ay papi, discúlpame la incomodidad', porque yo sabía que a él no le gustaba ese aparato... Y yo le leí la biblia, le leo los proverbios y le leí varios salmos, y trato de no sentirme triste y de decirle que Dios estaba con él en todo momento para que pudiera salir de esta, y que recibiera a Dios con los brazos abiertos y que tuviera misericordia de él y que Dios le recibiera con los brazos abiertos, y que aceptara a Dios como su único salvador en esta tierra'.

En esos momentos, parte del cuidado ofrecido por Diana tenía que ver con la forma de que su hermano pudiera comunicarle sus necesidades o incomodidades, como lo permite ver la siguiente cita: *"Y entonces claro, yo lo veo así como cuando estaba sedado (...) él estuvo así despierto pero él decía que estuvo unos días que él no podía ni dormir, que ese aparato [el respirador] no lo dejaba dormir, y él había pedido que no lo sedaran pues... y [cuando] ya él no estaba sedado, yo le decía: '¿Pero qué es lo que quieres, qué es lo que necesitas?', y él me lo escribía para decirme que era lo que le faltaba, cuando quería agua, cuando quería que le acercara algo... y yo le decía que mi abuela y todo el mundo me llamaba todos los días para preguntarme"*.

La excepción la constituyeron los momentos en que era necesario movilizarse para la realización de exámenes que no se practicaban en la sede hospitalaria en la que se encontraba internado su hermano: *"Me iba en la mañana, cuando había que hacerle un examen de hematología que no lo hacían ahí (...) en esos casos yo me iba súper temprano, yo madrugaba y me iba a buscar la muestra... me tocaba pedir permiso en el trabajo, los pedía por día, que si 'Este día voy a llegar tarde'... pero obviamente, no fue mucho porque prácticamente nosotros empezamos clases [en el liceo] el tres [de octubre] y mi hermano muere el ocho"*. Aun así, Diana había establecido un itinerario, del cual los sábados de los últimos 28 días de hospitalización de su hermano ofrecen un ejemplo: *"El sábado ya era mediodía y yo ni siquiera comía, yo ni siquiera sentía hambre, yo ni siquiera sentía apetito... o sea, yo lo que hacía era salir temprano a llevarle sus cosas [a mi hermano] y no tenía otra cosa en mente que no fuera estar con él"*.

Y finalmente revela el angustiado y a la vez esperanzado seguimiento que le hacía de manera silenciosa, apostándole a una mejoría que sabía era improbable que ocurriera: *"Lo que pasa es que bueno, obviamente, fue más fuerte esta enfermedad que él... y a mí siempre me*

decían: ‘Se le puso el tratamiento pero (...) no va a poder salir de la enfermedad porque él está muy avanzado, ya está muy elevada la carga viral, está muy avanzado y entonces se resiste [a la medicación]’ (...) Cada vez que yo veía al médico y siempre me decía la misma historia, que él no iba a salir de esta, que él no iba a salir, que él no salía y que él no iba a vivir porque el virus estaba muy avanzado, ya prácticamente sus pulmones no respondían y ya iba a llegar un momento donde no iba a poder soportar estar dependiendo de ese aparato [respirador artificial]. Y yo siempre decía: ‘Existe las posibilidades, pues... existe la posibilidad, existe la posibilidad’, pero no... es una mentira porque él no iba a salir. Y ahí yo intenté, no sé, intenté cómo resignarme”.

El afán de Diana por preservar el bienestar de su hermano, la llegó incluso a hacer reaccionar en contra de la pareja de este por una supuesta imprudencia que cometió y que según ella redundó en un retroceso en la pequeña mejoría que había tenido:

“Yo le digo [a mi hermano]: ‘Bueno papi, nos vemos mañana, cuídate y nos vemos mañana’... Cuando yo llego al otro día, a él T. [su pareja] le había dado un jugo y a él [a mi hermano] le da un ahogo... entonces yo me llego hasta allá y cuando yo lo veo otra vez con el tubo me deprimó, me siento triste, y le reclamo a T. qué cómo se le ocurría traerle un jugo cuando él no puede tragar normalmente... y yo le eché la culpa porque yo estaba ciega de verlo que, cónchale, él se haya puesto de nuevo mal, y... ¡que yo sólo lo haya podido ver que el haya durado así [un poco mejor] setenta y dos horas! Y en esas setenta y dos horas fue que yo le pude hablar, pude hacerle saber, que todo el mundo estaba pendiente de él, que mi abuela le manda la bendición, que mi papá había estado pendiente de él... y en ese momento [llora] yo le digo: ‘No, no T., de esta recaída no va a salir’”.

Adviértase del fragmento anterior como la preocupación de Diana no obedeció únicamente al hecho objetivo de la desmejora de su hermano –atribuida a la imprudencia cometida por la pareja de este–, sino al perjuicio contra ella misma que “sólo lo había podido ver bien por setenta y dos horas”. Tómese nota mental de ello para los análisis sucesivos, en tanto la afectación del hermano es percibida por Diana como un perjuicio íntimo en niveles significativos que se irán revelando.

Sin embargo, Diana aclara que el cuidado hacia su hermano empezó mucho antes de que fuera hospitalizado con desenlace fatal. En gran parte, ello implicó que ella lo acompañara en el itinerario de despistaje y que buscara la manera de abordarlo de manera indirecta a través de la pareja de éste. En el discurso de Diana se percibe que ella rehuyó el hacerlo frontalmente, lo cual permite cuestionarse si lo evitaba por no invadir el espacio ajeno, como respuesta a su propia naturaleza fría e independiente, siendo fiel a no entrometerse en asuntos que no eran de un interés directo, o por una comodidad práctica al ser definitivamente incompetente desde el punto de vista emocional para encarar la situación:

“Sí, porque él antes había tenido una recaída... él se vio mal mucho antes de hospitalizarlo, él se pone mal... a mí me avisa la pareja de él y yo lo asisto... me lo llevo al hospital del Llanito, me lo ponen en una camilla a esperar... y le mandan a hacer un examen de gases arteriales y en el examen de gases arteriales él estaba entre los valores normales, estaba todo en orden... él no estaba tan grave con la infección [de VIH]... y como en ese examen él sale entre los valores normales aparentemente, bueno, lo llevo para la casa y no le mandan tratamiento sino un expectorante para que suelte la flema... él suelta la flema, pero una vez estando allí, el médico, en su sospecha de que él era homosexual (...) hace un informe donde lo refieren al Algodonal... una vez que lo mandan al Algodonal, yo lo acompaño... T. [la pareja de mi hermano] fue con nosotros... y estando ahí, cuando lo ve la doctora (...), les hace preguntas... los entrevista... y en medio de esa entrevista les pregunta a los dos si alguna vez se han hecho una prueba de VIH y si alguna vez han tenido pareja sin protección (...) Y ellos: ‘No, no, no, no’, lo de siempre... Cuando yo escucho eso, me alerto, pero lo descarto por completo... pero entonces ella les dice que les va a mandar a hacer la prueba... les manda a hacer la prueba de VIH (...) mi hermano (...) se demora como una semana aproximadamente [en hacérsela]... mi hermano va y en ese trayecto de la semana siguiente un señor que trabaja ahí, yo le pido el favor para ver si mi hermano lo había ido a retirar... él me dice: ‘Yo me acerco al laboratorio y veo si lo fue a retirar’, pero no, no lo había ido a retirar... entonces este señor me devuelve la llamada y me dice: ‘Cónchale, te tengo una mala noticia... salió positivo’. Yo dije: ‘No puede ser’... Yo me puse a llorar ese día, y a llorar y a llorar... y decía: ‘Cónchale, no es posible’, porque yo dije: ‘Si ese hombre se entera que él tiene VIH eso va a ser un choque muy arrecho y él no lo va... él no va a aceptarlo, no lo va a aceptar, es que él no lo va a aceptar’... ahora él está enfermo, no se va a querer poner en tratamiento... Yo no sabía cómo manejar esa situación con él... y obviamente, yo lo llamo y le digo que vaya a retirar su examen, pero

no le comenté más nada (...) Pero él no volvió a ir más... y ahí es donde él empieza a recaer, empieza con la tos, la cuestión, no se le cura, no se le quita... Y me llaman a mí para decirme que mi hermano está mal, que no respira, que le tuvieron que poner oxígeno porque él no puede respirar... Y ahí es donde yo encaro a T. [la pareja de mi hermano] y le digo: 'Lo que pasa es esto T., que R. [mi hermano] salió positivo'... '¿Qué?'... 'Sí, R. tiene VIH'... '¿Cómo tú me vas a decir eso, no sé qué, qué está diciendo tu hermana?'... Y yo le dije que le pedía que no me pusiera en tela de juicio porque R., porque aquello, que lo otro, porque él ahorita está en la condición que está, así, porque él es VIH y él tiene que empezar a controlarse en el Algodonal, y si él no se controla en el Algodonal está mal, va a seguir mal''.

En conclusión, la actitud de Diana para con su madre y su hermano durante el tiempo de sus respectivos cuidados estuvo definitivamente marcada por el temor de su desaparición física. En este sentido, a pesar de que el nivel de sinergia no haya sido muy elevado (en el sentido de inversión de energía física para atender a necesidades materiales, e incluso por cierta actitud evasiva o pragmática frente a situaciones álgidas), se evidencia un estilo inclinado hacia una inesperada **codependencia** (Bermejo, 2004), y un tipo de **afrentamiento** mayormente **centrado en la emoción** (Campos, Iraurgi, Páez y Velasco, 2004; cp. Brea, 2015), aunque, como se verá en lo sucesivo, en el caso de Diana la emoción consiste en la pena volcada sobre sí misma.

○ *Actitud hacia sí misma*

Frente a su madre, junto con la impresión y la tristeza de verla deteriorarse, surgía en Diana la duda y el cuestionamiento acerca de su capacidad para lidiar con su condición: “*Verla así, bueno... en su demencia... que le avanzó tan rápido... [llora] me daba tristeza, porque yo decía: “¿Cómo uno lidia con una persona en esas condiciones?’’*”. A lo cual agrega: “*Era algo para lo cual ninguno de sus hijos estábamos preparados, ni siquiera mi hermano pues... que lo aceptara de alguna manera [de forma más estoica o impasible] es otra cosa, pero ni siquiera él estaba preparado para poder cuidarla*”. Adviértase como en este testimonio de Diana quedan resaltados los factores de sorpresa e incertidumbre de encontrarse repentinamente frente a la situación de vulnerabilidad y dependencia que amerita el cuidado, y que debía ser asumida a pesar de la sensación de insuficiencia por considerar que no se estaba preparada para

ello. Pero además nótese la precisión hecha con respecto a que ni ella ni su hermano estaban objetivamente capacitados para hacer frente a la situación, colocando el acento en la creencia de que al menos su hermano estaba en algún nivel más preparado que ella para “aceptarlo”. Este elemento pareciera poner en relieve aspectos de su propia impresionabilidad al encontrarse frente al carácter vulnerable de una madre a la que repentinamente veía despojada de su habitual fortaleza y derrotada por su condición de salud, reduciéndola a un estado de indefensión que –como veremos– es temido por Diana.

En cuanto a la vivencia subjetiva y su estado de ánimo durante los 21 días en los que estuvo acompañando a su hermano, confiesa:

“Mi hermano estuvo hospitalizado en terapia intensiva 21 días... y el ver esa agonía en él me daba tristeza. No estaba preparada a hacerme la mente de que no lo iba a tener más... él había remontado un poco y le habían quitado los tubos, pero la tarde que regresé y vi que lo habían vuelto a entubar porque seguía sin mejoría en sus pulmones, eso me puso mal... mal, mal (...) cuando yo lo conseguí a él así, de verdad que me deprimí muchísimo... No sé, me daba mucho dolor y de repente... no quería ponerme a llorar, pero no podía resistirlo... porque es que verlo en esa cama en ese estado, con esos tubos, y ya [ver que] son días que él está así y las posibilidades que me dan no son muy alentadoras... o sea, yo nunca pensé que él se iba a morir, nunca... pero cuando yo veo que pasan los días y los médicos me alertan (...) yo como que empecé a resignarme (...) Él estaba entubado desde el momento en que yo llegué... yo sabía de mucho antes que él estaba mal”.

Diana reconoce que la experiencia previa con su madre la indisponía de manera especial en el momento en que le tocó acompañar a su hermano, pues se traducía en una reedición dolorosa del itinerario vivido de manera reciente: “Y yo digo que por la perspectiva que viví con mi mamá, todo el proceso que ella vivió y todo el deterioro que ella tuvo (...) y decía: ‘Tener que volver a pasar por todo esto otra vez’, que mi mamá no había cumplido ni el año de muerta”.

Sin embargo, lo que quizá resulta de extrema significación en el caso de Diana es el nivel de identificación proyectiva y la emergencia masiva de angustias de desintegración que la

situación de cuidado de su madre y su hermano activaron en ella, lo cual se juntaba con la respuesta física que reporta empezó a dar en ese momento. Así, dice en primer lugar:

“Angustia de que mi hermano necesitara cosas y no poder conseguírselas por no tener el dinero... Además, ya en los últimos días [de estar con él en el hospital] tenía constantemente un dolor lumbar que no bajaba, por el cargar y el correr, pero más por el temor y la angustia de que no se recuperara... sí pensaba que tenía que ir al médico a revisármelo pero no iba porque tampoco tenía el tiempo para hacerlo... era una paradoja, estaba metida en el hospital a diario y no podía irme a revisar con un doctor el dolor que tenía yo misma... y tenía como un hormigueo y como dormida la mitad derecha de la cara, algo muy suave pero lo sentía, no sé si producto del estrés, pero era una sensación física que tenía”.

Y luego agrega:

“Empecé a tener algo que eran como fantasías, que ahora veo que eran como fantasías, aunque todavía lo pienso a veces. Por ejemplo, con lo de mi mamá, me empezó a dar temor el no recordar las claves por ejemplo, o dónde estaba por lapsos de segundo... miedo a perder la memoria como le pasó a ella, eso me preocupaba y llegué a tener temor por eso, todo lo que tuviera que ver con eso... y luego, cuando mi hermano, que todavía me pasa ahora por la cabeza por ratos... me preocupaba y me angustiaba caer enferma de gravedad yo y no tener quién me cuidara, o, ¿sabes?... que no tuviera a nadie que estuviera ahí para por lo menos acercarme un vaso de agua... porque ellos eran las dos personas que yo puedo decir que eran mi familia... ellos y mi abuela, porque a pesar de todas las diferencias y los desencuentros, nosotros éramos... éramos los que estábamos pues... y con la muerte de mi mamá y de mi hermano sentí y siento que realmente ya no me queda nadie y me da miedo caer en una situación de convalecencia larga como ellos... En el momento de estar cuidando a mi hermano la situación de alarma me ponía reactiva y pensaba en caso de que pasara eso: de que ‘Si me pasa algo ya no hay quién pueda velar por mí’... Eso me venía constantemente a la mente, incluso con mi hermano hospitalizado en terapia intensiva yo pensaba que si caía en cama, porque desconozco mi estado de salud y porque ninguno estamos exentos de que nos pueda pasar una eventualidad (...) y no tener apoyo o ayuda, sentirme sola o abandonada... y al mismo tiempo le pedía a Dios que tuviera piedad conmigo porque no sirvo para ser carga de nadie”.

Muy especialmente, adviértase la manera en la que cierra la cita anterior, en la cual se reconoce el temor de estar sola o verse abandonada y no tener a quién recurrir en caso de necesitar ayuda, pero al mismo tiempo el esfuerzo por reponerse defensivamente al reconocerse a sí misma como alguien “que no sirve para ser carga de nadie”.

Es así como, a estas alturas, Diana hace una comparación entre la experiencia de cuidado de su madre y la de su hermano, y concluye: *“Con la enfermedad de mi mamá yo no me sentía sola... en cambio, cuando mi hermano cae enfermo la responsabilidad recayó completamente sobre mí... yo estaba y estoy sola en esta ciudad, la familia que tengo es familia indirecta... y con mi hermano fue tener que repetir nuevamente lo mismo que pasé en los últimos días con mi mamá, todo eso de tener que pasar de nuevo por una terapia intensiva... y luego la funeraria... pero sola”*.

De todo lo antes expuesto se nota que, el temor fantaseado de verse enferma y no tener quien pueda acompañarla se conjuga con el miedo más general de estar desvalida al encontrarse definitivamente sola, de lo cual queda evidencia cuando Diana habla acerca de la sensación subjetiva de acompañamiento que en nivel simbólico representaba saber que su hermano se preocupaba por ella:

“Lo de mi hermano a nadie le puede pesar y doler más que a mí, porque a pesar de nuestras diferencias y de que él era menor, yo sentía que él siempre me cuidó de la maldad de las personas... por lo menos aquí en mi estadía en Caracas, él siempre me advertía. `No te metas por ahí que tal cosa, o no hagas esto, o pendiente por ahí con qué sé yo'... porque yo no me veo como alguien que de repente tenga esa malicia... porque siempre fui una niña correcta, recta pues”.

○ *Omnipotencia / prepotencia/ impotencia*

El apremio con respecto a que la situación se resolviera rápidamente se ha ya destacado cuando Diana, con ocasión de la hospitalización de su madre en espera de la operación de fémur, ha dicho: *“Claro, yo desesperé por salir de allí [del hospital], porque yo decía: `¡Dios! ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Fecha de operación?’... No había fecha de operación... Y espere y espere... porque claro, yo desesperada porque mi mamá con esa pierna inmovilizada ahí, me*

daba cosa que le fueran a salir escaras... día y noche ella durmió inmovilizada". Pero en mucho, esta sensación de impaciencia se mezclaba con la impotencia, como cuando se le ha oído decir: *"Verla así, bueno... en su demencia... que le avanzó tan rápido... [llora] me daba tristeza, porque yo decía: "¿Cómo uno lidia con una persona en esas condiciones?"... O sea, era algo para lo cual ninguno de sus hijos estábamos preparados"*.

De esta forma, cuando se le pregunta si la tarea de cuidado era compatible con la descripción que ella misma podría dar de sí, o con respecto a cómo cree que es percibida en general por los demás, responde: *"No lo sé... Quizá (...) soy poco tolerante, o poco pasiva para tolerar ciertas cosas, y soy impaciente... si por ejemplo tengo un dolor, quiero que se me quite rápido (...) mi ritmo es inmediato... no soy muy paciente... yo creo que esa es una de las cosas que más me salto, o sea, que soy poco paciente, no soy una persona de esperar... creo que tengo un límite de espera, o tengo un límite de paciencia... y una vez que lo cruzan, yo, empiezo con la cuestión como que: `¿Pero ya? Y ¿cuándo?, ¿y cuándo?, ¿y cuándo?... ¿y cuándo va a ser?, ¿y cuándo va a ser?`... Y lo hago notar y presiono para que lo sepan... o sea, no sólo ser una persona patente así como que, `Mira, bueno, me voy a sentar a leer un periódico...`, o como la gente, `Me voy a sentar a leer una revista, o bueno, si tengo que esperar, espero`. No. No soy, no soy la típica de eso"*.

En este sentido, podría pensarse entonces que al no consagrarse de manera abnegada a la situación, no habría una inversión tan significativa de esfuerzo que amenazara con agotarla o sobrecargarla, siendo además bastante autoindulgente al reconocer cierta limitación personal en medio de la experiencia. No obstante, si se toma en cuenta la tensión y ansiedad que pueden conllevar la actitud impaciente y la expectativa de resolución expedita –además de los asuntos emocionales inconclusos que con respecto a estas figuras parentales, o a través de ellas, se pretendían cerrar o resolver– resulta fácil encontrar justificada una tendencia al desbordamiento o derrumbamiento en medio de la situación de cuidado (que fue lo que terminó ocurriendo, puesto que Diana llega como participante al presente estudio en razón de la búsqueda de ayuda psicológica durante el tiempo de hospitalización de su hermano, sin que hubiera pasado ni siquiera un año desde la muerte de su madre). Así, aunque en el caso específico de Diana existen implicaciones emocionales de fondo adicionales, se observa que el aspecto de la falta de paciencia es convocado de nuevo como una forma de justificación para el nivel de abnegación

asumido y la indulgencia hacía sí misma (tal como ocurría con el caso de Juvena, la otra representante de una personalidad amazónica y virginal en este estudio).

○ *Competencia social y vínculos entablados*

En la época de cuidado de su madre, Diana no solicitó ayuda ni apoyo de ningún pariente, enfrentándose a la situación acompañada únicamente de su hermano, del cual reconoce que llegó a tener una participación incluso superior a la de ella:

*“Hizo muchísimo más de lo que pude haber hecho yo... muchísimo más... mi hermano hizo muchísimo más de lo que pude haber hecho yo... muchísimo más, muchísimo... tú no te imaginas el amor [rompe a llorar] que él le tenía a mi mamá... era increíble pues, era increíble ver cómo mi hermano también, bueno pues, al ver la demencia en la que estaba mi mamá... y se sentía dolido y nos decía: ‘Ustedes son mujeres [mi hermana y yo], y ustedes no le dan a mi mamá el valor que ella se merece’... **El que se lo daba era mi hermano**... Él le llegó a decir a mi hermana: ‘¿Cómo es posible que tú, con plata chama, con plata, porque tú tienes como poderle dar a mi mamá... como poder ayudar a mi mamá en su condición, y no hacerlo? Y tengo que hacerlo yo, que estoy desempleado, que no tengo profesión... que no tengo con qué... o sea, porque yo no tengo cómo darle a mi mamá’... Y sin embargo, **él lo hacía... Y ese era su reclamo**... [Él] estando en San Cristóbal **consiguió un empleo barriendo las calles, porque él hacerlo antes por él no, pero lo hizo** [por ayudar a mi mamá]... **y como él era homosexual tenía amante... salía con hombres (...)** él me lo **confesó, que el cobraba por prestar servicios sexuales (...)** porque él me decía: ‘Wuao, yo veo que mi mamá necesita esto, como está en este estado, necesita de esto, necesita de aquello, de lo otro, y no tenemos cómo dárselo... y la otra guevona’, como decía él, ‘que sabe que mi mamá está enferma, coño, no mandó una partida de dinero para eso’”.*

Es así como se observa que Diana reconoce la forma en la que su hermano se abocó a la situación de cuidado de la madre enferma, en aras de ofrecer soluciones reales a las necesidades que tenía en ese momento

De igual manera, en el momento de tener que hacerse cargo de la condición crítica de su hermano hospitalizado antes de que falleciera, tampoco tuvo ayuda o apoyo de otros parientes, y no se vio ni siquiera en la necesidad de solicitar permiso para faltar al trabajo por

cuanto todo coincidió con la época de vacaciones escolares: “[Si] *me tocaba pedir permiso en el trabajo, los pedía por día, que si ‘Este día voy a llegar tarde’ ... pero obviamente, como no fue mucho porque prácticamente nosotros empezamos clases [en el liceo] el tres [de octubre] y mi hermano muere el ocho [de octubre]... Él estuvo hospitalizado veintiún días, desde el 15 de septiembre*”. Aun así, ya se ha dicho que con su hermano el cuidado consistió mayormente en hacerle compañía y brindarle apoyo a través de su presencia y su trato, siendo que las tareas materiales estaban en manos del personal de terapia intensiva, para lo cual no se requería que ella hiciera solicitudes especiales. Sin embargo, durante este tiempo, Diana reconoce haber contado con la colaboración de la pareja de su hermano, quien atendía a algunos de los menesteres del cuidado, tal y como lo ha mencionado antes: “T. [la pareja de mi hermano] *todos los días cuando iba le llevaba unas sábanas limpias... yo dejaba que él se hiciera cargo de eso... porque él, si hoy se cambiaban las sábanas, él llegaba en la noche, las lavaba y las tenía listas para el día siguiente... y cada vez que iba, él se las cambiaba*”.

Finalmente, Diana habla de un conocido del laboratorio del hospital con el que estableció alguna cercanía y que la ayudó cuando llegó el momento de informar a su hermano acerca de su diagnóstico, toda vez que reconoce que no sabía cómo afrontarlo sola:

“Un señor que trabaja ahí, yo le pido el favor para ver si mi hermano lo había ido a retirar [el resultado del análisis de sangre]... él me dice: ‘Yo me acerco al laboratorio y veo si lo fue a retirar’, pero no, no lo había ido a retirar... entonces este señor me devuelve la llamada y me dice: ‘Cónchale, te tengo una mala noticia... salió positivo’. Yo dije: ‘No puede ser’... Yo me puse a llorar ese día, y a llorar y a llorar... y decía: ‘Cónchale, no es posible’, porque yo dije: ‘Si ese hombre se entera que él tiene VIH eso va a ser un choque muy arrecho y él no lo va... él no va a aceptarlo, no lo va a aceptar, es que él no lo va a aceptar’... ahora él está enfermo, no se va a querer poner en tratamiento... Yo no sabía cómo manejar esa situación con él [para decírselo]... así que le pedí que lo llamara y le dijera que estaban y que lo fuera a buscar”.

De esta forma, es posible concluir que en Diana no se observan grandes habilidades o competencia social para entablar vínculos en aras de obtener ayuda o colaboración específica con respecto a la situación de cuidado, aunque debe hacerse notar que aprovechaba con fines instrumentales las que menciona: la pareja de su hermano la descargaba de la tarea material de

tener que cambiar las sábanas y el favor de la persona que conocieron en el laboratorio le sirvió para no encarar a su hermano, por cuanto ella misma reconoce que no sabía cómo afrontar esta situación desde el punto de vista emocional. Así, es relevante destacar que la búsqueda de ayuda estuvo precisamente orientada hacia sí misma para obtener contención emocional en terapia, pues fue cuidando a su hermano cuando Diana inició un proceso de ayuda psicológica.

○ *Actitud hacia el futuro*

El momento que el testimonio de Diana devela como cargado de la mayor angustia y donde tuvo la más oscura percepción de futuro es aquel que refiere al inminente fallecimiento de su hermano. Diana se vio abrumada: fue el momento en que tomó conciencia de su propia soledad y emergieron en ella angustias arcaicas ante la reviviscencia del abandono, la separación e incluso la desintegración. El fragmento de su testimonio que incluye una desesperada súplica e intento de negociación ofrece evidencia de ello:

*“Y yo le decía [a mi hermano]: ‘Por favor, **no quiero que te vayas, que voy a estar sola**’... que yo **no quería estar sola, que quería estar con él... le dije que yo nunca lo iba a abandonar, que si él quería irse a vivir a San Cristóbal, yo iba a hacer todo lo posible para que se fuera, que si ya no quería vivir más con T. [su pareja], yo iba a hacer todo lo posible por mudarme con él y estar en un sitio con él, a pesar de su genio, a pesar de su carácter, yo quería estar con él... yo no quería que él se fuera**”.*

En muchos sentidos, la cercanía de la muerte de su hermano y su posterior fallecimiento fue para Diana una situación que la confrontó con las carencias vinculares más primitivas de su vida y actualizó en ella su propia sensación de vulnerabilidad. Recuérdese la declaración que se ha mencionado arriba al hablar acerca de la actitud hacia sí misma durante el cuidado de su hermano, cuando dijo: *“Cuando mi hermano, que todavía me pasa ahora por la cabeza por ratos... me preocupaba y me angustiaba caer enferma de gravedad yo y no tener quién me cuidara, o, ¿sabes?... que no tuviera a nadie que estuviera ahí para por lo menos acercarme un vaso de agua”.*

El estado de su negación ante la desaparición de su hermano y el tener que seguir viviendo con el hecho de que ya no existía y no hubiera posibilidad de verse de nuevo acompañada por él se mantuvo firme en su discurso durante todo el proceso (desde las primeras entrevistas en el hospital hasta las entrevistas para la actual investigación): *“Lo de mi hermano*

a nadie le puede pesar y doler más que a mí, porque a pesar de nuestras diferencias y de que él era menor, yo sentía que él siempre me cuidó de la maldad de las personas (...) y no me resigno, no me resigno a su pérdida... no me resigno... no me resigno”.

Todo ello condujo a Diana a un intento compensatorio por refugiarse en la formalización de su relación de su última pareja, que no consistían en otra cosa que en rodeos y fantasías que no tenían arraigo y no pasaban el menor examen cuando se les confrontaba con su propia actitud y receptividad real. Fue así como, a pesar, cerca del cierre de este proceso de entrevistas, Diana dejó aflorar nuevamente su naturaleza y talante artemisal, y ya en apariencia repuesta del duelo, compartió la sorpresiva declaración: *“La verdad es que las cosas me han estado saliendo mejor de lo que yo esperaba (...) me van a dar un cambio de ambiente en mi trabajo y pues terminé mi relación sentimental con este señor [M., su actual pareja] (...) me di cuenta que era una pérdida de tiempo esa relación y realmente él jamás se divorciara, y al final esa relación tampoco iba a ninguna parte”.*

6.3.3.3.- Percepción acerca de cómo era recibido el cuidado por ella prodigado

Con respecto a su madre, el discurso de Diana se puede traducir en que su madre, demostrando arrepentimiento por la precariedad vincular de antaño, agradeció las atenciones que le dio durante el trance de su enfermedad, aunque quede abierto a discusión si se trata de una percepción que obedece a lo efectivamente expresado por su madre o una creencia a la que la propia Diana necesita aferrarse: *“Lo único que te puedo decir es que mi mamá, a pesar de haber sido mezquina con los hijos... yo creo que ella se arrepintió... yo creo que tuvo chance de arrepentirse, tuvo tiempo de... pedirle perdón, no a nosotros, porque yo siempre le decía: ‘Mamá yo no tengo nada que perdonarle... tú fuiste quien fuiste y quién te tiene que perdonar por tu comportamiento es Dios... es Dios’... pero ella en su último momento se arrepintió... se arrepintió”.* Este punto se retoma y amplía en la categoría referida a la sombra del cuidado en Diana.

Ahora bien, con respecto a cómo cree Diana que se sentía su hermano frente a su atención que ella le prodigaba, y si considera que su presencia pesaba más que la de los demás, o le era indistinta, la respuesta ofrece una mezcla entre la percepción de la actitud y conducta

general de su hermano junto con lo que pudiera leerse como un intento por desmarcar la importancia dada por su hermano a otros afectos y enaltecer la posición ocupada por ella en esos momentos frente a él:

“Bueno, él se veía que se entristecía un poquito cuando veía que T. [su pareja] no iba con tanta frecuencia [a verlo al hospital] pues... pero no era algo que a él lo preocupara o lo hiciera sentir... que lo deprimiera... pues en cierta forma él iba a abandonar esa relación, él ya no quería seguir con él... Entonces por eso digo que estaba era yo, porque no tenía a más nadie”.

Sin embargo, Diana plantea una reflexión a partir de un recuerdo. En ella queda evidenciada una percepción que va más allá de cómo su hermano tomaba las atenciones que ella le daba, y deja descubierta la necesidad más profunda de Diana de tenerlo cerca:

“Pero ¿sabes?, hay un recuerdo que yo hago... Él bebía todos los fines de semana (...) y nunca cumplió con la adherencia al tratamiento, nunca tomó nada [de antirretrovirales] (...) y en mi cumpleaños en febrero del 2016, o como que fue en los carnavales, un fin de semana que él había estado bebiendo yo ya estaba acostada durmiendo, él me abraza fuerte, me da un beso en la frente y me dice que me quiere mucho y que... él (...) deseaba estar al lado de mi mamá, que desea que mi mamá esté con él... Y yo le digo: ‘Pero no digas eso... mi mamá ya no está con nosotros... mi mamá está en un lugar mejor, en una mejor vida... mi mamá ya no está’... Pero entonces claro, él lloraba a mi mamá y siempre era: ‘Yo quiero estar con mi mamá, yo quiero irme con mi mamá’... Y a veces pienso que quizá él quiso rendirse a su enfermedad porque él ya se esperaba morir... quería irse con mi mamá... y a veces lo veo como que en parte... como que un poco egoísta, porque su muerte no la lamento solo yo (...), pero me duele más a mí”.

En el fragmento anterior se observa como la percepción de desamparo y desvalidez que el deseo de su hermano dejaba evidenciada ante los ojos de Diana, removía en ella el temor a la desvalidez y desamparo propios a los que se vería enfrentada por fuerza al perderlo a él. La lectura que puede hacerse es de que, mientras él hermano deseaba volver al amparo materno en forma de muerte —probablemente buscando un cobijo arquetípico para calmar un dolor interno que trascendía a la condición de salud física y que encontraba representación en la madre

muerta real–, Diana se sentía olvidada por él. Así, en tanto el hermano buscaba su propio alivio, ella se sentía alarmada por perder su propio aliciente representado por el hermano.

Y es precisamente con respecto a la percepción de “egoísmo” de su hermano que Diana menciona cómo supo él acerca de su condición médica al llegar al hospital y la actitud que tomó: *“Él lo escuchó... él escucho clarito cuando el médico dijo las condiciones en las que él estaba y el deterioro en el que él estaba... pero él era muy cruel y muy impasible... él era lo que él decía y ya [y cayó en el derrotismo]... pero yo le dije que él igual tenía que seguir su tratamiento porque él tenía todas las posibilidades de vivir, pero él me dijo: `Bueno, si Dios no me saca de esta, ya sé que no voy a salir`”*.

6.3.3.4.- Sombra del cuidado

- *Motivación profunda oculta detrás del cuidado*

Como resultado de todo lo expuesto hasta este punto, es posible encontrar que la motivación profunda de Diana en el cuidado de su madre obedeció a la expectativa que tenía frente a ella: hasta el último momento siguió esperando la posibilidad de que recapacitara y le demostrara arrepentimiento por su actitud en el pasado; así como albergando la esperanza de que, si se recuperaba y salía de su estado, le devolviera en reciprocidad. Resultan elocuentes al respecto dos fragmentos que se han citado arriba y que se retoman en este punto para observarlo. El primero es el que dice:

*“Honestamente no lo lamenté ni me arrepentí ni nada por el estilo, porque yo quise... yo enmendé esa situación en el momento en que... cuando yo vi que ella se sentía mal (...) yo me abrí con ella, y yo empecé a apoyarla (...) mi tía me la trajo para que la lleváramos al médico y yo la llevé... y yo estuve con ella en el médico, yo le pagué los análisis... yo prácticamente hice todo eso, sin importarme... Yo ni siquiera estaba trabajando ni ganando bien... pero yo igualito me hice cargo pues, tuve las atenciones con ella (...) y bueno... el tiempo que estuvimos distanciadas yo no sentía que [debiera estar con ella] porque no creo que en ese momento ella necesitara de mí... pero en el momento en que ella se enferma, yo no la abandono, yo no la dejo a ella sola porque... era mi mamá pues... **Y además siempre pensaba que quizá ella en algún momento, si salía de todo eso, podría tener algún gesto [de los que jamás tuvo] conmigo**”*.

Y el segundo es cuando agrega: *“Lo único que te puedo decir es que mi mamá, a pesar de haber sido mezquina con los hijos... yo creo que ella se arrepintió... yo creo que tuvo chance de arrepentirse, tuvo tiempo de... pedirle perdón, no a nosotros, porque yo siempre le decía: ‘Mamá yo no tengo nada que perdonarle... tú fuiste quien fuiste y quién te tiene que perdonar por tu comportamiento es Dios... es Dios’... pero ella en su último momento se arrepintió... se arrepintió”*. Nótese la insistente importancia otorgada por Diana a la redención materna oculta detrás de las justificaciones, lo cual revela la trascendencia de presenciar el acto de arrepentimiento de la madre en un intento por tratar de reivindicarla en el propio orden significativo.

Ahora bien, la motivación que siempre estuvo detrás del cuidado de su hermano fue definitivamente la de no reconocerse definitivamente sola. Los siguientes fragmentos así lo demuestran (y son tan relevantes en su discurso que serán retomados para ilustrar algunos aspectos de las subcategorías siguientes). En el primero de ellos, Diana dice:

“Y yo le decía: ‘Por favor, no quiero que te vayas, que voy a estar sola’... que yo no quería estar sola, que quería estar con él... le dije que yo nunca lo iba a abandonar, que si él quería irse a vivir a San Cristóbal, yo iba a hacer todo lo posible para que se fuera, que si ya no quería vivir más con T. [su pareja], yo iba a hacer todo lo posible por mudarme con él y estar en un sitio con él, a pesar de su genio, a pesar de su carácter, yo quería estar con él... yo no quería que él se fuera”.

Este desesperado clamor en procura de no quedar sola se ve ratificado en un segundo fragmento en el cual Diana expone:

“Lo de mi hermano a nadie le puede pesar y doler más que a mí, porque a pesar de nuestras diferencias y de que él era menor, yo sentía que él siempre me cuidó de la maldad de las personas... por lo menos aquí en mi estadía en Caracas, él siempre me advertía. ‘No te metas por ahí que tal cosa, o no hagas esto, o pendiente por ahí con qué sé yo’... porque yo no me veo como alguien que de repente tenga esa malicia... porque siempre fui una niña correcta, recta pues... y con la muerte de mi mamá y de mi hermano sentí y siento que realmente ya no me queda nadie y me da miedo caer en una situación de convalecencia larga como ellos... En el momento de estar cuidando a mi hermano la situación de alarma me ponía reactiva y pensaba en caso de que pasara eso: de que ‘Si

me pasa algo ya no hay quién pueda velar por mí' (...) el hecho de yo sentirme sola, de quedarme sola, lo veo y me horrorizo”.

○ *Apego, pragmatismo y buen morir*

Aunque Diana no aceptaba la idea de que su madre muriera, su testimonio no abunda mucho al referir cómo tomó la situación en ese momento. Sin embargo, se ha visto arriba que lo que verdaderamente resalta en su discurso con respecto al trance de haber tenido que enfrentar su fallecimiento fue que hasta el último instante siguió esperando que su madre recapacitara, demostrara arrepentimiento por el pasado (ambas expectativas y fantasías que, como se ha mencionado, constituían la motivación final de Diana, junto con la posibilidad de que si su madre se recuperaba tuviera la oportunidad de devolverle el gesto a modo de reciprocidad). Así, abre diciendo: *“Lo único que te puedo decir es que **mi mamá, a pesar de haber sido mezquina con los hijos... yo creo que ella se arrepintió... yo creo que tuvo chance de arrepentirse, tuvo tiempo de... pedirle perdón, no a nosotros, porque yo siempre le decía: ‘Mamá yo no tengo nada que perdonarle... tú fuiste quien fuiste y quién te tiene que perdonar por tu comportamiento es Dios... es Dios’... pero ella en su último momento se arrepintió... se arrepintió”.***

Así, cuando se le pregunta si al conocer de la enfermedad de su madre o durante el periodo que la estuvo cuidando llegó a hacerse a sí misma algún tipo de reclamo por el tiempo que estuvieron distanciadas, Diana dice:

*“Honestamente no lo lamenté ni me arrepentí ni nada por el estilo, porque yo quise... yo enmendé esa situación en el momento en que... **cuando yo vi que ella se sentía mal (...)** yo **me abrí con ella, y yo empecé a apoyarla (...)** porque no creo que en ese momento ella necesitara de mí... pero en el momento en que ella se enferma, yo no la abandono, yo no la dejo a ella sola porque... era mi mamá pues... Y además **siempre pensaba que quizá ella en algún momento, si salía de todo eso, podría tener algún gesto** [de los que jamás tuvo] **conmigo”.***

Sin embargo, es ante la inminencia de la muerte de su hermano donde más se observa que la actitud de Diana fue de absoluta negación, tal como se evidencia en el siguiente

fragmento (donde además se hace patente su desesperado intento de negociación para que no la dejara sola, tal y como se lo ha mencionado antes):

*“Y yo le decía: ‘Por favor, **no quiero que te vayas, que voy a estar sola**’... que yo **no quería estar sola, que quería estar con él... le dije que yo nunca lo iba a abandonar, que si él quería irse a vivir a San Cristóbal, yo iba a hacer todo lo posible para que se fuera, que si ya no quería vivir más con T. [su pareja], yo iba a hacer todo lo posible por mudarme con él y estar en un sitio con él, a pesar de su genio, a pesar de su carácter, yo quería estar con él... yo no quería que él se fuera**”.*

La negativa a aceptar la inminencia de la muerte de su hermano se mantenía incluso cuando inconscientemente la reconocía y tenía actitudes que así lo delataban (sin decir de la transparencia con la que le era transmitida la información médica):

*“Y yo le leí la biblia, le leo los proverbios y le leí varios salmos, y **trato de no sentirme triste y de decirle que Dios estaba con él en todo momento para que pudiera salir de esta, y que recibiera a Dios con los brazos abiertos y que tuviera misericordia de él y que Dios le recibiera con los brazos abiertos, y que aceptara a Dios como su único salvador en esta tierra... y cuando yo le digo esas palabras parecía que yo me hubiera estado despidiendo de él sin darme cuenta** [llora] (...) La última intensivista que lo vio a él me dijo: ‘Mira, yo quiero que tú veas esta placa, yo quiero que tú entiendas que el problema de él es que el sida no lo deja a él, no lo deja que el tratamiento le funcione’... **Y yo siempre que entraba después de hablar con ella trataba de pensar: ‘Esto no está pasando, tú vas a salir de esta, tú no me vas a dejar aquí sola’**”.*

La postura de Diana frente a la posibilidad de perder a su hermano se justifica cuando se entiende que para ella significaba la perentoriedad del último bastión familiar al que poder regresar. En el siguiente fragmento se puede observar cómo en el itinerario de asistencia de cada sábado al hospital, Diana había colocado algo más que la atención y el cuidado a su hermano. Se trataba de una afirmación de compañía para sí misma y una manera de demostrarse que no estaba sola: *“El sábado ya era mediodía y yo ni siquiera comía, yo ni siquiera sentía hambre, yo ni siquiera sentía apetito... o sea, yo lo que hacía era salir temprano a llevarle sus cosas [a mi hermano] y no tenía otra cosa en mente que no fuera estar con él... Y ese sábado... él muere... y yo me sentí sola (...) yo recibí esa llamada y dije:*

‘Ay, Dios mío doctora, ¿qué pasó, qué le hace falta a él?’, y me dice: ‘No, sino que su hermano acaba de fallecer’... **Y yo... yo no lo podía creer**’. Así, Diana agrega:

“Ay, con mi hermano fue... doloroso... doloroso, porque yo me negaba aceptar que él se iba a morir... cada vez que yo veía al médico y siempre me decía la misma historia, que él no iba a salir de esta, que él no iba a salir, que él no salía y que él no iba a vivir porque el virus estaba muy avanzado, ya prácticamente sus pulmones no respondían y ya iba a llegar un momento donde no iba a poder soportar estar dependiendo de ese aparato [respirador artificial] (...) Yo no quería creerle, yo necesitaba creer que él iba a salir de esa situación... Claro, el aviso que a mí me dieron era que él no se iba a mejorar, pero cuando yo lo vi [que hubo un día que remontó] que él estaba respirando [solo, sin ayuda del respirador artificial], que lo vi hablando conmigo (...) yo sentí como un aire porque yo decía: ‘¡Wuao, se está recuperando!’... Y para mí ya verlo así era un milagro, pero ya después verlo que él recae de nuevo, yo digo: ‘No, esto no me gusta’, y él cae en coma... y ahí es donde no despierta y de donde no sale”.

Y a manera de ratificación, concluye diciendo:

“Lo de mi hermano a nadie le puede pesar y doler más que a mí, porque a pesar de nuestras diferencias y de que él era menor, yo sentía que él siempre me cuidó de la maldad de las personas (...) y con la muerte de mi mamá y de mi hermano sentí y siento que realmente ya no me queda nadie y me da miedo caer en una situación de convalecencia larga como ellos... En el momento de estar cuidando a mi hermano la situación de alarma me ponía reactiva y pensaba en caso de que pasara eso: de que ‘Si me pasa algo ya no hay quién pueda velar por mí’ (...) el hecho de yo sentirme sola, de quedarme sola, lo veo y me horrorizo”.

Así, se observa que, tal y como la Artemisa mítica asistió a la vulnerabilidad de su madre con el parto de su hermano gemelo Apolo teniendo que sobreponerse a ambos con fortaleza y confianza en sí misma, Diana tuvo que encarar el cuidado y muerte, primero de su madre, y luego de su hermano. Y como se verá, el haberlos asistido y despedido a ambos, la obligó a confrontarse con aspectos de su propia vulnerabilidad a la vez que a tomar renovada consciencia de su verdadera superioridad con respecto al principio masculino. Es así como se pasa a la vuelta a sí misma a través de la experiencia de cuidado para el caso de Diana.

6.3.3.5.- La vuelta a sí misma a través de la experiencia de cuidado

En uno de sus pasajes mitológicos la diosa Artemisa aparece vinculada al sacrificio de Ifigenia a manos de su padre, el rey griego Agamenón. En la historia de la guerra de Troya, Artemisa había exigido a través de un oráculo que Agamenón sacrificara a Ifigenia a cambio de vientos favorables que llevaran a la flota griega hasta la ciudad amurallada. En algunas versiones la doncella es salvada a última hora por Artemisa, quien la convierte en una de sus sacerdotisas; en otras muere a manos de su padre. Lo importante es que, si se toma a Ifigenia como un símbolo interior de la propia vulnerabilidad, podría sostenerse, siguiendo a Stassinopoulos (2004), que la mujer que responde de manera predominante a una constitución correspondiente a la figura de Artemisa puede resultar igual de despiadada con respecto a su naturaleza femenina, sacrificando sus emociones y fragilidad en tributo a la supremacía, dentro de sí misma, del principio masculino, representado por el rey Agamenón. En palabras de Bolen (1984), se trataría del desprecio por la vulnerabilidad que manifiesta la mujer del tipo Artemisa, tal y como lo ha hecho Diana por una razón que quizá en algún momento temprano de su vida confundió y equiparó con algo necesario para su propia supervivencia.

Así, al haber negado o rechazado durante mucho tiempo esta cualidad de vulnerabilidad en sí misma, es posible pensar que en Diana la figura arquetipal de Artemisa ha operado mayormente en el nivel de la *máscara* o *persona* en el sentido junguiano de “recorte de la personalidad colectiva” (pues, en tanto carácter, devino una alteración defensiva del yo destinada a contrarrestar la particular percepción psíquica que tuvo frente a peligros externos de injurias narcisistas tempranas, así como de peligros internos derivados del temor a sufrir el dolor de verse atentada contra su propia fragilidad infantil). Sin embargo, en medio de la situación de cuidado, estos aspectos de vulnerabilidad rechazados se vieron removidos y descubiertos, emergiendo de forma atribulada cuando se tuvo que confrontar el inminente deterioro de su madre y –con un carácter aún más perentorio–, el de su hermano menor, para finalmente verlos morir, con lo cual esta experiencia se convirtió para ella en una noche oscura del alma, que eclipsó en el horizonte de su vida la promesa de poder reivindicar algún día una aproximación a la calidez vincular de la que siempre se sintió privada en el seno de su vida familiar. Estas dos experiencias de cuidado operaron en Diana como una forma de volver a poner en escena la amenaza de abandono que –de manera también inminente– alguna vez

vivió en su infancia dentro del seno parental, sirviendo como catalizador para actualizar la angustia primitiva de separación –e incluso de desintegración–, en tanto puso en jaque aspectos del psiquismo que refieren a la preocupación por la propia supervivencia, de lo cual ofrece evidencia la fantasía que la embargaba durante el tiempo de cuidado de su hermano, cuando dice: “*Cuando mi hermano, que todavía me pasa ahora por la cabeza por ratos... me preocupaba y me angustiaba caer enferma de gravedad yo y no tener quién me cuidara, o, ¿sabes?... que no tuviera a nadie que estuviera ahí para por lo menos acercarme un vaso de agua*”.

Haciendo referencia al símil junguiano tomado de las fases iniciales de transformación alquímica, esta *nigredo* (etapa de oscurecimiento), se prestó como oportunidad propicia para llevar a cabo la *mortificatio* y *putrefactio* (muerte y putrefacción simbólicas), al servicio del proceso de individuación por vía de la integración de un arquetipo negado en Diana. Es decir, como una forma para restablecer contacto con los aspectos confinados en sombra, el acompañamiento de su madre y su hermano –a los cuales vio deteriorarse y finalmente morir–, sirvió, en primer lugar, para que recuperara temporalmente en sí misma los aspectos pueriles de la Core que nunca habían podido ser vividos (en tanto jamás pudo entregarse plácidamente a la vivencia de encarnar a la doncella vulnerable y dependiente, ni tampoco recibir ningún tipo de retroalimentación en ese sentido); y posteriormente, para hacerle sufrir por actualización un nuevo rapto del Hades representado por la profunda sensación de pérdida, permitiéndole todo ello la articulación con un estadio más evolucionado y maduro del arquetipo, representado por la figura de Perséfone como reina del inframundo. Así, la postura Artemisal de Diana se vio conmovida por la experiencia de cuidado que –en tanto proceso que condujo a la pérdida–, sirvió para enriquecer su personalidad con la integración del verdadero poder que representa la consolidación de los aspectos arquetípicos representados por la figura de Perséfone, logrando el verdadero sentido de la libertad adulta al empezar a sostener de manera más ponderada la tensión de los opuestos vulnerabilidad-invulnerabilidad (y no usando a Artemisa sólo como un enmascaramiento defensivo), volviéndose con ello dueña de su propio mundo y poniéndola en la senda de volverse cada día más un individuo por derecho propio.

6.4.- Resultados para MARTA

6.4.1.- Datos demográficos e introductorios para el caso de Marta

Marta es una mujer de 46 años de edad. Es licenciada en Educación y se desempeña como maestra de preescolar en una escuela en Santa Teresa, en Valles del Tuy. Aunque nunca se casó con el padre de su hijo, ella define de manera expresa la relación que tuvieron como un “matrimonio” (en su testimonio se refiere a él usando de manera indistinta su nombre de pila, F., o llamándolo por su apellido, U.). Precisamente, fue invitada a participar en la presente investigación a partir de varias entrevistas que se le efectuaron cuando su esposo se encontraba hospitalizado en la Unidad de Infectología del Hospital General José Ignacio Baldó, donde se hizo cargo de su cuidado durante 59 días, hasta el momento en que falleció –sin que ella lo esperara–, debido al daño cerebral producto de la meningitis que ameritó su ingreso. En el contacto inicial, cuando se le preguntó si conocía de qué manera se había infectado su esposo, un gesto incomodo se apoderó de la expresión de su rostro y respondió: *“Por un desliz que tuvo, me imagino yo (...) y ahora él no me mira a los ojos, porque él sabe que tiene la culpa de que estemos pasando por todo esto”*. Agrega que fue diagnosticado cuando el hijo de ambos tenía 5 años, y que a pesar de la crisis que implicó el conocer esta noticia, ella decidió finalmente permanecer con él por voluntad propia, y lo hizo así durante 10 años, tiempo en el cual llevaron una vida de pareja normal y en el cual, habiendo tomado siempre las precauciones profilácticas necesarias, Marta nunca contrajo la infección.

Como se desprende de estos datos iniciales y del análisis de la primera parte de sus resultados, en la presente investigación ella ha sido identificada a nivel de personalidad con un funcionamiento arquetípico dominante característico de la figura de Hera. En vista de que Hera significa “Gran Señora”, se escogió para ella el seudónimo de “Marta”, nombre que en arameo significa “señora” (Dueñas y Lorenzo, 2009). En la actualidad, Marta no tiene reservas en afirmar que es viuda, un aspecto que, como se verá, tiene en ella connotaciones tanto en el nivel arquetípico como en el del cuidado.

6.4.2.- Dominancia de la figura arquetípica de HERA en la personalidad de Marta

6.4.2.1.- Imago y relaciones parentales

○ Imago y relación con el padre

En el marco teórico, al recapitular lo que diversos autores –Bolen, 1984; Stassinopoulos, 2004 y Barker y Woolger, 2005–, sostienen acerca de la proyección de la figura arquetipal de Hera en la vida cotidiana y desarrollo evolutivo de una mujer, se ha dicho que la imago paterna suele ser la de un padre dominante y egoísta. En el caso de Marta se evidencia con claridad que se trata de un padre autoritario y emocionalmente distante para su hija, y su testimonio revela que esta forma de percibir al padre era compartida por todos sus hermanos, a los cuales adhiere causa en razón de ello: *“Con mi papá (...) él tenía un carácter muy fuerte... Con él todo era como con un coronel, como en un cuartel militar... rara vez le decíamos ‘papá’... todo era: ‘Señor, sí señor, a la orden, señor’... siempre fue un hombre muy árido, súper autoritario y fueron pocos los momentos en los que compartimos realmente... él siempre estaba trabajando y en la noche era que si: ‘Hay que acostarse temprano’, para volver a trabajar al día siguiente... Él falleció de infarto, hace ocho años... [Mis padres] los dos eran de San Félix, de Puerto Ordaz, pero por trabajo mi papá se tenía que trasladar constantemente y nosotros nos trasladábamos con él... vivamos peregrinando y mudándonos de sitio... Pero a pesar del movimiento, o de que él andaba trabajando, mi papá no perdía dato y se acababa enterando siempre de todo... un padre muy vigilante, no me dejaban ir a ningún sitio, siempre pendiente”*. En este sentido, puede afirmarse que la imago paterna en Marta se corresponde con la del padre terrible, en el sentido del temor reverencial sentido por éste, lo cual trasciende y se diferencia de forma nítida del respeto instaurado por efecto del amor. Esto, que puede ser interpretado también como una forma de “ausencia” emocional de la figura paterna, tendrá consecuencias importantes en la historia de Marta, como veremos en lo sucesivo.

○ Imago y relación con la madre

En la misma línea de lo que se ha sostenido en la subcategoría referida al padre de Marta, al recapitular lo que Bolen (1984), Stassinopoulos (2004) y Barker y Woolger (2005),

sostienen acerca de la proyección de la figura arquetipal de Hera en la vida cotidiana y desarrollo evolutivo de una mujer, se ha dicho que la madre es percibida como sumisa y débil. En el caso de Marta este postulado teórico se cumple de manera cabal, según lo evidencia su propia declaración en este sentido: **“Mi mamá... una mujer muy callada, siempre al margen, aorillada, porque el que tomaba las decisiones era siempre mi papá... no sé si te podría decir que sumisa, pero ella se dejaba llevar y no se oponía a las decisiones de mi papá ni le asomaba alternativas de nada, ni ninguna opción de algo diferente a lo que él dijera... yo creo que más que todo para evitar problemas y también por el trabajo de él, porque con eso él era como que un mundo aparte”**.

○ *Imago y relación con hermanos y hermanas*

Marta tiene cinco hermanos (cuatro hermanas mayores y un hermano menor, siendo ella la quinta en el orden de la fratría). El dominio arquetípico en ella de lo que es denominado por Bolen (1984) como diosa vulnerable se evidencia en el predominio del vínculo con sus hermanas mayores y su hermano menor. La excepción se impone únicamente con respecto a una de sus hermanas (*Cla.*), y obedece al resguardo que Marta hace de su propio pudor e intimidad, y al temor a perder la imagen social por el qué dirán, un rasgo característico de la dignidad de Hera y que será recurrentemente observado en ella a lo largo de su discurso. Su testimonio nos dice: **“[Tengo] cuatro hermanas mayores que yo y un hermano, que es el menor de todas... conmigo somos en total seis hermanos... De las mujeres está la mayor que es Ca., luego viene Cla., después está Cri., y después M.,... luego estoy yo... y bueno, el último, que es C., el pequeño (...) En cuanto a cómo nos llevamos... bue... con Cla. casi no le hablo, no sabe nada de lo que pasó con F. [mi esposo], nunca la mantengo informada de nada por entrépita. Ella tiene la mala maña de meterse en lo que no le importa y luego habla, así que nunca le he compartido cosas así muy íntimas para evitar [que las repita o divulgue], tú sabes... Cri. en cambio es como si fuera mi otra mamá, ella y yo somos muy cercanas, muy unidas, y siempre fue así porque ella fue como otra mamá desde que yo era niña... Con M., siempre peleamos pero siempre andamos juntas, y como ella y mi mamá ahora viven cerca de mi casa en los Valles del Tuy, nosotras nos apoyamos en todo, sobre todo ella me ha apoyado a mí ahora, que si con el problema de las colas y la escasez... ella y mi mamá siempre están pendientes de si**

necesito algo, y cualquier cosa, M. me lo consigue... si está entre sus posibilidades, ella me lo consigue... ella también dispone de más tiempo para eso que yo”.

Y finalmente, de su hermano menor, el único varón, dice: *“Y bueno, con C., que es el más pequeño, soy muy pegada también... parecemos morochos... de hecho, cuando éramos niños, que siempre andábamos juntos, todo el mundo siempre nos preguntaba que si éramos morochos... y nosotros: ‘No, no somos morochos’... pero lo compartíamos todo y yo lo quiero mucho, siempre lo he querido muchísimo”.* La referencia a la imago de esta relación especular con su único hermano varón y menor que ella será un aspecto importante a tener en cuenta en tanto proyección sobre su relación matrimonial (pues recuerda la relación de la mítica Hera con su hermano menor-amante Zeus).

6.4.2.2.- Infancia

La infancia de Marta es descrita por ella como feliz y teñida por su alegría e ingenuidad de niña: *“Como mi papá era técnico petrolero, yo crecí en campos petroleros... él comenzó a trabajar en Creole Petroleum Corporation en Maturín y lo trasladaron primero a un campo petrolero en la costa oriental del lago de Maracaibo, en Tijuana, y luego a Lagunillas, en Campo Rojo. La Creole luego se llamó Lagoven y por último pasó a ser PDVSA. Esos campos petroleros eran como réplicas de los condados norteamericanos... eran centros urbanos con clínicas, escuelas, comercios... y los trabajadores eran trasladados de acuerdo a las necesidades de las filiales: la Shell, Creole (...) Y bueno... mis hermanos y yo prácticamente nacimos en campos petroleros... nacimos y crecimos... así que vivimos en Zulia, en Falcón, en Anzoátegui y en Monagas... según iban trasladando a mi papá por las necesidades de las corporaciones filiales, nos íbamos mudando... Y de verdad, para mí fue una fortuna realmente haber crecido en campos petroleros... mis recuerdos de infancia son... bueno, ¡extraordinarios!... incluso la primaria, a pesar de los cambios que tuvimos que hacer en esos traslados... pero de verdad fui feliz... sí, te diría que tuve una infancia muy feliz, muy agradable... yo puedo decir que fui una niña realmente feliz”.*

Sin embargo, en el caso de la niñez de Marta no se puede soslayar, además, la presencia de indicadores que permiten observar algunos aspectos de la incidencia de la figura arquetipal

de Perséfone en ella: *“Yo era muy ingenua, jugaba mucho, corría mucho, me acuerdo que me rompía mucho las rodillas porque me gustaba correr... era una niña alegre... Me gustaba ver la televisión, me encantaba el zorro en blanco y negro. Y bueno, viajábamos y nos mudamos mucho... Mi papá y mi mamá, a pesar de su carácter, digo yo que ellos me consintieron mucho, no me dejaban para nada porque a los dos más pequeños no nos dejaban nunca para nada... más de una vez me acuerdo que llegué yo en las nebulosas a clase, por los viajes o por estarnos mudando, y si había que perder el año, lo perdía... me raspaban siempre, siempre la más consentida... pero si había que ir a la Conchinchina, se iba y perdía el año”*. Este elemento debe ser destacado y reservársele para el análisis que posteriormente se llevará a cabo con respecto a otras subcategorías de su caso, y para el que se efectuará con respecto a su posicionamiento subjetivo en medio de la situación de cuidado de su esposo, que puede ser leído como una contribución a su proceso de individuación.

Es interesante además observar lo que Marta responde cuando se le pregunta acerca de si no considera que lo que ella califica como haber sido “consentida” pueda ser leído de otra forma (como por ejemplo una forma de desatención, abandono o incluso una manera de maltrato): *“Mira... a lo mejor algo de desatención porque debieron como que marcar una prioridad para una en cuanto a la estructura o a una disciplina, que igual la había, no te creas que era que hacia lo que me diera la gana... ¡para nada!... pero si es en ese sentido, a lo mejor sí... Ahora, abandono no sé... y maltrato yo creo que no... porque incluso siendo consentidos, por decirlo de alguna manera, cuando había que hacer las tareas, o responder por lo que era nuestro deber, nos ponían mano dura... y mi papá se encargaba de eso, así que más valía caminar derechitos”*.

6.4.2.3.- Ámbito laboral e intereses intelectuales

- *Ámbito laboral*

Marta es maestra de preescolar, y con respecto a la motivación que la inclinó a escoger esa carrera, dice: *“Soy licenciada en Educación... Estudié Educación, mención Preescolar (...) y soy maestra de preescolar (...) siempre me gustó trabajar con niños pequeños... antes de decidirme por estudiar educación había pensado en estudiar ingeniería o informática, pero eso*

era mucho número y la verdad yo no tenía la disposición de tiempo o... de ganas como para la dedicación que eso ameritaba... así que cuando llegó el momento, que me iba a matricular y tenía que escoger, elegí educación... esa fue mi opción... y luego ya en el transcurso de la carrera como tal decidí irme por educación preescolar, que es el inicio de todo un proceso que sigue en la formación de un niño o de un muchacho”.

Al comparar la satisfacción que encuentra en su trabajo actual comparándole con la que podría haber encontrado en las otras opciones más exigentes y competitivas que en algún momento se planteó, Marta afirma ser una persona dedicada y su discurso revela que se encuentra comprometida con la actividad en la que se desempeña. Sin embargo, se confiesa además poco interesada por competir en el ámbito profesional (atribuyéndolo a su historia infantil y a su lugar en el orden de la fratría): **“Mi trabajo me gusta, soy dedicada y creo que lo hago bien, pero nunca he tenido eso de querer resaltar o brillar por encima de los demás (...) a lo mejor por eso [por el lugar que ocupé en mi familia], porque yo nunca pude resaltar como tal, porque cuando nací era ya la quinta después de cuatro hermanas... me consintieron, como no... era la más pequeña, e incluso cuando nació mi hermano C. nosotros seguíamos siendo los niños, los consentidos... pero ahí como que lugar para protagonismos no había mucho... Y al final yo siempre digo que encontré mi profesión, porque yo soy maestra de corazón y creo que para que un país salga adelante debe tener maestros que crean en su trabajo y lo hagan con el alma. Estoy convencida de que sólo a través de la educación los pueblos salen adelante... La ignorancia es la raíz de todos los males de las sociedades”.**

○ *Intereses intelectuales*

A partir del estímulo de este campo elabora una pizarra, en la cual se halla parada una maestra dando clase a tres niños. Coloca el título: “Conocimiento”. Al emplear el estímulo para elaborar un mismo objeto cerrado se evidencia un estilo de raciocinio tendiente a la asociación, y donde, además, el cierre en ángulos rectos indica además capacidad de correlación y deducción. De igual manera, el rectángulo empleado funcionalmente devela capacidad de organización, método y síntesis, constancia, prudencia, paciencia, dominio de sí, falta de expansión. El empleo del bosquejo (tipo espigamiento) indica falta de voluntad o inseguridad.

La selección del campo como preferido (tercer lugar) indica fuertes deseos de realización, perfeccionismo, formalismo, objetividad y relación intelectual con el mundo. Tómese en consideración además que dibuja a una maestra enseñando, y que existe correspondencia entre este tema y su profesión en la vida real.

6.4.2.4.- Relaciones de pareja y sexualidad

o Imago y relaciones de pareja

En el caso de Marta, esta subcategoría aparece como particularmente significativa y relevante para poder evidenciar el dominio de la figura arquetípica de Hera en su personalidad y psiquismo. Es por ello que, a riesgo de que resulte algo extensa, se han rescatado varios fragmentos de su testimonio con la intención de ser minuciosos y exhaustivos. Así, en primer lugar encontramos dos extractos en los que se observa la forma en que Marta define el vínculo que la unía –y el que todavía la une– con el que ella denomina su *esposo*, y con respecto al cual ahora se proclama *viuda*. Para empezar, adviértase que, en su caso, se trata de un vínculo donde la percepción de sí misma se combina con una profunda idealización del otro:

*“Bueno, soy viuda (...) Con F. [mi esposo] estuve 25 años... **Lo conocí cuando tenía 20** (...) **él tenía 18, él era dos años menos que yo.** Las otras relaciones de juventud no me duraron nunca nada porque yo siempre digo que yo tenía muy mal carácter también... o sea, no me duraban mayor cosa porque yo también soy un poco áspera, o habían cosas que no me gustaban y eso ya era suficiente para no animarme a continuar ni seguirle invirtiendo tiempo a algo que me parecía que no caminaba (...) A U. [mi esposo] lo conocí después, por una sobrina... **Para mí él era un hombre muy inteligente... ¡Y F. [mi esposo] lo que tenía era segundo grado!... él tuvo que dejar de estudiar por ayudar a su papá en el campo, pero como estuvo cerca de gente estudiada, y como estuvo un tiempo en la Marina, sabía de historia... era bueno con el cálculo, era rápido con eso**”.*

Adviértase que este hombre dos años menor será para Marta, en muchos sentidos, la repetición de la especularidad establecida en la infancia con su hermano menor, lo cual encuentra resonancia mítica, pues Zeus era hermano menor de Hera y en algunas versiones se dice que los dos ya se amaban en el vientre de su madre (Bermejo, 1988; Richepin, 2002). Pero,

además, Marta continúa consignando en el siguiente extracto su opinión acerca del significado subjetivo atribuido por ella al matrimonio:

“Nosotros no llegamos a casarnos legalmente... pero para mí él era mi esposo... sin ninguna duda... Y mira, si tuviera que opinar con base a eso, en lo que fue mi experiencia, te diría que el matrimonio no es ni bueno ni malo... es solamente un cúmulo de experiencias compartidas. Ahora, si te hablo de mí, yo me sentía bien con él, me resultaba una situación en la que me sentía cómoda, satisfecha... y ahora me hace mucha falta... sí, mucha falta... ¡Dios, lo extraño un montón, no te imaginas cuánto!... Sin embargo, vivir en una relación estable de tanto tiempo no es fácil... yo creo que en mi caso yo siempre me esforcé por voltear a mirar lo bueno de la relación porque yo quería estar ahí, y porque me sentía bien con eso (...) yo sabía que él me fue infiel, sabía que tenía sus deslices, pero al final yo lo que decía era: ‘Ajá, ¿pero quién es la señora?’... porque la verdad es que él podía haber pasado el rato con quien fuera, sabiéndolo yo, o sospechándolo sin tener la certeza, pero al final regresaba y era conmigo con quien estaba... y de verdad te digo, salvo eso, que quizá tú me dirás que no es poca cosa de aguantar, U. [mi esposo] era encantador... encantador, él era espléndido... que quizá fue precisamente ese el origen de todos los problemas... Yo lo admiraba mucho, y él siempre me decía que él no era tan brillante como yo lo veía... no sé si me lo decía por remordimiento de conciencia o algo así... porque le pesara lo que de repente él hacía por su lado... pero eso me decía...”

En el fragmento anterior es notorio no sólo un alto nivel de idealización con respecto a la figura de la pareja, sino además la valoración o importancia subjetiva del posicionamiento que, como mujer, Marta lograba a su lado. De esta forma, es posible encontrar en Marta en énfasis en la necesidad interna de estar en pareja y en ser externamente reconocida como miembro de la unión marido-mujer, tal y como lo sostiene Bolen (1984), en tanto esto opera en ella como un factor estructurante de la propia personalidad y valía.

Ante la particularmente significativa formulación “yo sabía que él me fue infiel, sabía que tenía sus deslices, pero al final yo lo que decía era: ‘Ajá, ¿pero quién es la señora?’”, es imposible no recordar la actitud general de la Hera mítica, pero también –y muy especialmente–, el evento concreto en el cual, en cierta ocasión, la diosa abandonó a su hermano-esposo Zeus por no se sabe qué razón, y no pudiendo hacerla volver, éste hizo pasear por las calles de Beocia un *xoanon* (estatua de madera) cubierto de velos sobre un carro tirado

por bueyes, haciendo correr la voz de que se trataba de su nueva esposa. Al tener noticias de ello, Hera regresó a toda prisa, y corriendo al carro desgarró los vestidos de la supuesta novia, descubriendo llena de alegría que se trataba de un engaño (Richepin, 2002). En el nivel simbólico, tanto la pregunta formulada por Marta acerca de quién era en definitiva “la esposa”, así como el pasaje mítico que usamos para amplificarle, refieren su profunda necesidad acerca de ser reconocida no sólo como una mujer, sino como “la” mujer.

Antes de conocer a su marido, Marta tuvo otra relación, de la cual menciona: *“Antes de conocer a F. [mi esposo], yo venía saliendo de una relación de cuatro años con otro novio que se llamaba R., él era camionero, pero era demasiado machista... ¡Uy sí, muy machista, demasiado diría yo!... Y yo, imagínate... yo era una muchacha de su casa, siempre vigilada, siempre con mi papá y mi mamá encima, pendientes, que si `¡Pendiente con esto, ojo con lo otro, que si no me gusta fulano, o no me parece tal cosa!’... A R., lo conocí trabajando como cajera en la panadería de mi hermano... pero ese [R.] sí que me fastidiaba... bue... como no tienes una idea... Se ponía como obsesivo y como bruto, de verdad no, nada que ver... lo corté porque nada que ver... que no fue fácil porque él insistió en buscarme... pero al final me lo saqué de encima”*.

Cuando se explora la diferencia de esa primera relación con la que sostuvo junto al que se convirtió en su esposo, Marta expone : *“Con R., ya yo era mayor de edad, tenía dieciocho años y ya éramos novios... éramos novios formalmente, (...) ya era una relación... en la panadería de mi hermano lo conocían y él iba a la casa y todo (...) él me gustaba, pero el problema es que era machista, y celoso... eso me fastidiaba mucho, porque era como que siempre estaba con un control, y con una perseguidera, como queriendo imponerse, y revisando: `¿Y qué hiciste? ¿Y en qué andabas?’... como maniático, y eso me tenía de verdad fastidiada (...) [En cambio], **la diferencia es que U. [mi esposo] nunca me trató mal y siempre fue cariñoso, nunca fue agresivo conmigo, siempre me decía `Tú te mereces lo mejor, discúlpame si fui equis contigo’... él fue una persona cada vez más tierna, y todo lo que hacía era para uno”***.

Aun así, a pesar de la idealización, del esfuerzo por mantener un anclaje ilusorio en la fase inicial de la relación, y de la negación a reconocer los defectos existentes en la misma,

Marta revela cómo desde temprano el fantasma de la sospecha y la infidelidad empezó a rondarla: *“Tú a lo mejor me vas a decir que estoy loca, pero al principio... bueno, no tan al principio, ya teníamos unos años juntos... yo me ponía a pensar como en automático y me venían escenas de él estando con otra mujer, y era una cosa que yo no podía tolerar ni pensarlo... ¡Era algo que me hacía un daño!... Luego como que sí reflexionaba y me preguntaba: ¿Pero no será eso lo que me tiene atrapada?... Como que el pretender defender la parcela o el territorio, por así decirlo... pero después me decía que no tenía que pensar esas cosas y me obligaba a dejar de hacerlo... Y con eso no sé si lo que hice fue que hasta cierto punto se lo facilité mucho, yo ocupada con mis cosas, **haciéndome la loca, o mirando para otro lado como quien dice, y viviendo la idea de que estábamos bien, de que yo era feliz con lo que teníamos y pensando que bueno, al final de todo, él me quería a mí porque al final era conmigo con quien regresaba (...)** [pero] otras hubo, mujeres que sabían de su historia o no, no lo sé, algunas a lo mejor más cercanas de lo que yo misma podía pensar y que quién sabe cómo se burlarían de mí, muchas enamoradas de él, porque tenía su encanto el hombre... **Te confieso, yo llegué a ir a casa de alguna que otra conocida que yo sí sospeché en algún momento que algo tenían que ver con él, o sea, íntimamente pues... que se acostaban o que se habían acostado en algún momento... pero no se lo preguntaba porque no quería escuchar esa respuesta... si te soy sincera, no quería escuchar esa respuesta** [una forma de defensa contra la carga destructiva de los propios celos] (...) *Mira, es que si te digo, él tuvo a una tal M., que yo la conocí en una fiesta de gente de su trabajo, y él muchas veces me hablaba de ella, llegó a hacer comentarios, pero no cualquier clase de comentarios aislados, no... eran comentarios elaborados diríamos (...)* **que a mí me daban rabia, me hacía la loca hasta cierto punto pero me daban celos igual... pero ella se fue a Colombia y lo dejó... y todo encajaba, al final él se codeaba con unas mujeres que a lo mejor eran hasta más pilas que él, y él también quedaba como un ingenuo porque lo tenían para pasar un rato, disfrutaban si es que tenían que disfrutar, digo yo, y luego se iban... se iban... y si te he visto no me acuerdo, o qué se yo... y todo encaja... todo lo recuerdo y sé de alguna forma los momentos en que el andaba en eso, los momentos en que andaba pendiente de alguna situación con una mujer... Como sea, yo tampoco es que soy estúpida... No me gusta decirlo así, pero darme cuenta que el hombre había sido un picaflor toda la vida, sí lo veía... él vivió su vida como quiso, puteó hasta el cansancio, se cogió a todo el mundo, en todos lados aunque yo no tenga todas las certezas***

porque no lo quería ver... ¿Estaba en las nebulosas realmente y qué bolas las mías? No... simplemente, no quería verlo porque hasta cierto punto no me daba la gana debe ser, y no veía". Adviértase, sin embargo, que la postura de Marta es la de una mujer dominada por la faceta más benevolente de la figura arquetípica de Hera, lo cual se devela en su capacidad de ser leal y consistente con el compromiso del vínculo adquirido, y de atravesarlo soportando las dificultades de la vida de pareja, más que de actuarlas a través de reacciones de encono visceral para demostrar su descontento y autoafirmarse dentro de él.

Es así como, entonces, Marta comenta acerca de la manera en que se tramitaba el conflicto en el seno de la relación: *"¿Y hubo conflictos entre nosotros? Claro que los hubo... pero cualquier cosa, cualquier diferencia jamás pasó a mayores, porque decirte que insultos, que llegar a las manos... no, nada que ver... ni siquiera a los gritos, porque yo me abstenia porque sabía y sé lo que puede salir de ahí... de mí pues, que cuando me pongo fúrica es mejor que me mires y no me toques, y a veces que ni me mires* [como una defensa frente a los celos]... *y bueno, además él tampoco era hombre de gritar... llevaba la cosa con calma, que creo que eso sumaba a su favor porque el conflicto como tal no detonaba nunca y siempre quedaba, o al menos a mí me quedaba como que: 'Bueno, vamos a ver qué pasa', como que seguir en ese descubrimiento de él y de los dos en la relación... y claro, incluso cuando las fricciones no eran tan fuertes, el después se arrepentía, se acercaba... buscaba hacerlo... y me buscaba con encanto, me agarraba la caída. Me decía que si: 'Vámonos de viaje', o 'Te propongo esto'... porque esa era la forma: 'Te propongo esto, te propongo tal cosa'*". Como se observa, la interacción era más bien discreta y no prevalecían en ella los arrebatos de cólera que caracterizaban a la mítica Hera. Al contrario, su postura se observa más benévola y paciente en procura de la preservación del vínculo. Sin embargo, la actitud *hierogámica* (unión de los opuestos) en la cual cada miembro de la pareja vive en su propia esfera psíquica para encontrarse en un sector común ocasional, así como el que ese encuentro fuera propiciado por la actitud persuasivamente seductora de su esposo, sí que recuerda las aproximaciones de Zeus y las míticas reconciliaciones entre éste y la diosa Hera, y en el nivel simbólico se puede afirmar que es tolerado en tanto representa un esfuerzo por conseguir la totalidad en sí misma a través de la vía de la unión externa. Un paralelismo adicional con el matrimonio mítico de Hera y Zeus es quizá la tendencia a refugiarse en la "luna de miel" simbólica después de cada

conflicto, como cuando Marta dice: *“Viajábamos... viajamos mucho por Venezuela, tipo paseo pero por toda Venezuela... lo hacíamos a menudo, bueno, cada vez que teníamos oportunidad, que si periodos de vacaciones y eso... y nos gustaba hacer eso... incluso que si salir algún fin de semana, que no era a la vuelta de la esquina precisamente, pero lo hacíamos así... tengo muchas fotos de eso, que si a Margarita, a Mérida, a los llanos, a San Cristóbal, la Gran Sabana, Canaima... mucho viajar, mucho”*.

Cuando se le pregunta si a pesar de todo lo recapitulado igual le hubiera gustado formalizar la unión o el vínculo de manera legal o religiosa con el hombre al que ella reconoce como su *esposo*, Marta responde: *“Es lo que te digo... es que **para mí éramos un matrimonio**... pero sí, sí me hubiera gustado. Lo que pasa es que U. [mi esposo] tenía un funcionamiento particular con eso... a pesar de lo cariñoso, lo dulce y lo especial que podía ser conmigo tenía una cosa de: ‘No me gusta que me controlen, que me limiten’, me decía que tenía que respetar su espacio... y era como que podía estar pero ¿formalizar?... eso para él ya era como que ponerle el grillete al pie y como que una pretendía atraparlo, como encerrarlo... no sé... y yo lo quería, de verdad lo quería... y por eso soporté muchas cosas... porque lo quería y porque me sentía bien en compañía de él y con lo que teníamos como relación... pero claro, te podrás imaginar cuando me encuentro con el escenario de que es seropositivo y me dicen: ‘Tienes que hacerte todos los exámenes tú también’, eso para mí fue un shock... y **ahí empecé yo a recapitular todas las peticiones de respetar el espacio, de no controlarlo, de no ponerle limitaciones que supuestamente lo iban a hacer que saliera corriendo**”*. Obsérvese la valoración que Marta, como representante de la subjetividad característica de Hera, le otorga a la institucionalidad formal del vínculo, pero como, por otra parte, el respeto –casi el temor reverencial– a la reacción del marido, la hace recapacitar acerca de lo que habrían sido sus pretensiones iniciales.

Resulta entonces de enorme relevancia cuando Marta expone cómo sobrellevaba la situación: *“Te digo que quizá en las fases infortunadas, por así decirlo, yo **hacía un esfuerzo por rescatar la imagen que yo tenía de él y enaltecerlo... y todavía, todavía creo que lo hago**... de verdad que lo mío con él yo creo que definitivamente iba más allá del bien y del mal porque de verdad que uno lo mira y dice: ‘¿Cómo aguanté tanto?’ (...) Mira, yo digo que por amor, porque lo quería”*.

Así, Marta relata cómo decidió permanecer en la relación luego de que su esposo fuera diagnosticado como seropositivo:

“Bueno, así estuvimos esos meses [separados]... hasta que un día él viene a recoger unas cosas y me dice para que hablemos... ahí, eso fue... lloramos, yo lloré mucho... me sentía mal, sentía que se había perdido todo, pero de verdad no quería dejarlo... y bueno, poco a poco, acercándonos de nuevo, hablando, familiarizándonos con las cosas, investigando, preguntando con médicos... hubo reconciliación, o sea, nos reconciamos... Ahí averiguamos todo, cómo nos teníamos que cuidar, y como aún había amor, decidimos quedarnos juntos... Desde entonces, estuvimos juntos siempre... todo era juntos, para arriba y para abajo, que si ‘Me quedé accidentado con la camioneta’, que eso por allá abajo en los Valles del Tuy ya a las siete de la noche es muy inseguro, pero yo bajaba a ayudarlo a mover esa camioneta, o que si había que llamar a la grúa... o sea, era juntos siempre hasta por seguridad para que no lo mataran en la puerta de la casa... en lo que fuera”.

Finalmente, siendo Marta una representante de la dominancia de la figura arquetipal de Hera en el psiquismo femenino, es interesante presentar su opinión acerca del sentido que le da al compromiso recíproco dentro de una relación de pareja estable: *“Es complicado... yo creo que la voluntad de permanecer juntos... la voluntad más incluso que el deber... y con eso lograr la satisfacción de saber que se han superado tantas cosas estando juntos (...) son varios elementos: sentido del deber, confianza... y hasta la amistad diría yo. Eso es como los ladrillos de una casa, que para que se mantengan firmes en su sitio hay que irlos pegando con cemento... pues, tal cual... el compromiso en una pareja o en un matrimonio requiere esfuerzo y espíritu de sacrificio, y claro, el paso del tiempo compartido y las experiencias vividas terminan dejando ese balance”.*

○ *Sexualidad*

El ámbito de la sexualidad en Marta se encuentra demarcado por varios eventos significativos. Así, aunque lo primero que reporta se relaciona con una iniciación sexual libre de desparpajos de la cual dice: *“Yo me inicié sexualmente a los 18 años... fue con R., el primer novio (...) el machista que era camionero”*, no tarda, sin embargo, en referir dos situaciones de

intento de abuso, una en la niñez y otra en la adolescencia. De la primera experiencia dice: **“Me acuerdo que una vez el abuelo de una amiga nos puso en su cama, y nos empezó a acariciar a ella, a mí y a otra amiguita que estaba ahí, y yo tuve como la sensación de que eso no estaba bien o como que no era normal... ¡Imagínate eso!... Pero no pasó de allí... todas nos salimos y yo dejé eso atrás... Yo era muy ingenua, pero también como despreocupada y no le di mayor importancia... ¡Que de eso no supo mi papá nunca, porque si no hubiera ido y creo que lo hubiera matado!”**.

De la segunda experiencia, en la cual se confunde la primigenia ingenuidad infantil antes reportada junto con las expectativas adolescentes de entablar un vínculo significativo, Marta continúa diciendo:

“A los 16 años, intentaron violarme... era un muchacho que estudiaba conmigo, estábamos en el mismo curso, terminando el bachillerato, en cuarto año... él me gustaba, pero no para tener relaciones... yo le gustaba y teníamos una relación que no era de novios pero sí cercanos pues... y de repente él como que me empezó a insistir, y a insistir como para que yo estuviera con él, pero no de novios sino como que yo fuera a su casa, pero yo lo tomaba como que era para que fuéramos novios... o sea, como que pensábamos cosas distintas y pues yo no me daba cuenta de nada porque yo tenía mi forma de verlo y jamás lo había notado que fuera un mal muchacho ni nada por el estilo... un día me llevó a su casa y yo como que me dejé llevar por un rato, pero de verdad que no quería, dejé que me desvistiera pero después de verdad que no quise... no quería... él intentó penetrarme pero no terminó de hacerlo porque yo de verdad no estaba dispuesta y no lo dejé... y él se molestó, me pegó, y me dijo que yo era una infantil, que me fuera, yo me vestí y yo me fui. En ese momento estaba dolida y asustada... porque le había tomado cariño y no entendí su reacción, me pareció un irrespeto, tan injusto conmigo... y como una falta de consideración porque yo era una muchacha y me sentí totalmente... como desvalorizada, y como que en realidad no me quería pero para nada... A partir de ahí nos distanciamos, casi que ni siquiera nos mirábamos, y yo nunca conté nada de eso para evitar problemas, porque ya estaba grande y la idea no era crear todo un embrollo con eso, porque entonces íbamos a volver a tiempos antiguos en los que casi que ni me iban a dejar asomarme a la puerta de la casa... sí lo veía con las otras muchachas, y una vez, tan desgraciado y patán, me dijo que ellas eran mujeres de verdad”.

Ahora bien, en este punto es importante destacar la ejecución de Marta en el campo 7 de su test de Wartegg (anexo 7). En el mismo se observa, primeramente en cuanto al tipo de trazado, que hay un exceso de borraduras, lo cual delata de entrada inseguridades y angustias en referencia al ámbito de la sexualidad y la sensualidad. Esto se ve confirmado además por la selección aplazada o pospuesta –en octavo lugar– del campo, lo cual devela represión de problemática erótica y sexual. Es decir, se observan indicadores que bien pueden estar haciendo referencia a problemáticas de base como a conflictos actualizados en el nivel del intercambio sexual dentro de su última relación con su esposo.

Lo que en definitivas cuentas queda revelado es el posicionamiento y la expectativa subjetiva que Marta atribuye o proyecta en este ámbito, a partir del empleo del estímulo del campo 7 como collar o gargantilla en la mujer dibujada. Así como se ha visto arriba que a los 16 años ella buscaba interpretar la aproximación sexual como un intento de establecer una intimidad “de novios” no meramente sexual, el trato específico dado al estímulo clarifica su concepción de la sexualidad. Así, resulta particularmente relevante que el collar y las gargantillas representan en el nivel simbólico –al igual que los anillos– el compromiso al mismo tiempo que la esclavitud (en razón de que históricamente ese ha sido el sentido de las prendas colocadas alrededor del cuello o los miembros). La gargantilla o collar suele, en tal caso, referir al compromiso y/o esclavitud rendida a aquel que la coloca al cuello de la persona que los lleva puestos. Al respecto, cabe recordar lo que Bolen (1984) dice al hablar de la figura arquetípica de Hera: “es la clase de chica lleva con orgullo el anillo de su chico colgado en el cuello con una gargantilla”, lo cual reafirma la importancia que para una mujer con esta dominancia arquetipal tiene el compromiso/esclavitud asumido con respecto a una relación (y al comercio sexual exclusivo que ello implica).

Pero además, en el nivel meramente ideográfico del test de Wartegg, los adornos relejan vanidad y deseos de aparentar, mientras que los efectos del propio sexo reflejan preocupación por la apariencia social, junto con la preocupación por la apariencia física y la coquetería (Muñoz, s.f.). En este caso es particularmente relevante el aspecto de la preocupación social que no casualmente aparece ligado al campo relacionado con la sexualidad. Al asociarlo a lo situacional, puede decirse de Marta que la posición de esposa, la infidelidad marital y la enfermedad de su marido como consecuencia de esta infidelidad, son todos

elementos muy relevantes en tanto hemos identificado que su personalidad se encuentra dominada por la figura arquetipal de Hera. Y de nuevo, la selección del campo de la sexualidad en último lugar puede indicar poca sensibilidad, y carácter autocentrado, como inmadurez sexual o problemática de represión sexual, adquiriendo esto último sentido si, desde lo situacional, pensamos que quizá obedezca a aspectos defensivos frente a la particular experiencia que con respecto a la sexualidad tuvo esta participante en su relación de pareja. Esto puede ser observado en su discurso cuando habla no sólo de cómo asumió seguir conviviendo con su esposo después de su diagnóstico, sino también del manejo cauteloso que tuvo que tener en el manejo de esa información (lo cual sólo constituye un ejemplo de entre otros que se retomarán más adelante):

*“Poco a poco, acercándonos de nuevo, hablando, familiarizándonos con las cosas, investigando, preguntando con médicos... hubo reconciliación, o sea, nos reconciamos... Ahí averiguamos todo, cómo nos teníamos que cuidar, y como aún había amor, decidimos quedarnos juntos (...) Incluso con lo de la infección, que yo me quedé [en la relación], nos cuidábamos y durante diez años seguimos así, siempre cuidándonos... yo me hacía los exámenes periódicamente, y me los sigo haciendo, y a la fecha siempre he salido negativo en todas las pruebas (...) **pero yo trabajo en un preescolar** y hasta el momento de la hospitalización de él, inclusive, estaba como suplente, **esperando el cargo para quedarme fija, y entonces eso había que manejarlo con cuidado, ¿sabes?** (...) en el sentido de que **había que ser discreto porque si alguien se llegaba a enterar iban a decir ‘Ajá, el esposo de ella tiene sida, y entonces ¿si ella tiene?, está aquí en contacto con los niños’**”.*

De todas maneras, en el caso de Marta es posible concluir que su vivencia de la sexualidad entró en una sincrónica confluencia con el nuevo problema que representó la infección de su marido, sin que pueda afirmarse que antes de dicho diagnóstico estuviera libre del conflicto (que como se evidencia, preexistía en el nivel individual). En consonancia con ello resulta interesante traer a colación un fragmento en el cual Marta conjuga su perspectiva sexual general con la situación de intercambio íntimo después del diagnóstico de cero positividad de su esposo, en el cual dice que es posible que de parte de él hubiera:

*“insatisfacción sexual, **porque el sexo tampoco era muy importante para mí...** aunque igual teníamos relaciones, siempre con protección, con todos los cuidados, usando*

preservativo, verificando... yo me lavaba después... y bueno, siempre haciendo controles periódicos de todas formas (...) [pero] así como cuando él llegó a abandonar el tratamiento para andar tomando con los amigos... ¿qué sé yo si también buscaba otra cosa por fuera?... Claro... ¿qué sé yo si buscaba mujeres para de repente qué sé yo... suplir una carencia?... Yo siempre quise pensar que no, creo que la confianza era como para que no. Y además pienso que ya después de que a él lo diagnostican, digo yo que se calmó... pero ¿cómo asegurarlo? No lo puedo hacer... él tenía sus reservas y había cosas que las manejaba a su manera y no las decía... entonces, no puedo saberlo”.

Del fragmento anterior, adviértase una vez más el tono de sospecha con respecto a los movimientos del esposo.

Finalmente, es interesante destacar el agregado simbólico del motivo de la ventana que hace Marta en el campo 7 de su test de Wartegg y la posición en la que se encuentra la figura de la mujer con respecto a ella (por debajo), pues simbólicamente la ventana habla de la curiosidad y la visión en perspectiva (Cirlot, 2007), pero en este caso, al estar campo visual de alguna manera obstaculizado, puede leerse también como una proyección de incertidumbre y miedo a determinadas consecuencias que se vislumbran como posibles aunque no se les quiera ver. Esto refiere a la actitud de Marta con respecto a la sexualidad en dos sentidos que se ven reflejados su verbatim. El primero es cuando refiere a su evasión con respecto a las sospechas de infidelidad de su marido con M.: *“Pero no se lo preguntaba porque no quería escuchar esa respuesta... si te soy sincera, no quería escuchar esa respuesta”*, lo cual denota negación ante el dolor emocional que el conocimiento certero de la traición podría producirle y una forma de defenderse de la carga destructiva de sus propios celos. La segunda, es la preocupación con respecto al destino de su propia salud por compartir vida sexual con una persona infectada con VIH, de lo cual dice: *“¿Qué si me preocupaba?... Claro que sí... sí, ¿cómo no me iba a preocupar? Cada vez que me hacía un examen de esos era una nueva oportunidad de salir positiva”*.

6.4.2.5.- Relación general con otras mujeres

Como es esperado de conformidad con la teoría, Marta no ofrece en su discurso ningún indicio con respecto a algún vínculo especial o amistad íntima con otra mujer. Así, llama la

atención la prácticamente ausente referencia a nexos con otras mujeres que no sean las de su familia o la de su esposo. Del intercambio o interacción con las primeras en el seno de su propia familia ya se ha hablado arriba. Ahora bien, sí es posible rescatar de su testimonio algunas frases que permiten configurar una idea de la relación entablada con otras mujeres por vía de su marido. Recuérdese cuando al hablar de la imago y relación de pareja en Marta, se le ha escuchado decir: ***“Él tuvo a una tal M., que yo la conocí en una fiesta de gente de su trabajo, y él muchas veces me hablaba de ella, llegó a hacer comentarios, pero no cualquier clase de comentarios aislados, no... eran comentarios elaborados diríamos (...) que a mí me daban rabia, me hacía la loca hasta cierto punto pero me daban celos igual”***. De esta referencia, que no es posible aclarar si responde a un hecho real o a una mera percepción producto de la inseguridad de Marta en sí misma y en la poca confianza con respecto al compromiso de su esposo para con la relación de exclusividad entre ambos, se infiere el carácter de amenaza que se despertaba en ella frente a la posibilidad de ver disputado su lugar al lado de su marido. Este evento aparentemente aislado –que en realidad es sólo un ejemplo tomado entre otros muchos de su testimonio– adquiere relieve cuando se observa que un tipo de conducta análoga se detona en Marta frente a las mujeres de la familia de su esposo. Prueba de ello la ofrece un fragmento en el cual habla acerca de la época en que lo cuidó antes de que falleciera y ella se reservó el ofrecer información a su suegra y su cuñada acerca del estado de salud en que él se encontraba: ***“A la mamá de U. tampoco le dijimos nada. Esa señora [mi suegra] no entiende nada... es una señora mayor y del campo (...) le dijimos que tenía una infección pulmonar y que por eso lo tuvimos que hospitalizar, pero no le dijimos más... y con su hermana [mi cuñada] se lo dije fue prácticamente en los últimos días, estando él hospitalizado, como un mes antes de que muriera... total, ya estaba yo ahí y ellas no iban a hacer mayor cosa”***. Este fragmento –que será retomado en las subcategorías referidas a la experiencia y hermenéutica del cuidado en Marta–, revela el tinte de rivalidad edípica activada en Marta y su celo por no permitir el acceso de otras mujeres a la relación con su esposo (lo cual es además fácilmente interpretable como un intento de autoafirmación y empoderamiento personal por vía de dicha relación para demostrarse a sí misma ser *la* mujer verdadera, que como legítima esposa se distingue por no ser una más entre otras). Recuérdese la frase de Marta: ***“pero al final yo lo que decía era: ‘Ajá, ¿pero quién es la señora?’”***.

6.4.2.6.- Relación general con hombres

A Marta se le encuentra tan concentrada en el tema de pareja que prácticamente no hace mención a su relación con otros hombres. Sin embargo, en este punto, habiendo visto la imagen de padre que tuvo, la relación hasta cierto punto especular con su hermano menor y las aproximaciones a hombres en el ámbito sexual y de pareja, puede concluirse que su intercambio con los varones y lo masculino está marcado por el intento de revivir el vínculo con el hermano-amante y rehuir la figura del padre terrible, decantándose finalmente en una condensación de ambas figuras a las que ha proyectado constantemente en su vida. Así, podría afirmarse que los tres hombres que menciona al hablar de sus relaciones de pareja (incluido el intento de abuso sexual adolescente) refieren al mismo tipo de hombre con tres formas de expresión aparentemente diferentes, sin que en realidad lo sean tanto. Se trataría en todos los casos de un perfil masculino dominado básicamente por una actitud de prepotencia al que ella se atrae inconscientemente, en el cual influye la imago de padre autoritario que tuvo, pero decantándose ella por su esposo F., que fue quien terminó ofreciéndole una fachada más cercana a la del hermano-amante (al ofrecerse a sus ojos como “*encantador*”, “*esplendido*” y “*tierno*”, aunque en definitivas también la maltrate a través de su recurrente infidelidad). Es decir, aunque no lo identifique de manera consciente, en su marido recupera la imago del hermano-amante, sin jamás lograr perder del todo la del padre terrible. Sin embargo, detrás de ello se oculta una dinámica con implicaciones todavía más profunda, como veremos más adelante al tratar la sección del cuidado en su caso y muy especialmente la subcategoría de la sombra del cuidado y aquella referida a la vuelta a sí misma a través de la experiencia de cuidado.

6.4.2.7.- Feminidad: significados atribuidos

Cuando se le pregunta acerca del significado que tiene para ella el hecho de ser mujer, Marta responde: “*Diría que ser única e irrepetible, ser creadora, el amor en su máxima expresión. Yo creo que también, y quizá primordialmente, es ser una dama, no perder la compostura... y no permitir que te la hagan perder... ser una buena compañera, eso creo que también es importante... que una mujer sepa acompañar, sepa estar presente y hacerlo notar*”. Adviértase en este fragmento, con especial énfasis, la necesidad de no ser *una* mujer sino de ser

la mujer (“*única e irreplicable*”), y calíbrese las implicaciones que esta connotación puede adquirir si se le pone en relación con aquella otra frase de Marta antes citada, en la cual decía: “*Yo sabía que él me fue infiel, sabía que tenía sus deslices, pero al final yo lo que decía era: ‘Ajá, ¿pero quién es la señora?’*”.

Además, es relevante la respuesta ofrecida por Marta cuando se le pregunta acerca del énfasis colocado en el hecho de “ser una dama y no perder la compostura” para saber si para ella eso tiene algo que ver con conservar las “apariencias”: “*Es que vivimos en una sociedad donde lamentablemente la apariencia pesa, si no es que tiene prevalencia total... así que sí, la respuesta es sí, al menos en parte... pero más allá de las apariencias, creo que también es una cuestión de dignidad, y hasta de decencia... algo que tiene que ver con el respeto hacia una misma... como que con el pudor*”. En este sentido, es posible afirmar que Marta se encuentra enzarzada en conservar una postura y que en muchos sentidos la figura arquetípica de Hera opera en ella como *persona* o *máscara*, en el sentido junguiano de “recorte de la personalidad colectiva” (Jung, 1939/2010). Esto resulta consistente con los resultados de la ejecución en el campo 7 de su test de Wartegg (anexo 7), en el cual el uso del estímulo inicial como adorno personal del propio sexo destaca la preocupación por la apariencia social, por la apariencia física y la coquetería (resultando particularmente relevante que el aspecto de la preocupación social aparece ligado al campo relacionado con la sexualidad).

Visto lo anterior, en este punto es relevante reproducir un fragmento en el cual Marta habla acerca de lo que ella cree que era la motivación de su negativa a afrontar las infidelidades en la relación con su esposo: “*Mira, alguien podría decirte que quizá por inocencia, porque de verdad que capaz en algún momento hasta fue eso... pero yo te diría que **por vergüenza, por orgullo, por no querer sentirme humillada**... porque yo sí lo amaba, y me parecía tan injusto... **me hubiera sentido poco valorada, y no me quería sentir así, no quería que él me hiciera sentir así, creía que no me lo merecía**... y fíjate que si lo veo por el lado de la inocencia, o de la ingenuidad (...) porque quizá **pequé mucho de ingenua** y eso tiene su cuota en toda la historia, al final es como dice el dicho: ‘Al inocente lo cuida Dios’, porque él se infecta de VIH y yo no*”. Aunque de forma muy sutil y encubierta, adviértase en este último fragmento el tono insidioso que sugiere el castigo otorgado como una forma de venganza para purgar las culpas.

6.4.2.8.- Maternidad y relación con el hijo

Al relatar acerca de su experiencia con la maternidad, en el discurso de Marta se observa la preocupación que tuvo desde temprano por reconciliar la faceta de pareja con lo que para esa pareja podía significar el haberse convertido en padres. En su discurso es particularmente relevante el fenómeno de “reajuste” al que se enfrenta la pareja con el ingreso del hijo como tercero dentro de la relación que inicialmente fue solo de dos (Higalco y Menéndez, 2003): *“Al principio, no creo que se pudiera decir que [mi esposo] estuviera involucrado [como padre]... Fue raro porque él tenía esa ilusión de ser papá algún día, pero cuando la cosa estuvo en puertas como que no lo veía tan convencido... En realidad, yo no sé en qué momento ellos se acercaron, ni en qué momento F. [mi esposo] se volvió tan importante para M. [mi hijo]... Cuando estuvimos separados, M. [mi hijo] tuvo tiempo hasta de olvidarse de él... y cuando nos reconciamos hasta lloraba porque no lo reconocía, y le daba celos de verme con el papá. Sí, porque como habíamos estado separados llegó un punto en que el niño se escondía detrás de mis piernas y lo miraba pero no lo reconocía, y yo le decía: ‘No le tengas miedo papi, él es tu papá’”*.

Dejando de lado la demanda real de su esposo de seguir siendo solo pareja y excluir la función de parentalidad o paternidad incipiente en ese momento, el énfasis subjetivo de Marta en la percepción de dicha demanda ya está diciendo algo acerca de ella y del predominio específico de la figura de Hera en su psiquismo. Como consecuencia lógica de esta ambivalencia existente en ella misma, no debe extrañar que la angustia fuera proyectada de manera sutil e instaurara una rivalidad encubierta —y a veces no tanto— entre el padre y el hijo (que de manera afortunada fue posteriormente canalizada tanto por su esposo como por su hijo a través de una formación reactiva, a la manera de una complicidad de la que ella misma se excluía), tal como lo refleja el siguiente fragmento: *“(...) Luego, poco a poco fue que le agarró otra vez confianza y entonces como que se acercaron más entre ellos y yo pasé a ser la mala... Él [su hijo] podía estar conmigo y como si nada, pero en lo que llegaba su papá, si yo le daba una palmada, él se ponía a llorar para que el otro [mi esposo] me cayera encima a mí... Pero ahí también fue otro tema, porque después que volvimos [yo y mi esposo], que decidimos que ya no nos íbamos a separar definitivamente, él quería era que estuviera pendiente de él todo el rato y no del niño... algo parecido a cuando el niño nació, así, igualito... como que*

habíamos vuelto y era para estar juntos él y yo y más nada... y nooo, porque el niño ya estaba y se daba cuenta, porque me lo reclamaba... andaba por ahí y decía: 'Cuándo llega mi papá, mi mamá no me para...'. Era complicado''.

Obsérvese en el planteamiento anterior como la propia Marta instauró el génesis del estilo de interacción con su hijo, el cual subsiste aún hoy en día entre ambos, y en el cual ella se conduce interviniendo de manera deliberada en lo estrictamente necesario, procurando del resto mantenerse al margen y no inmiscuirse, como si tuviera una particular conciencia de que la relación del hijo con su padre fuera exclusiva y formara parte de una parcela distinta –y distante– que no la incluye. De ello recapitula: *“A veces también [discutíamos] por el niño, cuando estaba más chiquito... [Pero] ahora que ya M. [mi hijo] está más grande, menos porque F. [mi esposo] lo que hacía era que se entendía directamente con él, y como que a mí me dejaba pasar, y yo también los dejaba que se arreglaran entre ellos”.*

Así, su relación actual con su hijo es descrita en los siguientes términos: *“Lo que hago es que a veces cuadro con mi hijo si hay algún chance, o que si una vecina me pasa algo que consiguió y nos intercambiamos, o de repente con mi hermana o con mi mamá, que me hace el favor... y así nos vamos parapeteando [con respecto al abastecimiento de la casa, con especial consideración de la situación de escasez actual]... Al llegar yo veo si mi hijo ya comió, cómo le fue en el día... y bueno, veo... si no comió preparo para los dos o él se viene a la cocina y cada quien se prepara algo de comer, porque él hace sus cosas, no es de los que me está esperando a mí para todo... A veces hablamos un rato, si tiene ganas de hablar, porque a veces anda en lo suyo y no me habla mucho”.*

6.4.2.9.- Angustias, frustraciones y fantasías

Para referir a esta subcategoría es pertinente referir a la ejecución de Marta en el campo 4 de su test de Wartegg (anexo 7), en el cual se observa que dibuja un tren que ríela hacia un túnel (siendo que el estímulo del campo es empleado para elaborar la entrada a dicho túnel). En el nivel ideográfico el tren y las vías refieren a inquietud por el tránsito a través de las etapas de la vida –o de una etapa en concreto–, así como a un intento de huida o el deseo de cambio. La selección aplazada (quinto lugar) puede sugerir represión exitosa o parcialmente exitosa con

respecto a las fuentes de ansiedad. Sin embargo, el reforzamiento de las líneas y el borrado atenúa esta interpretación y habla de falta de seguridad y espontaneidad, exceso de autocrítica, tentativa de encubrir algo, y el resurgimiento de angustias que se intenta reprimir de manera no muy exitosa. En este sentido, pueden hacerse varias acotaciones tomando en cuenta elementos concretos del caso de Marta, tales como su negativa y evasión a reconocer las fallas existentes en su relación de pareja (que en origen no son más que una proyección de aspectos de su propia personalidad colocados allí), muy especialmente el dolor de sentirse traicionada por infidelidades y por el hecho de que su esposo haya resultado infectado de VIH a partir de ellas (lo cual constituye el recordatorio de una evidencia imborrable no sólo de sus escarceos sino de los posibles motivos que la hicieron a ella acreedora de que los llevara a cabo, apuntando a su insuficiencia como mujer). De igual forma, sus intentos por ocultar la enfermedad de su esposo y reservarse cualquier cosa que pudiera dejar al descubierto dicha condición, con el fin de rehuir la fantaseada crítica social –que incluye y transita, antes que ninguna otra, la suya propia–, pero además el no ser criticada por su hijo con respecto a su proceder frente al esposo. Todos estos son aspectos que se han venido viendo y que se retomarán en lo sucesivo para el caso de Marta.

6.4.2.10.- Fuerza de los elementos normativos del yo

Nuevamente, en esta subcategoría debe hacerse referencia a la ejecución de Marta en el campo 8 de su test de Wartegg, en el cual dibuja un ojo. El estímulo del campo es empleado en este caso para elaborar la ceja (un órgano accesorio del ojo), y al dibujo le coloca como título: “*Ver*”. En el nivel gráfico, el dibujar por debajo del estímulo evidencia aceptación o sumisión a la norma. Consistentemente con ello, en el nivel ideográfico, el ojo aparece relacionado con actitud expectante, pero también de desengaño o temor. Asimismo, la selección como campo preferido (en segundo lugar) indica fuerte dependencia de valores y normas que constituyen el yo ideal.

Aunque atenuado en tanto usa el estímulo no como parte del dibujo del ojo propiamente dicho sino como accesorio (la ceja), siguiendo a Cirlot (2007) el símbolo permite encontrar entre los sentidos de este campo la necesidad de penetración en el todo, la omnipresencia y el deseo de que nada escape a su campo de visión. En el caso concreto de Marta –habiendo ya

visto su tendencia a permanecer vigilante ante la conducta de su esposo, e incluso vigilante para atenderle, como se verá más adelante—, ello recuerda en parte el pasaje mítico del gigante Argos de cien ojos, al que Hera había encomendado vigilar a Io para evitar que Zeus tuviera comercio sexual con ella (Richepin, 2002). Al morir Argos —símbolo de la implacable vigilancia de Hera—, a manos del dios Hermes-Mercurio, la diosa colocó sus ojos en la cola del pavo real, ave que le está consagrada y constituye uno de sus emblemas iconográficos. De esta forma, puede amplificarse el elemento persecutorio —tanto para con otros como para consigo misma— que Marta refleja en la proyección de su dibujo. Sólo como ejemplo, recuérdese la necesidad de no perder la compostura y preservar las apariencias de las que habló al referir acerca del significado otorgado por ella a la feminidad.

6.4.2.11.- Tema central de vida

El tema central en la vida de Marta ha sido la realización en pareja y —en paralelo con ello— la necesidad de dar y conservar frente a otros una determinada apariencia (primordialmente de respetabilidad, en defensa de su pudor como mujer y compañera de otro, por vía del cual, en muchos sentidos, pretende ser posicionada para lograr autoafirmación y valía personal). Es así como, en consonancia con ello, es posible detectar la influencia de algunos elementos arquetipales pertenecientes a la figura de Perséfone, lo cual se retomará en la integración (al hablar acerca del cuidado como vía para la vuelta a sí misma).

6.4.2.12.- Miscelánea

En este último apartado es propicio hacer una breve observación al motivo del espiral dibujado por Marta en el campo 1 de su test de Wartegg (anexo 7), al que titula “*Mi camino*”. El movimiento centrífugo con el cual lo lleva a cabo puede ser leído como una muestra de su carácter extravertido —mayormente concentrado en elementos del afuera que a la vida interior. Sin embargo, el carácter expansivo de este dibujo no debe anular la posibilidad de entenderle —junto con el título escogido para él— en el sentido simbólico que tiene dicho grafismo, pues el espiral constituye una de las mejores representaciones del proceso de individuación al implicar la doble vía del mismo (en el sentido de una integración de avances prospectivos y movimientos regresivos del psiquismo, para lograrlo). Este es un elemento que ha de tenerse

particularmente en cuenta para efecto de las conclusiones del caso de Marta. Tómese así mismo en cuenta el carácter extravertido de Marta, quien orienta sus atenciones, preocupaciones y angustias hacia figuras externas, entreteniéndose en el estímulo obtenido por vía de ellas más que por aquel de una fuente interna, todo lo cual es consistente con la actitud psicológica asignada por Bolen (1984) y Barker y Woolger (2005) a la dominancia arquetípica de la figura de Hera en el psiquismo femenino. Se pasa así a la consideración de su experiencia dentro de la situación de cuidado con respecto a su esposo.

6.4.3.- Experiencia y hermenéutica del cuidado en Marta

6.4.3.1.- El cuidado con motivación parental arquetípica

Ha quedado claro al recapitular el dominio de la figura arquetipal de Hera en la personalidad de Marta, la relevancia que en su vida presenta la figura del matrimonio, así como el vínculo estable y comprometido que ello implica. Por ende, se puede deducir que el cuidado que Marta desempeñó para con su marido estuvo motivado por el arquetípico vínculo marital que tiene unas implicaciones bastante más trascendentales desde el punto de vista de la psicología profunda que el simple afecto con el cual se ha visto que tantas veces ella ha justificado el haber permanecido al lado de su esposo incluso en los momentos más oscuros de lo que ella misma califica como el “matrimonio” que los unía. No se habla aquí de cualquier esposa que atiende al marido, sino de la Esposa arquetípica, que se ve posicionada como cuidadora en correspondencia –como se verá en lo sucesivo–, con aquello que por vía del matrimonio y su significado profundo está tratando de integrar a la propia personalidad en el proceso de individuación.

6.4.3.2.- Actitudes

- *Actitud hacia la persona objeto de su cuidado, sinergia y estilo de cuidado*

En el caso de Marta, lo primero que se observa son las referencias que hace a su insistencia en que se cuidara muy anteriores a la situación crítica de hospitalización en la cual falleció: *“Yo le insistía que se cuidara, que no dejara de tomarse el tratamiento... que eso de*

que se sentía bien y lo iba a parar para estar tomando y no sé qué... no... que pensara en su salud (...) los medicamentos (...) [se] los daba el hospital, que es lo que más rabia podía dar, sobre todo en la situación que ya se veía en los últimos meses, porque había gente que andaba desesperada buscando medicamentos para otras enfermedades graves y que no se conseguían, ahora se consiguen menos, o con mucho esfuerzo, porque hay que peregrinar... pero a él se los daban, era gratis, y no lo aprovechó (...) Yo le decía: 'U., tú estás bien, vienes muy bien, tú estás indetectable... tómate los medicamentos'... le insistía: 'Papi, tómate los antirretrovirales'... pero él no me hacía caso'... imagínate (...) él estaba tan bien que salía indetectable en todos los exámenes... [Pero él me decía:] 'Yo me siento bien', y por querer andar tomando con los amigos, recayó".

Ahora bien, del periodo final de cuidado de su esposo durante el tiempo en que estuvo hospitalizado, se observa el dolor de confrontar la imagen que tenía de él en el pasado con aquello en lo que se había convertido durante la enfermedad: *"Él siempre había sido un hombre fuerte, con ganas de salir adelante... Y verlo en esas condiciones, noqueado, era fuerte (...) tenía la mitad del cuerpo paralizada... el brazo izquierdo que no lo movía y la pierna que bueno, no la tenía paralizada, pero estaba muy debilitada (...) porque siempre había sido una persona alegre, interesado en su trabajo, responsable... siempre le gustó la historia, y para no ser estudiado realmente sabía bastante... Lo que quería yo en ese momento era apoyarlo y que saliera adelante, porque lo veía y estaba afectado... [lo veía] afectado físicamente pero también afectado de que él no quería estar así... no me miraba a los ojos... él no me miraba a los ojos".*

Aparte de la variación conductual que incidía en el intercambio que hasta ese entonces habían tenido, Marta declara que la impresionaba el carácter regresivo que había adquirido el comportamiento de su esposo: *"Lo ingresan con diagnóstico de TBC, tuberculosis... aunque la doctora R. sospechaba que tenía ya un cuadro de meningitis por la fiebre que no le había parado... y bueno, eso tuvo sus secuelas, porque el recuerdo remoto estaba aparentemente conservado, pero no hablaba, a veces se ponía a llorar de manera inexplicable... estaba impulsivo, se ponía agresivo... a veces se frustraba y como que lo que quería era morder... mordía todo, se mordía la vía [intravenosa de suero que tenía puesta], el mosquitero... le*

dejabas algo en la mano del lado que podía mover e inmediatamente se lo llevaba a la boca y lo destrozaba... Yo en ese momento no entendía qué le pasaba... estaba impresionada”.

Aun así, Marta sostiene que se mantenía firme en la postura de superar el trazo y que su esposo se recuperara. En ello la ayudaba no tanto el optimismo como la falta de precisión en el conocimiento de la condición médica de su esposo (e incluso la negación frente a ello, pues en mucho no veía lo obvio y se concentraba en su propio deseo de verlo recuperado para lograr el alta médica): ***“Estábamos apostándole a eso, ese era el sentido por el que estábamos ahí haciendo todo lo que se hizo... yo de verdad permanecí ajena al tema de que pudiera haber operado en él un deterioro... lo tratábamos en medio de la convalecencia como si fuera un niño, sin pensar que eso fuera algo anormal o que estuviera grave, o muy deteriorado de alguna forma. Por eso es que, para ser sincera, me tomé mal cuando me dijeron que ya había daño cerebral y que podía quedarse así o empeorar, y que empeorar significaba que se podía morir... yo simplemente no lo quería creer... todavía me cuesta creerlo, me parece mentira que ya no esté”.***

En cualquier caso, destaca particularmente la actitud reservada y de ocultamiento que Marta se cuidó de mantener en todo momento (con otros pacientes, con los médicos y personal hospitalario, con ex compañeros de trabajo del marido, con los compañeros de trabajo de ella misma y hasta con los propios parientes de su esposo), lo cual delata no sólo su temor –y la consecuente negación– con respecto a las consecuencias que podía conllevar la situación de salud de su esposo, sino en también en cuanto a la vergüenza y las implicaciones sociales que podía tener el conocimiento público de la condición de éste a nivel social. Al respecto dice: ***“Cuando los compañeros de su último trabajo se interesaron en saber dónde estaba hospitalizado para visitarlo, nosotros no queríamos que lo vieran en ese estado ni que supieran de su condición de salud, así que le dijimos a todos que había orden de suspensión de visitas hasta nuevo aviso... así fue como lo manejamos... Y de hecho nunca dijimos de qué murió”.***

Nótese que aunque la que estaba mayormente al lado de su esposo cuidándole, el talante arquetípico de Hera en la personalidad de Marta la hace referirse todo el tiempo a la situación en plural (apuntalando en su discurso la noción de pareja y familia). Adviértase, además, que

más allá de lo estigmatizante que pueda resultar la enfermedad sufrida por su esposo, las reservas de Marta son también particularmente consistentes con el propio talante arquetípico que domina en su personalidad. Para despejar cualquier duda acerca de las razones por las cuales se inclinó por este tratamiento frente a las circunstancias, no tarda en develar: *“Bueno, por vergüenza, por no manchar la imagen que pudieran tener de él... y ya después, bueno... si no se habían enterado mientras aún estaba vivo, ¿qué sentido tenía decírselos cuando ya descansó?... y también por lo mismo de mi trabajo, y de mi hijo... para evitar habladurías, que de repente dijeran que él estaba enfermo o que era un sidoso y entonces quienes estábamos a su lado también pudiéramos caer en esa sospecha... para evitar problemas de ese tipo pues”*.

Las reservas no eran solamente con gente de poca confianza. Con la propia familia de su esposo Marta revela haberlas tenido, siendo que, además, en el siguiente fragmento se observa otro tipo de reservas: las motivadas en la rivalidad de tinte edípico. Adviértase al respecto el tono con el cual Marta se refiere a las mujeres de la familia de su marido cuando habla acerca del ocultamiento de la enfermedad de éste: *“A la mamá de U. tampoco le dijimos nada. Esa señora [mi suegra] no entiende nada... es una señora mayor y del campo... ¿qué le íbamos a decir lo que tenía? Ella preguntaba: ¿Pero qué es lo que tiene mi hijo, por qué lo tienen aquí metido? Pero ahí la íbamos llevando sin decirle realmente lo que tenía... le dijimos que tenía una infección pulmonar y que por eso lo tuvimos que hospitalizar, pero no le dijimos más... y con su hermana [mi cuñada] se lo dije fue prácticamente en los últimos días, estando él hospitalizado, como un mes antes de que muriera... total, ya estaba yo ahí y ellas no iban a hacer mayor cosa”*.

A nivel consciente, Marta ofrece argumentos que parecen muy razonables cuando refiere acerca de su motivación para ocultar la condición de salud de su esposo. Uno de ellos es la necesidad de preservar una información que, de conocerse, podía activar prejuicios que pusieran en riesgo lo que en definitivas cuentas era la única fuente de ingresos económicos con la que contaba: *“Pero bueno, siempre fue así... yo siempre tuve mi empleo, normal, y siempre trabajé y tuve mi propio ingreso, desde jovencita, incluso antes de ser maestra... porque antes trabajé en la panadería de mi hermano... sin embargo, desde la primera vez que U. [mi esposo] cae enfermo, como que tuve más en cuenta la importancia de mantener mi empleo...*

porque yo dije: 'Ahora no puedo perderlo [el empleo] pues'. Tenía que pedir permiso para atenderlo [a su esposo], pero era un puesto ya establecido, porque aun estando de suplente, estaba en espera del nombramiento, y tenía ya mis beneficios que en ese momento eran importantes porque era una tranquilidad saber que tenía esa entrada... Y bueno, no podía perder mi empleo".

Al respecto agrega:

*"Yo trabajo en un preescolar y hasta el momento de la hospitalización de él, inclusive, estaba como suplente, esperando el cargo para quedarme fija, y entonces eso había que manejarlo con cuidado, ¿sabes?... había que manejarlo con cuidado en el sentido de que **había que ser discreto porque si alguien se llegaba a enterar iban a decir 'Ajá, el esposo de ella tiene sida, y entonces ¿si ella tiene?, está aquí en contacto con los niños'**... era delicado pues... Y yo iba a dejar ese trabajo cuando nos fuéramos para San Cristóbal a lo del proyecto que teníamos de mudarnos y montar el negocio, pero como el cayó enfermo, pues ya no podía renunciar... necesitábamos mi sueldo... **lo que yo hice fue pedir un permiso diciendo que tenía una situación médica, que tenía a mi esposo hospitalizado, pero yo lo que dije era que él tenía una infección pulmonar... el verdadero motivo lo manejábamos pocas personas**".*

Sin embargo, debe destacarse nuevamente que estas razones, plausibles en el nivel manifiesto o consciente, no pueden distraer aquellas más relevantes que se mueven de fondo: la primera, la vergüenza de reconocer lo que ocurría (que se traducía en el reconocimiento implícito de la traición dentro de la relación), la segunda, la defensa frente a la posibilidad de intromisiones de terceros dentro de un asunto que Marta defendía como algo privado entre ella y su esposo (como podrían haberlo sido otros aspectos de la relación de pareja, lo cual en buena medida delata su posesividad con respecto al vínculo).

Con todo lo anterior, es posible evidenciar un alto grado de sinergia en el desempeño de la tarea de cuidado llevada a cabo por Marta con respecto a su esposo, en el sentido de que estaba realmente involucrada con su bienestar (a veces incluso más que él mismo, y cuando la flexibilizaba se infiere –por lo que se sabe ya de la relación y lo que se verá más adelante– era para no fustigarlo en exceso con una actitud que él podía leer como intrusiva). Aún así, es

posible observar de entrada un estilo de **cuidado bastante vigilante**, muy orientado en virtud de la **codependencia** y, en varios sentidos, predominantemente marcado por un **estilo de afrontamiento centrado en la emoción o emociones que le generaba la situación**. Con respecto a esto último, en el caso de Marta podría rescatarse básicamente factores como la rumiación, la huida en su sentido de evasión, el aislamiento social (para preservar el pudor), y el predominio de la constante reevaluación positiva junto con el intento de regulación afectiva (Campos, Iraurgi, Páez y Velasco, 2004; cp. Brea, 2015). De ello ofrece evidencia no sólo lo dicho hasta ahora sino también lo que se desarrolla en las siguientes subcategorías.

Frente a este primer acercamiento parece pertinente rescatar lo que sostiene Moore (1993), quien al referirse a Hera como esposa arquetípica dice que en una cultura que premia la libertad y las opciones individuales puede verse el deseo de poseer únicamente como un fragmento de sombra, cuando en realidad refiere a un deseo real que conlleva no sólo los celos sino también una *auténtica conexión con otra persona*. Sin embargo, esta conexión plantea graves exigencias en tanto acerca al apego y a la dependencia, exponiendo al dolor de la separación y al intento de encontrar la realización con otra persona (Moore, 1993), a lo cual podría agregarse también el intento de hacerlo *a través* de ella más que *con* ella (como se retomará más adelante).

○ *Actitud hacia sí misma*

Con respecto a la actitud hacia sí misma durante el tiempo de cuidado de su esposo, Marta abre ofreciendo una descripción de su estadía en el acompañamiento hospitalario y su organización para los efectos prácticos: *“Los primeros días me quedaba día y noche... llevé una colchoneta de esas que son acolchadas, no las que se enrollan sino las que se doblan... y que, bueno, que la tumbaba en el piso y ahí medio dormía, porque tenía que estar pendiente... porque se despertaba, se quejaba, se ponía a llorar (...) Yo llevé una maleta, una maleta no, un bolso, grande de esos como de playa, que lo teníamos allí en un closet que había ahí donde se podían poner cosas, y ahí yo traía sabanas limpias, toallas... mis cosas de higiene para mí... porque es lo que te digo... al principio yo me quedé día y noche... y luego cuando la familia de él llega del Táchira es que yo empecé a irme... que si me iba el jueves o el*

viernes, iba a la casa, llevaba la ropa para lavar, las sabanas y eso... descansaba yo en mi cama, me bañaba, todo eso, aunque fuera un solo día, y al día siguiente volvía al hospital”.

Posteriormente habla acerca de su estado de ánimo y expresa tanto el esfuerzo que hizo por mantener una óptima condición de humor, así como el manejo recatado y reservado por el que siempre se inclinó (incluso en los momentos que atravesó por los estados más oscuros): *“Yo traté de conservarme siempre como una persona aterrizada, con los pies en la tierra, pero alegre, amable, agradable [con todos dentro del hospital]... aunque estaba cansada, trataba de conservar el optimismo y de no andar por ahí con amarguras... aunque podía tener rabia... o quizá más que rabia, indignación... pero la llevaba como algo mío... y era eso pues... Me podía dar tristeza, e igual la controlaba... rabia algunas veces, sentirme enojada y atrapada por algo que no era mío realmente, porque yo le insistía que se cuidara, que no dejara de tomarse el tratamiento... que eso de que se sentía bien y lo iba a parar para estar tomando y no sé qué... no... que pensara en su salud, y también que pensara en nosotros, en su hijo... sí hubo algún momento hacia el final en que a pesar de que me decían que se debía al deterioro, porque tenía daño cerebral, yo sentía que él no ponía de su parte... era algo que me transmitía y que no sabría explicártelo... pero era como un sentimiento de ingratitud de su parte hacia mí y lo que hacía por él”.*

A lo anterior Marta agrega su sensación con respecto a la ingratitud percibida por parte de su esposo con respecto al cuidado y la atención por ella prodigado (un punto que se retomará más adelante): *“El sentimiento de ingratitud de parte de él, porque yo sentía que él no valoraba lo que estaba haciendo, el sacrificio de estar detrás de él, pendiente, de acompañarlo (...) él no me miraba a los ojos... y yo decía que no me miraba a los ojos porque él sabía que tenía la culpa de lo que estaba pasando, porque por su desliz fue que al final estábamos en esa situación. Y porque él estaba bien, estaba indetectable, pero dejó de tomarse los medicamentos (...) por andar tomando con sus amigos... me decía: ‘yo estoy cansado, quiero tomarme unas cervezas... voy a dejar de tomarme ese medicamento’”.*

La actitud de solicitud y entrega comprometida hacia su esposo en la situación de cuidarlo permite realizar algunas observaciones con respecto a la actitud de Marta hacia sí misma. Así podría cuestionarse el apego, la dependencia, la identidad vivida por vía de otra

persona y la ansiedad por proteger la unión y no permitir que se reduzca a un mero estar juntos (Moore, 1993), que se pretenden exponer como parte de un vínculo con el otro cuando en gran parte salvaguardan aspectos de la propia realización personal por vía o a través del otro. Adviértase por ejemplo cuando, al ser interpelada para que defina la última época de cuidado de su esposo, Marta expresa: *“Mira, una palabra... Para serte sincera, **miedo**... porque todos nuestros planes y proyectos, se vinieron abajo... los planes, los proyectos y la representación que yo tenía a su lado... Ahora en su último trabajo era escolta (...) antes de eso trabajó (...) como personal de seguridad... pero ya él había renunciado al trabajo como escolta porque teníamos planes de irnos a San Cristóbal para montar un negocio propio allá... **Pero era un miedo que como que puedes sospechar que lo tienes pero que no sabes bien como que dónde esté, no sé si me explico... o como qué estás tan metida y concentrada en lo que estas pasando que no te fijas mucho en eso, o como que al mismo tiempo tienes la esperanza de salir de esa situación y en ese momento no ves más nada... de hecho, ahora es que me lo preguntas y te digo esto, porque en ese momento nada que ver, era como que yo estaba ahí pero queriendo salir de ahí... así, algo así”***.

Este reconocimiento en el que, al mirar en retrospectiva, reconoce que estaba asustada pese a la entereza con la que pudiera afrontar la situación en su momento, y el permanecer admitiendo que en algún nivel el deseo era en realidad el de escapar, permite observar una vez más el estilo de afrontamiento centrado en la emoción por parte de Marta. De esta forma es como finalmente, de su situación emocional en el momento actual, Marta expresa:

*“Bueno... [me siento] destruida... destruida porque de verdad él era muy importante para mí... lo sigue siendo, y lo extraño... lo extraño mucho, me hace falta su compañía, saber que está ahí, que va a regresar y que lo voy a poder volver a ver... yo veía, ya al final veía que sí, que estaba mal, pero yo me aferraba a que estábamos haciendo todo y dándolo todo para que él superara ese trance y saliera adelante... nosotros lo hacíamos que se parara de la cama, le echábamos broma y le decíamos: ‘¡Eso, si se paró y todo!’ , a pesar de que él ya tenía la mitad del cuerpo paralizada (...) y eso **nos había dado como que aliento**, porque al principio, cuando llega al hospital que había tenido esas fiebres, casi un mes de fiebres que no le bajaban, estuvo mal... no se paraba... Y luego fue que, al escuchar*

la voz de M. [mi hijo] cuando se lo puse por teléfono, se animó un poco y se levantó de la cama para caminar... y al principio, desde que lo hospitalizaron, y todavía estando recién muerto, yo no dejaba de pensar: 'Oye, vale, si no hubieras interrumpido tu tratamiento'... si no se hubiera puesto a estar inventando, todavía estaría aquí... no se hubiera complicado para nada, siempre lo pienso... lo sigo pensando a veces, porque él aparecía indetectable en todos los exámenes que se hacía... entonces, ¿cómo es posible? Una porque se resigna, pero es que se buscó lo que pasó... y era algo que podía evitarse, yo insisto en que era algo que podía haberse evitado”.

○ *Omnipotencia / prepotencia/ impotencia*

En Marta, aparte de observarse pocos elementos discursivos que delaten el reconocimiento sus propios límites y la necesidad de buscar u obtener ayuda o colaboración, resalta una poderosa insistencia en asumir unilateralmente la tarea de cuidado (incluso excediendo lo necesario, para terminar incursionando en sectores en los que podría haber hecho reserva del esfuerzo). Así se le escucha decir:

“Aunque ya al final estaban las hermanas de él, yo me hacía cargo de todo... desde los pañales hasta su comida... de hecho, hasta de estar pendiente de la comida que se le daba en el hospital, de cómo guardarla que no se le pararan moscas, todo eso... los medicamentos estaba pendiente pero esos los daba el hospital, que es lo que más rabia podía dar, sobre todo en la situación que ya se veía en los últimos meses, porque había gente que andaba desesperada buscando medicamentos para otras enfermedades graves y que no se conseguían, ahora se consiguen menos, o con mucho esfuerzo, porque hay que peregrinar... pero a él se los daban, era gratis, y no lo aprovechó... claro, igualito aunque se los dieran en el hospital, yo tenía que estar pendiente de dárselos a su hora, y si no los agarraba había que desmenuzárselos y metérselos con las comidas o lo que tomaba... habían pacientes que se los metían con una sonda por la nariz, pero en su caso nunca llegamos hasta ese punto... pero había que dárselos igual uno pues, porque eso era como nos decía ahí la doctora, que el personal del hospital, las enfermeras y eso, no iban a estar pendientes de darle los medicamentos porque ellas no hacían eso... la verdad no hacían casi nada... porque hasta de limpiarlo y de mantener limpio ahí el sitio donde él estaba en la sala, eso lo tenía que hacer uno... Pero sí, [yo era la que] estaba pendiente de todo... el

día que murió, ya él el día antes no estaba orinando... yo le había cambiado el pañal como a las diez de la mañana, por ahí... sí, como a las diez o diez y media... y a las cuatro de la tarde veía a no había mojado nada... y eso con él era que, bueno pues... casi que se lo ponía y ahí mismito otra vez [había que cambiárselo, porque lo mojaba]... salgo y le digo a la asistente de la doctora que si ella andaba por ahí, que yo necesitaba hablar con ella o con la residente para que lo revisara y viera para decirme qué estaba pasando, y eso... la doctora ya se había ido, y la que quedaba era la residente... Y bueno, nada... ya él tenía una deficiencia renal... yo estaba mortificada, pero a la vez seguía con la esperanza, ¿sabes?... de que a lo mejor... pero no, ya no había nada que hacer... falleció al día siguiente, el sábado 19 de agosto, a las 10 de la mañana”.

○ *Competencia social y vínculos entablados*

Producto de su intento de ocultar el padecimiento de su esposo, Marta fue renuente a buscar cualquier tipo de ayuda o relevo durante su tarea de cuidarle. Con excepción de una de sus hermanas, el secreto y la reserva se hicieron extensivos incluso a su hijo. En el siguiente párrafo se reúnen varios fragmentos que ilustran cuanto se viene sosteniendo.

“Ma. [mi hermana] (...) en el tiempo que me tocó estar en el hospital cuidando a U. [mi esposo], **ella me traía comida... y estaba pendiente de mí en todo sentido, para que no me derrumbara** (...) [Con mi hijo] fue todo un tema para hablarle de lo de su papá, del diagnóstico, y que esa era precisamente una de mis preocupaciones en ese momento. Necesitaba ayuda para ver cómo decírselo [lo que ocurría con su padre]... **porque yo sentía cómo que él tenía algo conmigo, como que era yo la que no había cuidado a su papá... porque él todo era su papá, su papá** (...) Pero en ese momento M. [mi hijo] me criticaba porque como no sabía lo que estaba pasando ni lo que tenía su papá, decía que era yo... [Cuando lo tuvimos que hospitalizar] él se daba cuenta de que era que él no hacía caso porque no reconocía, pero igual decía que era que yo la que había desatendido a su papá porque había que llevarlo antes al hospital... Yo todo ese tiempo estuve callada, **pero ya estando en el hospital, él no podía seguir echándome la culpa a mí y sin saber qué era lo que lo tenía ahí, tumbado en esa cama... así que llegó el momento en que se lo tuve que decir: ‘Papi, mira, tú papá tiene sida... ¿tú te acuerdas cuando tú estabas chiquito que tu papá se fue de la casa, que cuando regresó tú no lo reconocías? Bueno, él está enfermo desde ese entonces, esto y aquello’, y le expliqué ... Y claro, le tuve que explicar que nosotros nos separamos fue por eso y estuvimos a punto de dejarlo hasta ahí por esa**

razón... se lo dije porque no quería que siguiera creyendo que era yo... pero no sabía cómo se lo iba a tomar... sin embargo, se lo tomó bastante normal y bueno, siguió yendo al hospital esperando ver si su papá se mejoraba... hasta el último momento eso era lo que esperaba”.

Nótese que si no hubiera sido para evitar que su hijo **“siguiera creyendo que era ella”** probablemente jamás le habría compartido la verdad acerca del estado de salud de su esposo por la consideración de que **“no sabía cómo se lo iba a tomar”**... Asimismo, ya se ha visto arriba como las reservas fueron infranqueables hasta el último momento para con los parientes de su esposo –en parte como forma de respetar dentro del vínculo el deseo de éste de que no se supiera, pero por otro lado para salvaguardar su propio pudor–, y, por supuesto, menos aún con cualquier otra persona menos allegada: **“A la mamá de U. tampoco le dijimos nada. Esa señora [mi suegra] no entiende nada... es una señora mayor y del campo (...) le dijimos que tenía una infección pulmonar y que por eso lo tuvimos que hospitalizar, pero no le dijimos más... y con su hermana [mi cuñada] se lo dije fue prácticamente en los últimos días, estando él hospitalizado, como un mes antes de que muriera... total, ya estaba yo ahí y ellas no iban a hacer mayor cosa (...) [Y] cuando los compañeros de su último trabajo se interesaron en saber dónde estaba hospitalizado para visitarlo, nosotros no queríamos que lo vieran en ese estado ni que supieran de su condición de salud, así que le dijimos a todos que había orden de suspensión de visitas hasta nuevo aviso”.**

Con base en todo lo anterior se puede concluir que en Marta, no sólo predominó una actitud de omnipotencia sino que además su competencia para entablar vínculos en procura de que le sirvieran de apoyo y coadyuvaran a la tarea de cuidar y acompañar a su esposo no fue tampoco una de las más exitosas.

○ *Actitud hacia el futuro*

Para abrir esta subcategoría es relevante recordar que ella se asume a sí misma como viuda, y así se presenta: **“Bueno, soy viuda (...) Acabo de cumplir cinco meses ahora el 19 de febrero, él falleció el 19 de agosto”.** En este sentido, Marta recuerda como los planes del futuro común aparecían constantemente durante el tiempo de cuidado: **“Él había renunciado a su trabajo porque teníamos intención de mudarnos a San Cristóbal... tenía pensado era montar**

un negocio allá en San Cristóbal... un negocio de charcutería, verdura y venta de ganado, como mayorista comercial... La idea era venir cada tres meses a su control y recoger el tratamiento, además de visitar a mi mamá en los Valles del Tuy... ese era el plan, lo que teníamos planificado". Debe recordarse que hasta el último momento la actitud de Marta fue la de permanecer esperanzada con la posibilidad de que su esposo remontara su crisis de salud para poder cristalizar los proyectos que tenían: "Estábamos haciendo todo lo que hacíamos apostándole a eso [que saliera adelante y le dieran el alta médica], ese era el sentido por el que estábamos ahí haciendo todo lo que se hizo... yo de verdad permanecí ajena al tema de que pudiera haber operado en él un deterioro".

Sin embargo, ya puesta frente a la realidad de la ausencia de su esposo –con el particular vacío que esto pueda significar en su particular configuración psicológica– el reporte que hace acerca de su visión de futuro es el de intentar mantenerse distraída, a la par que niega la posibilidad de volver a conseguir pareja y asoma la idea de intentar alguna reorientación en alguna actividad dedicada a sí misma:

"Actualmente, como estoy con mi trabajo y pendiente que si mi hijo, que ya está con el tema de la universidad, tengo las reuniones de representantes y las inducciones y eso, y pues de verdad que mucho tiempo libre no me ha quedado... En parte eso también me ha mantenido la mente ocupada para no extrañarlo tanto a él [a mi esposo]... ¡Porque es que lo extraño muchísimo!... No me he puesto a pensar mucho que voy a hacer de ahora en adelante, pero a lo mejor sí debería ir pensando en alguna actividad, no sé, dedicarme a algo para mí, algo conmigo... que lo que hacía con él era para mí, yo lo veo así, pero era compartido... me pone triste pensar y hablar de esto... y bueno, otra pareja no creo... la gente me dice: 'Pero tú eres joven, no te puedes quedar pegada en lo que pasó, sí es triste, pero ¿qué vas a hacer?'... Pero yo ni los escucho, porque creo que no saben realmente dónde yo estoy o dónde estuve... lo que hago es reservarme lo que siento y lo que pienso para mí misma... total, ¿va a cambiar en algo lo que pasó o mi situación actual porque me esfuerce en explicárselo a la gente?"

6.4.3.3.- Percepción acerca de cómo era recibido el cuidado por ella prodigado

Con respecto a la percepción acerca de cómo era recibido el cuidado ofrecido a su esposo, lo más relevante en el caso de Marta es su sensación y sentimiento de que su esfuerzo por brindarle atención no era valorado (principalmente porque la condición de deterioro de su marido no permitía que tuviera ningún gesto que cubriera la expectativa de Marta al respecto): *“Sí hubo algún momento hacia el final en que a pesar de que me decían que se debía al deterioro, porque tenía daño cerebral, yo sentía que él no ponía de su parte... era algo que me transmitía y que no sabía explicártelo... pero era como un sentimiento de ingratitud de su parte hacia mí y lo que hacía por él... por eso yo decía: ‘No me mira a los ojos, no me mira a los ojos porque él sabe que tiene la culpa de todo lo que está pasando, porque por su desliz fue que al final estábamos en esa situación (...) El sentimiento de ingratitud de parte de él, que yo sentía que él no valoraba lo que estaba haciendo, el sacrificio de estar detrás de él, pendiente de acompañarlo”*.

De esto es importante señalar lo que apunta Dávila (2015) cuando dice que una de las premisas que ha de tener presente todo cuidador de un paciente afectado por una dolencia aguda que está siendo objeto de cuidado es la de no esperar una actitud cortés de su parte, siendo lo idóneo en este tipo de situación buscar ayuda si se le requiere y olvidarse de los buenos modales en el paciente (Dávila, 2015). Esto es aún más importante tenerlo en cuenta en situaciones de deterioro avanzado, hayan sido o no comprendidas por el cuidador (siendo esto último lo que ocurrió en el caso de Marta, pues no comprendía la situación médica a cabalidad y, permaneciendo anclada en la imago del esposo sano, se negaba además a compartir el cuidado o siquiera sus sentimientos con alguien que pudiera brindarle apoyo). Sin embargo, más allá de la aparente necesidad de conservar las formas en el intercambio con su esposo requerido de cuidado, la necesidad de Marta de sentirse retribuida a través del agradecimiento de éste puede tener razones más profundas. La primera de ellas es que posiblemente la retribución se hubiera traducido en una manera de compensar muchas de las deficiencias preexistentes de la relación (lo cual se traducía en una urgencia por el carácter perentorio que, aunque negado, podía ser intuido por Marta con respecto a la condición de salud de su esposo). Pero también pudiera agregarse que, al no recibir respuesta de gratitud de regreso, en el nivel profundo Marta se veía también vulnerada en el sentido de creer que tal vez no hacía suficiente

para que su marido se sintiera –a su vez– querido, cuidado y amado, lo cual afectaba en algo la propia identidad, valía y sensación de poder como esposa digna de aprecio y valoración por parte de éste, que son elementos demarcados por el particular matiz de procesamiento del Eros en la figura arquetipal de Hera. Recuérdese al respecto algo que habrá de tenerse en cuenta para el cierre del caso de Marta, y que consiste en lo sostenido por Moore (1993) cuando afirma que el matrimonio deja poco espacio para la realización en sí mismo, por cuanto constituye una vía a través de la cual lograr la verdadera integración.

Esto es confirmado por Marta cuando más adelante aclara que la sensación subjetiva de ingratitud frente a la conducta de su esposo seguía rondándola incluso cuando tuvo conocimiento acerca de su deterioro cerebral y cognitivo, lo cual la llevó incluso a cuestionarse acerca del “verdadero rostro” de su esposo: *“Pero sí, ya hacia el final, mi sensación era de que no agradecía para nada lo que se estaba haciendo por él... me pasaba siempre por la cabeza si en ese trance final en el que él tenía esa conducta, si acaso no sería esa la cara que siempre tuvo pero que yo no vi... me ponía a pensar en lo del control de impulsos, que él lo había perdido prácticamente completo, y si ese [que veía en esos momentos] no era realmente el que siempre había sido... yo quería seguir viendo al F. que yo conocí, aún insisto en querer recordar a ese... pero lo llegué a pensar”*.

En el caso de Marta queda bien reflejado lo que con ocasión del autosacrificio dentro del matrimonio exponen Greene y Sharman-Burke (2002) al reflexionar sobre los aspectos arquetipales de éste a partir de la relación Zeus-Hera, y del cual dicen que suele consistir en la clase de trato inconsciente que tiene por objeto comprar la devoción del cónyuge. Así, someterse a lo que parece autosacrificio es realmente el medio por el que a menudo se intenta asegurar la lealtad de la otra persona. Como en el caso de la mítica Hera, en Marta puede vislumbrarse la gran dificultad –y a la vez la fortaleza, según como se le lea– que significa permanecer comprometido, a la par que se detecta la inevitable rabia e indignación que produce sentir que la libertad personal se ha visto coartada por elección propia mientras otro sale al paso en su propia autocomplacencia sin pensar en las consecuencias y sin valorar el esfuerzo de quien permanece comprometido.

6.4.3.4.- Sombra del cuidado

○ *Motivación profunda oculta detrás del cuidado*

En el caso de Marta, la condición de salud que motivó en ella el cuidado de su esposo estaba presente como telón de fondo durante todo el tiempo, por lo que la noche oscura del alma no estaba significada solamente por la situación atravesada y el deseo de superarla, sino también por todos los sentimientos que se removieron a partir de ello. El conocimiento de que su esposo se hubiera infectado de VIH a través de una infidelidad siempre estuvo presente en Marta: ***“Bueno, eso fue por un desliz... tuvo que haber sido por un desliz que él tuvo por ahí”***. De esta forma, es posible encontrar en su testimonio alguna evidencia del intento de resarcimiento que Marta pretendía lograr a través del cuidado y acompañamiento brindado. Aunque esta operación encubierta durante el ejercicio del cuidado no sea tan obvia en su caso, una declaración de su parte (que posiblemente responde más a una proyección de su deseo sostenida por la situación de deterioro cerebral de su esposo que a un hecho real) permite enterarse de su intención: ***“(...) y es que él no me miraba a los ojos... y yo decía que no me miraba a los ojos porque él sabía que tenía la culpa de lo que estaba pasando, porque por su desliz fue que al final estábamos en esa situación (...) porque todos nuestros planes y proyectos, se vinieron abajo (...) Ahora en su último trabajo era escolta (...) antes de eso trabajó (...) como personal de seguridad... pero ya él había renunciado al trabajo como escolta porque teníamos planes de irnos a San Cristóbal para montar un negocio propio allá”***.

Sumado a lo anterior, Marta recapitula todo lo que significó el momento de recibir el diagnóstico de su esposo 10 años antes. En su testimonio predominan los sentimientos de profunda afectación hacía sí misma como esposa y como mujer, pero también destaca la preocupación ya presente por las implicaciones sociales de que se conociera lo que estaba ocurriendo, así como su ambivalencia frente a la necesidad de terminar con el vínculo pero el deseo de no querer hacerlo:

“Ay, bueno... te podrás imaginar... horrible... ¿cómo iba a ser? Yo le digo: `U., ¿Cómo es posible? ¿Cómo me haces esto a mí? ¿Por qué, en qué te he fallado yo?... Al enterarme estuvimos a punto de separarnos definitivamente, y de hecho estuvimos separados unos meses, como cuatro o cinco meses (...) En esos meses de separación yo te puedo decir que

traté de llevar las cosas con la mayor calma a pesar de la tristeza, de la rabia, de sentirme humillada por él hasta cierto punto... humillada y burlada... y además por el tema de tener que manejar la broma, la noticia pues, porque aparte de la humillación era también la vergüenza de si otros se enteraban... Y además me tenía que cuidar porque sí te puedo decir, que a mí se me notaba, que yo mira la contextura que tengo [maciza, sólida] y en esos días parecía un fantasma, piel y dientes casi, que hasta me asusté si no sería que yo también estaba enferma, que eso era otra cosa que estaba ahí pendiente... Pero entonces (...) después que ya le dan el alta del Clínico [Universitario] que él sale, él se va para la casa, pero yo estaba muy dolida y le dije, con el dolor más grande, que no podíamos seguir así... que se tenía que ir... y él se fue, yo no sé dónde se fue él en ese tiempo, no sé si a casa de su familia en Caracas, o cómo, pero se fue... él no me respondía, pero ni siquiera porque estuviera avergonzado... yo de hecho no lo notaba ni triste por su diagnóstico y por todo lo que había implicado eso... lo veía era como que callado, siempre como huraño, y no sé, como que estaba molesto por mi molestia hacia él... Obviamente, que yo me sentía mal por el trato que le estaba dando, o sea, encima yo me sentía mal por tratarlo mal a él... pero en ese momento también estaba la confusión y el miedo, porque no paraba de darme vueltas en la cabeza que bueno, que él tenía la infección, que estaba infectado... no dejaba de pensar que yo podía estarlo también, que teníamos al niño pequeño, que qué iba a pasar si eso salía así pues, o sea, si yo también salía positivo... Y yo era: `¡Dígame ahora si yo también estoy infectada Dios mío, Señor!´”

Del fragmento anterior, nótese también con especial énfasis la preocupación de Marta con respecto al posible malestar emocional que la conducta de ella podía estar produciendo en su marido en esos momentos (un dato importante a tener en cuenta para cuando, en la subcategoría final, se hable acerca de la vuelta a sí misma a través de la experiencia de cuidado).

Pero además, a todo esto se sumaba la rabia y la impotencia de Marta al ver la poca valoración que su esposo daba a la necesidad de mantener la adherencia al tratamiento, de lo cual era ella la que mantenía la vigilancia, intentando persuadirlo cuando se apartaba de la prescripción cuando decidieron volver a estar juntos: “*Cuando lo había dejado la vez anterior, que yo le decía: ‘Acuérdate lo mal que estuviste la última vez’* (...) [Pero ahora, antes de su última hospitalización con desenlace fatal] *dejó de tomarse [otra vez] el medicamento porque se reunía con los amigos a tomar, decía que se sentía bien y pensó que no le iba a pasar*

nada... Yo le decía: 'U., tú estás bien, vienes muy bien, tú estás indetectable... tómate los medicamentos' ... le insistía: 'Papi, tómate los antirretrovirales' ... pero él no me hacía caso' ... imagínate, yo te dije, que él estaba tan bien que salía indetectable en todos los exámenes... [Pero él me decía:] 'Yo me siento bien', y por querer andar tomando con los amigos, recayó''.

De alguna forma, esto es interpretado por Marta como una nueva afrenta que él le hacía (y que de alguna forma se traducía en una nueva muestra de irrespeto a ella y su sacrificio, no sólo por cuidarlo sino por haber permanecido a su lado durante todo el tiempo en que lo hizo). En su testimonio queda plasmado como, aunque le decía a su esposo que si no cumplía con el tratamiento el engaño no era para ella, en el fondo era precisamente así como lo interpretaba: *"Cuando cayó hospitalizado [la última vez], que lo tuvimos que ingresar... [fue porque] ni siquiera fingía que se lo tomaba, que la vez anterior que recayó **así fue que me engañó**: fingía que se lo tomaba pero no era verdad... y yo después **le dije que el engaño no era para mí, sino para otro** ... yo le dije: '**Si no te lo tomas no me engañas a mí, te estás engañando y haciendo daño tú mismo**'. Pero me daba rabia, me daba rabia su actitud... porque era muy déspota, como que no valoraba de verdad lo que se hacía por él''.*

Así, es posible elevar de nivel el análisis y finalizar diciendo que la situación de cuidado le permitía a Marta ejercer de manera encubierta, tímida y quizá no tan evidente un tipo de influencia sobre su esposo que contribuía a la resolución de aspectos autoafirmativos de sí misma (obsérvense al respecto frases de su aparente súplica hacia él, como: *"Acuérdate lo mal que estuviste la última vez' (...)* Yo le decía: *'U., tú estás bien, vienes muy bien, tú estás indetectable... tómate los medicamentos' ... le insistía: 'Papi, tómate los antirretrovirales'*"), lo cual permite ensayar en este caso la interpretación de la hipertrofia de la maternidad de la figura arquetipal de Hera propuesta por Villalobos (2008). Esta autora recuerda que, a nivel mítico, Hera tuvo la misma infancia que su hermana Deméter, con lo cual transmite de entrada que, aunque la imago de padres en estas dos figuras arquetípicas tenga matices diferenciales, el mitologema pretende traslucir que los principios que cada una de ellas representa en el nivel psíquico provienen de un origen común y, por lo tanto, comparten algo en su estructura y funcionamiento. En este sentido, al igual que Deméter, en Hera también se observa una hipertrofia de lo materno, solo que expresado de una manera distinta: a diferencia de Deméter, que intenta vivir a través de sus hijos (y de la función materna sobre ellos ejercida), Hera

ambiciona “hacer de madre” de su marido Zeus para convertirlo en un hijo a quien proteger con esmero, frustrándose cuando no puede “poseerlo” en la medida en que él tenga otras apetencias (Villalobos, 2008). Sin embargo, lo que debe resaltarse es el deseo de “poseer” o absorber al otro, en tanto Hera –y Marta como representante del predominio de esta figura en la personalidad– no persigue tan solo ser madre de su marido, sino fagocitar o devorar (introyectar) aspectos de su propio *ánimus* proyectados y vividos a través del marido, siendo así como finalmente puede concluirse que la situación de cuidado le brindaba ocasión para practicar “conductualmente” una forma de control y el poder que tributaba a fortalecer la sensación de autoafirmación en su fuero interno.

○ *Apego, pragmatismo y buen morir*

Se ha hecho mención más arriba acerca de la actitud de ocultamiento de Marta con respecto a la condición de salud de su marido, y se ha dicho que en mucho estaba mediada por la vergüenza social que implicaba el reconocimiento de la enfermedad. Sin embargo, en un nivel más profundo esta actitud delata también la negación de Marta tanto frente a la enfermedad misma como ante la posibilidad inminente del fallecimiento de su esposo (posibilidad a la que se resistió hasta el último momento a pesar de que su marido mostraba signos evidentes de daño cerebral con grave deterioro cognitivo). Al respecto dice: “*Estábamos haciendo todo lo que hacíamos apostándole a eso [que saliera adelante y le dieran el alta médica], ese era el sentido por el que estábamos ahí haciendo todo lo que se hizo... yo de verdad permanecí ajena al tema de que pudiera haber operado en él un deterioro... lo tratábamos en medio de la convalecencia como si fuera un niño, sin pensar que eso fuera algo anormal o que estuviera grave, o muy deteriorado de alguna forma. Por eso es que, para serte sincera, me tomé mal cuando me dijeron que ya había daño cerebral y que podía quedarse así o empeorar, y que empeorar significaba que se podía morir... yo simplemente no lo quería creer... todavía me cuesta creerlo, me parece mentira que ya no esté*”. Así, es posible afirmar que el anclaje en la primera fase del duelo –la negación, entendida como resistencia a la realidad– por parte de Marta comenzó con el diagnóstico mismo de su esposo (mucho antes de que éste falleciera), y jamás fue superada, tiñendo en mucho la totalidad del vínculo si es que este fenómeno no resulta incluso más antiguo en ella.

Aun así, cuando se continúa explorando, no tarda en emerger un fragmento de discurso en el que Marta se revela de alguna forma triunfante por el “logro” de haber permanecido junto a su esposo hasta el último momento y que su fallecimiento ocurriera en el seno de la relación compartida. Así, dice: *“Yo fui la que lo cuidé y yo fui la que lo enterré... porque fijate, no murió en la casa, pero murió estando conmigo, prácticamente en mis brazos... y es lo que te digo, en algún momento pudo haber hecho y deshecho, sabiéndolo yo o sin saberlo, sospechándolo o no... como sea... pero fui la que estuve... y no me importó... lo hice de corazón porque me nacía... y pienso que si hubiera sido al revés, él también habría estado [para mí]”*. De la última parte, obsérvese el consuelo –así como cierta satisfacción o complacencia– a los que, de manera compensatoria, se entrega Marta recreándose en la fantasía de haber obtenido algún tipo de reciprocidad si las cosas hubieran ocurrido de forma inversa y hubiera sido ella la que hubiera necesitado el cuidado de su esposo (que recuerda en algo la postura adoptada por Diana frente a su madre en el caso anterior).

6.4.3.5.- La vuelta a sí misma a través de la experiencia de cuidado

Tal y como se adelantó en la subcategoría referida a la motivación profunda del cuidado, es bastante factible que en el afán de cuidado de Marta para con su esposo operara el intento de recoger (introyectar o reintroyectar) aspectos del *ánimus* proyectados sobre él, en tanto ocasión para practicar un tipo de control y poder que contribuyeran al logro de la propia autoafirmación.

En este sentido, es interesante recapitular la propuesta de Barker y Woolger (2005), quienes al revisar el perfil psicológico de las figuras arquetipales femeninas con fundamento mítico, entablan una razonable *díada* entre Hera y Perséfone en la cual sus respectivos temperamentos (extravertido e introvertido), así como sus cualidades arquetípicas (dependencia marital y dependencia de la madre), se ven enfrentadas en procura de una integración final. Estos autores sostienen que estas dos figuras se complementan en su meta de integrar la faceta psicológica relacionada precisamente con el *poder*. Y se ha mencionado en algún punto del análisis del caso de Marta la insipiencia de algunos elementos de la vulnerabilidad e ingenuidad de Perséfone (en su faceta de Core) en su personalidad. Si tal asunción es válida, ha de recordarse que a nivel mítico Perséfone se encuentra inicialmente anulada en cuanto a la

asunción de su propio poder, pues en su forma de Core no hace más que pasar de un tipo de protección y tutela bajo el poderío materno (Deméter), a otro bajo el dominio del esposo (Hades). Pero, toda vez que es al casarse cuando el psiquismo de una mujer puede hacer el tránsito de ser dominado por la figura arquetipal de Core-Perséfone a serlo por la de Hera, este pasaje se presenta como una oportunidad de recuperar el propio poder y no sólo de permitir que se transfiera de titularidad en un otro externo. Así, la actitud vigilante, custodia y celosa asumida en la posición de esposa (Hera) adquiere un sentido profundo que va mucho más allá del evidente en el nivel manifiesto, en tanto es un intento de recuperar el poder personal inicialmente negado, sólo que *vivido a través del esposo*, resultando el matrimonio una ocasión propicia para descubrir la posibilidad de lograrlo en lo personal y así evolucionar a los elevados estadios de Perséfone como dueña del mundo interno y de sí misma.

Este sería, en resumen, el drama mítico en la vida de Marta. Y esta es la motivación que ha teñido su forma de cuidado con un matiz diferencial desde el punto de vista de su psicología profunda. Proveniente de un entorno parental dominado por la figura de un padre opresivo, al elegir esposo Marta no se decantó por aquel que la atraía en sus años adolescentes y que intentó violentarla, ni tampoco por el “machista”, que apareció con posterioridad y al que ella desdeñaba por su actitud intrusiva, sino que lo hizo por un hombre que la trataba bien y que estaba aparentemente lleno de encantos. Como un Zeus mítico, su esposo F., representó para ella una forma de reconocimiento a su individualidad, de su naturaleza “única e irrepetible” como mujer (algo que ella misma invoca en su concepción subjetiva acerca del significado de la feminidad), y de esa forma, este hombre pasó a representar la promesa de recuperar un poder y reconocimiento del que finalmente solo ella es destinataria y titular. Como sostiene Salomon (2005) citando el libro de los Upanishad “cuando la esposa ama al marido no se trata del marido sino del Atman que está en el interior del marido a quien ama la esposa”. Es decir, lo que la esposa (y Marta en este caso) ama en el marido no es más que la aspiración de recuperar la proyección de su propio *ánimus* colocada en él, y era a través de la perseverancia del cuidado hacia él donde ensayaba sin darse cuenta su propia forma de ejercer control y poder, así como el sentimiento que esto le producía (pues en relato se ha visto que las negativas de su esposo la hacían retroceder o inhibirse de insistir).

Ahora bien, al desaparecer su esposo, Marta se vio necesariamente confrontada con la faceta de Hera *Chera*, la faceta arquetípica de “viuda” de esta figura (Villalobos, 2008; Richepin, 2002 y Graves, 2001). Recuérdese la frase donde se asume a sí misma como viuda: “*Bueno, soy viuda (...) Acabo de cumplir cinco meses ahora el 19 de febrero, él falleció el 19 de agosto*”. Es así como en Marta se plantea una evolución Core-Hera-Perséfone para lograr recuperar los aspectos de autoafirmación y valía de sí misma proyectados y vividos a través de la figura del esposo como encarnación externa de su propio *ánimus*, lo cual es posible sólo en la medida en que viva el arquetipo de Hera *Chera* (la faceta arquetípica de la viudez), más como ocasión de desarrollo profundo al desidentificarse de él que como un mero estancamiento en el recuerdo y la añoranza estéril, en el cual quede atrapada dentro de una continuación del cuidado y la atención al esposo ahora fallecido, en una especie de culto al difunto o como la madre mortífera que sigue al hijo incluso en la muerte. Un último testimonio de Marta deja abierta esta posibilidad, cuando se le escucha decir:

“¡Lo extraño muchísimo!... No me he puesto a pensar mucho que voy a hacer de ahora en adelante, pero a lo mejor sí debería ir pensando en alguna actividad, no sé, dedicarme a algo para mí, algo conmigo... que lo que hacía con él era para mí, yo lo veo así, pero era compartido... me pone triste pensar y hablar de esto... y bueno, otra pareja no creo... la gente me dice: ‘Pero tú eres joven, no te puedes quedar pegada en lo que pasó, sí es triste, pero ¿qué vas a hacer?’... Pero yo ni los escucho, porque creo que no saben realmente dónde yo estoy o dónde estuve... lo que hago es reservarme lo que siento y lo que pienso para mí misma... total, ¿va a cambiar en algo lo que pasó o mi situación actual porque me esfuerce en explicárselo a la gente?”.

Queda así expresado lo que –en potencia–, Marta puede llegar a hacer, pues su comprensión no debe orientarse a si algo cambiaría al hacer el esfuerzo de explicar lo que ocurrió a la gente, sino en explicárselo de manera reflexiva a sí misma con el fin de alcanzar un acuerdo satisfactorio en el seno de su intimidad subjetiva.

VII.- CONCLUSIONES

Por tratarse de un estudio en muchos sentidos exploratorio, en la primera categoría gruesa de la presente investigación (referida a la dominancia de una figura arquetípica por encima de cualquier otra en las participantes), se han explorado diversos ámbitos de la vida de estas con el fin de dar razón y dejar evidencia de la incidencia de lo arquetípico femenino en sus personalidades en un sentido general, lo cual se ha considerado insoslayable para proseguir luego a la comprensión profunda de aspectos posteriores referidos al cuidado. Muy especialmente, se ha ofrecido un reflejo acerca de la visión subjetiva del mundo y la interacción a nivel vincular de las cuatro cuidadoras. Sin embargo, de esa primera parte podría destacarse la relación entablada con el principio femenino y masculino en cuanto conjunto de representaciones y atributos con los cuales cada mujer cuidadora entra en mayor o menor identificación, devaluando o rechazando a su contrario; y como por efecto del factor psicoide del arquetipo, éste sincroniza lo psíquico con lo no psíquico, o el nivel psíquico con ciertos eventos externos (Jung, 1939/2010; Jaffé, 1995), sellando tanto el funcionamiento de su estructura de la personalidad como la vinculación con un determinado tipo de eventos o experiencias que favorece el ingreso a una cierta situación de cuidado configurada con condiciones cónsonas al funcionamiento arquetípico especificado.

Así, es entonces primordial destacar que lo que cada participante rescata en su discurso no se debe necesariamente a hechos objetivos sino a su particular predisposición psíquica (arquetípica) para preferir ciertas cosas con predominancia a otras, permitiendo con ello identificar el dominio de la figura arquetipal de Atenea en **Juvena**, de Deméter en **Marina**, de Artemisa en **Diana** y de Hera en **Marta**. A ello ha contribuido el hecho de que, aunque los tipos femeninos con los que se ha identificado a cada cuidadora en el presente estudio tienen la cualidad de suponer como fondo una dinámica del inconsciente colectivo, lo cierto es que se trata de elementos conductuales observables y, por tanto, objetivables. Es decir, no se trata de ninguna manera de meras intuiciones o especulaciones. Por lo extenso del análisis referido al dominio de lo arquetípico en cada caso de mujer cuidadora abordado, nos limitaremos aquí a decir que en cada una de ellas lo masculino o lo femenino –representado en principio por el padre o la madre pero que va más allá de ellos, trascendiéndolos e integrando todos los atributos colectivos correspondientes a la subjetividad sexuada–, se tramita de manera

idealizada o es rechazado y devaluado a partir de la incidencia de lo arquetípico del psiquismo, que al ser –como se ha dicho–, psicoide, entra en sincronía con el propio complejo personal de cada una de las participantes. Así, en **Juvena**, lo psicoide de lo arquetípico ateneico resuena y se sincroniza en la identificación con los aspectos más nobles de la figura del padre y –por extensión– del principio masculino (el *ánimus* y el Logos) en general. En ella, la madre y sus características de pasividad aparecen devaluadas y echadas a menos. Por el contrario, en **Marina** lo hace lo demeteriano con respecto a la figura de la madre real, referente para anclar a la Madre arquetípica y el principio femenino por extensión, encontrándose además una devaluación y rechazo del padre y lo masculino en general a partir de él (que se ha visto actualizado en su experiencia de pareja, donde el intento de **Marina** de recuperar al padre ideal en la figura de un esposo y padre de sus hijos fracasó, constelando en su lugar al Puer, la pareja que como ella misma dice era “como tener un hijo más”). En **Diana**, por su parte, lo psicoide se mueve por el orden de negar la vulnerabilidad emocional que no le fue permitido vivenciar en medio de una infancia abandonica, lo cual la condujo a desterrar a sombra –de una manera en muchos sentidos mutilante–, la expresión fluida de atributos femeninos y construir, en cambio, una fachada o máscara artemisal que opera en ella de manera defensiva. En su caso, la igualación y superioridad frente a lo masculino se evidencia en gran parte a partir del intercambio con su hermano, el cual en muchos momentos aparece para ella como una especie de doble especular (como el Apolo mítico frente a su hermana Artemisa), que complementaba en proyección un aspecto de la fortaleza del propio *ánimus*. Y en **Marta** la convocatoria psicoide del arquetípico de Hera se evidencia en el intento de rehuir la configuración familiar, conocida en su experiencia parental previa y representada en la situación del modelo matrimonial poco ideal de sus padres a sus ojos, haciéndola apelar a la fórmula inconsciente de aferrarse a la imagen idealizada de matrimonio. En su caso, contribuyó a ello, además, el intento de repetir el vínculo especular –cuasi gemelar– del que participó con su hermano menor durante la infancia a la vez que la búsqueda de escapar a cualquier posible actualización de la imagen del padre terrible, aunque sin jamás lograr desprenderse por completo de esta última imagen. Es decir, en **Marta** se observa el intento por restaurar de manera condensada –y aparentemente mejorada– a las figuras de lo masculino con las que primero entró en contacto, en un vínculo de pareja con un hombre cuya imagen no era parecida a la de decepciones

anteriores de su vida sino que se caracterizaba por ser, como ella misma sostiene en algún punto, “alguien cada vez más tierno”.

De esta forma, el cuidado aparece primeramente marcado en estas participantes a partir de señas y predisposiciones arquetípicas precisas vinculadas a lo parental: En **Juvena** a partir de la predilección recíproca entre ella y su padre; en **Marina**, a través de la postura de una madre doliente para con sus hijos y el padre de estos, en la cual se conjugan estados emocionales de resentimiento y culpa, y consecuentes intentos de reparación para con otros y para con sus objetos internos (principalmente la deteriorada figura del padre ideal perdido). El cuidado en **Diana** se observa teñido arquetipalmente en lo parental a partir de su intento de reconstruir un sentido más acogedor de familia junto a su madre y su hermano amenazados perentoriamente con desaparecer de su vida, lo cual contribuyó a actualizar en ella arcaicas angustias de soledad y abandono procesados como si se tratara de una contienda por la propia supervivencia: hacerlos vivir para no quedarse sola y –en un nivel profundo– no verse amenazada de morir ella misma. Y en **Marta** por el intento de demostrar el compromiso profundo adquirido como compañera-esposa y mediado por la necesidad de ser retribuida con gestos de agradecimiento para demostrarse a sí misma que el otro recibe su esfuerzo como una muestra de amor que lo hiciera sentir querido, con lo cual lograr un posicionamiento de autoafirmación y valía personal como mujer única e irrepetible.

Ahora bien, a partir estos diversos perfiles que en cada mujer cuidadora aparecen demarcados por la incidencia dominante de las figuras arquetípicas mencionadas pueden establecerse entonces algunas diferencias con respecto a su experiencia subjetiva **en el terreno del cuidado propiamente dicho**, y pueden rescatarse de manera comparativa diversas actitudes y posicionamientos que permiten observar la incidencia de lo arquetípico femenino, por un lado, y la diferencia entre unas y otras con respecto a ello, por el otro.

Así, en cuanto a la **actitud hacia la persona objeto de cuidado, la sinergia y el estilo de cuidado**, se ha observado que **Juvena** –como representante de una personalidad dominada por la figura arquetípica de Atenea– destacó por un **tipo de cuidado paliativo**, que buscó promover en todo momento la autonomía y la dignidad de su padre enfermo, en el sentido de respetar su capacidad para autogobernarse, incorporando, en la medida de lo posible, una

actitud fomentadora de la rehabilitación, al tiempo que se ha observado en ella un estilo de afrontamiento más **centrado en el problema** que en la emoción, en tanto siempre se orientó a factores tales como **la resolución de problemas**, **la búsqueda de información**, **la búsqueda de apoyo social** y **la negociación**. Asimismo, se puede afirmar que en la experiencia de cuidado de su padre Juvena hace la referencia de haberlo atendido en tres niveles: el primario (encaminado a recoger y compartir información con el fin de mantener su salud y que no desarrollara síndrome de inmunodeficiencia), el secundario (propriadamente asistencial o curativo para evitar o reducir posibles complicaciones futuras) y el terciario (en cuanto a rehabilitación y apoyo para superar secuelas), siendo en los momentos más críticos del secundario y terciario donde se le puede percibir como más incómoda.

Por el contrario, en el caso de **Marina, Diana y Marta** la tendencia observada es más hacia un tipo de cuidado marcado por la codependencia (en el sentido de terminar dependiendo de la persona que –de gran manera– es dependiente del cuidado, necesiéndola de alguna forma para sentirse bien o resolver algún conflicto intrapsíquico, y no al revés), y un estilo de afrontamiento mayormente centrado en la emoción (con matices diferenciales en cada caso). En el caso de **Marina**, la **codependencia** ocurre mayormente con sus hijos. No puede negarse que ella necesita en algún sentido que sus hijos la necesiten para cuidarlos, en gran parte para evadirse de su propia condición de salud como paciente de VIH. En este sentido, es relevante cuando se refiere a su hijo con parálisis cerebral y prácticamente invidente como si fuera su “bebé eterno”, diciendo: *“Lo sigo llamando bebé porque él para nosotros es un bebé, siempre va a ser como un bebé (...) Sí, porque él es el bebé de uno... o sea, para nosotros él no crece pues... él es el bebé, él es el bebé de la casa”*, o cuando al referirse al diagnóstico del quiste cerebral de su segundo hijo que puede dejarlo definitivamente sordo, revela: *“Cuando voy a la consulta con F., y me dicen ‘Se puede quedar sordo... Si no te apuras con ese oído se le va a dañar el otro... él está propenso a quedarse sordo’... Yo digo: ‘Bueno, si él se queda sordo, yo soy sus oídos’... le digo yo... Voy a ser los ojos de un niño y los oídos del otro”*, con lo cual deja en evidencia uno de los aspectos más mortíferos del arquetipo demeteriano, en el sentido de crear dependencias para preservar la suya propia con respecto a los objetos de su amor materno. Adicionalmente, no se puede negar en su caso que en algún nivel mantener viva la maledicencia y el resentimiento hacia el padre de sus hijos también implica un reclamo que

trasluce una dependencia (en el nivel del resarcimiento). De esta forma, el estilo de afrontamiento **centrado en las emociones** de **Marina**, tiene la connotación específica de que en el proceso de cuidado ha revivido –y aún revive– constantemente eventos pasados, con la consecuente **rumiación** y **oposición**. Asimismo, por las particulares circunstancias de los casos bajo su cuidado, **Marina** ha permanecido de manera estática en un nivel secundario, en el cual su intervención ha sido asistencial o curativa con miras a evitar o reducir el riesgo de posibles complicaciones y de la muerte. Por su parte, en **Diana** se evidencia un estilo de cuidado inclinado hacia una inesperada **codependencia** habiendo sido identificada y descrita su personalidad como dominada por la figura arquetípica de Artemisa, y un tipo de **afrontamiento** mayormente **centrado en la emoción**, aunque la misma consiste en la pena volcada sobre sí misma. En el caso de **Marta**, la **codependencia** se evidencia en su estilo de **cuidado vigilante y solícito** basado en el sentido de compromiso profundo con su esposo con miras a la reciprocidad, además de un **estilo de afrontamiento** predominantemente **centrado en la emoción o emociones que le generaba la situación**, donde pueden rescatarse básicamente factores como la rumiación, la huida en su sentido de evasión, el aislamiento social (para mantener en secreto la estigmatizante enfermedad de su esposo y preservar el pudor), y el predominio de la constante reevaluación positiva del vínculo junto con el intento de autoregulación afectiva (de lo cual ofrece evidencia todo lo desarrollado a lo largo de sus categorías de análisis).

En cuanto a la **actitud hacia sí mismas** durante el periodo y experiencia de cuidado, es posible concluir que en todas las mujeres cuidadoras participantes –haciendo quizá salvedad del caso de **Diana**– se observó una alta autoexigencia frente a la tarea de cuidado, cada una con sus variaciones diferenciales específicas. En **Juvena** la autoexigencia transita por el orden de no perder la imagen de autosuficiencia y capacidad tanto estratégica como ejecutiva frente a otros; en **Marina** en su deseo de evadirse de su propia enfermedad por la vía de atender a otros, resarcirse del daño causado por el padre de sus hijos (que la infectó con VIH) y el intento de reparación culpógena frente a sus hijos (contra cuyas vidas atentó durante el embarazo); y en **Marta**, en el intento de demostrarse comprometida y suficiente como para resultar predilecta a los ojos de su marido. A este respecto, es el caso de **Diana** el que merecería mención aparte, pues aunque la actitud hacía sí misma durante el cuidado de su madre y, sobre todo, de su

hermano podría ser evaluada como verdaderamente extenuante desde el punto de vista emocional, no lo fue propiamente en razón del cuidado –frente al cual ella misma se reconoce en ocasiones impaciente– sino en razón del esfuerzo desesperado por no verse abandonada de manera definitiva con el hecho de la muerte de estas dos figuras de su familia y tener la posibilidad de reivindicar una auténtica y deseada vincularidad parental con ellos. Sin embargo, es definitivo al hablar acerca de la actitud hacia sí mismas durante el cuidado que las representantes de los arquetipos virginales y amazónicos (**Juvena** y **Diana** en este caso) son más proclives en sus discursos a ser vistas como permisivas para abandonarse a la autoindulgencia con respecto a la situación de cuidado propiamente dicho, frente al cual su entrega no podría calificarse de abnegada en sentido tan estricto como quizá ocurrió en el caso de las vulnerables, entiéndase maternal (**Marina**) y hetaira (**Marta**), las cuales, con todo el torbellino de intensas y conflictivas emociones demuestran, sin embargo, y quizá justo en razón de ello, sostener una mayor solicitud.

En cuanto al nivel de **omnipotencia y la competencia social para establecer vínculos** para obtener ayuda o colaboración, lo hallado es que **Juvena** fue capaz de reconocer pragmáticamente sus limitaciones –sobre todo en los momentos en que una mayor dependencia de su padre hizo mucho más crítica la atención que era necesario brindarle. No obstante, la paradoja es que, siendo ella hábil para labrarse vínculos cooperativos con personas no cercanas, resultó ser incompetente para plantearlo frente a parientes tan cercanos como sus propios hermanos (lo cual se ha justificado a través de la lectura de que es precisamente frente a ellos donde no quiere perder su habitual imagen de autosuficiencia). En el caso de **Marina**, es posible observar su deseo de huida, la preocupación por la propia salud, la angustia de sentirse vacía y vaciada, y la tendencia a controlar todo el espacio vital de forma compulsiva como una forma de rehuir esta angustia, pero a su vez destaca en ella la falta de actividad e iniciativa para romper el círculo vicioso de la actitud que en gran parte la mantiene en dicha situación, principalmente por pretender manejar la situación como algo “enteramente suyo”, sin atreverse a compartirlo ni a buscar apoyo hasta el momento de verse fuertemente colapsada en el nivel emocional. En **Diana**, no se observan grandes habilidades o competencia social para entablar vínculos en aras de obtener ayuda o colaboración específica con respecto a la situación de cuidado, aunque se ha hecho notar que supo aprovechar con fines instrumentales algunas de las

que aparecieron en el itinerario de cuidado, destacándose además que fue en este momento en que reconoció para sí misma necesitar apoyo emocional, lo cual la condujo a buscar acompañamiento psicológico (siendo un primer paso en la reanudación de su relación con la vulnerabilidad negada del principio femenino en ella). Y en **Marta**, aparte de observarse pocos elementos discursivos que delaten el reconocimiento sus propios límites y la necesidad de buscar u obtener ayuda o colaboración, resalta una poderosa insistencia en asumir unilateralmente la tarea de cuidado (incluso excediendo lo necesario, para terminar incursionando en sectores en los que quizá podría haber hecho reserva del esfuerzo).

Adicionalmente , en este punto podría agregarse la observación de que las personalidad marcada por el predominio de lo arquetípico virginal y la consecuente hipertrofia del *ánimus* –como es el caso de lo artemisal en **Diana** y, muy especialmente, en el de lo ateneico en **Juvena**–, parecieran moverse con una especie de precaución intuitiva en no llevarlo a cabo de una manera excesiva y –si se considera la perspectiva de la sinergia o energía invertida en la tarea–, sus discursos develan que no es característico de ellas “dejarse la piel” en la situación (llegando a resentirlo si de alguna manera se ven confrontadas con una sobreexigencia en ese sentido). Es probable que esta precaución sea precisamente producto del conocimiento intuitivo que tienen de su tendencia a colapsar con mayor facilidad. Es el caso de Juvena al verse demandada en exceso y el de **Diana** al verse confrontada por vía de esta experiencia con su propia emotividad durante largo tiempo negada y el temor oculto de verse invadida por su vulnerabilidad, y tener que contactarla para tramitarla, madurarla y ofrecerle un lugar en el “panteón” arquetípico de su propio psiquismo. En cambio, las personalidades en las que predomina lo arquetípico de naturaleza vulnerable (**Marina** y **Marta**), más llevadas por el ánimo, el Eros y la importancia de lo emocional y lo afectivo-vincular, se podría concluir que, paradójicamente, ofrecieron una imagen de menor vulnerabilidad, en el sentido de que demostraron soportar de manera sostenida situaciones que rápidamente saturaron emocionalmente a las virginales. Así, en el caso de **Marina** y de **Marta** puede afirmarse que hay una tendencia a permanecer sin reservas ni escatimaciones en cuanto a las implicaciones emocionales de la tarea (pues lo que persiguen resolver en sus procesos de individuación les es ofrecido como una vía directa por intermediación de esta experiencia, en tanto se trata de una más que implica vínculo con un otro significativo para su propia configuración arquetipal).

La subcategoría referida a la **motivación profunda del cuidado** puede resultar reveladora (e incluso ser una de las más relevantes), en tanto conjuga especialmente algunos aspectos de lo arquetipal con la vivencia subjetiva enmarcada por el complejo psicológico específico de cada participante. En el caso de **Juvena** el cuidado no se traduce tan sólo en un gesto de gratitud devuelto a un padre respetuoso y promotor de su naturaleza ateneica y con el cual se sintió siempre más identificada que con su madre, sino que además –al entrar en confluencia con su desprecio por aspectos devaluados de la pasividad femenina de los cuales la madre es la primera representación que posee– se tradujo en una posibilidad de reafirmarse a sí misma en la medida en que le produjo un incremento en su sensación de suficiencia fálica, empoderándola y posicionándola simbólicamente por encima tanto de aquel que recibe el cuidado de su parte como de otros que lo presencian (a este respecto recuérdese además que, según lo visto en el desarrollo, Juvena ha intervenido muchas veces en el cuidado y ayuda de otros donde este aspecto es incluso más evidente de lo que fue con su padre). Por su parte, en **Diana**, la motivación profunda respondió a la necesidad de recibir el arrepentimiento de su madre por el trato poco cálido y muchas veces hostil que le dio en su infancia y adolescencia, en un intento por redimir su imagen interna, y, finalmente, por no tener que enfrentar la desaparición física de su hermano, al cual significaba inconscientemente y de forma perentoria como el último baluarte o eslabón de tener la posibilidad futura del vínculo parental ideal jamás logrado. En cuanto a **Marina** con el padre de sus hijos –y, en menor grado, en **Marta** con su esposo– se ha observado una marcada tendencia discursiva a la retaliación, que ha de entenderse no obedece tanto a la injuria externa (en el caso de **Marina** por haberla infectado con VIH y en el de **Marta** por la infidelidad que lo hizo infectarse él), como a la consecuente implicación simbólica derivada de la injuria y para el cual fueron “elegidos” en el nivel inconsciente: no es más que una forma de castigo y/o reclamo al otro por la traición y decepción sufrida en tanto no lograron ocupar el lugar ideal que se intentaba restaurar a nivel interno (en el caso de **Marina** en busca de recuperar la imagen del padre ideal perdido), o para ofrecerle el posicionamiento especial perseguido (en el caso de **Marta**, quien buscaba lograr autoafirmación y valía personal en la entrega dentro del vínculo de pareja). Además, en **Marina** ya se ha mencionado la importante incidencia del aspecto culpógeno y el intento de reparación como un elemento relevante para su posicionamiento frente al cuidado de sus hijos, independientemente de la condición particular de estos (siendo posible hacer también una

digresión con respecto a cómo el sentimiento de culpa puede en gran parte favorecer en ella la actitud empática).

En cuanto a la **actitud ante la muerte de las personas bajo su cuidado**, se ha encontrado que en **Juvena** la posibilidad de fallecimiento de su padre no sólo era aceptada sino que –llegado cierto punto y confluyendo con su propia naturaleza– llegó incluso a entrar en sintonía con su deseo de que ocurriera. En el caso de **Marina**, en cambio, se han hecho varias observaciones. Así, frente a su abuela adoptó una postura de pragmatismo en el cual la hizo partícipe del destino que se le darían a sus restos cuando falleciera; con el padre de sus hijos, existía una cierta negación de la muerte que ella atribuye al hecho de que “debía vivir más para tener por castigo el verla a ella cada día cuidándole”, aunque podría pensarse que esto en realidad era la negación a perder al hombre del cual, en principio, había esperado recibir de alguna manera una compensación al verlo convertido en un verdadero “padre protector” –no sólo para sus hijos sino para ella misma–, y que sustituyera al padre ideal perdido en su infancia; mientras que, finalmente, con sus hijos se ha visto la terrible angustia que la embarga ante la posibilidad de que sufran algún daño que se traduzca en perderlos, pues incluso habiendo atentado contra ellos durante el embarazo, Marina ha sentido un añejo temor de lastimarlos con su propia enfermedad (y todo ello se entiende cuando se ve el valor compensatorio que han adquirido para ella como una forma de justificar su propia existencia por cuidarles). Por su parte, en **Diana** lo observado fue una ardua reticencia, tan desesperada e imbuida de intentos de negociación –sobre todo con el caso de su hermano–, que realmente parecía traducirse en una amenaza a su propia supervivencia (en tanto, como se ha mencionado, removi6 en ella angustias arcaicas de abandono, no solo en cuanto a la separaci6n sino tambi6n con respecto a la desintegraci6n). Y de igual manera, en **Marta** la negaci6n ante la posibilidad de fallecimiento de su esposo estaba tan sobredimensionada que durante la mayor parte del 6ltimo periodo de su hospitalizaci6n ella asevera no haberlo ni siquiera sospechado a pesar del grave deterioro cognitivo que presentaba y que dejaba en evidencia el da6o cerebral que hab6a sufrido, con lo cual es posible afirmar que, en medio de un intento de evasi6n, ella se orientaba m6s por la imago del marido sano y su deseo de verlo restablecido que por lo que objetivamente estaba ocurriendo con 6l.

Finalmente, como más allá del predominio de una determinada figura arquetípica, es posible encontrar el movimiento de otras distintas que se agitan en la personalidad de las participantes –tanto en forma de máscara como en sombra–, entrando en conflicto, compitiendo entre ellas y traduciéndose en una fuerza de choque o pugna en cuanto a los objetivos que cada una de ellas persigue lograr en aras de la individuación o realización individual, se consideró que –además de apropiado– era una consecuencia lógica ofrecer para cada caso un análisis acerca de cómo **la experiencia de cuidado de otros puede traducirse en una oportunidad para la vuelta o retorno de cada cuidadora participante a sí mismas, en procura de promover el propio proceso de individuación**. Ello debe asumirse no como ambigüedad sino como un elemento inherente a la complejidad del tema y la construcción que, dentro del ámbito de la investigación queda aún por llevar a cabo con respecto a ella. Así, se ha asentado que en **Juvena** la experiencia implica en muchos sentidos poner a prueba su postura y propulsar la desidentificación de lo ateneico masculinizado para dar cabida a otros atributos representados por el denominado principio femenino (que a nivel externo rechaza o repudia en otras mujeres –empezando por su propia madre– al encontrarlo como algo devaluado); en **Marina** implica la integración de una faceta de amor distinta a la de la mera contención demeteriana y que encuentra representada por la figura arquetipal de Afrodita (en el sentido del contacto maduro con el propio cuerpo en su calidad de otredad que puede ser valorada en sí misma además de ofrecida a otro, lo cual conlleva la evaluación del propio autoconcepto y autoestima); en **Diana** el abandono de lo artemisal como una forma básicamente defensiva de los aspectos de vulnerabilidad emocional de su personalidad y la integración y asunción madura de lo persefoniano en el sentido de verdadero empoderamiento con respecto al mundo interno con sus objetos y emociones; y finalmente en **Marta** una evolución Core-Hera-Perséfone para lograr recuperar los aspectos de autoafirmación y valía de sí misma proyectados y vividos a través de la figura del esposo como encarnación externa de su propio *ánimus*, lo cual es posible sólo en la medida en que viva el arquetipo de Hera *Chera* (la faceta arquetípica de la viudez), más como ocasión de desarrollo profundo que como un mero estancamiento en el recuerdo y la añoranza estéril.

Una reflexión importante es que en todos los casos destaca –de una u otra forma–, el intento de mantener o recuperar aspectos del propio poder, en el sentido de resarcimiento, autoafirmación, valía o verdadera sensación de independencia personal. En este sentido, y

aunque no puede negarse de manera absoluta el aspecto amoroso (Eros) en los vínculos entre las cuidadoras y las personas objeto de cuidado consideradas en esta investigación, sí se hace necesario traer a reflexión lo sostenido por Jung (1939/2002) cuando plantea que toda aspiración de poder excluye la posibilidad de amor (aun y cuando en estos casos se trata de la necesidad inconsciente de recuperar la sensación de poder personal). Además, en tal itinerario investigativo ha sido posible observar en las experiencias de las mujeres cuidadoras participantes la importancia de la figura arquetípica de Perséfone (en su sentido de Mediadora o Mediatrix) y Afrodita (la figura arquetipal “alquímica”, siguiendo a Bolen, 1984), como elementos articuladores potencialmente presentes para el proceso de integración o consolidación de la individuación femenina de estas mujeres a través de la experiencia concreta de cuidado (en correspondencia con el vínculo de estas dos figuras en el itinerario heroico de Psique, en el mito de Eros y Psique).

Ahora bien, dicho todo lo anterior, es importante dejar claramente establecido que, a pesar del esfuerzo de meticulosidad con el cual se ha procurado abordar el tema en todo momento, nunca será suficiente el énfasis en prevenir que cualquier conclusión alcanzada conforma tan sólo una lectura posible y que, por la dinámica inherente a toda psicología que aspire a lo profundo y a la exploración de lo inconsciente, siempre serán –y han de ser– consideradas como conjeturas provisionales que puedan ser ampliadas o mejoradas con el nuevo material emergente a partir de nuevas investigaciones sobre este tema (e incluso del material emergente de los propios individuos que conforman el estudio actual). Esto debido a la imbricación de elementos y procesos que, por principio, no pueden ser tomados nunca como definitivos en el sentido de “totalmente acabados”, a pesar de la solidez perfilada en los casos que se han ofrecido para el análisis efectuado.

Tómese además en consideración que en el análisis de los casos de las participantes se ha recurrido por necesidad y obligación a la fragmentación de sus discursos –con el fin de hacer demarcaciones–, siendo que a nivel clínico los mismos se presentan habitualmente como una totalidad compleja. En este sentido, se trata de un deliberado recorte metodológico que pone de relieve ciertos aspectos y configuraciones en posible desmedro de otros, conllevando un probable riesgo de introducir esquematismos y distorsiones que habrán de ser tomados en cuenta y considerados a futuro, en razón de que pueden limitar la validez de las conclusiones alcanzadas y entorpecer la comprensión del problema que se ha pretendido explorar si se

pretende extender en generalizaciones a ultranza. Es por ello que, en aras de avanzar en la comprensión, en algunos apartados, y muy especialmente en la categoría general referida a la experiencia y hermenéutica del cuidado, se ha ampliado el espectro de análisis, apelando con mayor autonomía a otras teorizaciones, no sólo junguianas y arquetipales, sino psicoanalíticas en general.

VIII.- LIMITACIONES Y RECOMENDACIONES

Habiendo culminado este trabajo en los términos en que ha sido presentado, se ha considerado útil exponer dos aspectos con el fin de que sean considerados para futuras investigaciones de este tipo. El primero de ellos se centraría en evaluar la pertinencia de tomar la decisión entre dos caminos, a saber: volver a definir las categorías con criterios rígidos y exhaustivos, atendiendo a los testimonios de las participantes de manera estricta para tomar de ellos sólo aquello que permita ilustrar dichas categorías (lo cual se ha ensayado en el presente estudio y facilita la tarea de compararles); o bien, elaborar categorías *ad hoc* para cada una de las participantes, con lo cual se sacrifica cierta uniformidad en la presentación de los caso pero se lograría profundizar más en cada uno de ellos singularmente (dejando abierta en mucho la tarea de comparar entre ellos al lector interesado en hacerlo por cuenta propia). Esta observación es necesario destacarla por cuanto en el presente trabajo de investigación la inclinación es al primer estilo expuesto, pero con la complicación de que para la comprensión cabal se han debido reconducir entre ellas algunas categorías que se solapan o superponen de alguna forma al pretender aplicar el mismo catálogo de ellas a todas las participantes.

Además, se ha considerado que un segundo aspecto a tomar en cuenta es que, en aras de complementar y ayudar a una mejor comprensión y articulación del caso por caso, para futuras investigaciones sería conveniente aprovechar la existencia de algún o algunos tipos de escala de cuidado que evalúe aspectos objetivos del mismo (esfuerzo invertido, sobrecarga, estrés, inventarios de emociones, etc.), cuya aplicación, al articularse con hallazgos del tipo alcanzado en el presente estudio, fortalezcan la comprensión acerca de esta parcela de conocimiento y contribuyan de una manera más integral a la visión y abordaje del mismo desde el punto de vista clínico. Por supuesto, esto implicaría que el estudio perdería su naturaleza cualitativa y caminaría hacia un enfoque de tipo mixto, pero con la ganancia de que se enriquecerían las perspectivas al incorporar nuevas aristas y ángulos de visión.

Referencias

- Adler, G. (1972). Métodos de tratamiento en la psicología analítica. En B. Wolman (Ed.), *Técnicas psicoanalíticas* (pp. 441-492). Buenos Aires: Troquel.
- Álvarez, M. (2016). *La sobrecarga en los cuidados: percepciones y manifestaciones de sobrecarga en personas cuidadoras de familiares dependientes. Un acercamiento a los factores predictores*. Trabajo de Grado de Doctorado, Universidad de Sevilla. Recuperado en julio 17, 2016, de:
<https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/38305/TESIS%20M%C2%AA%20MARGARITA%20ALVAREZ%20TELLO%20%202015.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Avedillo, S., Gómez, U. y Saavedra, F. (2009). Explorando las emociones de mujeres cuidadoras en el contexto familiar: Experiencias de talleres psicoeducativos en la provincia de Sevilla. *Investigación y género: avance en las distintas áreas del conocimiento: I Congreso Universitario Andaluz "Investigación y Género de Sevilla*, 1231-1246. Recuperado en julio 17, 2016, de:
<https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/32126/Explorando%20las%20emociones%20de%20mujeres.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Barker, J. y Woolger, R. (2005). La diosa interna: una tipología junguiana de la mujer. En R. Frager (Ed.), *¿Quién soy yo? Tipos psicológicos y autorrealización*. (3ª ed.). (pp. 108-121). Barcelona: Kairós.
- Bermejo, C. (1988). Zeus, Hera y el matrimonio sagrado. *Revista Polis*, 1, 7-24. Recuperado en septiembre 1, 2016, de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/148763.pdf>
- Bermejo, J. (2004). *La relación de ayuda a la persona mayor. Cuadernos de humanización de la salud* 7. Madrid: Sal Terrae.
- Birkhäuser-Oeri, S. (2010). *La llave de oro. Madres y madrastras en los cuentos infantiles*. Madrid: Turner Noema.
- Bodano-Lozano, E. (2010). Cambios en los estilos de vida de las cuidadoras de personas dependientes. *Portularia: Revista de Trabajo Social*, 10(1), 85. Recuperado en julio 17, 2016, de:
<http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/4279/b15919043.pdf?sequence=2>
- Bolen, J. (1984/2010). *Las diosas de cada mujer. Una nueva psicología femenina*. (20ª ed.). Barcelona: Kairós.

- Brea, M. (2015). *El coste de cuidar desde una perspectiva de género: proceso emocional de personas cuidadoras de familiares dependientes*. Trabajo de Grado de Doctorado, Universidad de Sevilla. Recuperado en julio 17, 2016, de: <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/30858/TEISIS%20M%C2%AA%20TERESA%20BREA%20RUIZ.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Bueno, M. (Ed. General). (2000). *Diccionario Larousse ilustrado*. México: Editorial Larousse.
- Burkert, W. (2007). *Religión griega arcaica y clásica*. Madrid: Abada Editores.
- Casado, R.; Ruiz, E. y Solano, A. (2008). El cuidado informal a la dependencia desde la perspectiva de género. *Enfermería Comunitaria*, 1, (4). pp. 10-17.
- Castillo, J. (2005). *Los sueños en la vida, la enfermedad y la muerte. Claves para una hermenéutica*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cirlot, J. (2007). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Siruela.
- Claremont, I. (1974). *Conociendo a la mujer*. Caracas: Disinlimed.
- Crespo, M. (2008). Cuidadoras y cuidadores: el efecto del género en el cuidado no profesional de los mayores. *Boletín sobre envejecimiento Imsero*, 35, 2-30. Recuperado en septiembre 1, 2016, de: <http://www.imsero.es/interpresent3/groups/imsero/documents/binario/boletinopm35.pdf>
- Dakduk, S. (2010). Envejecer en casa: el rol de la mujer como cuidadora de familiares mayores dependientes. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 15(35), 73-90. Recuperado en septiembre 4, 2016 de: <http://www.scielo.org.ve/pdf/rvem/v15n35/art05.pdf>
- Dávila, L (2015). *Los cuidadores. Reflexiones prácticas para quienes se involucran en la recuperación de un ser querido*. Edición de autor.
- Dio Bleichmar, E. (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Madrid: Adotraf.
- Dueñas, A y Lorenzo, P. (2009). *El libro de los nombres de la A a la Z*. Barcelona: Grijalbo.
- Dwyer, J., Lee, G. y Jankowski, T. (1994). Reciprocity, elder satisfaction, and care-giver stress and burden: The exchange of aid in the family caregiving relationship. *Journal of Marriage and the Family*, 56, pp. 35-43.

- Echeverría, R. (2008). *Las raíces del sentido. Sobre egipcios, griegos, judíos y cristianos*. Buenos Aires: Granica.
- Fernández, V. (2009). Los trabajos femeninos en el “Oikos” de la Grecia Clásica: la madre, la cuidadora, la administradora. *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, 4, 15-50. Recuperado en julio 17, 2016, de:
<http://revpubli.unileon.es/ojs/index.php/cuestionesdegenero/article/view/3805>
- Freud, S. (1910/1986). *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor I)*. Obras completas. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1922/1984). *La cabeza de Medusa*. Obras completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giménez, M. (1999). *Diccionario básico de mitología*. Barcelona: Ediciones 29.
- González, F. (2000). *Investigación cualitativa en psicología. Rumbos y desafíos*. México: International Thompson Editores.
- Grad, J. y Sainsbury, O. (1963). Mental illness and the Family. *Lancet*, 1, 544-547.
- Graves, R. (2001). *Los mitos griegos*. Barcelona: Ariel.
- Grecco, E. (2009). *Volver a Jung*. (6ª ed.). Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Greene, L. y Sharman-Burke, J. (2002). *El viaje mítico*. (3ª ed.). Madrid: Edaf.
- Grinnel, R., Williams, M. y Unrau, Y. (2007). *Social work research and evaluation. Quantitative and Qualitative approaches*. New York: Oxford University Press.
- Harding, E. (1995). *Los misterios de la mujer*. Barcelona, España: Obelisco.
- Harding, E. (2010). La virgen. En C. Downing (Ed.), *Espejos del yo. Imágenes arquetípicas que dan forma a nuestra vida*. (4ª ed.). (pp. 240-245). Barcelona: Kairós.
- Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, F. (2010). *Metodología de la investigación*. (5ª ed.). México: McGraw.
- Hesnard, A. (1972). *La obra de Freud y su importancia para el mundo moderno*. México: Fondo de la Cultura Económica.
- Higalgo, M. y Menéndez, S. (2003). La pareja ante la llegada de los hijos e hijas. Evolución de la relación conyugal durante el proceso de convertirse en padre y madre. *Infancia y aprendizaje* 26 (4), 469-483. Recuperado en agosto 01, 2017, de:
233618798_La_pareja_ante_la_llegada_de_los_hijos_e_hijas_Evolucion_de_la_relacio

n_conyugal_durante_el_proceso_de_convertirse_en_padre_y_madre_Becoming_parents_Changes_in_the_marital_relationship_during_transiti

- Hillman, J. (1992). *El mito del análisis*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Hillman, J. (1999). *Puer aeternus*. Milano: Adelphi
- Hope, A. (2012). *Mitología clásica*. Madrid: Edimat.
- Jaffé, A. (1995). *El mito del sentido*. Barcelona: Editorial Mirach.
- Jáidar, I. (2004). Psicología, psicoanálisis y mito. *Revista Tramas UAM*, 10(23), 169-180.
Recuperado en septiembre 4, 2016 de:
<http://132.248.9.34/hevila/TramasMexicoDF/2004/no23/9.pdf>
- Jones, E. (1980). *La teoría del simbolismo. Cuadernos monográficos 3*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Jung, C. (1985). *Tipos psicológicos*. Buenos Aires: Paidós.
- Jung, C. (1939/2010). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Tomo 9/I. Madrid: Editorial Trotta.
- Jung, C. (1992). *Aión*. España: Paidós.
- Jung, C. (1917/2007). *Dos escritos sobre psicología analítica*. Tomo 7. Madrid: Trotta.
- Jung, C. (1995). *El hombre y sus símbolos*. España: Paidós.
- Jung, C. (1942/1994). *Paracélsica*. Barcelona: Kairós.
- Jung, C. (1946/2006). *Psicología de la transferencia*. Tomo 16. Madrid: Trotta.
- Jung, C. y Kerényi, K. (2004). *Introducción a la esencia de la mitología*. España: Ediciones Siruela.
- Jung, E. y Von Franz, M. (1999). *La leyenda del Grial desde una perspectiva psicológica*. Barcelona: Kairós.
- Kerényi, K. (1997). *Los dioses de los griegos* (1ª ed.). Caracas: Monte Ávila Editores.
- Kerényi, K. (2004). *Eleusis. Imagen arquetípica de la madre y la hija*. España: Ediciones Siruela.
- Koppen, A. (2012). *Grandes historias de la mitología. Hazañas y amores de dioses y hombres, en los más prodigiosos mitos de Occidente*. Madrid: Edimat.
- Kuiper, P. (1978). *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Barcelona: Herder.
- Lewis, M. (1973). *Desarrollo psicológico del niño*. México: Nueva Editorial Interamericana.
- López-Pedraza, R. (2001). *Hermes y sus hijos*. Caracas: Festina Lente.
- López-Pedraza, R. (2005). *Artemisa e Hipólito: mito y tragedia*. Caracas: Festina Lente.

- López-Pedraza, R. (2005). *De Eros y Psique*. Caracas: Festina Lente.
- Martínez, M. (2004). "Ciencia y arte de la investigación cualitativa". México: Trillas.
- Martínez, M. (2008). *Epistemología y metodología cualitativa en las ciencias sociales*. México: Trillas.
- Méautis, G. (1964). *Mitología griega*. Buenos Aires: Hachette.
- Moore, T. (1993). *El cuidado del alma*. Barcelona: Urano.
- Morillas, M., Morillo F. y Ruíz, M. (1998). *Los dioses del Olimpo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Muñoz, L. (s.f.). *Test proyectivo de Wartegg*. Caracas: Colegio de Psicólogos del Distrito Capital.
- Ospina, D. y Soto, C. (2001). Entre el rito y la rutina: el rol de cuidadora en las mujeres de Medellín. *Investigación y educación en enfermería*, 19(2), 58-65. Recuperado de: www.redalyc.org/pdf/1052/105218301005.pdf
- Ostfeld, G. (2010). *Ecce mulier: Nietzsche y el eterno femenino*. Caracas: Pomaire.
- Ostfeld, G. (2011). *Anima mundi*. Caracas: Pomaire.
- Pritz, A., Quintana T. y Stumm, G. (2009). *Diccionario de psicoterapia*. Barcelona, España: Herder Editorial.
- Propp, V. (1980). *Edipo a la luz del folklore. Cuatro estudios de etnografía histórico-estructural*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Rank, O. (1914/1977). *El doble*. Buenos Aires: Ediciones Orión.
- Real Academia Española (2014). *Diccionario de la lengua española*. (23ª ed.). Madrid: Espasa.
- Richepin, J. (2002). *Historia de la mitología griega ilustrada*. Tomo II. Barcelona: Edicomunicación.
- Riemann, F. (1978). *Formas básicas de la angustia*. Barcelona: Herder.
- Ríos, G. (2010). Creando desde Afrodita o Venus: una representación femenina arquetípica del amor, la sexualidad, el cuerpo y la función alquímica de transformación. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 2(1), 104-110. Recuperado en julio, 13, 2016, de: <http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/RCCS/article/view/30>
- Rísquez, F. (1997). *Aproximación a la feminidad* (3ª ed.). Caracas: Monte Ávila Editores.
- Robertson, R. (2006). *Introducción a la psicología junguiana*. (2ª ed.). España: Ediciones Obelisco.

- Román, S. (2005). *Los rostros de la diosa*. Buenos Aires: Kier.
- Salomón, P. (2005). *Los hombres se transforman. El hombre lunar*. Barcelona: Obelisco.
- Singer, J. (2000). *La mujer moderna en busca del alma. Guía junguiana de los mundos visibles e invisibles*. Buenos Aires: Kier
- Spitz, R. (1996). *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de la Cultura Económica.
- Stassinopoulos, A. y Beny, R. (1983). *Los dioses de Grecia*. España: Random House Mondadori.
- Stassinopoulos, A. (2004). *Gods and goddesses in love*. New York: Paraview Poket Books.
- Storr, A. (1990). *Jung*. España: Mondadori.
- Tressider, J. (2008). *Los símbolos y sus significados*. Barcelona: Blume.
- Ubeda, I., Buisac, D. y Lacarcel, M. (2006). Características y calidad de vida de los cuidadores informales de enfermos de sida. *Enfermería clínica*, 16(3), 137-143. Recuperado en julio 17, 2016, de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2003077>
- Ubeda, I.; Roca, M. y García, L. (1997). Presente y futuro de los cuidados informales. *Enfermería Clínica*, 8, (3), pp. 116-120. Recuperado en Julio 15, 2016 de: https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/5122/1/CC_07-08_22.pdf
- Vallester, L. (2004). *Guía de interpretación del test de Wartegg*. Recuperado en febrero 6, 2017 de: <http://thevalle323.xtrweb.com/test-psicologia-valle-vallester/MANUAL%20WARTEGG%20BY%20LUIS%20VALLESTER.pdf>
- Vernant, J. (2001). *La muerte en sus ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Villalobos, M. (2006). *A puntadas. Cuaderno de mitología griega y psicología arquetipal. Volumen I*. (2ª ed.). Venezuela: Edición de autor.
- Villalobos (2008). *Hilaturas. Hebras arquetipales. Volumen I*. Caracas: Editorial Tiqué.
- Winckler, L. (2008). *Los dioses interiores*. (1ª ed.). Buenos Aires: Ediciones Kier.
- Wolff, T. (1956). *Structural forms of the feminine psyche*. Zurich: Carl Jung Institute.
- Zweig, C. y Wolf, S. (2004). *Vivir con la sombra*. Barcelona: Kairós.

Anexo 1



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Psicología

CONSENTIMIENTO DE PARTICIPACIÓN

Usted ha sido invitada a participar en un estudio acerca de **LA INCIDENCIA DE LAS ESTRUCTURAS ARQUETIPALES FEMENINAS EN CUIDADORAS DE PACIENTES CRÓNICOS**, investigación realizada por el investigador Boris Piselli Mazza como requisito para obtener el título de Licenciado en Psicología en la mención Clínica Dinámica. Esta investigación contará con la supervisión y tutoría de la Lic. Juelith Delgado, docente activa de la Escuela de Psicología de la Universidad Central de Venezuela.

Si usted acepta participar en este estudio, se le solicitará que responda preguntas personales a través de entrevistas, además de la realización de algunas pruebas psicológicas pertinentes al objeto de la investigación. De igual forma, estaría aceptando ser grabado audiófónicamente durante el proceso de investigación. La participación en esta actividad es voluntaria y no involucra ningún daño o peligro para su salud. Se garantiza la confidencialidad y el anonimato con respecto a los datos obtenidos en todas las fases de la investigación y en la publicación de los resultados, tal como está establecido en el Artículo 60 del *Código de Ética Profesional*¹, en el título referido a Los deberes éticos del psicólogo en el área de la investigación, el cual expresa que “El investigador deberá garantizar el anonimato de las respuestas de los sujetos sometidos a investigaciones y procurar aminorar la posibilidad de cualquier daño moral a aquellos”.

El investigador se compromete con Ud. a suministrarle al final del proceso y labor investigativa los resultados de las evaluaciones que se le efectúen, así como el producto general de la investigación globalmente entendida. No se contempla ningún otro beneficio ni pago. Asimismo, se le garantiza que la información recolectada no será usada para ningún otro propósito más allá de los indicados anteriormente, sin que le sea solicitada su autorización previa de forma escrita. Cualquier aclaratoria adicional que requiera o pregunta que usted desee hacer durante el proceso de investigación, podrá contactar al investigador directamente por los medios señalados a continuación.

El investigador,

Boris Piselli
C.I.: V-24.314.485
Tlf.: (0414) 305.85.07
bpisellim@gmail.com

¹ Código de Ética Profesional del Psicólogo de Venezuela. Federación de Psicólogos de Venezuela, 1981.

Anexo 2



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Psicología

ACTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Yo, _____, cédula de identidad N° _____, de _____ años de edad, doy mi consentimiento expreso para participar en el estudio relacionado **LA INCIDENCIA DE LAS FIGURAS ARQUETIPALES FEMENINAS EN CUIDADORAS DE PACIENTES CRÓNICOS**, realizado por el investigador Boris Piselli Mazza, como requisito para obtener el título de Licenciado en Psicología, mención Clínica Dinámica, en la Universidad Central de Venezuela.

Declaro haber sido informado/a de los propósitos y objetivos de la investigación y he tenido la oportunidad de efectuar preguntas al respecto, recibiendo respuestas claras e información suficiente en relación al estudio. Asimismo entiendo que la participación es voluntaria, he sido informado/a de forma clara y precisa que los datos personales que se reflejen en el estudio serán tratados y custodiados con respeto a mi intimidad y a la vigente normativa de protección de datos.

Declaro que he leído y conozco el contenido del presente documento, comprendo los compromisos que asumo y los acepto. Por ello, voluntariamente firmo este consentimiento informado y manifiesto mi deseo de participar en el estudio propuesto.

El investigador,

Boris Piselli/C.I.: V-24.314.485

La participante,

Nombre y apellido:

Cédula de Identidad N°:

Firma:

Fecha:

Anexo 3

Formato de Entrevista Semiestructurada

1.- Datos de identificación

- ¿Cuál es tu nombre?
- ¿Qué edad tienes?
- ¿Cuál es tu lugar de nacimiento?
- ¿Cuál es la zona donde vives?
- ¿Cuál es tu grado de instrucción?

2.- Situación actual

- ¿A qué te dedicas?
- ¿Actualmente posees algún trabajo u oficio?
- En caso de que la situación de cuidado haya sido en el pasado: ¿Podrías describir como es tu vida actualmente? ¿Podrías describir un día “típico”?

3.- Referente a la familia

- ¿Tienes hermanos? ¿Cuántos?
- ¿Tienes hijos? ¿Cuántos?
- ¿Con quién vives?
- ¿Cómo describirías la relación con tus padres desde la infancia hasta la actualidad? (Descripción de la relación con los miembros de la familia, o con especial énfasis con alguno de ellos en particular). ¿Fue alguna de esas figuras particularmente relevante para ti como un ideal a seguir?
- ¿Quién sostiene tu hogar? ¿Recibes algún tipo de apoyo?
- ¿Cómo recuerdas tu infancia
- ¿Cómo eran los castigos en tu infancia? ¿Quién o quiénes los imponían?

4.- Pareja y vida sexual

- ¿Tienes pareja en la actualidad? (Explorar ideas relacionadas con la figura de la pareja)
- ¿Te has casado alguna vez? ¿Qué opinión te merece el matrimonio?
- En caso de tener hijos: ¿se ha involucrado tu pareja en la crianza? (Explorar un poco esta situación)
- ¿Alguna vez has discutido con tu pareja? ¿Cuál ha sido el motivo?

- ¿Qué piensa tu pareja acerca de la maternidad? ¿Han hablado alguna vez acerca de ello?
¿Compartes su postura al respecto?
- Exploración acerca de la vivencia en el ámbito sexual

5.- Maternidad

- ¿Cómo eran los juegos de tu infancia? ¿En qué consistían?
- ¿A qué edad tuviste tu primera menstruación? ¿Cómo la viviste?
- ¿Tenías alguna idea acerca de las relaciones sexuales en tu infancia? ¿De qué tipo?
- ¿A qué edad tuviste tu primera relación sexual?
- ¿Qué significa para ti “SER MUJER”?
- ¿Qué significa para ti la maternidad, “SER MADRE”?
- ¿Crees que hay una edad para ser madre?
- En caso de tener hijos: ¿Cómo era tu vida antes de tener hijos? ¿Cómo viviste tu(s) embarazo(s)?
¿En qué ha cambiado tu vida asumir la maternidad? (Explorar la forma de relación con los hijos,
la opinión que tiene de ellos, los castigos impuestos, la preferencia o no por un determinado sexo)
- En caso de que no tenga hijos: ¿Motivo de no haber dado el paso a la maternidad? En caso de que
ya no haya tiempo para ser madre por vía biológica ¿Qué ha significado en tu vida no asumir la
maternidad? ¿Hay alguna añoranza con respecto a ello?

6.- Referente al ámbito laboral (oficio, trabajo o profesión) e intereses intelectuales

- ¿Qué circunstancias te llevaron a esa actividad? ¿Fue decidido o accidental? En caso de ser
decidido ¿Qué te hizo decidirte por tu actividad?
- ¿Qué otras cosas te interesan o te han interesado en tu vida aparte de esta actividad?

7.- Referente al manejo del tiempo y actividades

- ¿Cómo es habitualmente el empleo de tu tiempo libre? ¿Qué tipo de actividades prefieres?
- ¿Cómo fue durante el tiempo en que tuviste que desempeñarte en la tarea de cuidado?

8.- Referente a la actividad específica de cuidado desempeñada

- ¿Qué circunstancias te llevaron a la situación de cuidado? ¿Qué te motivó a seguir o a abandonar
esa situación?
- ¿Cómo es/era un día normal de tu vida? ¿Cómo es/era un día en tu desempeño como cuidadora?
(explorar la descripción de la situación subjetiva durante el desempeño como cuidadora)
- ¿Puedes describir en qué forma llevas/llevabas a cabo la actividad de cuidado? ¿Cómo
responde/respondía la persona a la que cuidas/cuidabas?
- ¿Qué palabras, frases, ideas o sentimientos podrías decir que te describen como una constante en

tu vida? ¿Cuáles serían las palabras, frases, ideas o sentimientos que te describirían mejor durante el desempeño (actual o pasado) de la actividad como cuidadora?

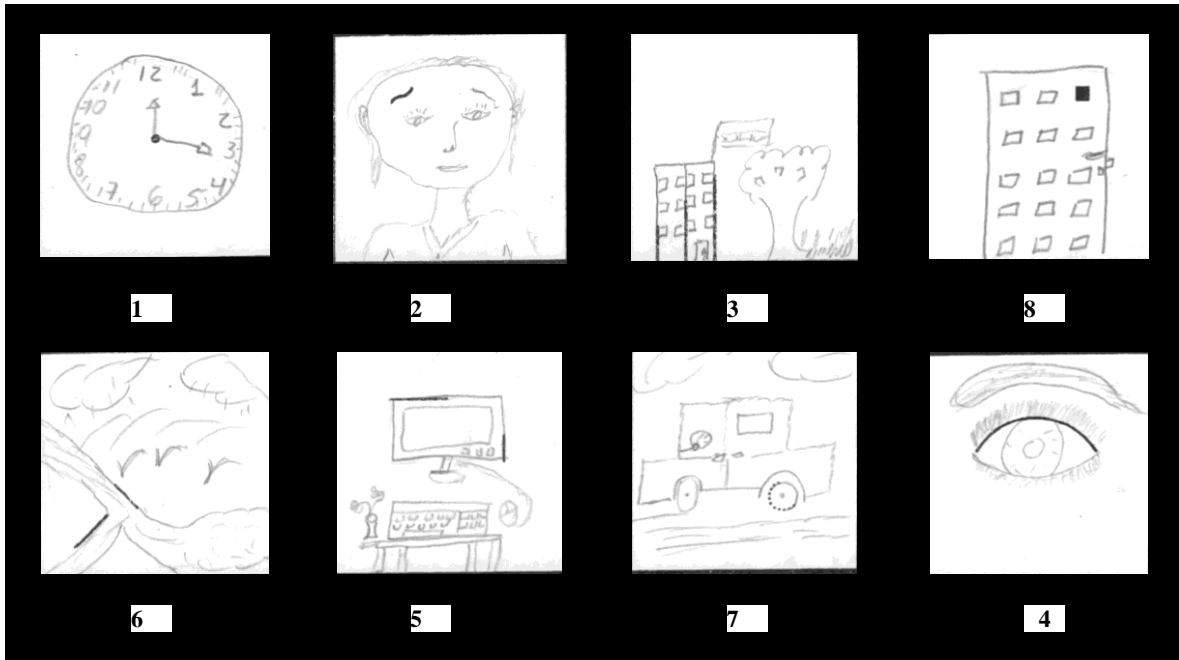
- ¿Qué expectativas o fantasías aparecen/aparecían más frecuentemente? (por ejemplo, qué pides/pedías o esperas/esperabas o te resultaba una gran necesidad en ese momento).
- ¿Tienes alguna creencia específica con respecto a la Divinidad? ¿Crees en Dios? ¿Qué relación tienes con lo divino? ¿Lo introduces/introducías en la actividad de cuidado de alguna forma? ¿Cómo?
- Pregunta de integración: ¿En qué cambió tu vida a raíz de la experiencia de cuidado? ¿Cómo la veías antes y como la ves ahora si tuvieras que comparar (bien porque se encuentre cuidando en la actualidad o porque haya cuidado – la idea es entablar una comparación entre un antes y un después y explorar que ha quedado en la experiencia a partir de ello).

Anexo 4

Ejecuciones y análisis del Test de Wartegg de JUVENA

Nombre: JUVENA		Fecha de realización: 14/03/17	
Fecha de nacimiento: 24/11/68	Edad: 48	Sexo: F	Estado Civil: Casada
Grado de instrucción: TSU en Estudios Penitenciarios y Lic. en Estudios Jurídicos		Ocupación: Asistente de Tribunal	

Wartegg de Juvena



- 1.- Reloj
- 2.- Una maestra
- 3.- Escuela, bandera y un árbol
- 4.- Un ojo
- 5.- Computadora
- 6.- Paisaje, cascada, montaña, águilas y nubes lluviosas
- 7.- Un carro, su piso y paisaje
- 8.- Puerta

Análisis del Test de Wartegg de JUVENA

1. **Aspectos Formales:** En todos los campos se observa un trazado regular y continuo, delicado pero firme, lo cual indica buen control, confianza en sí misma, orden y lucidez. Sin embargo, los campos 2, 5 y 7 muestran algún indicio de líneas reforzadas y bosquejo, lo cual puede delatar cierto nivel de inseguridad, exceso de autocrítica y la tentativa de encubrir algunos aspectos de personalidad.

2. **Aspectos Internos Estructurales:** La utilización del espacio es adecuada (en todos los casos utiliza la mitad o más de la mitad del espacio).

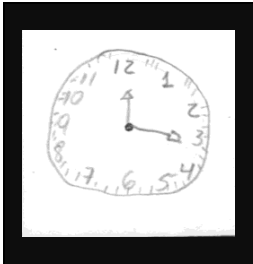
3. **Factores de Expresión:**
 - a. **Claridad:** Cada trazado aparece nítido y las superficies indican un empleo armonioso de los espacios en blanco. Además, las formas son precisas, lo cual indica claridad mental, objetividad, organización y método.
 - b. **Dimensión:** Todos campos poseen una superficie grande, lo que implica imaginación, confianza en sí, expansión, energía, falta de prudencia e impulso vital.
 - c. **Dinamismo:** En los campos 1, 3, 5, 7 y 8 se observan dibujos de figuras u objetos en movimiento, lo cual indica capacidad de adaptación.
 - d. **Emplazamiento:**
 - **Altura:** Todos los dibujos, con excepción del campo 8, se encuentran en la parte media, lo cual se traduce en predominio emotivo y apego por las cosas cotidianas. El campo 8 se encuentra emplazado en la zona superior, lo cual refiere actividad mental e imaginación.
 - **Anchura:** Todos los dibujos ocupan la banda central, lo cual refiere a buena capacidad de observación. La economía espacial demarcada por el uso de los espacios en blanco que rodean cada dibujo habla de una expansión prudente (excepto en el campo 5 y 8 en los cuales hace uso de todo el campo, lo que denota una expansión apabullante y cierta falta de prudencia).
 - e. **Espesor:** La anchura del trazo es fino lo que implica un temperamento receptivo, sensible y de espíritu refinado, con mayores dificultades para defenderse contra las presiones del medio.
 - f. **Originalidad:** Siguiendo la escala de Biedma (que va del 1 = frecuente, al 9 = raro) se estima el nivel de originalidad de cada campo. Campo 1: 1; campo 2: 1; campo 3: 1; campo 4: 1; campo 5: 9; campo 6: 3; campo 7: 2; y campo 8: 3. No promedia como un desempeño original.
 - g. **Presión:** La debilidad en el trazado revela insuficiencia de energía en la lucha contra los obstáculos del medio y una mayor capacidad de adaptarse a las dificultades a fin de superarlas con flexibilidad, falta de expansión, energía, iniciativa y decisión.
 - h. **Simplicidad:** Hay ausencia de trazos inútiles, sombras o de adornos inútiles o irrelevantes, lo que representa claridad mental, objetividad, organización y método, comprensión y capacidad de síntesis.

4. **Situacional:** Aunque inicia siguiendo el orden normal, de forma metódica, poco flexible y organizada (posiblemente preocupada por no perder el tiempo), termina por implementar un orden confuso, que indica labilidad, impulsividad y cierta falta de control. En el nivel clínico, esto último tiene particular relevancia en el sentido de que revela un déficit en cuanto a la paciencia necesaria para sostener la tarea hasta concluirla.

5. **Constitucional (análisis por campos)**



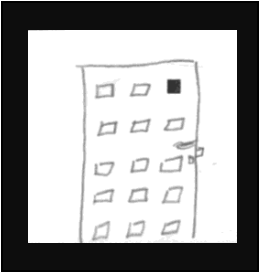
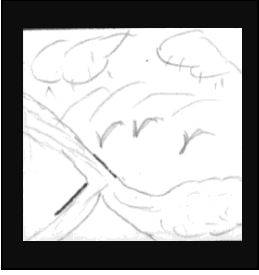
Campo 1.

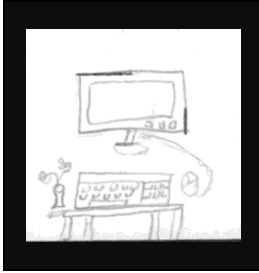

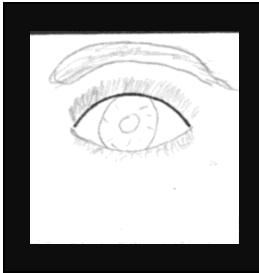
El Yo, posición frente al medio y a sí mismo



Título: "Reloj".
Lugar en la secuencia: 1

Al respetar la posición del estímulo inicial, refleja capacidad de concentración e integración. Dibuja un reloj, que como ideograma denota inquietud o preocupación por la organización del tiempo, posiblemente también inquietud por la propia edad. Al ser un objeto con utilidad indica concretismo, personalidad sencilla, poco complicada, con sentido común, buena relación con la creatividad y/o situaciones cotidianas. Hasta cierto punto puede también ser considerado como un objeto técnico, lo cual, como concepto, se encuentra caracterizado por su significación intelectual y su simbolismo lógico. La elección de este campo como primero para su ejecución, así como la elección del ideograma representado, refieren a la importancia yoica otorgada a la organización y los procesamientos lógicos en general.

<p>Campo 2. <i>Relación afectiva con el medio ambiente</i></p> 	<p>Título: “Una maestra”. Lugar en la secuencia: 2</p> <p>Utiliza el estímulo como parte de un rostro (ceja). El ideograma de figura humana, refiere a preocupaciones relativas a sí misma, al prójimo o a la familia. Preocupación por la propia edad. Inquietudes de orden afectivo o social. Inseguridad. Al tratarse de una fisonomía andrógina, tratase de una proyección de algunos aspectos de la propia personalidad. Llama especialmente la atención el tamaño de la cabeza (sede del pensamiento y la inteligencia), así como los rasgos andróginos de la “maestra”. La elección del segundo lugar (preferido) para la ejecución de este campo en la secuencia demuestra la prioridad implícita no sólo en lo que el campo representa, sino también de los temas resultantes del ideograma y las demás ideas asociadas (incluido el título colocado).</p>
<p>Campo 3. <i>Posición frente al mundo y nivel de aspiraciones. Proyecto de vida e Ideal del Yo</i></p> 	<p>Título: “Escuela, bandera y un árbol”. Lugar en la secuencia: 3</p> <p>Dibuja la edificación de una escuela. El tratamiento dado al estímulo inicial convirtiéndolo en edificación con el uso de otras líneas rectas se encuentra dentro de lo esperado, aunque delata que no existe en ella mucha originalidad ni mayores intentos por superar la rutina. El ideograma de edificaciones o sus partes implica influencia del sexo contrario, lo cual es especialmente relevante en una participante cuya personalidad se encuentra dominada por el arquetipo de Atenea, de la cual se sabe teóricamente que posee un <i>ánimus</i> fuerte y cuyas aspiraciones se encuentran muy influidas por el Logos y la aproximan al mundo de lo masculino. Además, es coherente con el hecho de mantenga las rutinas, pues la influencia del Logos (lo masculino) inclina a los rasgos de tipo obsesivo (lo rutinario y la monotonía). Además, la elección de este campo como preferido (en tercer lugar de ejecución) confirma la prevalencia de lo antes dicho en el nivel de aspiraciones, proyecto de vida e ideal del yo de la participante. Si se le interpreta en conjunto con el campo 1 (en el cual el ideograma del reloj revela inquietud o preocupación por la organización del tiempo, concretismo, personalidad sencilla, poco complicada y con sentido común), se encuentra correspondencia con lo aquí sostenido.</p>
<p>Campo 4. <i>Angustias, frustraciones y fantasías</i></p> 	<p>Título: “Puerta”. Lugar en la secuencia: 8</p> <p>Dibuja una puerta cerrada, que indica necesidad de búsqueda de un ideal, o en su defecto la importancia otorgada a tenerlo. Al ser un objeto de mobiliario pone el acento en el aspecto cultural. Es relevante que este campo es dejado de último en la secuencia, con lo cual se evidencia que existen angustias por asuntos irresueltos, a los que posterga o pospone, aunque es también probable que sea precisamente la postergación lo que la angustia e interfiere en la forma de manejar los conflictos internos. Estos conflictos probablemente estén relacionados con los tópicos del ideal y los aspectos culturales antes dichos. En este sentido, este campo se relaciona con el 2 y el 3. Es además relevante la perseverancia del estímulo inicial, que devela falta de originalidad, de iniciativa o incapacidad para hacer nuevas elaboraciones en procura de resolver asuntos que constituyen fuente de angustia.</p>
<p>Campo 5. <i>Expresión y utilización de la energía vital</i></p> 	<p>Título: “Paisaje, cascada, montaña, águilas y nubes lluviosas”. Lugar en la secuencia: 6</p> <p>El dibujo combina los ideogramas de paisaje, aves en vuelo y agua (en forma de torrente o cascada), lo cual indica la proyección de un estado anímico marcado por el deseo de cambio o huida, así como el deseo de actividad física más intensa y de cambio de medio. Es relevante que en este campo emplea la totalidad del espacio como parte integrante del dibujo desarrollado. Como se verá más adelante, en este caso parece existir una relación entre el contenido resultante de la ejecución en este campo junto con la del campo 7.</p>

<p>Campo 6. <i>Intereses intelectuales y estilo cognitivo de análisis</i></p> 	<p>Título: “Computadora, mesa y florero”. Lugar en la secuencia: 5</p> <p>Las líneas integradas en un solo motivo evidencian que su raciocinio es de estilo asociativo, demarcando matiz intelectual y volitivo. Además, el uso de ángulos rectos para el cierre, ratifica el carácter asociativo, correlacional y deductivo de su estilo de pensamiento. Dibuja una computadora, un objeto profesional que desde el punto de vista del ideograma indica aspiración y deseo de orden/organización lógica en el ámbito específico de este campo (el intelecto). Pero además, al poderse considerar en parte como un objeto técnico, entra en consonancia con la significación intelectual y lógica también reflejada en el dibujo del campo 1.</p>
<p>Campo 7. <i>Sexualidad y sensualidad</i></p> 	<p>Título: “Un carro, su piso y paisaje”. Lugar en la secuencia: 7</p> <p>Dibuja un carro (vehículo), que como ideograma refiere al deseo de cambio, de mayor dinamismo, así como impaciencia y gusto por el confort, relacionado todo ello con la esfera de la sexualidad y la sensualidad evaluada por este campo en concreto. Como hemos dicho, esto resulta consistente con la ejecución realizada en el campo 5 referido a la energía vital (nótese además la relación entre energía vital o libido y el campo de la sexualidad, que según los resultados se orientan a la huida, necesidad de cambio y de un mayor dinamismo). Sin embargo, la selección aplazada de este campo podría indicar represión y algún tipo de problemática erótica o sexual.</p>
<p>Campo 8. <i>Elementos normativos del Yo (Superyó) y comportamiento frente a valores socialmente establecidos</i></p> 	<p>Título: “Un ojo”. Lugar en la secuencia: 4</p> <p>Dibuja un ojo, que desde el punto de vista del ideograma indica actitud exasperante, expectante, desengaño o temor. Al encontrarse emplazada la mayor porción en la zona superior, refiere fuerte actividad mental o imaginación en el área evaluada por este campo (lo superyoico, normativo y punitivo), develando reflexión en torno al tema de la adaptación a la norma. Además, la selección de este campo como preferido entre los 4 primeros (ejecutado en cuarto lugar) habla acerca de la relevancia que tiene para ella el elemento normativo.</p> <p>Aunque utiliza el estímulo y dibuja por debajo de él, el gran agregado por encima permite afirmar que no se trata de una persona sumisa y que, por el contrario, aunque adaptable, puede tomar una postura bastante crítica al posicionarse frente a los valores y normas socialmente establecidos.</p>

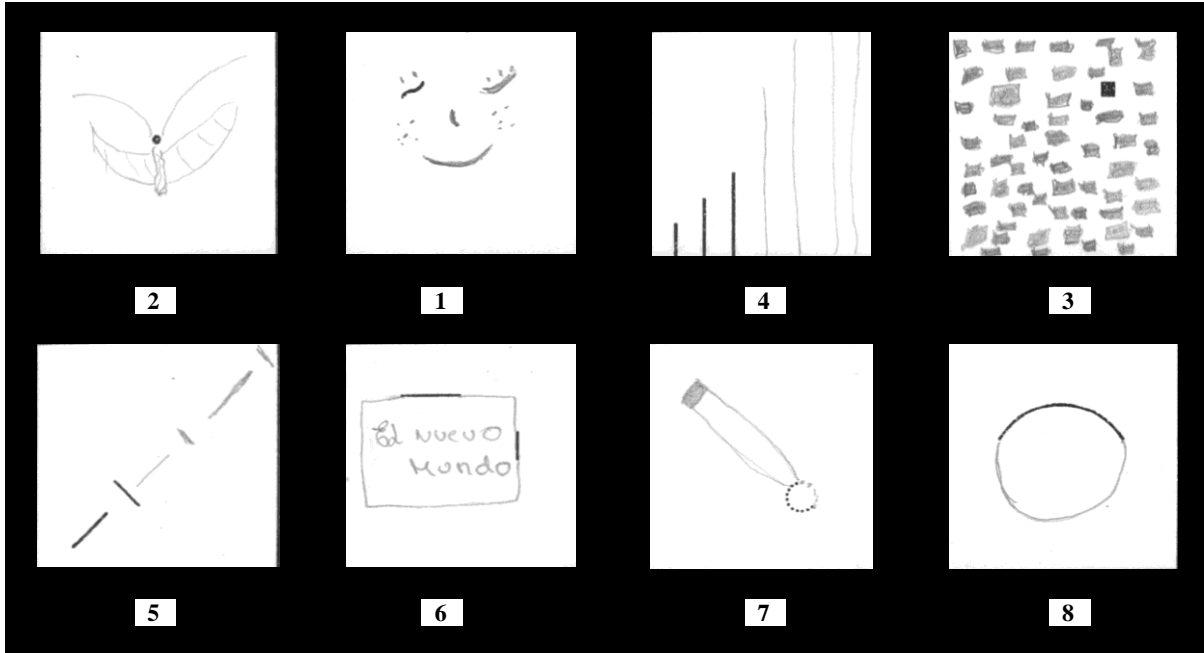
6. Análisis de contenido: Se observa el predominio de objetos (campos 1, 3, 4, 6 y 7), lo cual refleja concretismo, personalidad sencilla y poco complicada, con sentido común, y buena relación con situaciones cotidianas.

SINTESIS PARA JUVENA: Se trata de una persona ordenada, sencilla, poco complicada y con sentido común que otorga gran importancia a la organización y la lógica. La influencia del sexo contrario en la constitución de su personalidad es relevante y su estilo de procesamiento cognitivo es de carácter sintético. Necesita tener un ideal, con acento en el tema cultural. De hecho, le otorga particular importancia lo ideal (sea por la necesidad de buscarlo o detentarlo), lo cual junto con la preocupación por la postergación puede constituir una fuente de angustia relevante. La necesidad de cambio, de un mayor dinamismo o incluso de huida caracteriza su expresión vital y el ámbito de la sensualidad y la sexualidad. Pueden estar implicadas en ello cierta preocupación por en razón de la edad. Aunque adaptable, no se caracteriza por su sumisión sino que puede llegar a ser bastante crítica frente a los valores y normas socialmente establecidos (consistente con el predominio de los aspectos lógicos y “masculinos” en el esquema de personalidad).

Anexo 5
Ejecuciones y análisis del Test de Wartegg de MARINA

Nombre: MARINA		Fecha de realización: 27/02/17	
Fecha de nacimiento: 25/10/82	Edad: 34	Sexo: F	Estado Civil: Soltera
Grado de instrucción: 2º año del ciclo diversificado		Ocupación: Hogar	

Wartegg de Marina



- 1.- Carita feliz
- 2.- Libre como el viento
- 3.- Llenar un corazón vacío
- 4.- Seguir hacia adelante
- 5.- Poner límites a las cosas que te afectan
- 6.- Creer en lo que Jehová me promete
- 7.- Linterna, ver las cosas con más claridad
- 8.- Mi círculo familiar es importante

Análisis del Test de Wartegg de MARINA

1. **Aspectos Formales:** En los campos 1 y 3 se observa un trazado débil, indicativo de apatía, falta de agresividad y de planificación personal. Este factor aunado a la perseveración del estímulo en los campos 3, 4 y 5 hace que no se puede descartar el índice de organicidad. Relación abstracta con la vida, rehúye enfrentar la realidad y su vitalidad es rebajada. En los campos 2, 4, 5, 7 y 8 se observa cierto reforzamiento de las líneas, lo cual indica falta de seguridad y espontaneidad, exceso de autocritica y el intento de encubrir algunos aspectos acerca de sí misma.

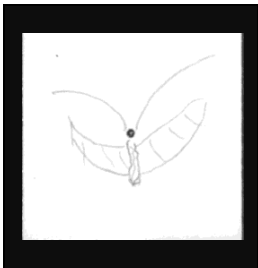
2. **Aspectos Internos Estructurales:** La utilización del espacio es en general adecuada (utiliza la mitad o un tercio del espacio, salvo en el campo 4 (angustias) en el cual hace un uso excesivo o desmesurado, saturando el campo con una perseveración del estímulo inicial.

3. **Factores de Expresión:**
 - a. **Claridad:** En los campos 2, 5 y 8 se observa reforzamiento de líneas y en los campos 4 y 7 se observa el uso de sombreado, todo lo cual denota sensualidad, pasión y sobre todo disposiciones que dañan la claridad de pensamiento.
 - b. **Dimensión:** En todos los campos la superficie es grande, lo que implica imaginación, confianza en sí, expansión, energía, falta de prudencia e impulso vital.
 - c. **Dinamismo:** Solamente el campo 1 permite afirmar de manera inequívoca la existencia de un objeto en movimiento (aunque podría observarse algún patrón de movimiento en la cara sonriente del campo 2, las intermitencias periódicas del campo 5 e incluso en el movimiento circular del campo 8), todo ello indicativo de cierto nivel o capacidad de adaptación.
 - d. **Emplazamiento:**
 - **Altura:** En los campos 1, 6, 7 y 8 se encuentran ubicadas en la zona media lo cual traduce un predominio de lo emotivo y apego a las cosas cotidianas. Sin embargo, en los campos 2, 3 y 5 se observa una tendencia a permanecer entre la zona media y superior, lo cual habla de la influencia de la imaginación –no necesariamente con efecto creativo– en las áreas referidas a las relaciones afectivas, las aspiraciones y la expresión de la propia energía vital. Finalmente, es en el campo 8 donde observamos que la difusión en todas las áreas del campo habla de cómo se entremezclan la imaginación con un exceso de emotividad.
 - **Anchura:** Todos los dibujos, con excepción de la sobredimensión del dibujo del campo 4, se encuentran ubicados en la banda central, cuya permanencia en los límites indica capacidad de observación. Sin embargo, el desbordamiento en el campo 8 (angustias) habla del debate o diatriba entre la postura de observación neutral, la preocupación por sí misma y el intento de adaptación, la preocupación altruista y por la sociabilidad.
 - e. **Espesor:** La anchura del trazo es fino lo que implica un temperamento sensible y de espíritu refinado, con mayores dificultades para defenderse contra las presiones del medio. En este caso, la presencia de algunas líneas retocadas habla de cierto nivel de angustia frente a lo que se quiere exhibir (campos 2, 4, 5 y 8).
 - f. **Originalidad:** Según la escala de Biedma (que va del 1 = frecuente al 9 = raro) se estima el nivel de originalidad de cada campo. Campo 1: 3; campo 2: 2; campo 3: 1; campo 4: 1; campo 5: 1; campo 6: 9; campo 7: 9; y campo 8: 4. La media no permite afirmar que se trate de una ejecución original.
 - g. **Presión:** Inestable: se presenta una variación en la presión, lo que indica energía fluctuante, carácter poco formado para afrontar los problemas que exigen una solución inmediata, además de emotividad, falta de confianza en sí, receptividad, falta de constancia y decisión.
 - h. **Simplicidad:** Más allá de las implicaciones simbólicas posibles, los dibujos se caracterizan en general por la pobreza de expresión, lo cual se traduce en una concepción limitada del mundo.

4. **Situacional:** Confusa: Al ir de un campo a otro sin establecer ningún orden indica falta de control, impulsividad y labilidad.


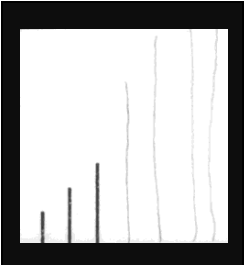

5. Constitucional (análisis por campos)

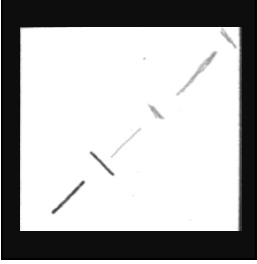


Campo 1.
El Yo, posición frente al medio y a sí mismo



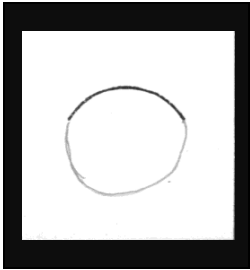
Título: “Libre como el viento”.
Lugar en la secuencia: 2

Al utilizar el punto como cumbre o cúspide de la elaboración, denota impulsividad e impaciencia, pero también energía para solucionar los problemas. Al dejar el punto intacto, sin que lo toquen otras líneas, indica falta de confianza e indecisión. La elección de representar una figura animada animal (insecto, mariposa) en este campo, revela cierto conflicto yoico con la situación actual y las relaciones humanas. Al ser un animal en vuelo equiparable a las aves, desde el punto de vista ideográfico la mariposa refleja una problemática situacional ambiental/social marcada por el deseo de cambio y huida. Adicionalmente, el carácter voluble de la mariposa permite aventurar la especulación acerca de la presencia de algunos rasgos de carácter de naturaleza histórica (eminentemente femeninos), así también como de fragilidad o susceptibilidad. La selección del campo como preferido (segundo lugar) revela la prioridad o importancia otorgada tanto a su significación general como a lo representado en él.

<p>Campo 2. <i>Relación afectiva con el medio ambiente</i></p> 	<p>Título: “Carita feliz”. Lugar en la secuencia: 1</p> <p>Dibuja los elementos de un rostro (figura humana), lo cual refiere a preocupaciones relativas a sí mismo, al prójimo o a la familia, inquietudes de orden afectivo o social, inseguridad y preocupación por la propia edad. En el caso concreto de esta participante, también preocupación por enfermedad psíquica o corporal. En este caso es relevante el que no se establece contorno al rostro dibujado, lo cual puede indicar el conflicto entre los propios intereses y los de otros, o la sensación subjetiva de verse diluido o distraído de las necesidades propias a causa de las demandas externas. Concretamente, el estímulo es empleado para hacer un ojo cerrado, reflejo tanto de actitud exasperada, de desengaño o temor, como también de negación (no querer ver o tomar conciencia con respecto a lo que ocurre). La inclusión de pecas en las mejillas puede reflejar tanto una proyección de un rasgo físico propio como el intento de enmascarar o encubrir elementos de la propia expresión, pero dejando traslucir la angustia que los mismos producen. La selección entre los campos preferidos (primer lugar) revela la prioridad del contenido antes dicho, así como predominio de lo afectivo en el contacto con el mundo.</p>
<p>Campo 3. <i>Posición frente al mundo y nivel de aspiraciones. Proyecto de vida e Ideal del Yo</i></p> 	<p>Título: “Seguir hacia adelante”. Lugar en la secuencia: 4</p> <p>En este caso, repite el estímulo, extendiéndolo hacia arriba sin convertirlo en ninguna representación concreta. El trato del estímulo es adecuado, en el sentido de que se le prolonga de manera creciente. Sin embargo, al perseverar y no definirle a través de una representación concreta, puede también concluirse que las propias aspiraciones se ven limitadas por falta de originalidad, incapacidad para hacer nuevas elaboraciones o por falta de iniciativa (sin que pueda descartarse la insipiente de trastorno de tipo orgánico). Asimismo, la elaboración abstracta de carácter asimétrico refleja perturbación emocional ante la frustración de la propia necesidad de realización. Esto se aúna a un exceso de trato teórico o mental, y un nivel de ideación que se repite si se toma este campo junto con el 4 (angustias) y el 5 (expresión de la energía vital).</p>
<p>Campo 4. <i>Angustias, frustraciones y fantasías</i></p> 	<p>Título: “Llenar un corazón vacío”. Lugar en la secuencia: 3</p> <p>Como en el caso del campo anterior, repite el estímulo, llenando todo el espacio con duplicados. Como se ha dicho en el interpretación del campo precedente, la perseverancia del estímulo refleja pobreza de asociaciones, poca originalidad, incapacidad de nuevas elaboraciones, falta de iniciativa, lo cual produce en sí mismo angustia al no permitir encontrar formas alternativas de solución a la propia situación. Esto es congruente además con el tratamiento del espacio, el cual aparece casi cubierto refiriendo a un estado de angustia de la cual busca defenderse controlando todo el espacio vital de forma compulsiva. De igual manera, al seleccionarlo como preferido (entre los tres primeros lugares), indica el intento de canalizar la angustia a través de la fantasía. Si se interpreta este campo en conjunto con el campo 1, 2 y 3 se puede concluir que la poca originalidad y la falta de iniciativa para producir nuevas elaboraciones confluye con el deseo de realización impedido por la demanda externa y el deseo de huida para evadirse de la situación ambiental y/o social. Tomando en cuenta todo lo anterior, es interesante el título elegido de “llenar un corazón vacío”, en tanto el lapsus aparece como una contracción donde la palabra “vacío” emerge como un neologismo que implica una condensación lingüística entre la palabra “vacío” y la palabra “vaciado” (no pudiéndose distinguir si se encuentra en situación de carencia por no haber sido llenado o por haber sido excesivamente vaciado). La multiplicación del tema sugiere además actividad múltiple y riesgo de dispersión, junto con el sombreado, que sugiere depresión.</p>

<p>Campo 5. <i>Expresión y utilización de la energía vital</i></p> 	<p>Título: “Poner límites a las cosas que te afectan”. Lugar en la secuencia: 5</p> <p>En el nivel gráfico, nuevamente se observa que repite el estímulo, elaborando una cadena de intermitencias. Sin descartar la calificación de simple perseveración con implicaciones orgánicas, el análisis conjunto del grafismo junto con el título y el aspecto situacional permite entender que el dibujo, aunque gráficamente muy simple, se encuentra cargado de sentido. Por un lado, la perseverancia con respecto al estímulo estaría expresando en el nivel simbólico falta de originalidad –o ahogamiento creativo, siendo que el impulso creativo aparece en ella como exhausto o extenuado–, falta de iniciativa e incapacidad para establecer nuevas creaciones. El esquematismo refiere a la incapacidad para establecer relaciones satisfactorias. Por otra parte, el título “<i>Poner límites a las cosas que te afectan</i>”, es consistente con la sensación demeteriana de entregar en exceso, al punto de verse invadida y –nuevamente– vaciada, a través de las demandas de otros (consistente con los campos 1, 2, 3 y 4). Asimismo, también es consistente con la necesidad de esta figura arquetípica de integrar la posibilidad de poner límites y aprender a decir “no” (negarse a la demanda ajena en vez de responder compulsivamente a ella). La selección de este campo como aplazado en la secuencia (quinto lugar), es indicador de la necesidad de control y adaptación, pero también de represión de aspectos dinámicos ligados a la propia agresión y vitalidad, lo cual sugiere debilidad vital.</p>
<p>Campo 6. <i>Intereses intelectuales y estilo cognitivo de análisis</i></p> 	<p>Título: “Crear en lo que Jehová me promete”. Lugar en la secuencia: 6</p> <p>Al integrar el estímulo en un mismo dibujo revela un estilo cognitivo o de raciocinio de tipo asociativo, intelectual, volitivo, correlacional y deductivo. Además, el rectángulo empleado funcionalmente devela capacidad de organización, método y síntesis, constancia, prudencia, paciencia, dominio de sí, falta de expansión.</p> <p>Ahora bien, el dibujo del letrero con la promesa de “El nuevo mundo” refleja una naturaleza resignada y sugestionable, que toma lo que establece “Dios padre” como un elemento orientador. Además, ante la singularidad de esta representación, es relevante decir que –al estar considerado este campo entre los de carácter tradicionalmente “masculino”–, lo utilice para representar un ideal religioso o promesa patriarcal. Recuerda cuanto se ha dicho de la figura arquetípica de la Madre de Wolff (1956), en cuanto a que se relaciona con el hombre teniéndole principalmente como padre pero, paradójicamente, aceptando sus ideas y criterio sobre cualquier aspecto de una forma que pareciera más orientada a la incondicionalidad que se tiene hacia un hijo que la reverencia y rendición ante la autoridad del padre. Pareciera que lo que proviene del padre no puede rebatirse ni negociarse por ser más un hecho de la naturaleza (como ocurre con el funcionamiento fisiológico o el capricho del bebé) que una cuestión de autoridad.</p>
<p>Campo 7. <i>Sexualidad y sensualidad</i></p> 	<p>Título: “Linterna, ver las cosas con más claridad”. Lugar en la secuencia: 7</p> <p>El tratamiento aplazado indica represión de la problemática erótica, sensual o sexual (o todas ellas). Sin embargo, el motivo dibujado (linterna, objeto que ilumina) en consonancia con el título elegido (“<i>Linterna, ver las cosas con más claridad</i>”), puede referir al intento o esfuerzo de aclarar e incluso sublimar dichos elementos para alcanzar un acuerdo o estabilidad interna con respecto a ellos. También, al ser la linterna una fuente de luz independiente no procedente del sol puede simbolizar la vida particular frente a la colectiva o cósmica, al hecho transitorio frente al inmutable, y a lo secundario frente a lo principal. En este sentido, puede referir tanto a la sensación de aislamiento o falta de contacto como a la necesidad de esclarecimiento en el ámbito particular de este campo.</p>

<p>Campo 8. <i>Elementos normativos del Yo (Superyó) y comportamiento frente a valores socialmente establecidos</i></p>	<p>Título: “Mi círculo familiar es importante”. Lugar en la secuencia: 8</p> <p>En este campo completa el estímulo dibujando un círculo o circunferencia, sin incluir mayores detalles gráficos. Una vez más, pese a su simplicidad, la integración entre el dibujo realizado y el título asignado permiten ofrecer una interpretación muy consistente a su caso. Así, se ha sostenido que este campo, al ser el de los valores, está también relacionado con la afiliación social. En este sentido, refleja la capacidad que tiene el individuo para comprometerse con las normas, las reglas y los valores, y es un campo orgánico porque dicho compromiso nace desde la relación con la figura de autoridad parental y su introyección para construir el Superyó infantil. Esta interpretación se encuentra cabalmente ajustada al caso de esta participante, quien coloca al dibujo de este campo el título de “<i>Mi círculo familiar es importante</i>”. A esto, se puede agregar que el círculo (o circunferencia) es tratado, en el nivel de arquetipo compuesto, asignándole un significado de prudencia y sensibilidad, así como también de falta de actividad e iniciativa.</p>
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------



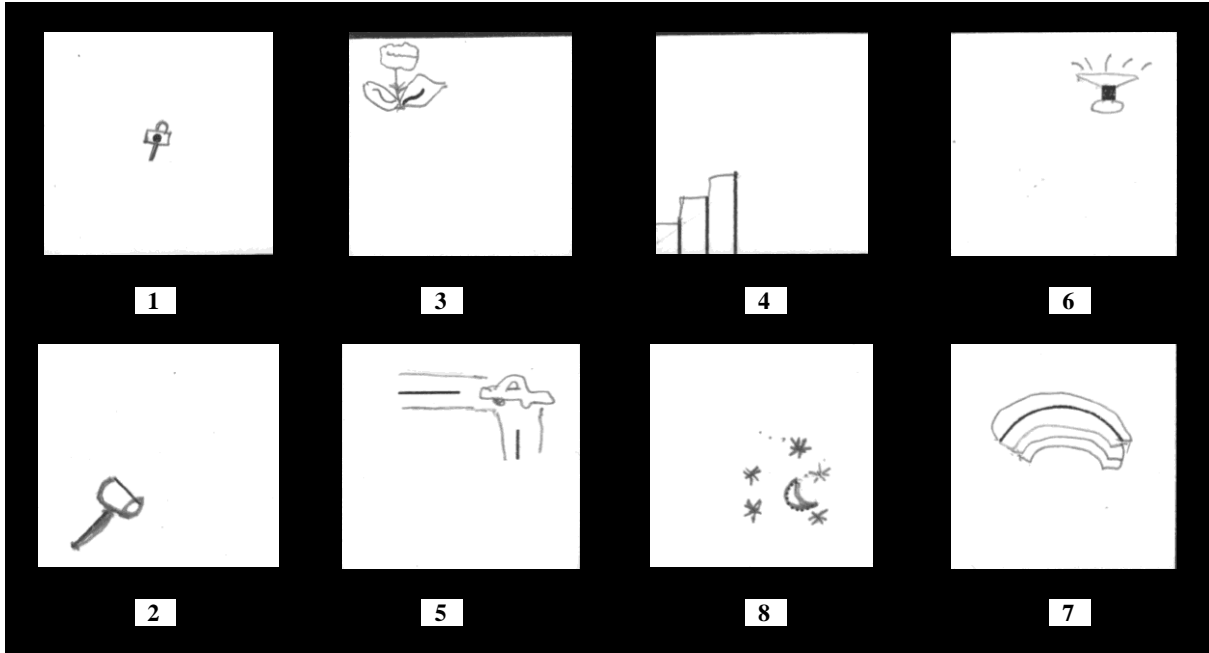
6. Análisis de contenido: Se observa el predominio de elaboraciones abstractas (campos 3, 4, 5 y 8), y objetos (campos 6 y 7), que refieren a perturbaciones emocionales, empobrecimiento emocional y falta de integración, junto con una personalidad concreta, sencilla, poco creativa. La figura humana es tratada una sola vez, al igual que una figura animal, lo cual refiere a cierta dificultad con la propia imagen y las relaciones humanas.

SÍNTESIS PARA MARINA: Cuenta con energía para solucionar los problemas aunque la falta de confianza en sí misma y su indecisión pueden obstaculizar el que lo haga de manera efectiva. Impulsiva e impaciente, presenta conflicto frente a su situación actual y con las relaciones humanas (inquietudes de orden afectivo o social), en el sentido de que tiene preocupaciones relativas a sí misma, al prójimo o a la familia en tanto presenta la sensación subjetiva de verse diluido o distraído de las necesidades propias a causa de las demandas externas. También la caracteriza la inseguridad y puede presentar preocupación por la propia edad. En el caso concreto de esta participante, la preocupación por enfermedad corporal o psíquica es relevante. Se encuentra en ella un marcado deseo de cambio y huida. Se encuentra que las aspiraciones propias se ven limitadas por falta de originalidad, incapacidad para hacer nuevas elaboraciones o por falta de iniciativa (sin que pueda descartarse la insipiente de trastorno de tipo orgánico), y existe perturbación emocional por la frustración de la propia necesidad de realización. Tiene necesidad de adaptación y control, pero también se observa que reprime aspectos dinámicos ligados a la propia agresión y vitalidad, lo cual sugiere debilidad vital. Intenta canalizar la angustia a través de la fantasía

Anexo 6
Ejecuciones y análisis del Test de Wartegg de DIANA

Nombre: DIANA		Fecha de realización: 24/02/17	
Fecha de nacimiento: 20/02/85	Edad: 32	Sexo: F	Estado Civil: Soltera
Grado de instrucción: Lic. en Educación		Ocupación: Docente	

Wartegg de Diana



- 1.- *Micrófono*
- 2.- *Justicia, frente a lo injusto*
- 3.- *Rosa, representando mi humildad, fragilidad, emociones*
- 4.- *Escalera: Las metas que me faltan alcanzar*
- 5.- *Autopista, viajando en mi propio carro*
- 6.- *Linterna: La luz que enciendo, aquellas cosas oscuras aún*
- 7.- *Arco iris: Los colores que me llevan y me mantienen firme*
- 8.- *La luna: enmarca un fin de un día más con la rutina*

Análisis del Test de Wartegg de DIANA

1. Aspectos Formales: En todos los campos se observa un trazado firme que indica necesidad de definición de límites entre el Yo y el mundo: rigidez significativa, Yo inflexible, siguiendo la formalidad como mecanismo de defensa. La rigidez está asociada a defensas demasiado fuertes a la par que es índice de un Yo débil. Muy especialmente, se observa un reforzamiento de las líneas en los campos 1, 5, y 7, lo que indica, falta de seguridad, espontaneidad, exceso de autocrítica y la tentativa de encubrir algo con respecto a sí misma en las áreas referidas a la expresión del yo, la expresión de la energía vital y la sexualidad y sensualidad.

2. Aspectos Internos Estructurales: La utilización del espacio es inadecuada. Con excepción del campo 8, utiliza en todos los casos menos de la mitad o un tercio del espacio. En los campos 2, 3, 4, 5, 6 y 7, los dibujos realizados se encuentran desplazados o arrinconados hacia alguna de las esquinas.

3. Factores de Expresión:

a. Claridad: El trazado reforzado en los campos 1, 5 y 7 denota una disposición apasionada y/o sensual que daña la claridad de pensamiento. Las formas son precisas y carecen de complicación inútiles, lo cual indica claridad mental, objetividad, organización y método. Adicionalmente, el empleo inarmónico de los espacios en blanco delata en este caso un índice acusado a la prudencia que limita la posibilidad de expansión (sin que pueda descartarse también cierta tendencia a la frialdad emocional y al oposicionismo).

b. Dimensión: En todos los campos la superficie de los motivos dibujados es pequeña, lo cual indica análisis, objetividad, sentido de observación, dominio de sí, paciencia y prudencia, pero además, y muy especialmente, falta de confianza en sí misma. La única posible excepción es el dibujo del campo 8, lo cual aparece como indicativo del uso compensatorio que se hace de aspectos normativos (superyóicos) de la personalidad.

c. Dinamismo: El único campo en el que se observa de forma inequívoca la posibilidad de movimiento del objeto dibujado es el 6 (con posibilidad de incluir el martillo del campo 5), lo cual indica poca capacidad de adaptación.

d. Emplazamiento:

- **Altura:** El dibujo del campo 2, 4 y 6 se encuentra en la zona superior, lo cual refiere a una gran actividad mental e influencia de la imaginación en el ámbito de las relaciones afectivas, las angustias y los intereses intelectuales. El dibujo del campo 1 se encuentra ubicado en la zona media, lo cual se traduce en predominio emotivo y apego a las cosas cotidianas. Los dibujos de los campos 3, 5 y 7 los dibujos se ubican en la parte inferior, lo que evidencia un dinamismo inconsciente con respecto a sus aspiraciones, la expresión de su energía vital y su sexualidad. Por último, el dibujo del campo 8 recubre la zona media y superior, lo que expresa la influencia de la imaginación en el plano normativo.

- **Anchura:** Los dibujos de los campos 2, 3 y 5 se encuentran ubicados a la izquierda, lo que indica que se encuentra preocupada por sí misma, y que tiene preferencia por el pasado en los ámbitos referidos a su relación afectiva con otros, sus aspiraciones y la expresión de su energía vital. El dibujo de los campos 1 y 8 se ubican en el centro, lo que refleja interés en el presente y realidad inmediata con respecto a su Yo y los aspectos normativos o superyóicos de su personalidad. El campo 4, 6 y 7 se ubica hacia la derecha, lo que revela que en el procesamiento de sus angustias existe una proyección aloécéntrica, interés por los semejantes y atención preferencial por hechos y acontecimientos futuros. Finalmente, hace uso de economía espacial: la existencia de espacios en blanco excesivamente amplios es un índice de limitación en cuanto a la propia expansividad y una acusada prudencia.

e. Espesor: La anchura del trazo es fino lo que implica un temperamento sensible y de espíritu refinado, con mayores dificultades para defenderse contra las presiones del medio. Sin embargo, la presencia de líneas dilatadas o retocadas en los dibujos de los campos 1 y 5 habla de la inversión de una mayor energía y predominio del impulso y la sensualidad en el ámbito de expresión yoica y en aquel de la expresión vital.

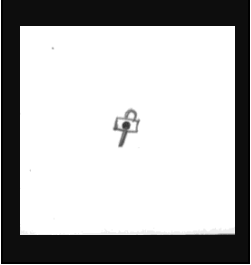
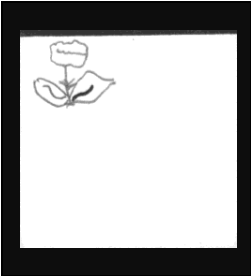
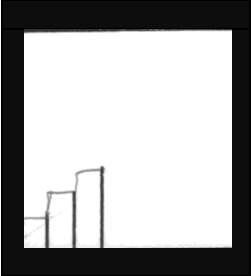
f. Originalidad: Según la escala de Biedma (que va del 1-frecuente al 9-raro), se estima el nivel de originalidad de cada campo: Campo 1: 6; campo 2: 9; campo 3: 1; campo 4: 3; campo 5: 2; campo 6: 1; campo 7: 2; y campo 8: 1. El promedio no permite concluir un alto nivel de originalidad.


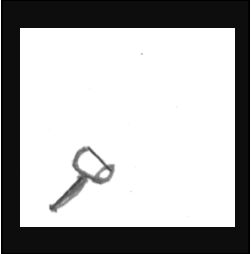
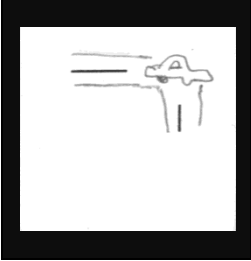
g. Presión: Inestable: se presenta una variación en la presión, lo que indica energía fluctuante, carácter poco formado para afrontar los problemas que exigen una solución inmediata. Emotividad, falta de confianza en sí misma, receptividad, falta de constancia y decisión.


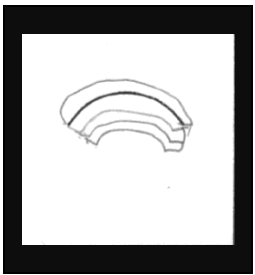
h. Simplicidad: Hay ausencia de trazos inútiles, sombras y adornos, lo que representa claridad mental, objetividad, organización y método, comprensión y capacidad de síntesis.

4. Situacional: Confusa: va de un campo a otro sin establecer orden, lo cual indica falta de autocontrol, impulsividad y labilidad.

5. Constitucional (análisis por campos)

<p>Campo 1. <i>El Yo, posición frente al medio y a sí mismo</i></p> 	<p>Título: “Micrófono”. Lugar en la secuencia: 1</p> <p>En el nivel del tratamiento del estímulo inicial se observa que deja el punto intacto, lo cual es indicativo de que su indecisión y la falta de confianza en sí misma le impiden resolver sus problemas. Las líneas que rodean al estímulo son rectas (formando un cuadrado), lo que puede interpretarse como la existencia de preocupación y tensión, que junto a la tendencia al autoanálisis, le impiden tomar una actitud definida. La selectividad del campo como preferido (primer lugar) revela su esfuerzo por lograr consolidar una mayor seguridad, confianza en sí misma, sentimiento de autorrealización en la relación con el mundo, y conciencia de las propias posibilidades y limitaciones. Es decir, por lograr una mayor autoafirmación yoica ante el mundo. Esto es consistente en tanto que este es el campo de la percepción de sí mismo y que la representación ejecutada es en un micrófono (un elemento que sirve para amplificar la potencia de la voz, la cual es un factor distintivo de la propia individualidad y símbolo del yo por excelencia, o –siguiendo a Jung– del Self como totalidad de representaciones).</p> <p>La necesidad de amplificación se ve confrontada con la elaboración en miniatura, todo lo cual permite concluir que realiza un gran esfuerzo por lograr mayor confianza y seguridad en sí misma aunque se encuentra afectada de una profunda sensación de insuficiencia o inferioridad.</p>
<p>Campo 2. <i>Afectividad. Relación afectiva con el medio ambiente</i></p> 	<p>Título: “Rosa, representa mi humildad, fragilidad y emociones”. Lugar en la secuencia: 3</p> <p>Dibuja una rosa. El ideograma de flores revela básicamente la preocupación sentimental, así como el deseo de complacencia de la afectividad o de los sentidos, y se asocia a rasgos de romanticismo. Sin embargo destaca el tratamiento espacial dado en este campo, en tanto que la totalidad del dibujo realizado queda arrinconado en la parte superior y a la izquierda, reflejando que en su forma de relacionarse con el medio existe un quizás excesivo refugio en el recuerdo de situaciones pasadas (por comparación) o se encuentra dominado por una tendencia a la idealización de los vínculos (tratamiento muy mental, tendiente a la búsqueda ideal), y la consecuente inhibición que ello puede conllevar en su forma de relación afectiva e intercambio real con el medio en la actualidad.</p> <p>Desde el punto de vista simbólico, la flor es además un símbolo de la fragilidad y la transitoriedad, lo cual es consistente con el agregado que hace al título, en el cual coloca: “<i>Representa mi humildad, fragilidad y emociones</i>”. De esta forma, consistentemente con lo antes expuesto, se evidencia que ante la percepción de la propia vulnerabilidad, responde con el mecanismo defensivo de la racionalización e intelectualización.</p>
<p>Campo 3. <i>Posición frente al mundo y nivel de aspiraciones. Proyecto de vida e Ideal del Yo</i></p> 	<p>Título: “Escalera: Las metas que me faltan alcanzar”. Lugar en la secuencia: 4</p> <p>Dibuja una escalera, aunque se detiene en el punto en el cual lo hace el estímulo inicial sin atreverse a ir más allá. Esto puede indicar que sus aspiraciones y su deseo de perfeccionamiento, así como su búsqueda del ideal del yo, se ven entorpecidos por limitaciones o inhibiciones autoimpuestas. Existe en ella falta de iniciativa o de originalidad para emprender nuevas elaboraciones o atreverse a ir más allá de lo aparente (o de lo obvio). La ejecución de este campo puede correlacionarse de manera consistente con la proyección reflejada en el campo 1, en tanto limitación por sensación de insuficiencia (la cual puede intentar solventar a través de mecanismos compensatorios, representados por el micrófono).</p>

<p>Campo 4. <i>Angustias, frustraciones y fantasías</i></p> 	<p>Título: “Linterna: la luz que enciendo, aquellas cosas oscuras aún” Lugar en la secuencia: 6</p> <p>Realiza el dibujo de una linterna que, en tanto objeto que ilumina, puede referir al esfuerzo de aclarar e incluso sublimar las propias angustias y frustraciones (sin que se descarte el que lo haga por vía del empleo de la fantasía), en un intento por alcanzar un acuerdo o estabilidad interna con respecto a ellas. Esto es consistente con el título “<i>La luz que enciendo en aquellas cosas oscuras aún</i>”, lo cual puede referir a la preocupación por ampliar su entendimiento y su campo de conciencia, en el nivel específico de este campo. En todo caso, predomina un tipo de tratamiento mental por cuanto el dibujo se encuentra arrinconado arriba y a la derecha. Además, el motivo simbólico de este ideograma también puede estar indicando un estado de alerta y vigilancia que develan que sus angustias se asocian a fantasías de tipo persecutorio.</p>
<p>Campo 5. <i>Expresión y utilización de la energía vital</i></p> 	<p>Título: “Justicia, frente a lo injusto”. Lugar en la secuencia: 2</p> <p>Dibuja un martillo de juez. Interpretado como arma, el martillo en este campo aparece como un indicador de una expresión de la energía vital a través de la agresividad, la lucha interior y el deseo de venganza. Pero debe tomarse en cuenta que la significación que se le ha otorgado a través del título es la de un martillo de juez. En este sentido, nuevamente observamos que se trata de un símbolo de autoafirmación, que revela que la expresión de la energía vital de esta participante se encuentra orientada por una hipersuceptibilidad que la hace sentirse constantemente abusada, afectada o vulnerada y la pone en alerta frente al fenómeno de las asimetrías, los desequilibrios, lo no equitativo y la supuesta injusticia, ante lo cual se manifiesta con un claro y fuerte carácter reivindicativo. La selección como uno de los campos preferidos (segundo lugar) aparece como un indicador de poca dificultad para expresar su propia energía vital, la cual se presenta de una manera intensa y expansiva, e incluso podría agregarse que hasta cierto punto resulta aguerrida y avasallante. Ante el título: “<i>Justicia, frente a lo injusto</i>”, no puede olvidarse que en el nivel simbólico el martillo del juez tiene el carácter de una agresividad moderada en el nivel colectiva, en tanto representa la vendetta (o venganza) pública, regulada y refrendada por la reglas del derecho como pacto o acuerdo de sanción con carácter social. Sin embargo, en esta participante no cuenta con el atributo racional, pues al dibujarle abajo y a la izquierda (lugar que refiere al predominio del dinamismo inconsciente y de lo instintivo) delata el sobredimensionamiento de aspectos superyóicos punitivos rígidos y arcaicos (tipo ley del Talión). Así, se trataría de la expresión de la propia energía vital como un elemento persecutorio frente a otros. Además, el emplazamiento abajo y a la izquierda, refiere a una falta de adaptación, de altruismo y sociabilidad, junto con preferencia por el pasado y a tradición.</p>
<p>Campo 6. <i>Intereses intelectuales y estilo cognitivo de análisis</i></p> 	<p>Título: “Autopista, viajando en mi propio carro”. Lugar en la secuencia: 5</p> <p>A partir del estímulo inicial elabora una vía. Las dos líneas del estímulo no están unidas entre sí aunque se relacionan de manera indirecta al haber sido empleadas para conformar la demarcación del centro de la carretera o pista. Esto refleja que se encuentra dotada de un estilo de pensamiento o raciocinio complejo pero con escaso poder de asociación. En el nivel del ideograma, la vía o carretera y el vehículo refleja inquietud por la etapa de la vida, deseo de dinamismo, cambio y huida, así como también impaciencia y gusto por el confort. Sin embargo, y de manera adicional, debe agregarse que al ser este el campo de los intereses intelectuales, resulta curioso el hecho de que dibuje un carro que se sale de la direccionalidad que le marca la carretera, lo cual refleja una cierta tendencia trasgresora, y habla de una actitud testaruda y hasta cierto punto descontrolada. Ello delata que puede tener la tendencia a continuar en la misma línea de pensamiento o razonamiento incluso cuando se hace evidente que es un error y que no existe posibilidad de seguir insistiendo.</p>

<p>Campo 7. <i>Sexualidad y sensualidad</i></p> 	<p>Título: “La luna: enmarca un fin de un día más con la rutina”. Lugar en la secuencia: 8</p> <p>Dibuja una luna. Desde el punto de vista del ideograma la elaboración de astros suele asociarse al deseo de aumentar la energía física, así como al deseo de claridad y de obtener un conocimiento más profundo, reflejando una problemática situacional de orden somático y espiritual, siendo en este caso aplicable esta interpretación al ámbito de la sexualidad y la sensualidad, pero tomando en consideración que limita lo dibujado con tendencia a arrinconarlo abajo y a la derecha, lo que revela una proyección o preocupación aloécéntrica, el interés por los semejantes y atención preferencial por hechos y acontecimientos futuros en este ámbito.</p> <p>Por su parte, aunque las estrellas no se corresponden con un esquema tradicional (estrella de cinco puntas), el agregado de este motivo en este campo indica que, además, existe en esta participante un conflicto entre la realidad y el ideal en cuanto a la sexualidad y la sensualidad. Esto es consistente cuando se observa que lo selecciona como campo aplazado (octavo lugar), lo cual puede indicar angustia con respecto a esta esfera de la vida así como inmadurez sexual o problemática de represión sexual (la cual podríamos agregar que parece moverse en el orden de cierto nivel de inhibición o conflicto en tanto la elaboración gráfica es diminuta, junto con rasgos de frialdad, poca sensibilidad y excesivo autocentramiento). Aun así, al representarles como asteriscos, en algunos momentos el poder de decisión y el vigor de su iniciativa en este ámbito puede resultar sorprendente (opera de forma accesoria –pues las estrellas son agregados que acompañan a la representación principal– pero entrando en consonancia con la significación de ella). En este sentido, es relevante observar que quedan reflejados rasgos que teóricamente están asociados a la dominancia de la figura arquetípica de Artemisa en la personalidad.</p> <p>Adicionalmente, resulta interesante que elabore una luna, uno de los emblemas simbólicos utilizados en la iconografía del arquetipo de Artemisa (siendo este el atributo que le está asignado mitológicamente por ser ella diosa de la luna). Es relevante además que la dibuje menguada, una alusión a la faceta del astro que está asociada a la diosa Hécate, diosa arcaica de la luna y los infiernos. El título acompaña este simbolismo mortífero cuando habla del <i>fin de la jornada</i> (muerte) que termina con la <i>rutina del día</i> (vida).</p>
<p>Campo 8. <i>Elementos normativos del Yo (Superyó) y comportamiento frente a valores socialmente establecidos</i></p> 	<p>Título: “Arco iris: los colores que me llevan y me mantienen firme”. Lugar en la secuencia: 7</p> <p>Aunque en el nivel gráfico el dibujo desarrollado a partir del estímulo inicial incluye trazos tanto por encima como por debajo del mismo, se observa la preponderancia de trazos en la parte inferior del arco. En este sentido, se combina la independencia y el espíritu crítico, la rebeldía o el carácter desafiante (trazo por encima del estímulo), junto con dependencia del medio, necesidad de protección, el alto compromiso con valores, y la sumisión (trazos por debajo del estímulo). Sin embargo, al predominar los trazos por debajo se puede decir que aunque tenga tendencia a rebatir la norma por no tenerla del todo introyectada (trazo único por encima), se termina imponiendo en ella la sumisión y acaba por obedecer y tolerar más de lo que reconoce. En este sentido, puede resultar más benevolente, flexible, tolerante, comprensiva y adaptable de lo que parece a primera vista (sobre todo si se relaciona este campo con el campo 5). Además, la repetición del estímulo habla de falta de originalidad para proponer nuevas elaboraciones que sustituyan o contrarresten a las existentes. En cualquier caso, el único trazo por encima del estímulo y los múltiples por debajo del mismo, refieren una tendencia acomodaticia o instrumental, en la que cumple con lo que le es impuesto desde afuera cuando toca hacerlo o no queda más remedio, pero el resto del tiempo prefiere guiarse o estructurarse mayormente con base a su propio criterio.</p> <p>En el nivel simbólico, el arco iris significa acuerdo o alianza después del castigo (pues basta con recordar que a nivel bíblico Dios extiende el arco iris en el cielo para Noé, como promesa de que nunca volvería a destruir el mundo conocido a través de un diluvio).</p>

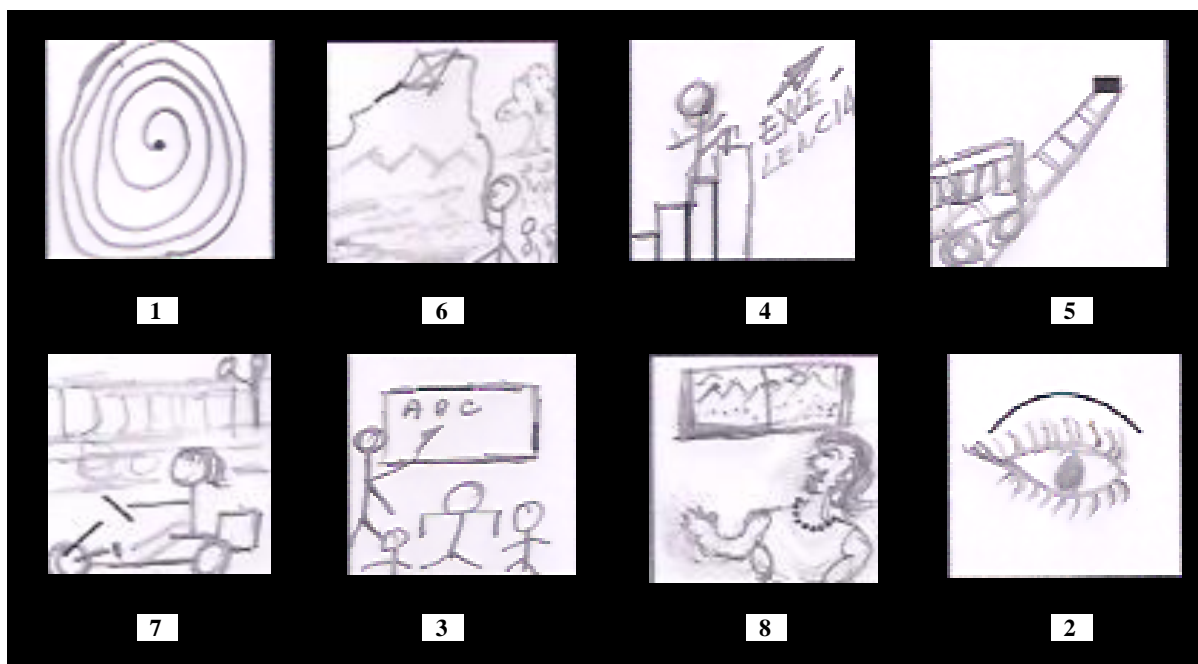
6. Análisis de contenido: Se observa el predominio de objetos (campos 1, 4, 5 y 6), lo cual refleja concretismo, personalidad sencilla y poco complicada, sentido común, buena relación con la creatividad y situaciones cotidianas; pero también de naturaleza inanimada (campos 2, 7 y 8), lo cual se traduce en retraimiento del contacto social, con cierta tendencia a la fantasía y la contemplación.

SÍNTESIS PARA DIANA: El uso de la constrictión en las elaboraciones graficas de prácticamente todos los campos permite alcanzar la conclusión general de que existe en ella una tendencia a la compulsión, presión y sentimiento de encierro, así como un yo limitado, propenso a fobias, obsesivo, deprimido o retraído, esquizoide y en definitivas, severamente limitado o inhibido. Realiza un gran esfuerzo por lograr mayor confianza y seguridad en sí misma aunque se encuentra afectada de una profunda sensación de insuficiencia o inferioridad. Existe en ella preocupación por el aspecto sentimental, así como el deseo de complacencia de la afectividad o de los sentidos, y rasgos de romanticismo. Sin embargo, en su forma de relacionarse con el medio existe un quizás excesivo refugio en el recuerdo de situaciones pasadas (por comparación), o se encuentra dominado por una tendencia a la idealización de los vínculos (tratamiento muy mental, tendiente a la búsqueda ideal). Sus aspiraciones y su deseo de perfeccionamiento, así como su búsqueda del ideal del yo, se ven entorpecidos por limitaciones o inhibiciones autoimpuestas. Existe en ella falta de iniciativa o de originalidad para emprender nuevas elaboraciones o atreverse a ir más allá de lo aparente (o de lo obvio). Se esfuerza por aclarar e incluso sublimar las propias angustias y frustraciones (sin que se descarte el que lo haga por vía del empleo de la fantasía). Su energía vital se expresa de manera defensiva en procura de la autoafirmación, orientada por una hipersuceptibilidad que la hace sentirse constantemente abusada, afectada o vulnerada y la pone en alerta frente al fenómeno de las asimetrías, los desequilibrios, lo no equitativo y la supuesta injusticia, ante lo cual se manifiesta con un claro y fuerte carácter reivindicativo. Pareciera que la vulnerabilidad y la necesidad de apoyo y protección son permanentemente batalladas en su dinamismo psíquico y se les intenta excluir o contrarrestar con formaciones reactivas que les hagan contrapeso. Posee un estilo de pensamiento o raciocinio complejo pero con escaso poder de asociación, presenta cierta tendencia trasgresora, con actitud testaruda, opositora y hasta cierto punto descontrolada. Se observa cierta inmadurez sexual o problemática de represión sexual con cierto nivel de inhibición o conflicto, junto con rasgos de frialdad, poca sensibilidad y excesivo autocentramiento. En el ámbito normativo, combina la independencia y el espíritu crítico, la rebeldía o el carácter desafiante junto con dependencia del medio, necesidad de protección, el alto compromiso con valores, y la sumisión, la cual se termina imponiendo en ella haciéndole obedecer y tolerar más de lo que reconoce. En este sentido, puede resultar más benevolente, flexible, tolerante, comprensiva y adaptable de lo que parece a primera vista. De igual manera, adolece de falta de originalidad para proponer nuevas elaboraciones que sustituyan o contrarresten a las existentes.

Anexo 7
Ejecuciones y análisis del Test de Wartegg de MARTA

Nombre: MARTA		Fecha de realización: 25/02/17	
Fecha de nacimiento: 23/08/71	Edad: 46	Sexo: F	Estado Civil: Viuda
Grado de instrucción: Lic. en Educación		Ocupación: Maestra de preescolar	

Wartegg de Marta



- 1.- *Mi camino*
- 2.- *Ver*
- 3.- *Conocimiento*
- 4.- *Caminar hacia la excelencia*
- 5.- *El tren*
- 6.- *Volantín*
- 7.- *La ruta*
- 8.- *Tranquilidad / expansión*

Análisis del Test de Wartegg de MARTA

1. **Aspectos Formales:** En los campos 1 se observa un trazado firme que indica necesidad de definición de límites entre el yo y el mundo: rigidez significativa, yo inflexible, siguiendo la formalidad como mecanismo de defensa. La rigidez está asociada a defensas demasiado fuertes y es índice de un yo débil. En los dibujos 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8 aparece algún empleo del bosquejo (espigamientos) que indica falta de voluntad o inseguridad. En todos los campos se observa reforzamiento de las líneas, lo que indica, falta de seguridad, espontaneidad, exceso de autocrítica y a veces tentativa de encubrir algo. Los campos 4, 5 y 7 presentan borraduras que develan inseguridad y angustia en los ámbitos respectivos a ellos. Aunque no es un criterio específico en el análisis del Wartegg, el empleo de palotes en los campos 2, 4, 5 y 6 delata rasgos de inmadurez e infantilismo.

2. **Aspectos Internos Estructurales:** La utilización del espacio es adecuada (utiliza la mitad o un tercio del espacio).

3. **Factores de Expresión:**
 - a. **Claridad:** Los trazos no son claros en tanto las sombras son difusas y no recubren las superficies de forma homogénea, en las que además aparecen complicaciones inútiles. Esto indica falta de claridad mental o de concentración o inseguridad en la agilidad mental, con poca objetividad y organización metódica del pensamiento.
 - b. **Dimensión:** Todos los campos poseen una superficie grande, lo que implica imaginación, confianza en sí, expansión, energía, falta de prudencia e impulso vital.
 - c. **Dinamismo:** Todos los campos poseen expresión de movimiento, lo cual indica actividad, iniciativa y capacidad de adaptación. Sin embargo, el campo 4 podría ser una excepción (en tanto el dibujo es un medio de locomoción sin indicaciones de movimiento), lo cual podría delatar inactividad, falta de iniciativa y desadaptación frente a periodos de angustia.
 - d. **Emplazamiento:**
 - **Altura:** Todos los dibujos, excepto el del campo 4, ocupan las tres zonas de manera proporcional, lo que indica equilibrio emotivo. En el campo 4 el dibujo se ubican en la parte inferior, lo que evidencia un dinamismo inconsciente y predominio instintivo con respecto al manejo de las angustias.
 - **Anchura:** Todos los dibujos, excepto el del campo 4, se encuentran ubicados en la banda central, lo que se traduce en un interés predominante por el presente y la realidad inmediata, junto con capacidad de observación. El dibujo del campo 4 se ubica en la banda de la izquierda, que refleja preocupación por sí misma.
 - **Espacios en blanco:** Con excepción del campo 4 y 8, en el resto de los campos los espacios en blanco se encuentran integrados como parte integral del tema. El mayor espacio en blanco en el campo 4 y 8 indica falta de expansión y mayor prudencia en el ámbito del manejo de las angustias, frustraciones y fantasías, así como en el del comportamiento frente a los valores y normas socialmente establecidos.
 - e. **Espesor:** En todos los campos los dibujos presentan líneas retocadas, lo que habla de energía, predominio del impulso vital y sensualidad. En el campo 1 se emplean alternativamente líneas finas y gruesas, lo que indica capacidad de observación y originalidad.
 - f. **Originalidad:** Según la escala de Biedma (que va del 1 = frecuente al 9 = raro) se estima el nivel de originalidad de cada campo. Campo 1: 7; campo 2: 9; campo 3: 1; campo 4: 7; campo 5: 4; campo 6: 1; campo 7: 6; y campo 8: 3. El promedio no permite concluir un alto grado de originalidad.
 - g. **Presión:** Inestable: se presenta una variación en la presión, lo que indica energía fluctuante, carácter poco formado para afrontar los problemas que exigen una solución inmediata. Emotividad, falta de confianza en sí, receptividad, falta de constancia y decisión.
 - h. **Simplicidad:** Hay presencia de trazos inútiles, sombras y adornos, lo que representa falta de concentración y claridad mental, poca objetividad, inseguridad en la organización y método, poca comprensión y dificultad para establecer síntesis.

4. **Situacional:** Confusa: va de un campo a otro sin establecer orden, lo cual indica falta de autocontrol, impulsividad y labilidad.

5. Constitucional (análisis por campos)



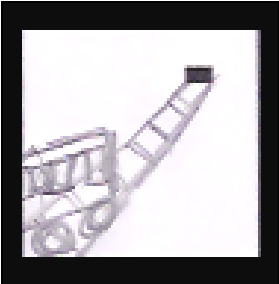

Campo 1.
El Yo, posición frente al medio y a sí mismo

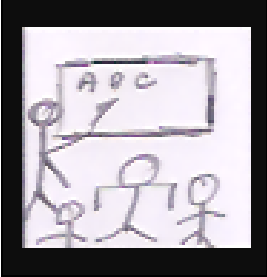

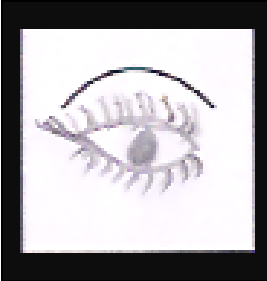


Título: "Mi camino".
Lugar en la secuencia: 1

Utiliza el punto para continuar una línea a partir de él y construir un espiral, lo cual le confiere la significación de capacidad de decisión y un modo propio de resolver los problemas, pero también de sentimentalidad y preocupación estética. Esto último es consistente con el empleo alternativo de líneas finas y gruesas, que refleja capacidad de observación y originalidad. La espiral centrífuga indica expansión, además de emotividad, receptividad, falta de confianza en sí misma, de altruismo, comprensión y sociabilidad.

Además, es relevante que en la ejecución de este campo (referido al yo y al sí mismo) realice un espiral, que simbólicamente representa tanto al sol como la naturaleza cíclica de la vida y la realidad del constante movimiento dinámico de todas las cosas. Para Jung es un símbolo del movimiento dinámico dialéctico (prospectivo-regresivo) del proceso de individuación.

<p>Campo 2. <i>Relación afectiva con el medio ambiente</i></p> 	<p>Título: “Volantín”. Lugar en la secuencia: 6</p> <p>El estímulo es empleado para elaborar la cola de un papagayo, papalote o cometa, colocándole por título “Volantín”. Este motivo delata la tendencia a la evasión y una actitud que en el fondo es infantil o añorada, indicando vulnerabilidad y regresión. Esto es consistente con el empleo de palotes para el dibujo de figura humana. No obstante, la representación de una figura humana en este campo también indica preocupaciones relativas a sí misma, al prójimo o la familia, preocupación en algún sentido con respecto a la edad, inquietud de orden afectivo o social e inseguridad.</p>
<p>Campo 3. <i>Posición frente al mundo y nivel de aspiraciones. Proyecto de vida e Ideal del Yo</i></p> 	<p>Título: “Caminar hacia la excelencia”. Lugar en la secuencia: 4</p> <p>Dibuja una escalera con una figura que asciende por ella y una flecha que señala hacia arriba junto con la palabra “Excelencia”, agregando el título: “<i>Caminar hacia la excelencia</i>”, consistente con el ideograma de la escalera, que indica deseo de perfeccionamiento. El empleo adicional de la flecha, que añade la impresión de movimiento ascendente, aparece como indicador de una potente energía psíquica con disposición a la actividad y gusto por la iniciativa, impulsividad en la toma de decisiones, falta de adaptación o dominio de sí cuando desea alcanzar u obtener algo, falta de prudencia, de paciencia y de benevolencia. La selección como campo preferido (cuarto lugar) refiere la necesidad de destacarse a través del cumplimiento de las pautas sociales, así como una actitud de fachada en la que los afectos han sido relegados a un segundo plano.</p>
<p>Campo 4. <i>Angustias, frustraciones y fantasías</i></p> 	<p>Título: “El tren”. Lugar en la secuencia: 5</p> <p>Dibuja un tren que riela hacia un túnel, siendo que el estímulo del campo es empleado para elaborar la entrada a dicho túnel. En el nivel ideográfico el tren y las vías refieren a inquietud por las etapas de la vida, huida y deseo de cambio. La selección aplazada (quinto lugar) puede sugerir represión exitosa o parcialmente exitosa con respecto a las fuentes de ansiedad. Sin embargo, el reforzamiento de las líneas y el borrado atenúa esta interpretación y habla de falta de seguridad y espontaneidad, exceso de autocrítica, tentativa de encubrir algo, y el resurgimiento de angustias que se intenta reprimir de manera no muy exitosa.</p>
<p>Campo 5. <i>Expresión y utilización de la energía vital</i></p> 	<p>Título: “La ruta”. Lugar en la secuencia: 7</p> <p>Dibuja una moto, que como vehículo se relaciona, a nivel del ideograma, con el deseo de cambio, dinamismo e impaciencia, así como el “gusto por el confort”. La selección aplazada (séptimo lugar) de este campo es índice tanto de autocontrol y adaptación, así como de represión de los aspectos dinámicos ligados a la agresión y la vitalidad, lo cual sugiere debilidad vital. Las borraduras son de particular relevancia en este campo, por cuanto indican inseguridad y acentúan la angustia.</p> <p>La expresión infantil de la propia energía vital se evidencia en el uso de palotes para la construcción del dibujo. El uso de lo que hasta cierto punto podría considerarse como esquematismo en la elaboración, demuestra además la incapacidad para el establecimiento de relaciones emocionales satisfactorias.</p>

<p>Campo 6. <i>Intereses intelectuales y estilo cognitivo de análisis</i></p> 	<p>Título: “Conocimiento”. Lugar en la secuencia: 3</p> <p>A partir del estímulo de este campo elabora una pizarra, en la cual se halla parada una maestra dando clase a tres niños. Coloca el título: “Conocimiento”. Al emplear el estímulo para elaborar un mismo objeto cerrado se evidencia un estilo de raciocinio tendiente a la asociación, poniendo el matiz en el aspecto intelectual y volitivo (y el cierre en ángulos rectos indica además capacidad de correlación y deducción). Además, el rectángulo empleado funcionalmente devela capacidad de organización, método y síntesis, constancia, prudencia, paciencia, dominio de sí, falta de expansión. El empleo del bosquejo (tipo espigamiento) indica falta de voluntad, inseguridad o dubitación. La selección del campo como preferido (tercer lugar) indica fuertes deseos de realización, perfeccionismo, formalismo, objetividad y relación intelectual con el mundo. Tómese en consideración además que dibuja a una maestra enseñando, y que existe correspondencia entre este tema y su profesión en la vida real.</p>
<p>Campo 7. <i>Sexualidad y sensualidad</i></p> 	<p>Título: “Tranquilidad / expansión”. Lugar en la secuencia: 8</p> <p>El estímulo es empleado como collar o gargantilla de perlas colocado en el cuello de la mujer dibujada, la cual lo lleva puesto. Al tener el puntillado una función real en tanto se le emplea para representar un collar, indica actitud de servicio, sensibilidad, madurez sexual. Además, en el nivel ideográfico, los adornos relejan vanidad y deseos de aparentar, mientras que los efectos del propio sexo reflejan preocupación por la apariencia social, agregando luego que también la preocupación por la apariencia física y la coquetería. En este caso es particularmente relevante el aspecto de la preocupación social que no casualmente aparece ligado al campo relacionado con la sexualidad. Al asociarlo a lo situacional, puede decirse de esta participante que la posición de esposa, la infidelidad marital y la enfermedad de su marido como consecuencia de esta infidelidad son elementos muy relevantes en tanto hemos identificado que su personalidad se encuentra dominada por la figura arquetipal de Hera. El exceso de borraduras, lo cual delata de entrada inseguridades y angustias en referencia al ámbito de la sexualidad y la sensualidad. La selección aplazada o pospuesta (en octavo lugar) delata represión de problemática erótica y sexual.</p>
<p>Campo 8. <i>Elementos normativos del Yo (Superyó) y comportamiento frente a valores socialmente establecidos</i></p> 	<p>Título: “Ver”. Lugar en la secuencia: 2</p> <p>Dibuja un ojo, aunque el estímulo del campo es empleado en este caso para elaborar la ceja (un órgano accesorio del ojo), colocándole como título: “Ver”. Al dibujar por debajo del estímulo se evidencia aceptación o sumisión a la norma. Consistentemente con ello, en el nivel ideográfico, el ojo aparece relacionado con actitud exasperante, desengaño o temor. Asimismo, la selección como campo preferido (segundo lugar) indica fuerte dependencia de valores y normas que constituyen el yo ideal.</p> <p>Aunque atenuado en tanto usa el estímulo no como parte del dibujo del ojo propiamente dicho sino como accesorio (la ceja), siguiendo a Cirlot (2007) el símbolo permite encontrar entre los sentidos de este campo la necesidad de penetración en el todo, la omnipresencia y el deseo de que nada escape a su campo de visión. Ello recuerda en parte el pasaje mítico del gigante Argos de cien ojos, al que Hera había encomendado vigilar a Io para evitar que Zeus tuviera comercio sexual con ella.</p>

6. Análisis de contenido: Se observa el predominio de figuras animadas humanas o sus partes (campos 2, 3, 5, 6, 7 y 8), lo cual denota interés o preocupación por las relaciones y el vínculo social.

SÍNTESIS PARA MARTA: Posee capacidad de decisión y un modo propio de resolver los problemas. Es sentimental y tiene preocupación estética. Posee capacidad de observación y originalidad. Su personalidad es expansiva, además de emotiva y receptiva, pero puede embargarla la falta de confianza en sí misma, de altruismo, de comprensión y de sociabilidad. Presenta tendencia a la evasión y una actitud que en el fondo es infantil o añorada, indicando vulnerabilidad y regresión. Existe en ella preocupaciones relativas a sí misma, al prójimo o la familia, y en algún sentido preocupación con respecto a la edad, inquietud de orden afectivo o social e inseguridad. Existe en ella deseo de perfeccionamiento, con una potente energía psíquica dispuesta a la actividad y gusto por la iniciativa, impulsividad en la toma de decisiones, con falta de adaptación o dominio de sí cuando desea alcanzar u obtener algo, así como falta de prudencia, de paciencia y de benevolencia. La falta de seguridad puede reflejarse en carencia de espontaneidad, exceso de autocrítica, tentativa de encubrir algo, y el resurgimiento de angustias que se intenta reprimir de manera no muy exitosa. Se observa

deseo de cambio, dinamismo e impaciencia, así como el “gusto por el confort”. Se esfuerza por lograr autocontrol y adaptación, así como por reprimir aspectos ligados a la agresión y la vitalidad, lo cual sugiere debilidad vital. Su expresión vital puede llegar a verse embargada por la inseguridad o la angustia. Posee un estilo de raciocinio tendiente a la asociación, poniendo el matiz en el aspecto intelectual y volitivo, con capacidad de correlación y deducción, aunque puede ser dubitativo. A nivel sexual, se trasluce vanidad, coquetería y deseos de aparentar, con preocupación por la apariencia social, preocupación por la apariencia física. Cierta incapacidad para el establecimiento de relaciones emocionales satisfactorias. Tendencia a la aceptación o sumisión a la norma, con capacidad general de adaptación, salvo las excepciones antes mencionadas.

Anexo 8
Modelo de tabla empleada para la asignación de categorías

CATEGORÍAS	ARQUETIPOS DOMINANTES EN LAS PARTICIPANTES			
	VIRGINALES (Bolen, 1984)		VULNERABLES (Bolen, 1984)	
	ATENEA (Juvena)	ARTEMISA (Diana)	HERA (Marta)	DEMÉTER (Marina)
1.- DOMINANCIA ARQUETIPAL				
1.1- IMAGOS Y RELACIONES PARENTALES				
1.1.1- <i>Imago y relación con el padre</i>				
1.1.2- <i>Imago y relación con la madre</i>				
1.1.3- <i>Imago y relación con los hermanos y hermanas</i>				
1.2.- INFANCIA				
1.3.- ÁMBITO LABORAL E INTERESES INTELECTUALES				
1.3.1.- <i>Ámbito laboral</i>				
1.3.2.- <i>Intereses intelectuales</i>				
1.4.- RELACIÓN DE PAREJA Y SEXUALIDAD				
1.4.1.- <i>Imago y relación con la pareja</i>				
1.4.2.- <i>Sexualidad</i>				
1.5.- RELACIÓN GENERAL CON OTRAS MUJERES				
1.6.- RELACIÓN GENERAL CON HOMBRES				
1.7.- FEMINIDAD; SIGNIFICADOS ATRIBUIDOS				
1.8.- MATERNIDAD Y RELACIÓN CON LOS HIJOS O CON LOS NIÑOS				
1.9.- ANGUSTIAS, FRUSTRACIONES Y FANTASÍAS				
1.10.- FUERZA DE LOS ELEMENTOS NORMATIVOS DEL YO				
1.11.- TEMA CENTRAL DE VIDA				
1.12.- MISCELÁNEA				
	VIRGINALES (Bolen, 1984)		VULNERABLES (Bolen, 1984)	
	ATENEA (Juvena)	ARTEMISA (Diana)	HERA (Marta)	DEMÉTER (Marina)
2.- EXPERIENCIA Y HERMENÉUTICA DEL CUIDADO				
2.1.- EL CUIDADO CON MOTIVACIÓN PARENTAL ARQUETÍPICA				
2.2.- ACTITUDES				
2.2.1.- <i>Actitud hacia la persona objeto de cuidado, sinergia y estilo de cuidado</i>				
2.2.2.- <i>Actitud hacia sí misma</i>				
2.2.3.- <i>Omnipotencia / prepotencia/ impotencia</i>				
2.2.4.- <i>Competencia social y vínculos entablados</i>				
2.2.5.- <i>Actitud hacia el futuro</i>				
2.3.- PERCEPCIÓN ACERCA DE CÓMO ES/ERA RECIBIDO EL CUIDADO POR ELLA PRODIGADO				
2.4.- SOMBRA DEL CUIDADO				
2.4.1.- <i>Motivación profunda oculta detrás del cuidado</i>				
2.4.2.- <i>Apego, pragmatismo y buen morir</i>				
2.6.- LA VUELTA A SÍ MISMA A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA DE CUIDADO				